HILAIRE BELLOC

CÓMO ACONTECIÓ LA REFORMA



EMECÉ EDITORES, S.A. / BUENOS AIRES

Título de la obra en inglés
HOW THE REFORMATION HAPPENED

Traducción de
MARTA ACOSTA VAN PRAET

PRIMERA EDICIÓN
Diciembre de 1945

SEGUNDA EDICIÓN
Junio de 1951



Queda hecho el depósito que previene la ley núm. 11.723.

DEDICATORIA A GILBERT CHESTERTON

Mi querido Gilbert:

Le dedico este ensayo sobre la Reforma porque paréceme que coincidimos en muchas maneras de pensar sobre los principales problemas de la humanidad. Pero no sin vacilación lo dedico a un hombre de su talla, porque el esquema es ligero, sumario y elemental: su forma y contenido requieren cierta justificación, y esa justificación puedo expresarla aquí mejor que en ninguna otra parte.

En primer lugar, tal vez se me preguntará por qué emprendí esta tarea. La he emprendido porque deseaba una apreciación exacta de esa cuestión histórica en la cual los dos grandes campos del mundo moderno (los católicos y sus opositores) están más vitalmente interesados, y para llenar la laguna que la enseñanza oficial de dicha cuestión ha dejado entre nosotros a través de la historia.

La causa de esta laguna en nuestra información parecería provenir del hecho de que el sector anticatólico se considera, no sólo necesaria y aceptadamente victorioso, sino también poseedor exclusivo del conocimiento histórico. Por lo tanto, todo lo que se ha escrito al amparo de esta curiosa prepotencia está tergiversado por la ignorancia de lo que la Reforma destruyó: ignorancia de la unidad del mundo cristiano. Pero nuestra enseñanza oficial, al ignorar así el alma misma de Europa, difunde historia falsa; y nunca la historia es peor que cuando trata, honestamente, de ser lo que la jerga moderna llama "objetiva".

El otro sector (el de la verdad) parecería haber adoptado una especie de permanente actitud defensiva, sin plan general alguno. Se discuten los detalles; los entusiastas vindican a este o a aquel personaje; se logra la destrucción de este o aquel mito académico; pero muy rara vez se hace un esfuerzo para establecer en delineamientos amplios la verdad pura que los católicos han olvidado, casi tanto como los anticatólicos, verbigracia, que el catolicismo es la cultura de Europa y que, por efectos de la Reforma, Europa fué herida, y no sólo herida, sino desmembrada y lanzada por el sendero que la ha conducido a su actual peligro de disolución.

Sin embargo, cualquier historia justa de la Reforma, por general o detallada que sea, sólo puede presentarse de este modo. La Iglesia Católica creó a Europa. La Reforma resultó, en sus efectos decisivos, un esfuerzo para extinguir ese principio vital, y, en la medida que pudo lograrlo, una destrucción de nuestra unidad, y por lo tanto de nuestra cultura europea común; puesto que una cosa es, porque es una.

Sostengo, entonces, que lo que intentaré decir en este libro es necesario; y tengo la esperanza de que los estudiosos más jóvenes, entre los que hay ahora tantos paganos casi libres ya de odio, y tantos católicos particularmente aptos para comprender la importancia del tema expuesto, empiecen a presentar el pasado tal cual fué. Pueda así quedar destruída, en el siglo XX, esa costumbre fatal del XIX: "la lectura de la historia hacia atrás", que convierte al presente no sólo en fruto necesario y apetecible del pasado, sino también en criterio y medida del pasado. Antes bien, cualquier hombre que describiere el pasado debería juzgar el presente como el pasado lo hubiese juzgado. Historia sana es la que hace comprender al hombre el horror que nuestros padres hubieran sentido ante la plutocracia moderna, y no la que señala con moderno horror la cruel intensidad de lucha que ellos desplegaban en sus esfuerzos por mantener o por restaurar lo que consideraban la realidad. Existen, por cierto, tontos que nos dirán, empleando la misma jerga, que la historia (¡y todo lo demás!) es "subjetiva". No pueden concebir que no sea falso el relato de cualquier conflicto, porque dé preferencia a uno o a otro combatiente: imaginan que no es posible alcanzar la verdad pura. Pero creo que coincidimos en el desprecio que semejante "subjetivismo" merece. Para los que abrigan la idea fija de que un católico (o un anticatólico) no puede ver la Reforma tal cual era, y que el relato de ese período hecho por un católico (o un anticatólico) tiene que estar necesariamente falseado, no hay razonamiento que los saque de su error. Los hombres más sensatos estarán de acuerdo, junto con la generalidad de la raza humana, en que la mente del hombre percibe la realidad, y que la historia fiel existe en la medida que existe una pintura fiel de una cara o de un paisaje.

Después se me preguntará, quizá (y es una grave crítica), por qué, tratándose de una revolución moral y religiosa, he preferido escribir una crónica y no un examen del estado de ánimo espiritual. Se me podrá decir que he descuidado el "porqué" de la Reforma, para ocuparme exclusivamente del "cómo". ¿No hubiese sido mejor presentar los móviles en toda su complejidad, e intentar una apreciación de los resultados, considerados no como el fruto de los acontecimientos, sino de las convicciones?

Ahora bien, la razón por la cual he destacado principalmente el orden de sucesión de los acontecimientos, y me he ocupado en forma menos completa de los móviles actuantes, es la siguiente: que el desmembramiento de nuestra civilización en el siglo XVI, con su difícil salvamento de lo que pudo ser salvado y la pérdida de todo lo demás, fué un *accidente*. Los que lo deploran lo presentan como podría interpretarse un crimen; los que hallan en él motivo de regocijo, como un hecho

heroico. No fué ni lo uno ni lo otro. No fué nada semejante al incendio malintencionado de un noble edificio, y menos aún, nada comparable a la meritoria acción de demoler un edificio indigno. Fué algo más parecido a la iniciación de un inmenso incendio destructor, provocado por los habitantes de una casa, ocupados en algún recio experimento que involucrara el uso de una llama, y que estaban demasiado entusiasmados para advertir el peligro que corrían. Mal manejado, el experimento destruyó por el fuego la mitad de la casa; la otra mitad se salvó, quedando, empero, chamuscada y ennegrecida.

Al ocuparse de resultados a tal extremo involuntarios, la mente recibe una impresión más exacta al considerar las etapas externas del acontecimiento en sus debidas proporciones que procurando penetrar las mentes de quienes lo abordan con criterio equivocado.

Dándoles, respectivamente, la exacta importancia que tienen a mi entender, he mencionado los principales móviles actuantes: la poltronería e indulgencia de los intereses creados que retardan la defensa de la cristiandad, la indignación apasionada contra el abuso, la oscura pero poderosa mente de Calvino... y muchos más. Pero he preferido la crónica de los hechos externos, antes que la conjetura sobre las fuentes internas. Sólo he citado, sin glosarlo —aunque estuve tentado de hacerlo—, el famoso epigrama: "La Reforma fué un levantamiento de los ricos contra los pobres."

Si se me pregunta por qué tantos factores se hallan ausentes de mi exposición, o apenas mencionados (por ejemplo, el conflicto en pie del Papado y el Imperio, los Concilios de Basilea y Constanza y lo que han legado), debo responder, primero, que un esquema no admite detalles, y segundo, que la causa esencial menos conocida necesita mayor insistencia que lo más sabido.

En cuanto al resto, le debo a usted, sin duda, una satisfacción por repetirme tanto en tan breve examen.

Es un rasgo en el que, tal vez, me he excedido; sin embargo, tengo la triste experiencia de que errar en el sentido opuesto hubiera sido peor para mis propósitos. Si un hombre cree que la Tierra es plana, puede ser que, después de oír por tercera vez las pruebas de que es redonda, empiece a tomarlas en cuenta. Si sólo las oye una vez, creerá, si pertenece al moderno término medio, que se trata de pura paradoja. Porque nada caracteriza mejor el letargo en que ha caído la inteligencia que la aceptación indiscutida que otorga a los mitos oficiales; y dudo que la mentira enclavada pueda aflojarse con algo menos drástico que el martilleo de la verdad repetida hasta el cansancio.

Por último, querido Gilbert, no necesito decirle que toda obra realizada en oposición a los mitos oficiales, se ve sometida a un examen minucioso por los que buscan esos errores oficinescos que ningún libro con exposición de hechos y gran contenido de nombres puede totalmente evitar. En las obras oficiales, esos errores se perdonan. En las que yo llamo obras de "oposición", constituyen el tema principal del examen efectuado por hombres que, por otra parte, son más examinadores que historiadores. Detrás de una lente de aumento andan a la caza de todo desliz de imprenta o pluma, hasta el extremo de destacar la falta de una coma o la transposición de una letra, el lapsus involuntario de Pedro por Pablo, o la paráfrasis de una cita hecha de memoria. Su actividad, como la de los cobayos en el césped, tiene la ventaja de extirpar la cizaña pequeña. Permite que una segunda edición aparezca con la corrección de tan microscópicos errores.

Sin embargo, no insistiremos sobre el particular, y terminaré esta introducción demasiado larga para presentarle el ensayo propiamente dicho.

H. BELLOC

King's Land, Shipley, Horsham.
Julio de 1928.

I

EL PROBLEMA

Dos problemas históricos tienen primordial importancia para nuestra raza. Comprenderlos en debida forma es comprendernos a nosotros mismos. Interpretarlos erróneamente es interpretar erróneamente nuestra propia naturaleza: lo que creó nuestra cultura y lo que amenaza destruirla.

El primero de estos problemas es la conversión del Imperio Romano al catolicismo: "¿Cómo se produjo el bautizo del mundo pagano? ¿De qué nació la cristiandad?" El segundo es el desastre del siglo XVI: "¿Cómo se produjo el naufragio de la cristiandad? ¿De qué nació la Reforma?"

Abordo aquí estas dos últimas preguntas.

Ninguna de las dos puede contestarse en forma completa, porque estos vastos cambios espirituales emanan de poderes que se hallan fuera de nuestra experiencia: Cielo e Infierno están en acción. Pero puede darse una respuesta adecuada, suficiente para hacer más comprensible el gran acontecimiento. Sus líneas principales pueden presentarse de modo que entren en una perspectiva correcta, y podamos decir: "Ahora veo cómo pasó la cosa. Los móviles humanos, por lo menos, aunque sus raíces espirituales queden ocultas, son claros y aparecen en correcto orden de importancia. Las circunstancias que los rodeaban explican los resultados. La pintura es racional y, dentro de sus límites, verídica."

Ahora bien, los historiadores ilustres que se han ocupado del asunto no ofrecen esa explicación a la men-

talidad moderna. El relato, tal como se presenta, no tiene sentido, o sólo parece tenerlo si el lector ignora a la Iglesia Católica.

Porque la cuestión que trata cualquier historia de la Reforma, es la Iglesia Católica. El mundo sobre el que cayó la Reforma, y que ésta, en parte, destruyó, fué creado por la Iglesia Católica, que actuó como levadura durante mil quinientos años y como autoridad mundial durante mil. La Reforma constituyó un ataque a dicha institución; su fruto, llamado protestantismo, es un producto negativo de dicha institución; el principio de unidad en ese fruto es la reacción contra dicha institución; por lo tanto, el pleno conocimiento de la institución es esencial para el conocimiento del conflicto. No obstante, los libros de historia, que han sido alimento principal de la opinión, han pasado por alto la substancia misma de lo que enseñaban, porque procedían de autores que carecían de intimidad con la Iglesia Católica, que no sabían "de lo que se trataba".

No es cuestión de simpatía o antipatía. Un hombre puede relatar verídicamente una batalla, aunque aplauda o deplore su resultado. Pero no puede relatarla verídicamente si no conoce el terreno. El hombre que escriba de aquí a tres siglos sobre la Inglaterra victoriana, podrá amar o detestar su vida de aldea, pero si se halla completamente desorientado sobre las gentes y sus aldeas, escribirá pésima historia, lo mismo si las alaba que si las critica. Sostenga o denuncie el despotismo de los hacendados, no tendrá valor alguno como historiador, porque los hacendados victorianos no eran déspotas.

Tales historiadores proceden de dos fuentes principales: las academias de cultura protestante en el norte y anticlerical en el sur, cada cual (de muy distinto modo) fuera de contacto con el material que necesita. Cualquier lista breve de media docena de nombres tomados al azar es suficiente para establecer esa verdad: Michelet, Thierry, Ranke, Carlyle, Macaulay. Debido a que ni uno ni otro grupo de escritores conoce la materia que trata, la Reforma les parece un simple proceso, sin problema que exija solución. El hombre que conoce a fondo el catolicismo es el que halla dificultad en comprender la Reforma; tan grande, tan insoluble casi, es su enigma. Del mismo modo que un hombre compenetrado de la elevada cultura pagana, puede difícilmente concebir su transfiguración dentro del Imperio Cristiano, en las proximidades de la era del oscurantismo; un hombre consciente de lo que fué destruído (en parte) por la Reforma, se siente tambalear ante la mera posibilidad de semejante destrucción: conoce lo que se perdió; el historiador fácil, de la clase del protestante por un lado, del anticlerical por el otro, no lo conoce.

Para el primero, el de cultura protestante, el proceso que lleva a la Reforma es obvio. Debido a diversas causas, el conocimiento tuvo vasta expansión a fines de la Edad Media. Los descubrimientos geográficos se sucedieron unos a otros con rapidez y en una nueva escala de grandeza; fué adquirida una idea verídica de la tierra y de los cielos; las artes mejoraron; al mismo tiempo, se redescubrió la antigüedad; manuscritos originales fueron examinados cuidadosamente; se inició una ciencia de la historia. El período es conocido por "Renacimiento", "Nuevo Nacimiento" de Europa. Bajo tales influencias, los mitos de un milenio exento de crítica fueron expuestos y disueltos. Las instituciones fundadas sobre estos mitos (el Papado, la misa, la confianza en influencias imaginarias de altares y reliquias) fueron minadas, y con ellas se les desmoronó toda la sociedad que modelaban.

Puesto que no se podía esperar que los hombres se despojaran en seguida de la influencia religiosa de diez centurias, sobrevivieron al derrumbe ciertos fragmentos

de estado de ánimo irracional, pero sufrieron una creciente racionalización. La Eucaristía se mantuvo como un rito, aunque adversamente discutida y mal interpretada. La Encarnación corrió la misma suerte, llegando a desvanecerse la temible figura de un Dios Presente para convertirse en la de un manso adolescente quebrantado. Al liberarse la mente, en forma sucesiva, de las ilusiones, volvía el hombre, más y más, a su propia naturaleza, como mediante un sucesivo despojarse de velos. La vieja vestidura católica fué, por cierto, conservada por algunos de los más cultos; conservación debida, empero, a su cobardía, su interés, o su rutina; y el mantenimiento de las prácticas supersticiosas en algunas grandes sociedades se debió a su inferioridad racial, excitada y acosada por gobiernos perseguidores, que prohibían la menor indagación.

Entre los más altos exponentes, cuando perdió todo el catolicismo foráneo, inculcado, apareció el "tipo esencial", el "hombre completo", que en la Germania resultó ser un prusiano del este del Elba, en Inglaterra un inglés de buena posición, pero en los Estados Unidos un ciudadano de los Estados Unidos.

Pronto se llegó a los resultados que originaría esa clase de historia. Las grandes figuras nacionales de la Edad Media, del oscurantismo y del paganismo se convirtieron, por decirlo así, en protestantes naturales. Tal vez no lo advirtieron plenamente en el momento; pero, en esencia, Arturo, Penda, Offa, Arminius (es decir, Hermann), Teodorico, Alfredo, Otto, Eduardo I, eran de esa pasta. La historia era leída con avidez "hacia atrás", y la Reforma no presentaba ningún problema, porque era nada más que el brote final y necesario de lo que siempre había estado latente bajo la superficie, en los nobles antepasados del historiador.

Dichos historiadores ignoraban por completo en *qué* consistía lo perdido; y existe, entre mil, una importante prueba cuya aplicación resulta infalible. Para un hombre familiarizado con la Iglesia Católica y la sociedad que ella origina es muy claro el hecho de que las obras teatrales de Shakespeare fueron escritas *por* un hombre de mentalidad evidentemente católica y *para* auditorios que tenían el mismo estado de ánimo católico. Sin embargo, esta verdad tan simple y obvia les parece absurda a los hombres que tratan de escribir sobre la Reforma, desconociendo lo que es la Iglesia Católica.

Ahora bien, Shakespeare, es menester recordarlo, llegó tarde. Llegó en la época de Inglaterra que esos historiadores pintan como violentamente anticatólica. Publicó sus primeros poemas bastante después de la Gran Armada. Es menos isabelino que jacobino. *Hamlet*, en realidad, fué escrito muy poco antes de morir Isabel. Pero *El Rey Lear* corresponde al año del *Gunpowder Plot* [1], y su gran obra final, *La Tempestad*, es aún posterior.

Por consiguiente, nuestros historiadores, que hacen del catolicismo una cosa inadecuada para su raza y desechada después de la ruptura de Enrique VIII con Roma, ignoran en absoluto el tema que exponen.

Pero la dificultad de explicar la Reforma y el problema que encierra son apenas mejor captados por el segundo tipo de historiador: el escéptico o ateo, que escribe desde el interior de las naciones de cultura católica, particularmente el francés o el italiano.

Para estos hombres, el catolicismo es una fase de pensamiento existente entre sus antepasados, natural a su sangre, que fué creadora en su día, pero cuya falsedad ha sido revelada y demostrada en la actualidad. Sobrevive hoy débilmente, en especial entre las mujeres, gracias a una mera adhesión a las cosas tradicionales y hogareñas. También le prestan apoyo político (aunque

[1] Conspiración tramada por Guy Fawkes y otros católicos para volar el Parlamento el día de su apertura, en el año 1605. Fué descubierta en el momento en que Fawkes iba a encender la mecha que haría explotar treinta y dos barriles de pólvora. *(N. de la T.)*

sin convicción) aquellos que se sienten movidos por su afecto al pasado, por temor al desorden o por simple interés. Pero ha perdido su vitalidad. La Iglesia es un cadáver.

Esta clase de historiador no concibe el pasado en términos del presente; no "lee historia hacia atrás", ni está necesariamente desviado por el odio. Algunos de su clase, por cierto, están ofuscados por su espíritu de simple antagonismo, pero la mayoría –debido a sus recuerdos tempranos, a sus amistades, a la atmósfera católica que los rodea y a las tradiciones intactas del pasado– experimentan afecto verdadero por uno u otro aspecto, al menos, del sistema católico (algo parecido a lo que el hombre adulto puede sentir ante la mezcla de las emociones fuertes con las ilusiones de la infancia).

Para ellos el protestantismo salido de la Reforma es ridículo e intelectualmente despreciable –muy inferior al pasado católico–, y desdeñan la cultura protestante del presente. A pesar de lo cual les parece un hecho inevitable la ruptura de la unidad católica de Europa en el siglo XVI, consideran esa pérdida como una ventaja para la humanidad, aunque sonríen ante la curiosa etapa (que actualmente toca a su fin) del culto de la Biblia y demás. Aun cuando esos "anticlericales" del continente europeo se hallan, por consiguiente, mejor capacitados para tratar los problemas históricos de Europa que los escritores de cultura protestante (que están fuera de la corriente principal), encuentran también que el problema de la Reforma es de fácil solución, sólo porque no saben en qué términos debe ser planteado.

Se tiene la evidencia de su incapacidad para plantear dicho problema con sólo someterlos a un número de pruebas, entre las cuales se hallan las siguientes:

No sólo se azoran y se exasperan ante el recrudecimiento del catolicismo en la actualidad, sino que dan a este hecho explicaciones erróneas: lo llaman capricho, hipocresía, moda decadente, aunque el carácter de los

nuevos reclutas presenta un violento contraste con semejantes juicios. El verso y la prosa, la actitud en la guerra, la ironía triunfante, los sacrificios de los que vuelven hoy a la fe en los países de cultura católica, son evidentes productos de un estado de ánimo no sólo sincero, sino fuerte, no sólo fuerte, sino lúcido, no sólo lúcido, sino bien armado; y es en este último punto en el que el historiador anticlerical demuestra mejor su falta de contacto con la realidad, porque aquellos a quienes llama irreflexivamente los "neocatólicos" (cuyo catolicismo es el mismo de San Bernardo o San Agustín) están probando ser *intelectualmente* superiores a él.

Además, esta clase de historiador anticlerical no ha seguido, ni sigue, el orden exacto de los acontecimientos históricos, y es ésa una de las debilidades capitales de los hombres de su oficio. Ha imaginado una continuidad falsa. Ha considerado a los escritores no católicos del siglo XVII –y especialmente a los que se hallaban en el sector anticatólico de Europa– como promotores del gobierno popular, los primeros en establecer claramente la metáfora del contrato en sociedad o los principios de autoridad comunal. No ha sabido que derivaban del eminente Suárez. Ha imaginado a la nueva ciencia del Renacimiento como la raíz de un ulterior escepticismo. No ha advertido la fuerte presencia del escepticismo *antes* del adelanto del conocimiento en el terreno de las ciencias físicas, ni apreciado el significado de la fe, especialmente vigorosa en los principales descubridores en dicho terreno.

Además (otra grave debilidad de su oficio), no ha interpretado las claves: desdeñó y dejó a un lado los escritos que le hubieran explicado la formación de esa cultura misma de la cual él procedía. El historiador anticlerical del siglo XIX no había leído una línea de Santo Tomás; ignoraba los debates fundamentales, permanentemente necesarios a toda filosofía y nunca tan vigorosos como en las escuelas medievales. Pasó por alto el con-

flicto esencial del nominalismo y el realismo. No sabía cómo toda la moral (propiedad, autoridad, las diversas formas de gobierno) había sido analizada hasta el agotamiento por los que él dejaba a un lado considerándolos indignos de su atención. Para citar un solo ejemplo menor —de los más ilustrativos—, creía que podía confiar en las *Provinciales* de Pascal como la última palabra en determinado debate. Nunca había visto una página de las preguntas de Escobar en su original. Lo que es peor, no sabía que Pascal se hallaba en sus mismas condiciones.

En consecuencia, esta clase de escritor anticlerical explicaba la Reforma sin dificultad, porque la explicaba erróneamente. La veía como una fase necesaria del éxodo general de nuestra raza, en marcha de la oscuridad hacia la luz; una fase confusa y llena de contradicciones, supersticiones ridículas, fanatismo violento, que sufría toda esta parte inevitable de una revolución inmensa que debía terminar en una sociedad estable y feliz.

Pero se equivocaba por completo. La visión del progreso existía tan sólo en su mente y no en el mundo real. La Reforma no continuaba una tendencia directa del Renacimiento hacia cosas más grandes; desvió esa tendencia. No introdujo las artes; las entumeció y las obstruyó. Sus últimos efectos no han producido una sociedad feliz y estable; han producido la sociedad que vemos hoy alrededor de nosotros.

Estas escuelas más viejas, que encontraban tan inevitable como fácilmente explicable ese gran cataclismo, han perdido en los últimos tiempos mucho de su peso. El enigma de la Reforma se presenta con mayor violencia en la actualidad, en nuestra generación, que ha visto desaparecer los últimos vestigios del dogma protestante, no de su ética, conservado tal vez en algunos remansos como Dayton, Tennessee.

Nuestra generación vive en un mundo cuya única fuerza positiva sobreviviente es el catolicismo; en un mundo donde esa fuerza está circundada por una ancha franja no católica, pero simpatizante con el catolicismo en grados diversos, mientras que fuera de ella existe un naufragio de filosofías que se inclinan a la desesperación.

El católico, o por lo menos el hombre que sabe lo que es el catolicismo (es decir, el hombre que habita el corazón mismo de la tradición europea), el hombre que sabe plenamente *qué* fué lo que se abandonó, el hombre que puede sentir el profundo abismo y la calidad de la pérdida involucrados en la Reforma, es el único que puede captar íntegramente el problema.

Conoce el equilibrio, la satisfacción, la plenitud de lo que ha rechazado. ¿Cómo pudo alguna vez ser rechazado, a cambio de esas grotescas y mezquinas aberraciones a las que se entregaban, después de su desesperación, las distintas sectas? ¿Por qué le fué permitido morir a lo manifiestamente bueno?

Quien encuentre insípida y simple la escultura griega no advertirá problema alguno en su degradación y destrucción dentro del fracaso del Imperio. Pero a un hombre que sabe lo que es la escultura griega se le plantea un problema muy diferente. *Él* debe tratar de comprender cómo una cosa ennoblecedora, tan notablemente excelente, satisfactoria para nuestro sentido civilizado, pudo haber sido desechada.

El católico es capaz de comprender fácilmente cómo llegó a nacer la indiferencia hacia las prácticas católicas, y capaz de comprender hasta la reacción de odio contra la acción católica oficial y contra las autoridades católicas individuales; pero lo que sigue siendo para él un problema aún sin resolver es cómo aconteció que lo que era la naturaleza misma de Europa, y seguramente necesario para la mente europea, aquello que la había alimentado y constituía su íntima naturaleza —en tal forma que europeo y católico significaban lo mismo, y que "civilización", "occidental", "católico", querían decir la misma cosa—, pudo en ciertas regiones desarrai-

garse por completo de su propio *ser*, y cómo un carácter original, estable, feliz, porque se encontraba a tono consigo mismo, pudo transformarse en una cosa nueva, inestable y desgraciada, que, sin embargo, prefería seguir así transformada. *Ése* es el problema; *ésa* es la dificultad.

En la actualidad, muy rara vez le ocurre esto al individuo. Una persona que llega a la madurez en un ambiente católico puede tornarse hostil a la autoridad o (lo que es más frecuente) indiferente en la práctica; pero casi nunca crecerá en ella una aversión general por el ambiente y la tradición social católicos, y menos aún un odio activo. Un caso tan excepcional sería parecido a una pérdida de memoria, o uno de esos extraños fenómenos que los patólogos descubren, de vez en cuando, en sujetos neuróticos.

Sin embargo, eso es exactamente lo que aconteció a grandes grupos de europeos en el intervalo de hace tres y cuatro siglos, y debemos tratar, por lo menos en parte, de explicar cómo fué posible una revolución tan asombrosa y semejante pérdida de personalidad y cómo se logró verdaderamente y se hizo estable en muchas partes.

Éste es el problema. Ésta es la pregunta a la que debemos tratar de encontrar respuesta.

He dicho ya que no puede darse ninguna respuesta completa, pero, por lo menos, puede presentarse el orden de sucesión exacto de las causas políticas y sus proporciones, en un esquema de ese siglo fatal; y eso es lo que intentaré a continuación.

Empezaré por describir en qué forma, como final de tantos peligros, la unión del mundo cristiano se iba tornando cada día más inestable, durante las tres generaciones que median entre la peste negra *(Black Death)*[1] y los principios del siglo XVI, es decir, entre 1350 y 1500.

Luego comentaré la marea de rebelión en las ciudades y estados germanos después del año 1517, y su propagación en otros países, cosa que se hizo posible por la constitución de Alemania y especialmente por la invasión de los turcos.

[1] Así llamada por las manchas oscuras que salían en el cuerpo. *(N. de la T.)*

A continuación, he de presentar la extraña fatalidad, el accidente político debido al cual Inglaterra, hasta entonces la provincia cristiana menos afectada, sin ninguna presión popular y sin que mediara la voluntad o conocimiento del autor de esa política, viró y se vió unida al nuevo movimiento extranjero. La disolución de los monasterios en 1536-40, un acto que no estaba asociado con la doctrina en la mente de su autor, fué la causa indirecta de todo lo que ocurrió después.

Luego sigue la poderosa influencia de Calvino, cuyo libro, carácter y organización suministraron forma y substancia para el protestantismo, dándole naturaleza propia; porque la mente de Calvino era portentosa, y se convirtió en el poder que dirigía la tormenta.

Bajo esta influencia se preparan las fuerzas opuestas —1547-49 a 1559— para la lucha en todo el occidente.

Una batalla universal, cuyo campo principal es Francia, se desata, indecisa, desde 1559 a 1572, cubriendo todo el oeste —Países Bajos, Inglaterra, Escocia—, hasta que al término de esta primera fase de lucha activa, las posiciones finales empiezan a diseñarse: Inglaterra y Escocia, los Países Bajos del Norte, se mantienen separados; Francia, permanentemente dividida, pero la dinastía y el grueso de la nación se pliegan a las tradiciones de Europa.

La segunda fase del gran conflicto —1572 hasta el final del siglo— es sólo una confirmación de estas nuevas fronteras religiosas. La batalla ha terminado en un empate que deja en Europa una perdurable división cuyos límites, desde entonces, se conservan.

En el siglo siguiente —1618,1648— el Emperador realiza un intento, por cierto tardío, tendiente a recuperar,

para la unidad, los muchos estados y ciudades de Alemania y a establecer su propia autoridad y la antigua religión en toda Europa. Termina en un fracaso debido al genio de Richelieu, conductor de la política francesa. Alemania permanece dividida, pero no sin que antes la lucha (la Guerra de Treinta Años) haya arruinado por un siglo la riqueza y la población de Alemania.

Después de esa fecha (la Paz de Westfalia en 1648) la lucha principal ha terminado en toda Europa y los efectos de la Reforma quedan establecidos. La república de la cristiandad queda disuelta.

II

EL ADVENIMIENTO DEL DESASTRE

Lo primero que debemos hacer al abordar nuestro tema, si deseamos colocarlo en la exacta perspectiva histórica, es desprendernos de cierta ilusión naturalmente alimentada por la hora y el lugar en que vivimos; la ilusión de que la Iglesia Católica vivió una existencia apacible, igual, de poderío indiscutido a través de los siglos que median entre la conversión del Imperio Romano y la gran catástrofe del siglo XVI.

De ningún modo fué así. Vivía en perpetua lucha y en perpetuo peligro, en el sentido humano, de disolución. Estaba continuamente bajo el asalto de enemigos internos y externos. Y la razón es sencilla: no pertenece a este mundo.

El naufragio definitivo de la unión europea, causado por la Reforma —si es, en realidad, definitivo— no fué más que el último episodio de un largo viaje, durante el cual el naufragio había sido una amenaza constante.

Decir que la vida de la Iglesia durante los tres primeros

siglos fué una incesante y violenta lucha, es insistir sobre un lugar común; pero esa lucha no cesó en Constantino, sino que continuó en otras formas. Continuó sin cesar, siglo tras siglo. Coincidiendo casi exactamente con el gran movimiento de conversión, alrededor de los años 320-330, debido al cual las gentes empezaron a adherirse en masa a la religión oficial (que hasta entonces contaba, tal vez, con sólo una décima o una octava parte de toda la población), la naturaleza misma de la fe se vió amenazada por la perversión arriana.

Esa época se halla tan lejos de nosotros que no nos damos cuenta de lo que fué; y desde el siglo XVIII, sobre todo en Inglaterra, bajo la influencia de la mentalidad carente de sentido histórico de Gibbon (y Gibbon no era más que un discípulo de Voltaire), existe la moda de burlarse del arrianismo, como si se tratara de una lucha dialéctica casi incomprensible y ciertamente ridícula, llena de sutiles disquisiciones y juegos de palabras.

Fué muchísimo más que eso. Constituyó todo un aspecto pervertido de la Iglesia Católica que afectaba un gran sector de la estructura jerárquica, como un parásito metido *dentro* del organismo que amenaza desnutrirlo y finalmente destruirlo. Porque el arrianismo era, en esencia, espíritu racionalista: es decir, incapacidad de advertir que existen cosas más allá de la razón. No fué un rechazo franco del catolicismo, pero fué el principio de ese rechazo; y en esto se asemeja mucho al primer movimiento protestante del siglo XVI. Era el espíritu que al referirse a los misterios pregunta: "¿Cómo es posible que semejantes cosas sean?"

Porque el arrianismo, aun cuando no combatía totalmente la unidad, empequeñecía la divinidad de Cristo. Constituyó el comienzo de un intento de racionalizar el misterio de la Encarnación, exactamente del mismo modo que los ataques a la Presencia Real, antes y durante la Reforma, fueron el comienzo de un intento de racionalizar el misterio de la Eucaristía.

Ahora bien, el arrianismo pesó gravosamente, durante siglos, sobre la Iglesia. Con intermitencias, fué la religión de la Corte. Se convirtió principalmente, en la religión del soldado, en una sociedad que dependía por entero del ejército; y sólo cuando hubieron pasado tres buenas generaciones desde sus comienzos, debido a las conquistas de Clodoveo en Galia, se inició en contra una reacción verdaderamente vigorosa. Los soldados que gobernaban a España no abandonaron el arrianismo hasta más tarde, casi cien años después. Las tropas federales que se apoderaron del África del Norte eran arrianas y perseguían el catolicismo en esa provincia del Imperio Romano con la misma violencia con que la supremacía protestante lo persiguió en Irlanda. El poder militar que gobernaba a Italia era arrio, y apenas acababa el emperador católico de recuperar a Italia, poniéndola bajo su mando directo, otro cuerpo de tropas federadas, los lombardos, también arrios, se adueñaron del norte. El arrianismo tuvo sus obispos, su organización y propaganda, y durante unos buenos trescientos años, en un lugar o en otro, ejerció poderosa influencia sobre las clases dirigentes (por suerte, era débil entre los pobres).

Por consiguiente, aunque triunfante del paganismo, la Iglesia Católica, poco después del año 300, se vió envuelta en un nuevo conflicto que no terminó hasta pasados otros tres siglos.

Pero el año 600 no señala el comienzo de la paz. Sólo señala los orígenes de una nueva batalla que siguió a la muerte del arrianismo.

Apenas disipado ese peligro, nació la aplastante herejía, que más tarde tomó el aspecto de una nueva religión, pero que, en sus orígenes, fué esencialmente una mera simplificación, una degradación del sistema católico: el islamismo. Se extendió por provincias enteras. Conquistó a Siria, la mayor parte del Asia Menor, Egipto, África del Norte y, por último, a la misma España.

Dondequiera establecía el mahometismo su gobierno, la comunidad cristiana decrecía en poder y en número; en algunas partes la fe se extinguió realmente, por causa de las persecuciones, que se prolongaron durante una generación; en otras, sobrevivieron comunidades cristianas (gran mayoría en España), pero expuestas a la infección y tal vez algo contaminadas por ella en todas partes.

¿Advierte, acaso, la Europa moderna cuán terrible fué el asalto musulmán, y las brechas profundas que abrió en la cristiandad? España fué, por fin, recuperada, después de siglos de dura lucha, pero la Inquisición no logró deshacerse del último remanente rebelde y secreto del islamismo hasta 800 años después. En oriente, el islamismo avanzó hasta la toma de Constantinopla, dentro de los cincuenta años anteriores a la Reforma. Mientras la Reforma estaba ya en acción, el islamismo se apoderó de Hungría, y hasta en las postrimerías del siglo XVII, en 1683, sólo cinco años antes que Guillermo de Orange usurpara el trono de Inglaterra, pendía de un hilo que la misma Viena fuera gobernada por el Islam, y la iglesia de San Esteban convertida en mezquita; porque Viena sólo llegó a salvarse gracias a la hidalguía de un rey polaco, cuando Marlborough se había alzado en armas, cuando Luis XIV envejecía, cuando Newton escribía su tratado sobre el movimiento, dando así origen a los *Principia*.

Inmediatamente después de esta violenta acometida inicial del Islam en la edad del oscurantismo, se produjo el asalto de un nuevo paganismo bárbaro lanzado desde el norte y el este. Los piratas de Escandinavia hicieron todo lo que semejante anarquía podía hacer para destruir la cristiandad; como también lo hizo una enorme incursión de mongoles del Asia. Sus vanguardias penetraron en el corazón de Francia. Impusieron su idioma en la llanura húngara, donde se sigue hablando hasta el día de hoy.

Cierto es que este ataque pagano, por estar menos organizado que el mahometano, fué finalmente disuelto; pero tuvo consecuencias duraderas. Escandinavia no se convirtió plenamente al catolicismo hasta siete siglos después de la paz de la Iglesia bajo Constantino. El gran ducado lituano fué pagano hasta cerca del final de la Edad Media.

Mientras nuestra cultura católica estaba así empeñada en una lucha por su vida contra enemigos tan poderosos y mortales, la tensión que experimentaba mantenía bastante estricta su unidad. Pero al ceder esa tensión, surgieron inmediatamente las disidencias internas, y al comenzar la Edad Media —desde el siglo XII— hallamos de nuevo en el corazón mismo de la cristiandad, como ocurrió anteriormente con el arrianismo, los comienzos de lo que parecía un completo quebranto. El mal había surgido esporádicamente, aquí y allí, en ciertas comunidades. Tomó forma y vigor en lo que se denominó el movimiento albigense.

Fué ésta una perversión particularmente vil, maniquea (o, como decimos hoy, "puritana"), que produjo un efecto social de la peor naturaleza, porque no sólo arruinaba la belleza exterior, sino también la bondad interior. No obstante, adquirió rápido dominio en la parte más rica y central de Europa católica, el sur de Francia, durante la última mitad del siglo XII, es decir, en la generación anterior al 1200. A principios del siglo XII se propagaba por todas partes y pareció que podía triunfar. Poseía una poderosa organización propia: sus obispos, y sacerdotes y concilios; fué dominada sólo después de la más encarnizada lucha y por inspiración de Santo Domingo. Y esa lucha fué semejante a la difícil tarea de apagar un voraz incendio pisoteando las llamas. Grandes sectores de España simpatizaban con los señores albigenses: un ejército catalán de 100.000 hombres se formó para ayudarlos, y de no haber sido por la batalla de Muret, en 1213, la civilización europea católica podría estar, en la actualidad, confinada en algunos rincones aislados de Europa; o podría, tal vez, haber desaparecido por completo.

Hubo un momento de pausa; el momento de pausa del elevado siglo XIII.

Ciertamente, parecía que, por fin, entre los años 1220 y 1300, una sociedad plenamente católica, definitivamente segura, se había establecido en todas las regiones de Europa. Esta sociedad enfrentaba, es verdad, a un enemigo mahometano, poderoso, que había conquistado la mitad del país romano, toda África, la parte más cercana de Asia y media España. No obstante, la cristiandad estricta de San Luis y San Fernando, Santo Tomás, Eduardo I y los dos Montfort —la cristiandad en la cual habían surgido las universidades y el arte ojival— parecía firmemente establecida.

Sin embargo, muy poco después de esta breve tregua, con la primera generación del siglo siguiente, aparecieron síntomas iniciales de un nuevo peligro cuyos efectos fueron más graves que todos los anteriores: el peligro de perder la autoridad espiritual.

En primer lugar, el papado se convirtió, políticamente, en algo francés; luego fué dividido entre varios rivales que reclamaban sus derechos, en lo que se llamó el Gran Cisma. En la mitad de ese siglo (1300-1400) azotó a la Europa católica la peste negra, de la que nunca pudo recuperarse su constitución política y social. Rebeliones espirituales, oscuras pero intensas, aparecieron por primera vez hasta en Inglaterra; aunque la Inglaterra de las viejas provincias romanas habían mostrado, hasta entonces, una ininterrumpida aversión hacia la herejía y una particular devoción por la unidad católica. Más tarde esas rebeliones estallaron con mayor virulencia, porque estaban respaldadas por el idioma y la nación entre los bohemios de Juan Huss.

Por lo tanto, el concepto de que los siglos cristianos, entre la paz de la Iglesia bajo Constantino y la crisis

del siglo XVI, constituyeron un período de catolicismo unido, estable, fácil, es absolutamente erróneo. Fué lleno de peligros, de luchas y de desastres inminentes y periódicos; la catástrofe final pudo ser a duras penas detenida una y otra vez, y sólo en el sector donde un día había florecido nuestra cultura europea general; porque el sur y el sudeste estaban entregados al islamismo. Al final de esas centurias, había surgido ya lo que he llamado el "Advenimiento del Desastre".

La palabra "advenimiento", tal cual la uso aquí, no implica necesariamente una serie de acontecimientos. Ningún curso fatal hizo inevitable la Reforma. Pero el terreno fué preparándose mediante una cantidad de sucesivos accidentes políticos y otros, de tal naturaleza que, cuando hizo su aparición el siguiente de los tantos peligros a que se había visto sometida la unión de la cristiandad, ese peligro halló una oportunidad particularmente favorable para desarrollarse y para terminar en catástrofe.

Existe una marcada tendencia a considerar erróneamente a los hombres del pasado, imaginándolos empeñados en alcanzar lo que ahora sabemos ha sido fruto de sus actos, aunque ellos no podían ni siquiera adivinar esos resultados, aunque se hubieran asombrado y hasta aterrado de haber previsto cuáles iban a ser las consecuencias. Eso ocurrió con los iniciadores de la Reforma.

La Reforma, aun cuando el poder oculto que la impulsaba residía en la avaricia de los príncipes, mercaderes y hacendados [1], constituyó, exterior y superficialmente, un movimiento doctrinal. Exteriormente era un esfuerzo tendiente a extirpar ciertas doctrinas (no en todas partes, ni siempre las mismas) del sistema católico en su totalidad, y substituirlas por otras nuevas. Pero el terreno de su éxito no fué preparado por

[1] De ahí la irónica definición de la Reforma: "Un levantamiento de los ricos contra los pobres". En esa definición hay inteligencia y verdad, pero sólo verdad a medias.

las novedades doctrinales, relativamente poco importantes, que habían sido discutidas antes de producirse el cataclismo general. Esas doctrinas fueron eliminadas y su recuerdo borrado antes que surgiera el movimiento principal.

Por eso Wycliffe ha sido llamado "la estrella matutina" de la Reforma, como si el movimiento encabezado por él (que tuvo en una parte pequeña de Europa éxito considerable aunque breve) hubiera conducido directamente, a través de una cadena de innovaciones doctrinales ulteriores, a los acontecimientos ocurridos más de un siglo después de su muerte. Con mayor razón, aunque también erróneamente, se ha considerado como origen principal del asunto el movimiento de Bohemia, que fué mucho más importante y que se produjo casi exactamente cien años antes de la protesta de Lutero.

No fué así. El carácter sobresaliente del proceso que se desarrolló durante los dos siglos anteriores a la Reforma no fué el crecimiento positivo de una nueva doctrina, sino *el debilitamiento de la autoridad moral de la organización temporal y espiritual de la Iglesia.*

Después del triunfo católico del siglo XIII, de la extirpación del cáncer albigense, del surgimiento y florecimiento de las dos nuevas órdenes populares, la franciscana y la dominica; después de la profunda influencia de los grandes concilios de la Iglesia y la codificación de la filosofía y la teología bajo el genio supremo de Santo Tomás, se abatió sobre las circunstancias temporales o políticas de la Iglesia la primera desgracia: la transformación del Papado en poder local. Se convirtió, casi, en órgano de la monarquía francesa, que era el exponente ya consciente de un nacionalismo francés.

Lo que ocurrió no fué exactamente una conquista del Papado por parte del rey de Francia, sino la migración del Papa a Aviñón, debida a diversas causas, y el abandono de su sede y residencia natural de Roma. Aviñón no formaba, técnicamente, parte de los dominios del rey

francés. Estaba situada en la orilla izquierda del Rona, río que en ese tiempo constituía el límite entre el territorio subordinado feudalmente al rey de París y el territorio sometido por entonces, en forma muy vaga y nominal, al Imperio, cuyo titular en la práctica era un alemán, aunque en teoría podía ser cualquier otro.

Durante siglos había existido un conflicto entre el Imperio, representante del poder laico supremo en Europa, y el Papado, jefe supremo aceptado de toda la vida espiritual de Europa. El Papado había triunfado después de intensos esfuerzos, y por desgracia a costa de gravosos impuestos, que pesaban abrumadoramente sobre toda la cristiandad y en especial sobre Inglaterra. Mucho antes del año 1300, el poder político del Imperio estaba en ruinas, y en cierto momento pareció que el poder pontificio no tenía ningún rival serio ni siquiera en el terreno político temporal.

Pero un restaurador evidente de la vieja supremacía imperial de los príncipes cristianos se hallaba presente en el poder intacto de la monarquía de los Capetos, en París. Los señores, de lo que hoy forma el este y el sudeste de Francia, empezaron a dirigir sus miradas a París, y la organización francesa llegó a eclipsar todo el occidente después del fracaso de las pretensiones imperiales.

Cuando el Papado se instaló en Aviñón, las intrigas del rey de Francia y la misma fuerza de los acontecimientos originaron una sucesión de Papas franceses. Al principio, tal estado de cosas no afectó el sentido general de unión de la cristiandad, porque aunque aparecían de vez en cuando Papas rivales del verdadero Papa de Aviñón, el buen sentido de Europa lo consideraba naturalmente como el auténtico sucesor de San Pedro; y sin duda alguna lo era. Pero había algo antinatural en el divorcio existente entre la ciudad de Roma y la Sede Romana, entre la ciudad apostólica y los derechos apostólicos. La tremenda tradición de la vieja

capital del mundo y la monarquía espiritual de su prelado actuaban ahora, permanentemente, desde un centro provincial, y ese centro provincial estaba bajo el dominio de uno solo de los muchos príncipes cristianos cuyo nombre ni siquiera lo revestía de la autoridad general exigida por la tradición del Imperio. Porque en tanto que las palabras "imperio" y "emperador" seguían trasmitiendo al cerebro del hombre una vaga atmósfera de autoridad general sobre las cosas temporales, paralela a la autoridad general del Papa sobre las cosas espirituales, ninguna autoridad semejante acompañaba al rey de Francia, como tampoco al de Inglaterra, o al de Escocia, o al de Aragón, o al de Castilla.

Precisamente en el momento en que este largo y anormal exilio del Papado en Aviñón había conseguido debilitar la plena autoridad de la Santa Sede, aumentaron en mucho las dificultades de la situación, debido al mismo esfuerzo que se hizo para remediarla. Después que los Papas habían estado en Aviñón el tiempo que dura, normalmente, la vida de un hombre (1307-1377), Santa Catalina condujo a la Santa Sede de regreso a Roma.

Esta saludable revolución suscitó un desafío inmediato contra el verdadero Papa de Roma; otro Papa fué elegido en Aviñón (debido al esfuerzo francés); y se inició lo que se conoce en la historia con la denominación de Gran Cisma de Occidente. Se enfrentaron pontífice contra pontífice. De los diferentes sectores de Europa, los unos otorgaban su lealtad al Papa de Aviñón; los otros al de Roma. El efecto puramente mecánico de estas lealtades divididas no podía menos que ser demoledor. No obstante, se mantenía la idea de unidad; los hombres, en toda la cristiandad, consideraban siempre al Papado como a un ministerio supremo, y aceptaban sus poderes como cosa establecida. Pero ese *ideal* se debilitaba más y más en la mente de los hombres que presenciaban el *hecho* de dos seres humanos

que reclamaban la posesión de ese ministerio, respectivamente respaldados por el apoyo de media Europa y que mutuamente desconocían tales derechos.

Tan absurda situación duró cuarenta años (1377-1417). No porque no se hiciera ningún esfuerzo para arreglarla mucho antes de la expiración de ese período, sino que transcurrieron cuarenta años antes de poder solucionar el enredo y antes de que reinara otra vez en Roma un indiscutido jefe supremo de la Iglesia. Mientras no se llegó a esto, los Papas rivales se veían obligados, para fortalecer cada cual sus derechos, a otorgar toda clase de privilegios y a hacer toda clase de concesiones a sus respectivos sostenedores. Había desaparecido la vieja autoridad firme y directa ejercida sobre los reyes, que tres generaciones antes había constituído la gloria y el poder de hombres como Inocencio III.

Considere el lector el efecto que tuvo sobre los hombres de la cristiandad no sólo el exilio anormal del Papado en Aviñón (con la añadidura del ocasional surgimiento de antipapas); no sólo el Gran Cisma, sino también el *período de tiempo* transcurrido que esto implica.

La escala de la vida humana afecta vigorosamente los grandes cambios que se producen en la sociedad humana. Lo que está más allá del recuerdo viviente deja de tener una influencia muy activa. Ahora bien, cuando empezó el Gran Cisma, sólo los hombres muy viejos, demasiado viejos para poder influir con sus tradiciones y estados anímicos sobre el mundo, recordaban la Sede Papal de Roma, indivisa e incuestionable de su infancia. Cuando la cuestión del Gran Cisma estuvo definitivamente zanjada, el antiguo estado indiscutido de unidad europea, bajo un Papa todopoderoso, había quedado muy atrás en una lejana historia. Los hombres que estaban entre los treinta y cuarenta años de edad cuando, en 1417, Martín V ascendió a un pontificado que de nuevo se unía habían pasado toda su vida contemplando el Cisma, del mismo modo que los hombres de hoy que se hallan entre los treinta y los cuarenta años han pasado la totalidad de su vida útil influídos por el siglo XX. En estos últimos, la era anterior a los motores no ha dejado ninguna impresión vívida, porque corresponde a su primera infancia. La era anterior al teléfono es historia antigua. Les cuesta trabajo imaginarla. Hasta hombres que eran sesentones cuando Martín V fué elevado a la silla papal y solucionó el Gran Cisma, se sentían tan lejos de los comienzos del problema —el exilio en Aviñón— como los hombres de mi edad se sienten lejos de la revolución francesa, y los hombres muy viejos de hoy de la declaración de independencia americana.

Pero la secuela del Cisma continuó durante veinte años después de la ascensión de Martín V. Hubo aún intentos de erigir Papas rivales hasta cerca de la mitad del siglo XV.

Cuando, por fin, el Cisma había terminado de verdad, al asumir el poder Nicolás V, el 6 de marzo de 1447, el traslado inicial a Aviñón se hallaba a ciento treinta años de distancia en el fluir del tiempo.

En otras palabras, hasta unos sesenta años antes del movimiento luterano, la cristiandad había vivido bajo la impresión de un papado dividido y crecientemente desdeñado, en igual medida que nuestras dos últimas generaciones han vivido bajo los efectos crecientemente importantes de los inventos mecánicos. El Papado de Aviñón fué lo que la maquinaria a vapor y las comunicaciones son para nosotros. El Gran Cisma que lo siguió fué lo que el teléfono y el automóvil son para nosotros. Podemos decir que la condición primordial de la unidad cristiana, una autoridad poderosa y única, había desaparecido tan completamente del hábito mental del hombre, a mediados del siglo XV, como ha desaparecido del nuestro la noción de los viajes ociosos y reposados.

Para comprender debidamente cómo y por qué se produjo aquella abrupta explosión al iniciarse el siglo XVI, es menester efectuar dos exámenes generales de Europa en el siglo XV (1400-1500). El primero corresponde a lo que yo llamaría "el último período": un examen de los años que median entre 1430-40 y la protesta de Lutero en 1517. El segundo constituye un análisis de este punto especial y determinante: la condición del Papado y de la Corte Pontificia durante dicho período.

Este último lapso antes de la Reforma fué, en toda Europa, muy definido: el fruto, naturalmente, de lo que lo había precedido, pero algo en realidad muy diferente. Podemos comprenderlo mejor recordando las tres denominaciones que se le han dado, con diversos grados de exactitud.

Los alemanes anticatólicos lo han llamado "el despejo", es decir, el disiparse de las nieblas de la religión —que consideran falsa leyenda— y de lo que desprecian como "confusión mental" de la Edad Media.

Ha sido llamada también "el fracaso de la cristiandad", es decir, el derrumbamiento de la unidad de la civilización cristiana de occidente, dentro de la cual las naciones en crecimiento habían seguido siendo, hasta el fin, provincias de un todo esencialmente homogéneo.

Asimismo ha sido llamada "la primavera del Renacimiento", es decir, el florecimiento de una visión —la visión de esa elevada y espléndida antigüedad pagana de la cual derivamos todos—, la visión de Grecia y de Roma, tales cuales fueron en sus mejores momentos.

La primera de estas denominaciones, "el despejo", es exacta o falsa según se acepten o nieguen las trascendentales doctrinas de la Iglesia Católica, especialmente la doctrina central de la Encarnación y todo lo que de ella emana, sin excluir los últimos detalles de las devociones locales a la Madre de Dios. Se producía, por cierto, una prodigiosa revolución en la mentalidad europea, y de acuerdo con la carencia o la posesión de la fe de cada cual, se la puede llamar el desvanecimiento de una ilusión —es decir, despertar— o bien pérdida del sentido de la realidad en lo que concierne a las cosas eternas.

El segundo título, "el fracaso de la cristiandad", es también exacto considerado desde uno de los ángulos del asunto. Europa dejaba de estar unida y no ha vuelto a estarlo desde entonces. Pero no deberíamos aceptar la doctrina de que la separación de sus diversas partes estaba destinada a proseguir en forma creciente. La tendencia centrífuga podría muy bien no haber sido más que un mal pasajero. La reacción tenía que producirse, y por cierto se produjo. Más aún, una tendencia contraria, poderosa, instintiva, dirigida a unir a Europa, ha aparecido una y otra vez desde entonces, procurando hacerse efectiva, y aunque hasta ahora siempre ha fracasado, no debemos estar seguros de que en el futuro no tenga éxito. Por mi parte, siempre he pensado que, bajo la presión de elementos demasiado extraños que realmente hacen peligrar nuestra tradición europea común, resurgiría la unidad.

El tercer título, "la primavera del Renacimiento", es indudablemente exacto. Por causas demasiado profundas, y por consiguiente demasiado escondidas para que las descubramos nosotros; causas que actuaban en la hondura espiritual del hombre, pasó sobre el espíritu europeo, en el siglo XV, un viento fresco comparable al que había creado la gran civilización medieval cuatrocientos años antes, pero que soplaba con mayor vigor, más repentinamente y desde un ángulo distinto. Era un aire que revelaba al hombre el gran pasado del Mediterráneo y que infundía en las mentalidades más fuertes de la época la pasión de recuperar el pasado clásico y, por decirlo así, de volver a vivirlo.

Es común atribuir esta asombrosa, vigorosa, nueva disposición y pulsación vital a causas materiales, como la difusión en occidente de antiguos manuscritos, de-

bida al avance de los turcos en el este y particularmente a la captura de Constantinopla en 1453. Tal explicación me parece burdamente insuficiente. El arte pictórico había estado derivando, en el sur, hacia el nuevo espíritu, desde hacía dos generaciones; la transformación en la arquitectura ya se había iniciado, como asimismo el examen crítico de documentos y la pasión por descubrir y editar nuevos textos, mucho antes que la presión islámica en el este hubiera difundido, mecánicamente, manuscritos en el oeste.

Pero fuesen cuales fueren las causas, la revolución mental se produjo, y bajo la violencia de esta revolución se sacudió la vieja trama, establecida y aparentemente segura, de la unidad del mundo católico, y finalmente se destrozó debido al mal manejo de la crisis.

Nueva instrucción, nueva y muy difundida experiencia, sacuden a la fe por la razón siguiente: que sólo podemos pensar en imágenes, en fantasmas de la mente. Nuestra convicción de que esto o aquello es la verdad se halla asociada, en nuestro interior, con alguna imagen. Nuevos descubrimientos repentinos perturban esta asociación de ideas verdaderas con imágenes insuficientes. Esta perturbación sacudió a Europa en la época a que me refiero.

Porque al enorme cambio iban unidos una expansión del saber y una nueva experiencia de las cosas materiales que se sucedían con creciente influencia. Un hombre nacido algo antes del comienzo de este período, digamos en 1430, y que viviera hasta viejo, habría visto antes de morir las siguientes cosas: la expansión del conocimiento geográfico fuera de toda concepción previa; la vuelta al Cabo de Buena Esperanza por los portugueses y el descubrimiento de una nueva ruta a la India; el establecimiento de pequeñas guarniciones de nuestra raza en las islas del Atlántico, en las costas de África, de la India y de la distante Asia; la creciente verificación de lo que muchos hombres habían sabido siempre (tal vez la mayoría de los que pensaban en tales cosas lo habían dado vagamente por sentado), que la tierra era una esfera; la manifiesta evidencia de una masa continuamente aumentada de sabiduría antigua y de belleza en el terreno de la escultura, las letras y la arquitectura; los comienzos del arte de la imprenta, oscuros al principio, luego desarrollados y por último universales. Era también el momento de un cambio en el arte de la guerra, casi comparable al gran cambio acontecido en nuestro tiempo, puesto que se tornó posible para los que poseían la nueva artillería pesada —y los señores menos poderosos no podían tenerla— dominar en absoluto. Fueron barridos los últimos vestigios del feudalismo muerto; los castillos ya no siguieron siendo independientes. Es cierto que este cambio, en particular el cambio en el arte bélico, fué lento en madurar, y los hombres apenas alcanzaron a comprender su significado en el siglo siguiente, después del 1500; pero estaba ahí, presente, y algunos pocos ya lo habían comprendido, sobre todo los reyes de Francia.

El hombre nacido, como he dicho, al iniciarse este nuevo período —digamos alrededor de 1430—, oiría hablar del viaje de Colón sólo después de cumplir los sesenta años. Como es de imaginar, podría haber sabido, en su extrema vejez, que, en las fronteras de la cristiandad, un polaco había hecho revivir el antiguo, y durante mucho tiempo olvidado, sistema pitagórico del universo, y había sugerido el movimiento de la Tierra sobre su eje y alrededor del Sol; pero no habría vivido lo suficiente para ver en forma de libro la obra de Copérnico.

Entretanto, continuaba creciendo a su alrededor el brote cada día más vigoroso de ese "humanismo" que surgió del estudio de la antigüedad. Como todas las mentalidades más fuertes de esa época, se habría sentido lleno de un creciente desdén por el pasado medie-

val; tal vez hasta habría tenido la seguridad de algún glorioso futuro reservado a la inteligencia humana; el presente era, por cierto para muchos, lo bastante glorioso, gracias a la nueva sabiduría recientemente adquirida.

Esta enorme expansión de la experiencia, la emoción y el conocimiento, creaban en la mente de los hombres una perturbación (que en los cerebros más vigorosos era una agradable perturbación) rayana, en algunos de sus aspectos, con la anarquía. El difunto lord Salisbury, que ha dicho tantas cosas ciertas y profundas, se refirió hace unos treinta años a un efecto análogo en la actualidad, diciendo que nuestra súbita expansión del conocimiento de las ciencias físicas había sacudido los *standards* de moral populares y tradicionales, y era culpable de nuestras rebeliones modernas.

Sin embargo, ese período anterior a la Reforma no engendró inmediatamente herejías. Por el contrario, era un período en el cual los hombres estaban cansados de herejías. El movimiento Lollard en Inglaterra se volvió insignificante; el movimiento de los husitas en Bohemia se convirtió nada más que en resentimiento local.

Este nuevo estado de ánimo produjo, eso sí, considerable escepticismo, que más que en declaraciones definidas se hizo evidente en la burla y el epigrama. La sabiduría antigua (especialmente la griega) se hallaba en pugna con la fe cristiana, y el orgullo de este nuevo, exaltado, "humanismo", iba aparejado con el escarnio de la leyenda y la verdad dogmática; y como el examen crítico de la leyenda seguía efectuándose en forma acelerada, envuelta en la decadencia de la leyenda, la doctrina tambaleaba.

Era el período en el cual, por ejemplo, la donación de Constantino (que fué considerada durante mucho tiempo como origen de la monarquía temporal del Papa) y los falsos cánones de Mercator (algunos de los cuales apoyaban determinadas evoluciones del poder papal), al ser examinados nuevamente, eran rechazados cada vez más. Era el período en el cual una inmensa masa de lo apócrifo o semiapócrifo de la tradición, al ser investigada a fondo, fué desacreditada en demasía, como ahora lo sabemos. Porque los grandes estudiosos de este "humanismo" no tenían paciencia para descubrir la verdad recóndita de las leyendas, ni siquiera de la más fantástica. Ha sido necesario un mayor adelanto en el saber para enseñar a los hombres que los cuentos más estrafalarios de las vidas de santos o los relatos de altar están frecuentemente basados en algún acontecimiento histórico real, y constituyen casi siempre útiles comprobaciones. Al mismo tiempo, se había efectuado tardíamente un nuevo examen del texto de la Escritura, y, en vísperas de la Reforma, los libros hebreos, no sólo el Viejo Testamento, sino también el Talmud, eran familiares a muchos, como lo eran los argumentos judíos contra la fe. En cuanto al Testamento Griego, era la prueba máxima de erudición y se lo sabía de memoria.

Existía otro elemento de perturbación en esa época tumultuosa. Los turcos habían iniciado su avance triunfal y desastroso hacia el occidente. Tomando guarnición tras guarnición, anularon el control cristiano del Mediterráneo Oriental, irrumpieron en la península balcánica (sólo Albania pudo resistirles), Grecia cayó, y, cuando un testigo como el que yo estoy describiendo hubiera cumplido sus veintitrés años, sobrevino el choque en Constantinopla, la captura de esa ciudad por los turcos y el fin de la tradición romana del Imperio, después de una continuidad de mil quinientos años de existencia.

Bajo la presión de todas estas fuerzas se puso lamentablemente de manifiesto uno de sus efectos: la moral europea sufría un momentáneo quebranto.

En medio de semejante confusión, aquello que de-

bería haber servido para moderar por la autoridad y para reformar por el ejemplo, el Papado, falló en el cumplimiento de su parte.

Conjuntamente con el debilitamiento de la autoridad papal se desarrolló en la religión, durante este siglo y medio entre la peste negra y la primera protesta de Lutero, un proceso cuyo carácter es absolutamente esencial que captemos, si queremos comprender cómo aconteció la Reforma. Ese proceso es difícil de definir, porque era sutil; porque no aparecía en el nombre de las cosas (y los hombres habitualmente juzgan por el nombre de las cosas), y porque los contemporáneos sólo lo sentían en forma de cierto malestar cuya naturaleza no reconocían plenamente.

Denominaré a ese proceso "una cristalización de la Religión". Mediante esos términos quiero significar una especie de endurecimiento de lo que había sido elástico y flúido, una exageración de la rutina y de las reglas precisas, en oposición a la latitud del movimiento; un crecimiento de la letra contra el espíritu; una preponderancia, en el organismo viviente, de la armazón, en contraposición con su carne y su sangre.

Los enemigos de la verdad católica han empleado, para definir este proceso que atribuló a la Iglesia durante el final de la Edad Media, el término de "fosilización".

Por supuesto que rechazo rotundamente tal definición. No es sólo exagerada, es falsa. La vida de la Iglesia continuaba vigorosa y sagrada; produjo grandes santos; su gobierno nunca dejó de prestar ayuda a las necesidades del hombre; Europa vivió una verdadera vida católica y estaba sana. Pero lo que puede llamarse su vida oficial se endureció desmesuradamente. A ello, por fuerza, iba unida una persistencia en los abusos. Nunca podremos obtener, ni siquiera en esa institución que es la suprema esperanza de la humanidad, la estabilidad del bien, debido a que la naturaleza del hombre ha caído; las doctrinas, lo sagrado, el supremo valor espiritual de la Iglesia Católica, permanecen, pero su maquinaria política debe estar sujeta a constante renovación. Todo lo que dificulte la atención y el reajuste incesantes tiende a debilitar el organismo.

Del mismo modo que el término "fosilización" es completamente falso, más falso aún es el término "vejez". La Edad Media envejeció, pero la Iglesia no envejeció. Lo que la hizo sufrir, al envejecer la sociedad en la cual vivió, fueron ciertas limitaciones de las que, en su debido momento, se vió libre; y nunca la vida de la Iglesia, ni en sus actividades humanas, llegó a adquirir vigor más espléndido que después de haber sido lanzado, y de haber estado tan cerca del éxito el desafío decisivo de la Reforma.

Pero se produjo un atraso fatal en el comienzo de la Reforma, y la firme persistencia del abuso, a través de la rutina sin corregir y los intereses creados, se mantuvo durante tanto tiempo después del primer estallido de protesta universal, que la indignación tuvo tiempo de alejar de la fe a toda una generación.

Como ejemplo de esta cristalización tomemos la trama compleja de las finanzas eclesiásticas. La vieja simplicidad en este renglón había desaparecido. Se imponían tributos por simple precedente, aunque las causas de tal precedente hubieran desaparecido. Continuaban en vigencia gravámenes que habían sido necesarios cuando la Iglesia luchaba por su existencia contra el poder laico, pero que ya, algunos por lo menos, no lo eran. O tomemos también como ejemplo abusos como el de la acumulación de cargos. En las épocas anteriores —por ejemplo, en Inglaterra después de la conquista—, el hecho de que un hombre ocupara dos cargos eclesiásticos a la vez, aunque ocasionalmente solía ocurrir, no se toleraba. Se lo consideraba un escándalo y un

ultraje. Al final de la Edad Media fué aceptado; aunque denunciado y escandaloso, pero aceptado.[1]

Junto a esta cristalización, este endurecimiento de la acción oficial, se desarrollaba un mal paralelo (y mucho más grave) entre los laicos, a saber: la confianza en las formas exteriores de la religión en detrimento de la vida espiritual.

Los apologistas de la rebelión contra la unidad recalcan especialmente este punto. La Reforma, opinan, fué esencialmente un llamado a la religión personal. El hombre, nos dicen, había dejado de adorar a Dios en espíritu y en verdad; y el clero era el culpable. El llamamiento al alma dormida tenía que proceder de los rebeldes, porque en las filas regulares nadie lo iba a lanzar. Ese llamado amenazaba los intereses creados en altares y reliquias y fiestas y oficios. Por consiguiente, sus autores fueron tratados como enemigos, y de ahí el quebranto de la cristiandad.

Limitarse a recalcar este punto es dar una visión histórica absolutamente falsa. La rebelión ardía también en odio contra la común, la antigua, heredada religión de los cristianos. Vomitaba insultos abominables contra la Eucaristía, los Santos, la Madre de Dios. Estaba alimentada, además, por una furia general contra la disciplina. Apoyaba activamente y era aliada del robo por mayor de la propiedad comunal, cometido por los ricos. Aborrecía la belleza. Sentía todo el anhelo frenético de destrucción. Alentaba todo cuanto hay de más vil en el hombre: al anarquista, al iconoclasta.

Pero no puede comprenderse el cataclismo si no se acepta esa reacción en favor de la religión personal

1 León X, Papa reinante durante el estallido de la gran rebelión contra la fe, había sido elevado a cardenal a los catorce años, tenía en su juventud canonjías en tres capítulos, seis rectorías, un priorato, una dignidad de chantre, un prebostazgo y ¡dieciséis abadías!

como una de sus causas capitales. Se hallaba presente en todas partes y su efecto era de los más poderosos.

"No habéis rezado —se les decía a los hombres—. Sólo recitabais rápidamente palabras. No os habéis arrepentido, sólo confiabais en una forma de absolución. No habéis adorado, sólo cumplíais un ritual. Habéis abandonado a Dios por sus criaturas, y una necesidad adormecida dentro de vosotros se ha muerto de hambre. Despertad y comed." De todos lados respondían las multitudes. El llamado tenía acentos de sinceridad. Aquí estaba, en ese nuevo y violento entusiasmo, el elemento de realidad; elemento sin el cual la falsedad es impotente. Aquí estaba esa medida del bien, sin la cual el mal no tiene efecto.

Por último, vuelvo a uno de los orígenes principales de esta crisis llamada la Reforma, tal vez su suprema causa material: la peste negra.

Al promediar el siglo XIV (1348-50) la peste negra irrumpió a través de la estructura viviente de la cristiandad como una horrible arma que traspasara la carne y el organismo de un hombre. En dos años, mató tal vez a una mitad, y seguramente a más de un tercio de la Europa occidental. Arruinó la vieja, robusta estructura del feudalismo. En todas partes rebajó el potencial de vida en número, en vigor y en capacidad productiva. En algunos lugares, comunidades monásticas enteras fueron aniquiladas, y en otros murieron el obispo y todo su capítulo. Para dar un ejemplo concreto, la Universidad de Oxford, una institución esencialmente clerical, en el corazón mismo de la vida eclesiástica inglesa, se redujo a un tercio de su antigua cifra, y ahí quedó. Para ofrecer otro ejemplo más: el monasterio de St. Albans, una de las grandes instituciones monásticas típicas del oeste, disminuyó también y se redujo a la mitad de lo que era. Lo mismo, aproximadamente, ocurrió en la mayoría de los grandes conventos de toda Europa. Algunos, más tarde, aumenta-

ron el número de sus miembros y recibieron más dotes. Pero la institución monástica, como todas las otras instituciones de Europa, se vió herida en lo vital, y el efecto del golpe se sintió a través de generaciones.

Este castigo del cielo disminuyó tristemente el nivel de cultura del clero, en especial aquí, en Inglaterra. Ese nivel había sido ampliamente recobrado y, antes de producirse la Reforma, había adquirido la nueva vida del estudio clásico restablecido. No obstante, el efecto del golpe se sintió también aquí, y en forma duradera.

Al mismo tiempo, la peste negra acentuaba las peculiaridades de las distintas provincias de la cristiandad, de manera curiosa e inesperada.

Antes de la peste, la unidad externa de la cristiandad se mantenía no sólo por la doctrina común y su consiguiente civilización, sino también mediante un sector muy grande de personas dirigentes que podría llamarse, en términos modernos, "cosmopolita". A través de todo el oeste, aunque en grados diferentes, se casaban entre ellos; se veían continuamente con motivo de las cruzadas, en los grandes concilios, hasta en las guerras. Una parte muy numerosa –la mayoría que significaba algo en Francia, y todo lo que significaba algo en Inglaterra–, poseía un lenguaje bastante general que este sector utilizaba habitualmente. Un señor de Northumberland era, en idioma y en acento, mucho más parecido a un señor de Burdeos que lo que puede parecerse un inglés culto de hoy a un norteamericano culto. Aun en las partes donde no era familiar esta ubicuidad del idioma francés de la clase alta (en el Rin y más allá, en España y en Italia) existía un ir y venir que fusionaba al sector viajero de Europa; y ese sector viajero significaba, en esos días, no sólo la clase superior, sino mucho más que eso: los funcionarios, los soldados aventureros, los estudiosos y una amplia proporción entre los clérigos.

Ahora bien, la peste negra tuvo, entre un centenar de otras consecuencias, la de separar el lenguaje local y la costumbre entre provincia y provincia. Todo esto iba unido estrechamente a un desarrollo del sentimiento nacional. La lenta división de una Europa unida, en naciones separadas, hubiera ocurrido de todas maneras, pero la peste negra aceleró el proceso. Convirtió a Inglaterra (dentro de los setenta años de su aparición) en un país donde sólo se hablaba el inglés, o por lo menos un país en el que sólo la corte y algunos pocos entre los grandes hombres pensaban en francés. Convirtió a los eslavos de Bohemia en un bloque opuesto, con mucha más conciencia, a los alemanes. En todas partes tuvo el efecto de lo que algunos llaman hoy "particularismo", ahondando las grietas entre las distintas divisiones de los cristianos.

Por supuesto que el mal no había avanzado tanto como en la actualidad, en que hasta el uso común del latín ha desaparecido. Sin embargo, había ya en el 1400 una diferencia muy marcada entre nación y nación, y esa diferencia seguía acrecentándose.

Este sentimiento local era la causa principal de las rebeliones eclesiásticas locales y menores, como la de Wycliffe en Inglaterra y de Huss en Bohemia.

Por lo tanto, la mentalidad europea experimentaba en las últimas generaciones de la Edad Media un creciente malestar. Se daba por sentada la unidad. Se daba por sentada la autoridad, que es la condición de la unidad. Pero la unidad en la práctica, la autoridad en la acción, iban perdiendo su base moral.

Si el lector moderno desea un paralelo moderno, existe uno al alcance de la mano. La moral de todos nosotros (con excepción de una pequeña banda de excéntricos) admite los derechos de la propiedad privada. Además estamos todos (salvo unos cuantos maniáticos) apegados a sus formas tradicionales. No nos causa ningún placer presenciar la ruina de las grandes

fortunas; todos creemos que debemos juntarnos para evitar violentas perturbaciones económicas en el Estado. No obstante, como sociedad, nos sentimos llenos de ansiedad y malestar al contemplar el capitalismo industrial moderno. Éste tiene sus defensores oficiales, pero carecen de mucho peso moral. Existe —confuso aunque muy firme— un deseo de reforma tendiente a una mayor justicia.

Esto es un buen paralelo moderno del clamor de la sociedad en el último período medieval. La demanda de una depuración de la Iglesia se hacía cada día más enérgica. Se hallaba expresada en una fórmula universal: "Una Reforma de la Cabeza y de los Miembros." De la cabeza, porque el escándalo del cisma papal se hacía intolerable; de los miembros, debido al descontento laico por las formas que adoptaba el clero para acumular ingresos. Para citar un solo ejemplo entre ciento, existía amargo y creciente descontento a causa de los derechos de entierro, con frecuencia exagerados y estrictamente destinados a determinadas corporaciones.

Tal fué en consecuencia el proceso general que condujo a la última etapa de una cristiandad unida, la última mitad o dos tercios del siglo XV. En la superficie, este período final parecía de más unión y concordancia que las logradas en las dos generaciones precedentes, pero debajo de esa superficie actuaban poderosas fuerzas quebrantadoras; la Corte Pontificia se convertía en un principado italiano; el escepticismo se extendía rápidamente, y empezaba a aparecer, no en la sociedad, sino dentro de una cantidad de mentalidades individuales, una especie de anarquía moral causada por la expansión demasiado repentina del mundo.

Hemos llegado ahora al período que precede inmediatamente al cataclismo; el período durante el cual se acumularon las fuerzas que produjeron la gran explosión. En vista de que esa explosión fué dirigida principalmente contra el Papado, terminaremos por considerar cuál era la situación de dicha institución en ese largo período final, antes de ser desafiada en forma tan repentina.

Es una verdad que la condición en que se hallaba el Papado durante los setenta años que median entre 1447 (elección de Nicolás V) y 1517 (época en que Lutero publicó su famosa Protesta), fué una de las causas principales del cataclismo religioso de occidente. Lo que no es verdad, y lo que da una idea absolutamente falsa de la historia, es presentar esa condición como exclusivamente compuesta de escándalo, corrupción y enormidad.

La condición en que se hallaba el Papado en ese período anterior a la Reforma tuvo efectos malignos, provocados por diversos factores negativos y positivos. Negativos: es decir, causados no por la acción de los Papas, sino surgidos a pesar de ellos. Positivos: es decir, causados por la acción de los mismos Papas. De estos factores, los negativos eran los más importantes. De los positivos, es decir, de los causados por la acción de los mismos Papas, la presencia del escándalo, hasta del excesivo escándalo ocasional, era sólo uno de entre ellos cuyo verdadero valor estimaré más adelante.

Las dos partes concurrentes, en el gran debate que dura desde el principio del siglo XVI, han tenido a exagerar, por motivos muy diferentes, el mal estado del Papado en esa época. Los católicos, que han mantenido las tradiciones de Europa y que han seguido sosteniendo que el Papado es la suprema institución de nuestra civilización, se han sentido escandalizados, como no se sentían escandalizados los contemporáneos por la Corte Pontificia de la época. El desastre de la desunión y de la rebelión triunfadora puso sobre el tapete a los culpables. Durante siglos hemos vivido en el ambiente de un Papado políticamente débil, pero moralmente

respetado. Cuando los católicos de hoy leen la historia de los Pontífices que actuaban como los dirigentes civiles de su época (hasta en lo referente a sus crímenes, y sin duda alguna en lo que concierne a sus buenas cualidades temporales), viviendo como príncipes lujosos y políticos internacionales, sienten que no está de acuerdo con lo que consideran el ideal moral de un ministerio cuya antigua fuerza temporal nunca han experimentado.

En el sector anticatólico es tendencia natural e inevitable presentar con dramático énfasis los muchos errores, los pocos crímenes, el descenso general del nivel debido, que en ese momento caracterizaban a la Corte Pontificia y su poderío. Para semejante énfasis hay materia de sobra, y lo asombroso es que especialmente los historiadores anticatólicos modernos hayan mostrado tanta frialdad de juicio y de moderación en el asunto, tal vez para atenuar la actitud tan poco histórica de sus predecesores.

Sin embargo, para los contemporáneos del siglo XV y principios del XVI, el escándalo del Papado no consistía tanto en el lujo, y menos aún en la riqueza y despliegue de los Papas, cuanto en el fracaso de su universalidad.

Lo que hizo daño al Papado y su poder en la generación anterior a la Reforma fué, sobre todo, lo siguiente: que se había convertido en un principado italiano.

Se hallaba asegurado contra la violencia como nunca lo había estado en toda su larga historia. Los Papas eran monarcas de Roma y de los Estados Pontificios, que cobraban grandes impuestos, enriqueciendo espléndidamente la capital y ciudades provinciales con monumentos y adornos, dominando ejércitos (pero ejércitos locales) como nunca lo habían hecho antes. Empero, si hubo alguna vez un momento en que la salvación de Europa dependía de que el Papado fuera general antes que particular, europeo antes que provincial, ése era el momento.

De eso no se puede culpar individualmente a los

Papas. La situación había sido provocada por efectos del Gran Cisma y del agotamiento que le sucedió. Tal vez si un hombre de mucho vigor y mucha santidad combinados hubiera sido elegido para la sucesión entre Nicolás V (1447) y León X (1513) —un hombre como fué, más tarde, San Pío V— hubiera resurgido la vieja universalidad; pero tal hombre no apareció.

Examinemos más de cerca el asunto. En esta serie hay diez Papas, uno de ellos un fantasma que duró sólo veinticinco días: Pío III. Fueron nueve los que contaron.

Ahora bien, de estos nueve debemos formarnos una idea clara, libre de leyenda. Nicolás V, primero de los Papas indiscutidos, no perseguidos y absolutamente monárquicos, era tan instruído y culto como piadoso. El siguiente, Calixto III, español, era un hombre lleno de espíritu de mortificación, como puede serlo un individuo de espíritu católico. (Ambos llegaron al trono pontificio en la edad madura, el primero a los cuarenta y el segundo a los sesenta y siete años). Pío II, aunque mancillado por una juventud ligera e irresponsable, durante la cual tuvo hijos ilegítimos, llegó a una madurez sensata y fué uno de los grandes eruditos de la historia (Eneas Sylvio). Fué elegido Papa cuando su carácter había adquirido madurez y equilibrio (contaba cincuenta y tres años de edad) y era, con justicia, respetado. Trabajó duramente por unir a Europa contra los conquistadores turcos. Su sucesor, Pablo II, era mundano, pero durante su Papado no dió motivo de ofensa moral grave. A su sucesor Sixto IV, hombre de origen humilde, no se le puede atribuir, en política, una actuación distinta de la que hubiera tenido cualquier príncipe civil de la época, pero su acción era totalmente mundana y durante su reinado sobrevino el primer escándalo grave: la conspiración contra Florencia de su sobrino el cardenal Riario.

La situación de Inocencio VIII, el siguiente en orden

de sucesión, era peor, debido a la presencia de su familia ilegítima, que había tenido antes de ordenarse, pero que protegía y consideraba, por decirlo así, como cosa natural. Por último, en 1492, cuando los hombres que alcanzarían la madurez al estallar la Reforma tenían suficiente edad para recibir las impresiones duraderas de la juventud, Alejandro VI asumió el poder papal, y su reinado —1492-1503— causó todo el mal posible.

La erudición moderna ha amortiguado un poco las más monstruosas de las leyendas que en una época rodeaban su nombre, pero los intentos modernos para disculparlo han fallado. Su carrera, aunque sólo hubiera sido un noble italiano laico de la época, escandalizaría al que la narrara. Para un Papa era trágico. Pero aun así conviene tener presente lo mucho que hay en su favor.

Pese a que fué elegido por su riqueza y probablemente mediante el soborno (sólo por el simple requisito de dos tercios de mayoría; por un voto: el suyo) era, desde el punto de vista político, un excelente candidato. Había sido canciller, y administrado los Estados Pontificios durante treinta y cinco años; era un gobernador político de primer orden de la ciudad de Roma. Servía al comercio amparando a los judíos, de quienes era una especie de protector. Administraba enérgicamente la justicia. Se ocupaba con aplicación de los detalles administrativos, y todo lo peor de su reinado fué obra de su abominable hijo ilegítimo César, que no poseía más virtud que la del valor.

Otros Papas del Renacimiento tuvieron hijos. Pero César Borgia había nacido cuando Alejandro era sacerdote, y nada menos que cardenal. Alejandro no profesaba el menor respeto por lo sagrado de su investidura. Y si puede decirse eso del sacerdote máximo de la cristiandad, en un momento en que ésta se hallaba en peligro, se ha dicho lo peor. Pesándolo todo en la balanza, Alejandro VI era una fuente de terrible escándalo para la Iglesia, y su vida y carácter sacudieron y

agrietaron el edificio del prestigio papal. Sólo reinó once años. Pero el efecto de esos once años fué lamentable y permanente. Se siente aún hoy. Sin embargo, el escándalo no fué la causa más grave, no fué lo que debilitó el ministerio del cual abusaba de ese modo Alejandro VI; lo peor fué el carácter dinástico de todo el asunto.

Murió antes que estallara la tormenta. Su sucesor, Julio II, hombre de sesenta años, no dió motivo de escándalo, pero era un militante decidido a ejecutar un programa político por medio de las armas, incluyendo en él la liberación de Italia de la influencia francesa. También él murió antes de estallar la tormenta. Su sucesor, León X, también mundano, magnífico, hijo del soberano de Florencia, activo inspirador del gran arte y tan generoso como culto, pertenecía, ciertamente, a la clase de hombres que hubieran afianzado a la Santa Sede en épocas normales. No era un escéptico, como lo representó más tarde una leyenda tonta. Era casto. Poseía una elevada idea de su deber en todas las cuestiones políticas, e idea suficiente de su deber en las espirituales; pero no tenía el menor concepto del peligro que se le venía encima.

Por consiguiente, en tanto que sólo uno de estos nueve hombres era personalmente imposible, que sólo cuatro de los nueve habían vivido escandalosamente en el pasado y sólo cuatro sufrido del escándalo de los otros debido a su estrecha vinculación; aunque la mayoría eran piadosos, aunque casi todos ellos eran eruditos, y todos, sin excepción, activos promotores de todo cuanto a su alrededor acrecentaba la civilización —y particularmente de las artes—, lo vital en ellos, especialmente a sus propios ojos, no era tanto su condición de Pastores Universales cuanto la de Príncipes de Roma. Y a esto iba unido un espíritu dinástico de parentesco, absolutamente impropio de la jerarquía de la Iglesia Católica, pero que tantas veces ha menoscabado su dignidad.

Todos estos Papas, sin excepción, habían llegado a su alta investidura después del aprendizaje de la intriga de la política internacional italiana; en su mayoría habían pasado años, los primeros, en abrirse paso a través de los reclamados derechos antagónicos del Gran Cisma, y los últimos en los enredos políticos de Roma. En cuanto a nepotismo, la serie es tremenda.

Pablo II era sobrino de Eugenio IV; Alejandro VI era sobrino del sobrio y respetado Calixto III; Julio II era sobrino de Sixto IV. Todos estos Papas, buenos y malos, consideraban a sus familias como las consideran los soberanos laicos, y los tres que antes de ascender tenían hijos ilegítimos, Pío II, Inocencio VIII y Alejandro VI (el primero, sin embargo, antes de su ordenación), otorgaron a sus familias innumerables favores. Todos ellos multiplicaban sus cargos y recibían cuantiosas rentas de numerosas sedes y otros beneficios; y los que mejoraban a sus parientes jóvenes, lo hacían dándoles la más desvergonzada pluralidad de cargos. Desvergonzada es hoy a nuestros ojos, y desvergonzada hubiera parecido en los viejos y más puros días de la Iglesia; no obstante, en esa época era considerada como cosa bastante normal en la jerarquía.

He hablado de fuerzas negativas —es decir, fuerzas que los Papas no podían dominar— que más que las positivas hacían peligrar al Papado. La principal de éstas fué el fracaso de los pontífices, aunque no por culpa de ellos, al no cumplir, en su calidad de jefes de la cristiandad, con la gran tarea propia de la época: la de convocar al poder militar de Europa contra el avance de los turcos.

He dicho que si fracasaron no fué por culpa de ellos. Era la mayor de las tareas que tenían que cumplir y la acometieron vigorosamente. Mucho antes de la caída de Constantinopla, Nicolás V insistió enérgicamente para que fuera emprendida una cruzada. Los príncipes cristianos no quisieron oírle. Calixto III, su sucesor (el

primer Borgia, español), hizo lo mismo durante sus tres cortos años de Pontificado. Pero nadie quiso entrar en acción. Pío II, el siguiente en orden de sucesión, sacrificó su vida por esa causa. Puesto que ningún príncipe laico quería tomar la iniciativa, él mismo se puso a la cabeza de un ejército; pero murió en el puerto de Ancona al iniciar su empresa. Pablo II, mundano como era, y aunque había asumido el Pontificado porque era sobrino de un Papa, pasó los siete años de su ministerio insistiendo siempre en la necesidad de una cruzada que nadie quiso emprender. Sixto IV mantuvo el mismo incesante esfuerzo. Nadie le prestó atención. Inocencio VIII, que mancillaba su posición con las ventajas otorgadas a sus hijos ilegítimos, sostenía, sin embargo, con ardiente celo, la urgencia de dicha cruzada, que era el más necesario de todos sus deberes.

En su momentánea decadencia y grave caída espiritual, no fué culpa del Papado si no tuvo éxito la mayor tarea externa que se le planteaba: salvar nuestra civilización del ataque armado. El fracaso se debió a esos príncipes cristianos nacidos en los últimos años de la civilización medieval, o mejor dicho, durante su agonía. No podían o no querían ver el peligro en que estábamos todos; además, no les importaba. Más tarde, cuando se apoderaron de las tierras de la Iglesia, no advirtieron los resultados de su propia avaricia. Pero anteriormente, cuando se negaron a unirse contra el mahometano, tampoco advirtieron los resultados de su avaricia y ambición personal.

Sólo setenta años después de estallar la rebelión religiosa de occidente y en medio mismo del tumulto, pudo salvarse el Mediterráneo occidental en Lepanto; y el último gran avance mahometano contra occidente, que tan próximo estuvo de conquistar para los turcos el valle del Danubio y que podía haberlos llevado hasta el Rin, fué efectuado hace muy poco más de doscientos años.

La corrupción de la moral en el clero iba unida a la seguridad y la rutina. No era universal, pero la tolerancia acordada era casi universal, y en eso estribaba, precisamente, el peligro. Porque cuando una institución se halla amenazada de corrupción interna, esa corrupción puede no estar muy propagada, puede hasta limitarse a unos pocos sectores contaminados. El peligro está, en general, como ocurre con el cuerpo humano, no tanto en la presencia del mal, como en descuidarlo.

Leyendo obras contemporáneos anteriores, no posteriores, al saqueo de la Iglesia (lo que han dicho sobre los regulares y los seculares quienes más tarde se dedicaron a robarles puede descartarse por carecer de todo valor) se hallarán suficientes pruebas de que el mal existía y que era considerable, aunque sólo se presentase en forma de focos aislados.

A los hombres de la época, el escándalo de la multiplicidad de cargos y de extrema mundanalidad les parecía, probablemente, lo peor de todo. A los hombres de nuestra época, el desprecio del celibato y hasta de las reglas comunes de moral sexual les parece lo peor de todo. Pero el efecto de ambas cosas fué rotundo.

La condición de los laicos pudientes era mucho peor y, sobre todo, como ya lo he dicho, en punto a avaricia. La historia total de toda esa clase a través de Europa en esa época de activos descubrimientos, de expansión y de gloria, fué una historia de avaricia. No había cosa que un hombre no llegara a hacer con tal de adquirir riquezas, violenta y rápidamente. Carecían, claro está, de la enfermedad *doctrinal* de nuestro tiempo; no creían que sus vicios eran virtudes, ni llamaban heroica, como nosotros, la rápida obtención de una fortuna. En ese sentido, el conocimiento del mal y del bien seguía intacto; pero la práctica se hallaba en ruinas.

Al mismo tiempo, el gobierno civil era más poderoso que nunca; y por añadidura, debido a los adelantos modernos, el gobierno se tornaba cada vez más costoso.

La codicia de los príncipes era insaciable. Al alcance de apetitos tan ávidos y poco escrupulosos estaba la inmensa riqueza de la Iglesia, obtenida mediante rentas e impuestos, nada populares muchos de ellos, detestados algunos, y que gravaban principalmente al pueblo. La situación tentaba irresistiblemente a los poderosos, incitándolos a atacar los bienes de la Iglesia.

Pero el último factor, el odio a la fe, aunque numéricamente inferior, era mucho más intenso que los otros y tenía la calidad de un fermento que, una vez puesto en acción, podía rápidamente infectar a toda la sociedad.

Es menester recordar que ese odio ha estado siempre presente. La mayoría de los católicos y todos los convertidos saben bien que sigue presente hoy, aun cuando aquellos que están del lado de afuera (los que escriben nuestra historia oficial) no den importancia a la presencia de este odio sino cuando lo ven agitado por la oposición.

Tal odio es natural e inevitable. Toda energía polariza, y la Iglesia Católica es la más poderosa fuente de energía de la tierra. Provoca un polo opuesto. Más aún, en todas partes se halla la Iglesia en discusión con el hombre tal cual es, restringiéndolo siempre y, en algún momento de la vida de casi todo ser humano, está en violenta oposición contra su orgullo, su ambición o su deseo. Por encima de todo, y como causa de provocación aun más poderosa, está el título, que tiene la Iglesia, de autoridad absoluta y dominio moral universal: *esto* enfurece.

Es indudable que esta fuerza de odio se limitaba relativamente a unos pocos en Europa, *antes* que la barrera defensiva de la organización de la Iglesia se derrumbara; pero los acontecimientos iban a probar que se hallaba *potencialmente* presente en un número grande de personas y que podía propagarse como un incendio a través de zonas enteras. La nota más saliente, por cierto, en las palabras y hechos que siguieron a la catás-

trofe, es esta intensa, algunas veces insensata, pasión contra la fe.

Si los hombres leyeran solamente los originales, en lugar de leer insípidos libros modernos que tratan de ellos, y si se concentraran en las abominaciones que se practicaban contra el hombre y sus obras, contra la belleza en todas sus formas, durante ese delirio de odio, comprenderían. La vituperación, una vez desatada y libre en su expresión, escupía su ira contra todas las cosas católicas, y particularmente contra los Sacramentos y el Sagrado Sacrificio de la Misa, como también contra los principales ministros de la Iglesia. Mucho antes que se suscitara una respuesta, el veneno había excedido en mucho todo lo conocido hasta entonces en materia de extravagancias de la controversia humana. No existe duda alguna del carácter de lo que enfrentamos cuando se leen esas maldiciones y esos insultos.

Ese odio, repito, era entre todas las fuerzas que actuaban la que trabajaba con el voltaje más alto. Esta fuerza fué la que impulsó a las demás cuando la ruptura de las ligaduras que la reprimían le dejó libre juego.

Ésa era, por lo tanto, la situación: una abrumadora acumulación de presión detrás del dique y una amenaza de catástrofe suspendida en el aire. Sin embargo, nadie la advertía. La primera brecha se abrió en un pueblo sin mucha importancia, debido a la acción de un hombre no muy conocido que obraba sin la intención de producir el efecto que produjo. A lo sumo, sólo se advirtió al principio, una gotera; ésta, en rápidos saltos sucesivos, se convirtió en un río, un torrente, una inundación.

Metros, luego kilómetros de la muralla terrestre se desmoronaron, arrastrados por el torbellino de las aguas, dejando libre paso al mar.

III

LA INUNDACIÓN

Al llegar los primeros años del siglo XVI, todo, desde tiempo atrás, estaba preparado para una conmoción. Las fuerzas del descontento y la indignación presionaban las defensas de la unidad cristiana y el orden social creado por ella, y se agolpaba hasta el punto de desbordar, y más aún. El dique sólo necesitaba una pequeña brecha para que todo se derrumbara.

Esta pequeña brecha podía haberse producido aquí, allí, o en cualquier parte. Se produjo, en realidad, inesperadamente, motivada por un incidente provincial acaecido en el estado germano de Sajonia.

Nadie ignora que la Reforma empezó en el año 1517, cuando Martín Lutero, la víspera del día de Todos los Santos, colgó en la puerta de la iglesia del pueblo de Wittenberg, Alemania, ciertas protestas contra las indulgencias. La tradición considera ese momento como el punto de partida, y está en lo cierto. Carlstadt fué el precursor, pero Lutero inició el baile.

Martín Lutero nació el mismo año que el gran Rabelais (1483), en un hogar modesto; era hijo de un minero o leñador. Aprendió latín, y luego, cuando contaba veintitrés años, entró en un monasterio agustino, influído por una aguda crisis emocional (cuyas causas han sido explicadas de diversos modos). Recibió las órdenes dos años más tarde.

Por alguna razón, que la investigación histórica no ha podido descubrir (existe alrededor de ello una serie de mitos contradictorios), visitó a Roma en 1510 ó 1511: es decir, durante el Pontificado de Julio II. Probable-

mente fué enviado por algún asunto relacionado con su monasterio o su orden.

No existe ninguna prueba *contemporánea* de que la mundanalidad de la corte romana, o de la sociedad clerical de Roma, o los abusos que cometían (había abundancia de abusos), despertaran en él particular indignación o tuvieron un efecto especial sobre su mente. Mucho después, Lutero se explayó sobre el estado escandaloso de la ciudad y sus dirigentes; pero eso formaba parte de la posición adoptada entonces. En la ulterior controversia interpretó su propia exaltación, y la de la plebe que lo inspiraba, como resultado de una experiencia anterior que no tenía nada de extraordinario. Nada había que hubiera podido llamarle la atención como novedad. Toda Europa conocía a esa Roma. Sus males e insuficiencias habían sido tolerados durante largo tiempo.

Por consiguiente, volvió de Roma sin ninguna misión particular contra ella. De vuelta en su país, volvió a ocupar su sitio. Era un predicador notable, hombre de energía excepcional (la que en esos días de su juventud tendía a la introspección y a la morbosidad, cuando no se tornaba explosiva). Aunque lejos de ser un humanista, poseía suficientes conocimientos, especialmente en teología. Le fué confiada la dirección activa del monasterio y también trabajos importantes en la Universidad de Wittenberg. A los treinta y cinco años era ya hombre de cierta importancia local entre los alemanes, aunque nada comparable todavía con lo que fué luego; pero ya se le escuchaba en su localidad. En esa situación, provocó accidentalmente el alud.

Uno de los abusos de la época era el de las indulgencias. No se cometían abusos doctrinales, salvo en las exageraciones y en la retórica, nada ortodoxa a veces, de predicadores individuales en favor de esos abusos.

El dogma de la Iglesia era el mismo de hoy: los méritos de los santos mediante su autoridad pueden sernos

aplicados, no para la remisión del pecado, sino de su castigo, siempre que efectuemos algún saludable acto después del arrepentimiento.

Pero, en la práctica, se cometían detestables abusos. Por una parte existía abuso en el alcance de las indulgencias; por otra una superficial negligencia en lo tocante a su finalidad, y lo peor era la confusión que había entre el dinero que se pagaba como limosna y el que se pagaba en calidad de compra; confusión muy natural y que debería haber despertado en las autoridades excepcional cautela en el ejercicio de la práctica. Lejos de demostrar excepcional cautela, su negligencia permitió el arraigo de la burda superstición de que podía comprarse la liberación del castigo del pecado. Peor aún, nadie al leer las pruebas de aquella época deja de comprobar que masas enteras de hombres habían descendido hasta la aceptación de indulgencias para remisión del pecado, como si fueran una absolución.

Julio II había iniciado la edificación del nuevo templo de San Pedro, personificación en piedra del Papado ulterior, culminación de la Roma monárquica. Entre otros medios de recolectar las grandes sumas requeridas para completar tan espléndida obra, figuraba el otorgamiento de indulgencias cuya condición residía en subscribirse al costo del edificio. Al subir al trono pontificio, León X (1517) siguió con el mismo sistema, y se produjo un último ejemplo vergonzoso, del cual puede culparse en grados distintos al joven arzobispo de Maguncia, Alberto de Brandeburgo, y al mismo León X.

El arzobispo se había endeudado seriamente debido a una transacción indistinguible de la simonía. La Sede Pontificia en *su* necesidad de dinero para la construcción de San Pedro, y Alberto en *su* necesidad de dinero para pagar sus deudas, llegaron a un acuerdo, a "un trato", a fin de realizar lo que hoy llamaríamos una "intensiva" recolección de fondos, otorgando indulgencias dentro

de la jurisdicción del arzobispo. La Santa Sede y él se repartirían las ganancias.

He dicho que había abuso en la extensión de estas indulgencias, en su índole superficial y porque las limosnas dadas para obtener dichas indulgencias eran confusamente consideradas como dinero de compra. También había abuso en el ceremonial del asunto. Eran tales la pompa, la presión oficial y todo el resto, que para el hombre común la cuestión participaba de la naturaleza de una orden para sacarle el dinero. Se sentía también repelido por la exageración según la cual el documento pontificio que otorgaba las indulgencias presentaba la importancia de una cruzada menor.

En toda la cristiandad existía un sentimiento poderosamente contrario a estas indulgencias. En España, uno de los hombres más grandes de la Iglesia de esa época, un hombre que tenía influencia en toda Europa, el cardenal arzobispo de Toledo, jefe de esa Iglesia, prohibió la promulgación de esta clase de indulgencias[1] dentro de su jurisdicción, y no actuaba solo.

Entre los alemanes, el antagonismo hacia las indulgencias estaba acentuado por dos fuerzas, que es muy importante recordar durante toda esta controversia. La primera era la vieja fricción tradicional existente entre el rey alemán como emperador romano y el Papado. La segunda era la nueva fricción que databa de hacía unos setenta años, causada por el hecho de haberse convertido el Papa en príncipe italiano a los ojos de los alemanes. Ya no se le consideraba, como en las viejas épocas medievales, soberano del Rin o del Danubio; ya no se le sentía suficientemente uno con toda la cristiandad, como tampoco la cristiandad germana con el resto.

En consecuencia, las cosas se hallaban preparadas para violentas perturbaciones.

[1] En su forma original, según las había concedido Julio II, la negativa de Jiménez se produjo en 1513.

Cuando Martín Lutero condenó el abuso, actuando sin duda sinceramente y de buena fe y hablando por el núcleo muy numeroso de los que en grados diferentes combatían un pacto corrompido, compuso sus noventa y cinco tesis y las pegó en la puerta de la iglesia del castillo de Wittenberg, no lanzó un desafío nuevo; no fué un acto de guerra: fué sólo uno de los tantos procedimientos normales en la vida de la universidad. Era costumbre que se exhibiesen las tesis en dicha forma a fin de discutirlas, sin que ello implicara, en modo alguno, el compromiso de creer personalmente en la cosa defendida, sino como un acto de ejercicio intelectual; pero en este caso, por supuesto, Lutero estaba personalmente convencido de la posición que había adoptado.

El hecho de que Lutero usara con ese propósito la puerta de una iglesia, tampoco encerraba un significado especial. Cuando un hombre presentaba algún tema destinado a esta clase de debates, lo hacía siempre utilizando esa puerta especial. Hay que advertir otra cosa importante sobre el particular. De las noventa y cinco tesis de Lutero, teólogos eminentes han dicho que casi todas podían defenderse, o por lo menos discutirse, sin peligro para la ortodoxia.

Pero el punto era el siguiente: la acción de Lutero se produjo en un momento de peligrosa inestabilidad, y un salvaje entusiasmo se posesionó no sólo de las gentes del lugar, sino de grandes núcleos del pueblo alemán. Era un entusiasmo confuso, pero su inspiración general era bien clara. Constituía una reacción violenta contra la autoridad de Roma, y a esa rebelión se mezclaban otras rebeldías de toda clase, contra toda clase de cualquier otra autoridad: los comienzos de un gruñido que se convirtió en rugido de los pobres contra los ricos; la primera incitación entre los mismos ricos para saquear las anheladas riquezas de la Iglesia; los primeros horrores de los filibusteros y bandidos que ins-

tigaban a sus compañeros hacia la presa. No era un debate teológico el que había desatado este discutidor de teología, era una revolución; una más en la lista de esas convulsiones de rabia y ataques repentinos que a intervalos se producen en la humanidad.

La inundación crecía, hervía, bullía y subía enormemente. Lutero se encontró de pronto en extraordinaria evidencia, elevado sobre la cresta de una ola cuya magnitud debió de causarle desmesurado asombro.

Toda clase de fuerzas convergentes, como hemos visto, se habían unido para producir esa marea sísmica: el humanismo, el sentimiento racial germano, el eterno odio por la fe, la avaricia de los príncipes, señores y terratenientes locales; en distrito tras distrito la vida relajada del clero, la transformación de la religión en un proceso mecánico, el escándalo dentro de la jerarquía de hombres como el arzobispo de Maguncia (causa inmediata del disturbio), la condición de la Corte Pontificia, el antiguo clamor, más persistente que nunca, sobre la necesidad de la "reforma de la cabeza y los miembros" que muchas de las almas más nobles de Europa y todas las menos equilibradas habían sostenido insistentemente durante más de cien años.

Roma oía las noticias como el rumor de una tormenta grande, pero distante, y al principio no les daba importancia. Se atribuye a León X, el Papa del momento, una frase bastante probable: "que era una simple disputa de monjes". Porque los dominicos poseían el manejo de las indulgencias, y los agustinos (a cuya orden pertenecía Lutero) se sentían ofendidos por ese privilegio.

Pero la verdadera situación fué pronto comprendida. En el verano siguiente –el de 1518– Lutero recibió un llamado de Roma.

Lutero, pues, recibió un llamado de Roma en ese verano de 1518. No acudió, pero es menester advertir cuidadosamente que en ese momento no existía todavía, de su parte, ninguna rebelión; sólo alegó que su

mala salud debería excusarlo de ese viaje y algo más por el estilo. Lejos de dirigirlo, Lutero quedó rezagado en el torrente furioso que sin querer había desatado. Lo temía y no se hallaba preparado para afrontarlo. La autoridad aprovechó esta vacilación del personaje cuyo nombre ya se usaba como etiqueta de la nueva anarquía.

La irritación acumulada en toda la Germania –inclusive los cantones suizos– contra el poder político papal y sus impuestos, aparejada con lo que era ya un vago sentimiento de diferenciación casi nacional, exigían que Lutero fuera confrontado, en el país, con sus opositores. No se deseaba que los resultados se determinasen en una corte lejana, que tantos hombres empezaban a sentir más italiana que universal. La corte romana aceptó tal situación y estaba dispuesta a permitir la realización de un juicio local.

De suerte que Lutero no fué a Roma. Se le disculpó. Se le permitió debatir sus argumentos con Cayetano, uno de los hombres más grandes y sabios de la época, en la Dieta Imperial convocada en Augsburgo.

Constituye una ironía histórica el hecho de que la Dieta convocada en ese año de 1518 tuviera por principal objetivo persuadir al emperador y a los príncipes nórdicos de que combinasen una cruzada contra el islamismo, tan amenazador e inmediato en el este, que en los siete años siguientes ganó una gran victoria que hizo peligrar a todo el occidente. Ésta era, en verdad, la cuestión más importante del momento, pero aquellos hombres no lo advirtieron, y, debido a los acontecimientos ulteriores, la Dieta convocada en Augsburgo se recuerda por lo que entonces parecía asunto de menor cuantía: la controversia de Lutero. Y los historiadores modernos perpetúan esta falsa perspectiva. Dan poca importancia al factor internacional islámico de la época, que era abrumador.

La presión islámica y su éxito fué lo que finalmente

invalidó el poder declinante del emperador sobre las cenizas de las ciudades y dominios germánicos, le hizo imposible actuar contra la disolución de la sociedad y permitió que el quebranto religioso alcanzara toda su extensión.

En la controversia de Augsburgo, Lutero fué ofendido. Sus opositores no lo trataron con rudeza; la rudeza provino de su parte. Pero las cosas se volvieron contra él y se le hizo quedar como tonto. Sometido a un interrogatorio hábil, cometió la torpeza de negar, por ejemplo, la autoridad de un Concilio General, autoridad que era la carta de triunfo para jugarla contra el Papado.

Hacía un año que se había desencadenado la tormenta, pero ni siquiera se había iniciado aún una nueva sociedad. Ningún hombre de entonces podía presumir una próxima desunión final de la cristiandad.

A principios de la primavera del año siguiente, 1519, Lutero afirma aún su catolicismo y dirige en una carta personal los más solemnes juramentos de devoción a la Santa Sede; y su afirmación, no podemos menos que creerlo, era perfectamente sincera. Pero sentía, cada vez con mayor fuerza, crecer la marea bajo sus pies; y la marea lo arrastró.

Una conferencia congregada en Leipzig a mediados del mismo años fué lo que finalmente lo apartó de la unidad, y colocó para siempre su nombre ya famoso a la cabeza de la rebelión. Volvió de esa conferencia amargado contra sus enemigos oficiales y a la vez embargado por un sentimiento de triunfo popular; de todas partes recibía un amplio apoyo proclamado en voz alta.

Este apoyo no era solamente popular. Era también, y tal vez en mayor grado, un apoyo de grandes sectores de las clases dirigentes; apoyo de los humanistas, prontos para luchar en alianza con cualquiera que se opusiera al freno de la tradición y a lo que ellos con-

sideraban el cadáver de la Edad Media envenenando la nueva vida del Renacimiento. Era, sobre todo, el apoyo de los príncipes locales, ~~y debajo de ellos, un enjambre de nobles menores~~. El propio soberano de Lutero, el elector de Sajonia, y una masa de pequeños terratenientes junto con sus hermanos menores, viendo ante sí la independencia y la adquisición de las riquezas de la Iglesia, olían una oportunidad para ellos y sus fortunas en esta protesta, ciega aún y casi universal, y en este levantamiento contra el orden establecido, representado por los títulos y derechos de autoridad del emperador y por la organización y privilegios de la Iglesia.

Es menester destacar que en el breve tiempo transcurrido desde el origen de la controversia —menos de dos años— la defensa de la tradición y de la ortodoxia había quedado empantanada entre la turbulencia y el clamor del momento. No se debió haber permitido que esto ocurriera.

Antes de terminar el año 1519, Lutero había experimentado una revolución en su mentalidad y también en lo relativo a su posición. Se había convertido en violento enemigo de todo el sistema de la Iglesia. Se había aliado, momentáneamente, con todas las formas del descontento. Era el héroe —y feliz de ser el héroe— de una insurrección general. En el año siguiente, 1520, fué expedida la Bula de excomunión —*Exsurge Domine*—, dándole un plazo de sesenta días para someterse. No hubo, por supuesto, sumisión, y desde ese momento se hizo patente para el observador el progreso de la Reforma, que seguía creciendo desde la fecha inicial y relativamente insignificante del 31 de octubre de 1517. En adelante el ataque adquiere mayor vigor y la defensa comienza muy tardíamente a despertarse. También en adelante un nuevo e inevitable elemento aparece en la confusión, el elemento de progresiva negación: la pérdida de la fe.

El cantón suizo-germano de Zurich había iniciado ya

su apoyo al elemento principal. Allí, Zwinglio, un sacerdote suficientemente ortodoxo hasta entonces, que había disfrutado de una dote papal durante muchos meses después del primer paso de Lutero; un hombre que, a diferencia de Lutero, gozaba de alta posición en el mundo de la ciencia, y que con *el apoyo del arzobispo de Constanza* había predicado contra las indulgencias, se convirtió, con mucha mayor claridad y lógica que las demostradas por Lutero, en revolucionario *doctrinal.* Obtuvo lo que fué el primer reconocimiento oficial de nuevas *doctrinas.* Lutero no había abandonado todavía, en forma violenta o definitiva, las doctrinas principales. Esta nueva jugada inminente que iba a efectuar Zwinglio —con más lucidez que Lutero—, fué en seguida asociada a la agitación luterana, debido a la resistencia que ambas presentaban a la autoridad oficial. Naturalmente que Zwinglio, como Lutero, no era creador de su movimiento. Era sólo un síntoma, una señal de la protesta y explosión universales; no era un hacedor. Pero la firme actuación de sus adeptos es significativa.

El gobierno del cantón se apoderó de los bienes de la Iglesia y decretó que los sacerdotes podían casarse. En 1522 Zwinglio había establecido el principio de que la Biblia, interpretada individualmente, era la *única* autoridad de la doctrina. Negó todo misterio en la Eucaristía. En 1525, la misa había sido desterrada de Zurich, y su alejamiento fué precedido por una violenta iconoclasia por parte de los montañeses contra toda la herencia de belleza que, para guiarlos, les habían legado sus antepasados. Dicha belleza estaba relacionada con la iglesia oficial, y había que deshacerse de ella. Ésta fué la primera de las destrucciones bárbaras. A través de más de un siglo la seguirían luego muchas otras, arruinando el arte de Escocia, mutilando horriblemente el de Francia, el Rin y los Países Bajos, convirtiendo nuestra riqueza ancestral en piedra viviente.

Lo que sucedió después en toda la Germania, con su masa disociada de pequeños dominios desorganizados, de ciudades independientes y semiindependientes, masa sometida a un vago poder imperial, fué lo que más se parece a mi comparación: un torrente informe, violento, semejante al que se vuelca de un dique roto.

Inmediatamente después de roto el dique, las tres principales características de la inundación, en toda la Germania, fueron las siguientes:

Primera, el punto tratado en una página anterior, según el cual la fuerza motriz era, en esencia, anticlerical. Una fuerza impersonal, una turba dirigida por fuentes muy diversas (pequeños y grandes nobles, gente común, burgueses obligados por el clero a pagar demasiados impuestos, muchos monjes descontentos y sacerdotes sin verdadera vocación) unía sus fuerzas contra el organismo del *clero,* con el Papado por cabeza y símbolo de ese clero; es decir, un orden diferenciado dentro de la sociedad, privilegiado, rico y poseedor de poderes sacramentales.

Todo cuanto acontece durante los primeros movimientos luteranos gira sobre esta reacción contra el poder *clerical.* Contra doctrinas y costumbres de toda clase, unidas entre sí sólo por el hecho de que favorecían el poder clerical: confesión, consagración, gracias, limosna, y con ella "buenas acciones"..., especialmente limosnas para los muertos, que el clero podía transferir en forma particularmente valiosa por medio de misas.

Cualquier ritual o doctrina que los reformistas hayan conservado (las doctrinas de la Encarnación y Redención, la oración colectiva en las iglesias, la inmortalidad, la mera práctica de la Eucaristía despojada de su calidad trascendental, la autoridad de las escrituras), se conserva debido a que tienen en común lo siguien-

te: que los laicos pueden continuar tales prácticas y mantener tales doctrinas sin necesidad de un clero.

El movimiento no era racionalista. Para el racionalista, la idea de que un oscuro campesino sirio sea el Creador Todopoderoso de todas las cosas es mucho más absurda que cualquier rito misterioso. No obstante, para esos millares de rebeldes, la divinidad de Cristo permaneció indiscutida.

Como se sabe, las doctrinas católicas que aún conservaban —especialmente la doctrina básica de la Encarnación—, desaparecerían también más tarde. Hoy, fuera de la Iglesia Católica, la influencia de dichas doctrinas sobre los hombres modernos es insignificante; pero a los hombres de aquella época ni se les ocurría pensar todavía que podían perderlas. De lo que deseaban deshacerse era del derecho sacerdotal, y estaban apasionadamente en su contra debido al abuso sacerdotal.

Para explicar esa pasión conviene recordar que el clero no era sólo un cuerpo investido de una autoridad que uno podía aceptar o rehusar libremente. Era un cuerpo dotado, como algo sagrado, de una autoridad apoyada por la ley y por la fuerza, que actuaba a través de tribunales y que lo colocaba dentro de una excepción altamente privilegiada en el sistema social; ni siquiera estaba sujeto a los mismos castigos que el común de los mortales.

El punto segundo que hay que comprender es consecuencia del primero: que esa inmensa y caótica inundación no fué, en su origen, lo que las primeras herejías, es decir, un ataque doctrinal contra el catolicismo. Eso vino después. Con Calvino por autor, llegaría más tarde un sistema religioso de oposición, levantado contra el sistema religioso católico. Pero en el primer movimiento luterano, esa nueva Iglesia contraria, el protestantismo, no había aparecido aún. No surgió hasta que brilló sobre la escena universal del caos religioso europeo la luz fría y clara encendida por Calvino.

La Reforma no tuvo origen en una herejía definida, ni en un nuevo o supuestamente purificado cuerpo de fe. Por haber surgido en forma de ataque contra el clero y la Sede Pontificia, debido a la ira contra los abusos del clero y la Sede Pontificia, guardó esta característica negativa e informe a través de sus primeros veinte años. Algunos especulaban sobre la doctrina y presentaban tal o cual fórmula, pero el espíritu del gran asunto no tendía a la creación de un nuevo organismo. Quería destruir el viejo.

El tercer punto principal que conviene comprender es que la inundación, por ser únicamente una inundación impersonal (aunque desatada por las actividades de algunos pocos, en especial Lutero y Zwinglio), nada podía construir. No había causado más que destrucción, la cual, a su vez, hubiera podido ser normalmente reparada, si la autoridad hubiese tenido la oportunidad de volver a afirmarse. Para continuar con la metáfora de la inundación, las aguas se hubieran retirado, la labranza y el orden habrían recobrado su poder normal, de no haber sido porque la autoridad política sobre los alemanes, ya muy debilitada y dividida, se vió ante una súbita amenaza en el punto culminante de todo el asunto, *debido a la gran victoria mahometana en la batalla de Mohacz.* Este golpe, al producirse dentro de los nueve años después de iniciado el tumulto, trocó la dinastía imperial en una soberanía local, que luchaba por su cuenta y que se hallaba imposibilitada para imponer otra vez orden en la Iglesia o el Estado.

En nuestras historias de la Reforma, estas tres características —especialmente la última— pasan, por lo general, a segundo plano de importancia. Los hombres de hoy piensan en términos de lo que saben que iba a ocurrir, se interesan en los orígenes de lo que se

convirtió en una guerra civil religiosa de toda la cristiandad. Como el islamismo ya no sigue siendo un peligro, olvidan lo que fué la presión islámica durante los mismos años de la primera discusión violenta en el seno de la religión europea, y la imperiosa necesidad que existía en esos años de una última cruzada que nunca fué emprendida. En otras palabras, nuestros historiadores, en su mayoría, convierten a la primera conmoción violenta de Alemania en algo creador, cosa que no era; independiente y debida a causas externas, cosa que ciertamente no era; asociada a lo que más tarde se llamó *protestantismo*, conocido ahora, pero del cual los hombres de aquel momento nada sabían, y al cual (de haberlo conocido) hubieran detestado. Dichos historiadores se equivocan: aquella conmoción no fué, al principio, más que un alboroto. Lo que llevó a Europa a un quebranto final no fué ninguna fuerza en sí, sino, en primer lugar, el Islam encima de nosotros, y en segundo, la insensatez del gobierno de Inglaterra. Lo que *más tarde* le comunicó el espíritu llamado "protestantismo" fué el libro de Juan Calvino.

Veamos por qué esa gran victoria mahometana de Mohacz y el subsiguiente avance del sultán hacia el centro de Europa tuvieron tanta influencia, garantizando los primeros éxitos de la Reforma.

La condición de la sociedad germana, a principios del siglo XVI, se prestaba por doquier a un rompimiento del orden y de la autoridad. El odio contra el abuso clerical, la reacción contra el creciente carácter local de la Corte Pontificia, la tradicional demanda de "reforma de la cabeza y los miembros", la exasperada miseria de los campesinos, y, sobre todo, el hambre de pillaje que la anarquía podía ciertamente satisfacer, todo esto, en aquel momento, constituyó en el centro germano de Europa un terreno propicio para la revolución, como no lo había entonces en ninguna parte.

Al mismo tiempo, los germanos carecían de un verdadero gobierno central. No existía ninguna organización nacional germana. No existía ninguna maquinaria que se moviera para levantar un ejército oficial del estado, capaz de preservar el orden general.

Cuando, en 1517, estalló la rebelión, el órgano adecuado tanto para sofocarla cuanto para suprimir sus causas —los abusos que habían provocado la rebelión—, era el imperio. El emperador era nominalmente rey de los germanos. Pero los príncipes, es decir, los grandes semisoberanos locales, eran demasiado fuertes frente al poder nominal del emperador. Las ciudades libres eran estados independientes; los principales obispados y arzobispados no eran solamente dependencias eclesiásticas, sino poderes territoriales, igualmente independientes; la totalidad del país de habla germana era un mosaico de dominios, grandes y pequeños. Y por encima de todo, pululaba en la sociedad la pequeña nobleza; las familias que poseían una aldea y sus siervos, las ramas jóvenes, sin dote, de esas familias, empobrecidas en su mayoría; rapaces todos y ninguno trabajador, todos prontos a aferrarse a cualquier oportunidad que les permitiera llenarse los bolsillos, mientras oprimían grandemente a la masa popular.

Los diversos pasos de la carrera personal de Lutero (exagerada, por lo general, de modo dramático) eran sólo funciones de este torbellino social. Por consiguiente, lo que tanta importancia había cobrado —la nueva vida que dió a la "Justificación únicamente por la fe"— no tenía, en sus orígenes, vida propia, salvo en la medida en que estaba unido a un rechazo del poder sacerdotal, y en la medida en que procedía de él. Era una reflexión ulterior. No era una de las razones del movimiento. Sé que semejante juicio no es ni popular ni generalizado, pero es la verdad [1].

[1] La anécdota de la Escala Santa tiene escaso valor histórico y, de todos modos, no afectó en forma alguna el primer

Los tres famosos tratados, en los que Lutero se separó completamente de la Iglesia, extraían su fuerza no tanto de la vigorosa pluma del autor, cuanto del público que se hallaba listo, boquiabierto, para tragarlos. En ellos defiende el casamiento del clero y la doctrina enteramente nueva de que, en algunos casos especiales, el divorcio puede ser legal. No por esto despierta un nuevo espíritu en los hombres. Sólo responde a sus apetitos y le responden con un rugido de aceptación. Su "llamado a la nobleza cristiana" no es una clarinada que impulsa a la acción a las hordas rapaces de hacendados menores; es, simplemente, el eco de la determinación que éstos ya abrigaban de saquear los bienes de la religión. La Bula de excomunión lanzada contra Lutero es inoperante, no porque éste goce de algún maravilloso poder personal, que por arte de magia detenga la ejecución legal del documento, sino porque el jefe oficial de la sociedad germana se ha vuelto demasiado débil para hacer cumplir el decreto.

No obstante, a pesar de la debilidad aparente de ese fantasma, el poder central germano (ese espectro de un ejecutivo germano que aún se llamaba a sí mismo emperador), la necesidad pura y simple de preservar la sociedad y toda la herencia del pasado hubieran vuelto a vigorizar la corona, de no haberse interpuesto la fatalidad de Mohacz. Porque la familia imperial extraía sus rentas y su verdadera fuerza del archiducado de Austria y patrimonio de los Habsburgo. La victoria de Mohacz llevó a los mahometanos hasta las fronteras de Austria. El resultado inmediato de esa victoria fué el sitio de la capital austríaca: Viena.

Al principio, antes aún de la batalla de Mohacz, la

movimiento; y en cuanto a la "Justificación de la fe", había sido durante generaciones una especie de tema polémico. La súbita popularidad que cobró con Lutero no se debió al tema en sí, sino al odio hacia el clero.

acción del poder imperial se vió retardada por las circunstancias.

La rebelión estaba sólo en sus primeras etapas cuando murió el emperador Maximiliano (en enero de 1519). Su nieto, el joven rey de España, de la casa de Borgoña, conocido en la historia con el nombre de Carlos V, le sucedió después de un largo período de intrigas. Cuando Carlos, luego de ser coronado emperador en 1520, reunió en 1521 su primera Dieta Imperial en Worms, adonde había sido llamado Lutero, la escena no era la que se nos presenta comúnmente, es decir: Lutero, héroe popular, desafiando a la tiranía. Era la de un gobierno desprovisto de todo poder verdadero, ansioso de obtener apoyo germano de cualquier clase, y deseoso, al mismo tiempo, de conseguir cartas para jugarlas contra el Papado; impotente, por lo tanto, contra un vasto movimiento anárquico, dirigido también contra el Papa. Lutero recibió protección, lo hicieron escapar mediante una treta del elector de Sajonia y lo escondieron en uno de los castillos de su benefactor, pero todo esto no significó un desafío audaz por parte de sus injustas pretensiones espirituales; era una fácil treta, era desdén hacia una autoridad impotente aún para la acción; desdén, además, hacia un monarca supremo que no se atrevía a perder el apoyo alemán contra la rivalidad francesa.

Más tarde, cuando crecía la reacción, cuando el temor de la anarquía impulsaba a los hombres a restaurar el orden, cuando la experiencia de lo que, en la práctica, significa la anarquía, hizo que se adhirieran a la autoridad y a la tradición los mejores de entre los diversos elementos rebeldes —especialmente los sabios humanistas—, el emperador hubiera podido reunir fuerzas, su ensombrecido poder central habría ganado en vigor y el orden hubiera sido restablecido en la sociedad germana.

Los hechos proporcionaron a la reacción un fuerte

móvil. Durante el primer clamor contra la autoridad, estallaron conjuntamente dos vastos movimientos anárquicos: el saqueo de la propiedad de la Iglesia, de sus altares, de todo lo que podía ser robado, por parte de grandes y pequeños, desde simples ladrones como Sickingen, hasta encumbrados príncipes como el elector de Sajonia; y por otra parte, un gran levantamiento de los campesinos, miserablemente oprimidos, en contra del montón de gentes de mayor y menor cuantía en que se había disuelto Alemania. La rebelión de los campesinos era esporádica, desordenada, abominablemente violenta, asesina y llena de esas doctrinas muy simples, con las cuales los hombres esperan restaurar la justicia sobre la tierra mediante la destrucción de todo privilegio, a saber: la destrucción de toda la armazón y, por lo tanto, la destrucción de la sociedad.

Los campesinos fueron aplastados en grandes matanzas, causadas principalmente por la artillería, y ante la ruidosa aprobación del mismo Lutero. El robo de la riqueza religiosa era asunto más serio; pero podía haber sido detenido. Lo peor del breve tumulto había terminado (no habían transcurrido aún nueve años desde el comienzo de la conmoción), las aguas enlodadas habían empezado a bajar, cuando, en 1526, fué convocada en Espira otra Dieta Imperial (la palabra significa asamblea imperial). Quedó demostrado, al principio, el poder que todavía conservaba el movimiento; los príncipes, por mayoría, aprobaron el casamiento del clero, el relajamiento de la disciplina clerical, y aunque hasta ese momento no habían presentado ningún ataque fundamental contra la doctrina, sacudieron la estructura de la Iglesia.

Pero Fernando, hermano de Carlos V, que presidía la Dieta, hizo lo que pudo para detener la corrupción. Suspendió la conferencia imperial. Las fuerzas que empezaban ya a reaccionar en defensa de la unidad estaban listas para reunirse, el contraataque podía ha-

berse iniciado en ese mismo verano, pero, el 29 de agosto de 1526, se produjo la decisiva catástrofe de la batalla de Mohacz.

Solimán el magnífico, el joven conquistador de treinta y dos años, que acababa de hacer retirar a nuestras guarniciones cristianas del mar de Grecia, salió de Constantinopla con cien mil hombres y trescientos cañones. En la ancha llanura abierta, a unos cinco kilómetros al sudoeste del pueblo de Mohacz, sobre el Danubio, y algo más de ciento cincuenta kilómetros al sur de Budapest, enfrentó al pobre rey Luis de Hungría, que contaba con una fuerza de caballeros húngaros inferior a la cuarta parte de la suya, y los mató a casi todos. Ese día el mahometano destruyó el poder cristiano de Hungría, el bastión de nuestra civilización frente a su ataque. Era un conquistador en las mismas fronteras de Alemania y se hallaba, en adelante, plantado a las puertas de la Europa Occidental.

Los turcos, después de Mohacz, no gobernaban desde Budapest: toleraban a un rey húngaro nativo. La misma Austria, Viena, la ciudad amurallada de los Habsburgo (los emperadores), no fué atacada inmediatamente después de Mohacz. Solimán volvió —conduciendo cien mil prisioneros cristianos— a su país. Pero la batalla de Mohacz era para el archiduque de Austria, Fernando, hermano de Carlos V, y para toda esa dinastía, una espada suspendida sobre la cabeza. Era menester cuidar la casa; cuidar el poder para organizar totalmente a Alemania, para unirla en contra de la nueva perturbación religiosa, para restaurar el orden y para hacer seguir inmediatamente a los principios de la Reforma el mismo camino que habían seguido todas las otras querellas contra la cristiandad; con toda evidencia ese poder había desaparecido.

Mohacz hizo comprender a los Habsburgo lo que desde tiempo atrás hubieran debido saber: que Soli-

mán contaba con mejor material y mejor máquina bélica en lo referente a reclutamiento, *moral* y estratégico, que todo cuanto ellos podían oponerle. En esa época, Turquía tenía superioridad en Europa —sí, aún en la Europa del Renacimiento—, en hombres, armas y proyectiles; en el asedio y el ataque. Poseía artillería más potente y más numerosa. Introdujo la bomba. Puede decirse casi que inventó el bien madurado plan del asedio mediante trincheras, que luego dominó toda nuestra historia durante más de trescientos años.

Poco faltó para que se produjera el avance final del Islam hacia el Rin. Era la sombra proyectada sobre Europa, y Mohacz su manifestación.

El efecto de la victoria de Mohacz sobre el nuevo caos religioso de Alemania fué grande. La Dieta de Espira, que había sido suspendida, se reunió tres años después de ese desastre militar de la cristiandad que había devuelto cordura a los hombres. Existía ahora una gran mayoría que deseaba la vuelta al orden y a la unidad, pero —y éste es un detalle significativo—, no era posible reprimir a los que se negaban a aceptar tal decisión. El poder imperial no tenía ya fuerza para contenerlos. Esa minoría podía libremente protestar con éxito, y lo hacía. De la "protesta" de la minoría, que en esa forma se mantenía firme sin ser molestada, ha surgido la palabra "protestante". El cisma acababa de producirse; los dos sectores, el luterano y el Zwinglio, se hallaban en el apogeo de su disputa, cuando ese mismo otoño los turcos asestaron su segundo y más furioso golpe: en 1529 irrumpieron en territorios de habla germana y asediaron a Viena.

El alto valor de la guarnición, una campaña empezada demasiado tarde, un invierno muy prematuro, levantaron el sitio de la ciudad; pero el Islam asoló el país germano por todas partes y las vanguardias turcas llegaron hasta Ems. Pero la salvación de Alemania en

Viena no les debe agradecimiento alguno a los reformistas. Éstos —los más lúcidos de entre ellos— daban la bienvenida al poder mahometano. Lutero tuvo, por cierto, la generosidad de protestar, pero el poderoso príncipe Felipe de Hesse demostró, en la forma más típica, el espíritu de los separatistas de Espira. Repleto del botín robado a la Iglesia, se regocijaba de que los turcos asaltaran nuestra casa. Sabía que su propia causa se hallaba en pugna con todas las tradiciones de Europa y que cada herida infligida a Europa aumentaba sus oportunidades de ganancia personal.

De las muchas partes de Europa donde uno puede evocar el pasado y los puntos decisivos de la historia de nuestra raza, vuelve frecuentemente a mi memoria —porque conservo de ella un vívido recuerdo— la tranquila calle principal de Espira. La noble masa de la catedral, con su vulgar frente moderno, se erguía ante mí; la hermosa puerta de la ciudad estaba a un costado, y, frente al sitio donde me hallaba, el pequeño mesón que se levanta sobre el mismo lugar de la vieja hostería (cuya estructura es tal vez, en parte, la misma), a la cual se retiró aquella minoría y afirmó su "protesta", resquebrajando a Europa.

La lucha ha abandonado hoy ese lugar. Se cuenta entre los más apacibles del mundo y los más felices. Sin embargo, allí fué decidida la causa de mayor disensión en Europa, de guerra más prolongada y de mayor desgracia que haya conocido nuestra raza.

Así terminó la primera fase de la Reforma: no era todavía más que un violento disturbio, y principalmente un disturbio de la Germania, cuando llegó un segundo refuerzo poderoso: el accidente político debido al cual Inglaterra, rica, altamente organizada, y bajo un fuerte poder central, el país que hasta entonces había sentido menos que ninguno la reciente tormenta

y era, por temperamento, el menos indicado para abandonar la tradición, fué separada de Europa.

IV

EL ACCIDENTE INGLÉS

A esta división de mi tema, que es la más importante, la denomino el *accidente* inglés. He elegido cuidadosamente la palabra.

Si hubo alguna vez en la historia un acontecimiento no deseado por sus agentes, no comprendido por quienes lo soportaron; que no era el resultado de plan alguno, sino el efecto prodigioso de causas relativamente pequeñas y por entero incongruentes, ese acontecimiento fué la destrucción gradual, mecánica y desastrosa en la mentalidad inglesa de la fe que había formado a Inglaterra.

En su mayoría, las historias escritas en inglés presentan este movimiento como algo nacional y a la vez inevitable; algo que la nación inglesa deseaba y que, llegada la oportunidad, necesariamente consiguió. Al mismo tiempo, mientras aluden en grados diferentes al telón de fondo europeo, centralizan la Reforma en la historia inglesa.

La primera de estas características —presentar lo que aquí aconteció como algo nacional e inevitable— es, desde el punto de vista histórico, un desatino. La segunda, desde el punto de vista histórico, es cuerda. Aunque Inglaterra no era entonces más que una nación pequeña, el craso error cometido por el gobierno inglés al separarse de la unidad europea *tuvo* influencia capital en el éxito de la Reforma.

No existía en Inglaterra un movimiento nacional di-

rigido contra la Iglesia Católica; lo poco que ocurrió al principio fué un movimiento del gobierno, y ni siquiera un movimiento doctrinal. Fué un acto meramente político y hasta personal. Lo que siguió no constituyó un proceso normal deseado en general por el pueblo. Fué un proceso artificial dirigido por unos cuantos hombres interesados, que actuaban impulsados por dinero y no por manía religiosa; lo que es peor, fué un proceso que, en sus comienzos, no dió a estos pocos actores la idea de los efectos ulteriores que ocasionarían su avidez y su locura.

Pero el enfoque sobre la Reforma inglesa que la presenta revestida de especial importancia es, cosa bastante curiosa, historia verdadera, y esto a pesar de la intención que encierra la versión oficial de nuestros libros de texto académicos anticatólicos.

Este enfoque sobre la historia inglesa de la Reforma ha ocultado, por cierto, a la gran corriente de nuestros hombres cultos, la naturaleza general de la Reforma, y en especial (lo que trataré más adelante) dos puntos principales: que Holanda fué el ejemplo y Francia el campo de batalla. Pero es cierto que si Inglaterra no se hubiese apartado de la unidad del mundo cristiano, esa unidad estaría ahora plenamente restablecida – y lo hubiese estado desde hace mucho.

Hasta que Inglaterra se apartó de esa unidad, cuyo principio viviente es el Papado, el disturbio había despertado en forma confusa, aunque violenta, en toda la Germania, y poco afectaba al resto de Europa. En la misma Germania no había afectado principalmente al sector más fuerte, más antiguo y más civilizado del país. Su acción había sido poco profunda entre los germanos disciplinados inicialmente por la cultura romana.

Esta afirmación sólo debe ser tomada en sentido general. Las excepciones abundan. Así, Estrasburgo, ciudad romana (si alguna vez la hubo), se contaba entre

las que se habían separado por la "protesta" de Espira.

Pero, fuera como fuera en la Germania, y especialmente en la Germania menos civilizada, en Inglaterra era distinto.

Inglaterra era una vieja provincia del Imperio Romano, con tradiciones cristianas dos veces más antiguas y mucho más fuertes que las de esos distritos nórdicos de Alemania, obligados por la conquista de los ejércitos galos de Carlomagno y sus sucesores a aceptar la doctrina cristiana y su práctica, y a apartarse de la barbarie. Si el gobierno inglés no hubiese variado, la reacción en favor de la unidad, cuando se produjo, habría sido abrumadora. En una palabra, la separación de Inglaterra y la Iglesia constituyó, entre una cantidad de otros factores de mayor o menor importancia, el factor *principal* del suceso definitivo de nuestro quebranto. El alejamiento artificial de los ingleses del grueso de Europa hizo permanente la separación de la cristiandad.

Por consiguiente, no se trata de exageración causada por aberración patriótica o desviación de perspectiva la que obliga a cualquier historiador sensato a insistir sobre la importancia capital de la Reforma en Inglaterra; aunque nadie con un poco de sentido histórico puede pretender que los ingleses deseaban esa ruina de sus tradiciones.

Por otra parte, el movimiento inglés fué el primer gran movimiento *oficial* o de gobierno que se apartaba de la unidad. El jefe nominal de los estados germanos se había mantenido firme a favor de la fe, y muchas de las regiones germanas independientes habían compartido su actitud. Escocia estaba, hasta ese momento, bien asegurada; igualmente aseguradas (hasta ese momento) estaban la grande y dominante monarquía francesa y la ya unida monarquía española, como también los diversos estados italianos. De no ser por la gradual y semiciega destrucción de la fe en Inglaterra, lo que

ahora llamamos la Reforma sólo aparecería hoy en la historia como uno de los tantos estallidos contra la necesaria disciplina de nuestra cultura: una disensión espiritual gradualmente confinada a un solo distrito, de los menos importantes, de la cristiandad, Alemania del norte con sus pequeños señores. La anomalía hubiera sido finalmente suprimida mediante la presión ejercida por todo el resto de Europa.

Tal como fué, la Reforma ha llegado a significar en la historia el establecimiento de una nueva cultura deforme: la cultura protestante, junto a la vieja y sana cultura tradicional de nuestra sangre; una nueva cultura que, no ha mucho, aparecía como la más rica, aunque la más lamentable de los tiempos modernos, y que podía considerarse a sí misma (hasta la Gran Guerra) directora de Europa; con sus dos grandes polos de energía durante el siglo XIX: Berlín y Londres.

¿Cómo, entonces, se originó la Reforma en Inglaterra y cómo fué confirmada y se hizo duradera? Ésa es la pregunta que trataré de contestar.

Todos sabemos que nada ha sido más violentamente debatido que esta cuestión. Existen miles de libros, muchos muy eruditos, que se ocupan del tema, y cualquier esquema general se verá forzosamente sometido, de un lado y de otro, a enérgicas críticas. Sin embargo, considero posible dibujar sus líneas principales con bastante claridad y firmeza. Considero posible plantear, tales como fueron, sus verdaderas causas y sus verdaderos motivos. Trataré de hacerlo aquí, aunque esta clase de verdad choque contra fuertes prejuicios populares.

Primero, el motivo. He llamado al primer acto, la ruptura de Enrique VIII con la Santa Sede, un *accidente*, porque estimo que esta palabra es la que más se aproxima a la verdad. Un accidente —por ejemplo, un automóvil que se desvía— no es intencional en sus efectos. Se debe a un mal cálculo por parte del con-

ductor, quien, al querer hacer una cosa, hace otra. Se puede, con frecuencia, corregir la mala maniobra y eliminar sus consecuencias. El conductor no la hace por gusto.

Después de siglos de costumbre de los efectos de la desunión, nos parece hoy cosa corriente que exista un obvio y necesario abismo entre los que aceptan la plena autoridad de la Santa Sede y los que la rechazan o niegan. En el mundo moderno existe ese abismo. Pero no existía a principios del siglo XVI. Desafiar el poder político de la Santa Sede y negarse a acatar su política, llegando hasta prohibir durante un tiempo la entrada a sus decretos, eran cosas que habían ocurrido una y otra vez en el curso, no sólo de la historia inglesa, sino de cualquier otra historia nacional. Después de un tiempo, la disidencia siempre se arreglaba, porque en ella no estaba involucrado nada de carácter doctrinal, es decir, nada que ofendiera las ideas religiosas que habían formado a la cristiandad: los dogmas en los cuales se fundan los sacramentos, la misa, el reconocimiento de las órdenes, y todas las prácticas cotidianas del pueblo cristiano.

Para el inglés de la calle, un choque con el Papado era, esencialmente, un choque *político*. Sólo algunos cuantos hombres sensatos comprendieron que ese choque podría engendrar males irreparables, como lo vieron Fisher y Moro. Porque la unidad es vital, y Pedro y la Iglesia son una sola cosa. Separarse del Papado, aunque sea temporalmente, no es sólo una negación de la unidad de la Iglesia, sino un acto que contiene en potencia la corrupción progresiva. Pero insisto en la necesidad de comprender que no era ése el aspecto del asunto a los ojos del hombre común que vivía entonces en Inglaterra o (si bien se mira) en cualquier otra parte de la cristiandad durante la década comprendida entre los años 25 al 35 del siglo XVI.

La supremacía del rey sobre todo lo que contaba en

la vida diaria del hombre no era sólo una verdad establecida, sino que se ejercía en forma verdadera y continua. Desde Eduardo III, el rey era quien otorgaba, sin otra intervención, las grandes abadías y obispados. Los estatutos decretados por la corona, especialmente el *Praemunire* [1], demostraban hasta qué punto el poder local insistía en mantenerse independiente frente al poder papal, cuando se trataba de asuntos temporales. En cuanto a la supresión de las peticiones a Roma..., pues bien, ¡el hombre común no llevaba peticiones a Roma! El hombre común pensaba en el Papa, naturalmente, como en el necesario e indiscutido jefe espiritual de la cristiandad. Pero el hecho de admitir un conflicto en las relaciones entre el muy presente, poderoso y universalmente aceptado jefe del estado inglés y el centro de autoridad espiritual de Roma, no significaba para el simple ciudadano de esa época un acto impresionante, ni siquiera revolucionario.

Debe recordarse, además, que la palabra "Corona", ahora meramente simbólica, tenía entonces su pleno significado. El rey *gobernaba* verdaderamente. Era dueño de todo el poder que está disperso en la actualidad entre un puñado de grandes financistas, nativos y extranjeros, dueños de diarios y directores de monopolios, con su séquito de políticos. Nombraba y exoneraba a los jueces cuyas funciones consistían no solamente en interpretar las costumbres, sino en cumplir las órdenes reales. Estructuraba en su gabinete todas las nuevas leyes importantes, que el Parlamento se limitaba a registrar de hecho, aunque con cierto poder para discutirlas. Podía, también, a voluntad, rechazar, y así lo hacía, las escasas propuestas que le llegaban de abajo. Podía mandar a matar o arruinar a quien quería. Hacía la paz y la guerra. Todos los puestos y salarios eran

[1] Ofensa consistente en el desconocimiento o desprecio del rey y su gobierno, y en especial la introducción en Inglaterra de una autoridad papal extranjera. *(N. de la T.)*

creados por él. Toda la vida pública se movía según su voluntad personal.

Enrique VIII rompió con Roma influído por Tomás Cromwell, hombre indiferente a las consecuencias nacionales siempre que pudiera llenarse los bolsillos. Esa ruptura fué una imitación de ciertos señores germanos, semisoberanos, que habían rechazado por completo la autoridad de Roma desde hacía varios años; y otros elementos en el ambiente de la época ocultaban la gravedad de dicho acto.

Enrique cometió su locura justamente cuando muchos, en toda Europa, proclamaban la corrupción de la autoridad papal y el deber de desafiarla.

Su contemporáneo, el rey de Francia, había hablado vagamente de prescindir del Papa y establecer un "patriarca occidental". Además, en la mente de los hombres existía poca relación entre la *herejía* y el repudio de los derechos papales en los altos asuntos de estado. Otra cosa habría sido si la herejía hubiese tomado un cariz amenazador, y el Papado, como centro de la unidad ortodoxa, hubiera inmediatamente aparecido como algo esencial. Pero al principio no fué así.

Por lo tanto, la verdad principal se mantiene: la ruptura con Roma pudo haber sido arreglada, y probablemente habría sido arreglada si hubiera seguido siendo un acto aislado. No se llevó a cabo por odio a la autoridad papal y menos aún por un motivo doctrinal. El pueblo inglés era un pueblo católico normal de aquella época. Algunos humanistas de ese pueblo y los que apoyaban con ardor la reforma de los abusos formaban un grupo poderoso en las universidades y entre los obispos; los quejosos contra las deudas e impuestos clericales eran muy numerosos, puede decirse que universalmente numerosos, y en especial muy fuertes en Londres, que ha tenido siempre una influencia primordial en los destinos de Inglaterra. La irritación contra el impuesto papal databa en Inglaterra

de largo tiempo atrás. Existía muchísima irritación contra la recolección clerical de fondos; especialmente contra las riquezas y rentas de la Iglesia, a menudo pagadas a entidades lejanas y decadentes. Pero los propagadores de las nuevas *doctrinas* anticatólicas constituían aquí una minoría muy pequeña y nada popular que hasta entonces había ejercido apenas una influencia general. Eran, como todos los revolucionarios, ardientes y sinceros, mucho más intensos que la gran masa inerte de la sociedad que atacaban; pero aunque habían suscitado la discusión por todas partes, no habían afectado aún al tono de la vida inglesa.

Existían, naturalmente, un gran relajamiento y mucha indiferencia, como casi siempre ocurre en las viejas sociedades católicas que aún no han despertado al peligro. Pero el mismo Enrique, en su carácter y en su fe, era profundamente católico. Profesaba especial devoción por el Santísimo Sacramento, y apenas un poco menos por la Santísima Virgen; toda su mentalidad era no sólo católica, sino, si se me permite la expresión, casi irritantemente católica. Las nuevas críticas de la doctrina católica lo chocaban y exasperaban, y en boca de alguno de sus súbditos lo enojaban al extremo.

¿Cómo, entonces, se inició un proceso tan aparentemente imposible como el de la descatolización de la Inglaterra católica? ¿Cómo se originó la inesperada, desorganizada y (hasta esa generación) increíble transformación de todo un pueblo que no la deseaba?

Se originó así:

La mujer de Enrique, Catalina, hija del rey de Aragón, no podía tener más hijos. Había estado encinta muchas veces, sufrido varios malos sucesos y tenido la desgracia de perder a sus hijos inmediatamente después de nacidos. Quedaba sólo la princesa María; Enrique no tenía heredero masculino directo.

Ahora bien, la posibilidad de tener un heredero masculino era muy importante para Enrique. Debemos

recordar que la familia Tudor era de bajo origen, que no tenía verdadero derecho al trono y que, en 1525, cuando empezó el disturbio, sólo hacía cuarenta años que había usurpado el trono de Inglaterra, reemplazando a la dinastía nacional de los Plantagenet después de la batalla de Bosworth. En consecuencia, para el rey era urgente la necesidad de un heredero.

Entretanto, sus ministros, notablemente el gran Wolsey, se inclinaban a fomentar la idea de un nuevo casamiento del rey, con el objeto de apoyar ciertos planes de política exterior. Este nuevo casamiento sólo podía, naturalmente, arreglarse después de la anulación del primero con Catalina de Aragón. Pero aquí, de nuevo, hay que poner en guardia al lector moderno contra una mala interpretación del pasado.

"Anulación" no significaba, ni significa, que el casamiento existente quedara disuelto. *Es una declaración de que el casamiento era nulo y sin valor desde el principio*, de que nunca ha sido un verdadero casamiento, porque los contrayentes no han vivido juntos, o porque no ha habido consentimiento libre, o porque el marido tiene parentesco con la esposa en grado prohibido de consanguinidad o afinidad, o por cualquier otra razón válida.

Anulaciones de casamientos (como éstas) en las que entraban en juego grandes intereses, eran entonces acontecimientos políticos y sociales corrientes. Se otorgaban continuamente anulaciones de esta clase, por parte de la Corte de Roma, ya fuera a causa de la consanguinidad de los contrayentes o por alguna otra razón; en toda la historia del final de la Edad Media se multiplican estos casos.

La hermana de Enrique disfrutó (si se me permite el término) de esas anulaciones. El proceso era fácil. Si una de las partes presentaba el pedido y las pruebas y no había oposición de la otra parte, con frecuencia el asunto seguía automáticamente su curso.

Aunque hubiera discusión, si el caso presentaba la menor consistencia (como ocurría siempre con los enredados parentescos de las grandes familias), el asunto, en general, también seguía un curso favorable. Con dicho método, se cometían graves abusos, pero, la mitad de las veces, se presentaba un caso verdaderamente serio, y la anulación se otorgaba tan justiciera y razonablemente como se otorgaría hoy; como se otorga, por cierto, hoy ante el gran escándalo de las personas de cerebro embotado, incapaces de comprender los principios perfectamente claros de la ley canónica.

Por consiguiente, la idea de hacer anular el casamiento del rey con Catalina de Aragón, y de que aquél contrajera nuevas nupcias, no tenía nada de muy anormal a los ojos de la época.

Tal vez nunca sepamos con absoluta certeza quién, en un principio, sugirió esta política. Existen testigos que aseveran que fué Wolsey; otros, que tuvo origen en el mismo Enrique; éste dijo que un enviado francés lo había instigado, aunque, cuenta la historia, en forma tan notoriamente hipócrita que su veracidad resulta muy dudosa. El mejor testigo de todos (porque estaba en el corazón de la sociedad de la corte), Pole, dice que la sugestión provino, en primer término, de la misma Ana Bolena. De cualquier modo, la idea tomaba forma; y Wolsey, como ya he dicho, pensaba emplear evidentemente en propósitos políticos y en concertar un importante casamiento extranjero para el rey.

Ahora bien, Enrique deseaba iniciar un asunto amoroso con una joven y atrayente dama de la corte que tenía alcurnia, por ser una Howard; es decir, por ser miembro de la principal familia del reino, de la semirealeza, y representante de la línea de Tomás de Brotherton, hijo menor de Eduardo I. Su nombre era Ana; su bien relacionado, aunque menos importante, progenitor era Bolena o Bullen, pero la situación social de Ana y lo que le daba rango era su calidad de descen-

diente de los Howard por línea materna, porque su madre era hermana del duque de Norfolk. Permitidme aquí destacar un punto esencial que es menester comprender a fondo. *No* fué la simple pasión de Enrique por esta mujer, Ana Bolena, la causa de lo que siguió. *La causa de lo que siguió fué la negativa de Ana Bolena a ceder ante Enrique, y su determinación de ser reina.* Ana, con su poder, fué la autora de lo que iba a acontecer; en su inexcusable debilidad, Enrique no fué el autor.

No era éste el primer amorío de Enrique. Semejante a la mayoría de los príncipes del Renacimiento –inclusive muchos príncipes clericales–, era un libertino. Ya había tenido entre sus amantes a la hermana mayor de Ana Bolena, a quien había casado, algo desdeñosamente y haciéndole regalos modestos, con un caballero sin importancia. Para hablar sin ambages, se sentía atraído por el físico, y quería que Ana ocupara el lugar de su hermana en calidad de amante. Pero el dominio de Ana sobre sí misma era tan fuerte, como débil el de Enrique. Se negó a ser su amante, insistiendo en ser su esposa.

En estas condiciones de deseo y fracaso, Enrique perdió por completo su equilibrio [1]. Se hallaba a merced de la joven; y en algún momento que no podemos precisar con exactitud, entre junio de 1525 y febrero de 1527, era tal su entusiasmo que se propuso realmente la loca idea –porque era loca– de casarse con ella. Yo me inclinaría a fijar una fecha más temprana que la que nos da la mayoría, y situarla en 1525; pero, de todos modos, no fué posterior al principio de 1527. ¡Cuál no sería el horror de los que intrigaban para conseguir la anulación con vistas a objetivos internacionales, y en especial el horror de Wolsey, ante semejante fracaso

1 La condición enfermiza de Enrique tiene mucho que ver con su creciente inestabilidad. Por los síntomas que presentaba estamos moralmente seguros de que hacía mucho tiempo que sufría de sífilis.

de sus planes! La única ventaja política posible de semejante matrimonio sería el problemático nacimiento de un hijo varón. A pesar de la alcurnia de Ana, el casamiento sería vergonzoso para el rey; y sería la ruina de la política exterior de Wolsey, que giraba sobre una alianza francesa, cimentada por el casamiento de Enrique con una princesa de Francia.

Pero, naturalmente, la determinación de Ana de ser reina, fuerza motriz de todo el asunto, no salió a la superficie; todo cuanto apareció ante el mundo fué el procedimiento para conseguir la anulación en la Corte Pontificia.

El caso de Enrique alegaba dos razones: primero, que Catalina había sido verdaderamente mujer de Arturo, hermano de Enrique, muerto en plena juventud. Cierto es que los jóvenes habían sido casados públicamente, pero el argumento era sin duda una mentira: los niños (porque apenas habían dejado de serlo) nunca habían convivido. Segundo (lo cual es teológicamente insensato) en esos días se discutía abiertamente si el poder dispensador del Papa, *en el caso de que Catalina hubiera sido mujer de Arturo*, se extendía o no al grave caso de un casamiento con la mujer de un hermano muerto, y se decía que, por lo tanto, la dispensa (que por cierto había sido conseguida por Enrique VII para el casamiento de su segundo hijo con Catalina) no era válida por ser contraria a la ley de Dios.

Cuando se empezó a tratar el caso, Catalina se mantuvo rígidamente firme contra todos los esfuerzos para hacerla transigir. Afirmó vigorosamente que su matrimonio con Arturo jamás había sido consumado, de modo que no podía plantearse la causa por dispensa. Era la esposa de Enrique y nunca lo había sido de otro; y esposa de Enrique y reina seguiría siendo siempre.

Y aquí tenemos otro punto que es importante discernir con claridad; del mismo modo que es importante para nosotros discernir claramente el hecho de que el

pueblo considera una ruptura con el Papado como un acto únicamente *político* y no religioso, y el hecho de que *no* fué la pasión en sí de Enrique por Ana Bolena, sino la tenaz determinación de ser reina que ésta demostraba lo que produjo el resultado.

Dicho punto es el siguiente:

Si Catalina hubiera transigido, creo que Enrique hubiera obtenido la anulación. Se trata de una simple conjetura y, naturalmente, no puede ser probada. No es verdad, como se ha dicho demasiado a menudo, que el Papa rechazó el pedido de Enrique, porque era una petición de divorcio (la Iglesia Católica no lo admite); ni es verdad, como también se ha dicho, que el Papa se opuso al pedido de Enrique por temor al emperador, sobrino de Catalina. Había en pugna gran cantidad de factores, como los hay en todos los problemas políticos, pero la clave que debemos comprender es que lo principal, el eje, era la decisión férrea de Catalina de no dejarse humillar: su altivez castellana. Porque era digna hija de esa espléndida mujer, Isabel, a quien evoco ahora mientras esto escribo, amazona en su cabalgadura y haciendo frente a los rebeldes de Segovia.

Catalina era la verdadera reina de Inglaterra, y seguiría siendo reina de Inglaterra, en especial frente a la realidad dolorosa, que ella advertía plenamente, de que la debilidad de su marido lo había esclavizado a las exigencias monstruosas de la joven Howard.

En tales circunstancias, y vista la resistencia de Catalina, se hacía imposible para el Papa resolver, de un modo u otro, esta grave dificultad política; como también era imposible para los abogados canónicos terminar el proceso en este punto, fuere cual fuere la interpretación que dieran a los hechos y a la dispensa del Papa. La firme voluntad de Catalina prolongó el proceso mediante apelaciones y todo lo demás. Su abyecto Enrique, sometido así a la continua negativa de Ana de convertirse en su amante, como lo había sido la her-

mana, se sentía aguijoneado por la dilación a tomar medidas extremas. Wolsey, deshonrado, cayó y murió. Un subalterno suyo llamado Cromwell, hijo dotado pero inescrupuloso de un tabernero de Putney, aprovechó la ocasión para hacerse valer.

Este Cromwell (Tomás era su nombre de pila) había sido aventurero en Italia, se había hecho prestamista y tenía algún conocimiento de Europa y de los modelos extranjeros. Sugirió a Enrique la primera jugada, no para romper con el Papado —nadie todavía pensaba en *eso*— sino para ejercer sobre el Papa una presión determinada. Probablemente apoyó las consultas de Enrique a las universidades europeas, y mediante importantes sobornos obtuvo de ellas, por lo menos, algunos veredictos favorables al rey [1]. Es un hecho que obtuvo en su apoyo gran número de decisiones universitarias. Este acto fué seguido de muchos otros, *no* dirigidos a una ruptura con el Papa, pero amenazándolo, sí, con una decisión favorable; es decir, un veredicto contra Catalina y a favor del pedido de Enrique.

Paso a paso, cada uno de los cuales se sucedían con intervalos de pocos meses, el proceso continuaba. Parte de la renta papal fué retenida. Se rehusó admitir las bulas de Roma. La presión se hizo más y más pesada, pero el Papa no podía y no quería ceder. Ceder mientras el caso dependía aún de la apelación de Catalina, hubiera significado negar su ministerio. A la muerte del arzobispo de Canterbury, Enrique nombró primado de la Iglesia de Inglaterra a un servicial capellán y amigo de la familia de Ana Bolena, llamado Cránmer. Era un sacerdote atraído por el nuevo movimiento alemán, pero, como los sucesos lo demostraron luego,

[1] El origen de la nueva política era secreto y, por lo tanto, permanece en la oscuridad. Cromwell, aunque se mantenía en segundo plano, ya estaba activo. La primera idea de consultar a las universidades fué sugerida, según la versión más probable, por Cránmer.

indiferente por completo a lo que él mismo hacía o decía, siempre que pudiera adelantar en su profesión. Experimentaba además sincero interés por algo, por algo en lo cual demostraba maestría: la construcción de la prosa inglesa. Debemos a su pluma el inglés más bello que se haya escrito. Cránmer fué nombrado arzobispo en plena comunión con Roma, y bajo solemne juramento de lealtad y obediencia al Papa. Más tarde excusó su perjurio, alegando una resolución privada (en presencia de testigos) de perjurarse.

Llegó luego el último acto del drama con el verdadero motivo de la revolución. Las apelaciones a Roma no fueron declaradas suspendidas por un tiempo en Inglaterra, sino calificadas de absolutamente ilegales. Con este fin se dictó un estatuto, registrado en el Parlamento por orden del rey. En consecuencia, la apelación de Catalina fué declarada legalmente nula en Inglaterra (este estatuto era, de acuerdo con la ley canónica de Europa, legalmente nulo). Se nombró a Cránmer para decidir el caso de la reina; ésta se negó a admitir su potestad, y el matrimonio de Catalina con el rey fué declarado nulo bajo la autoridad arzobispal de Cránmer, o, para ser más exactos, en su calidad de delegado del rey. Esto ocurría durante el verano de 1533, pero ya, desde diciembre de 1532, Ana Bolena estaba encinta. Había cedido a las instancias reales después de estar completamente segura de que no había obstáculos para su coronación. En tales condiciones Enrique se casó secretamente con ella, el 25 de enero de 1533, o alrededor de esa fecha.

Enrique —lo cual en verdad significa Tomás Cromwell, su instigador— había presentado hacía dos años ante la "Convocación" (es decir, la asamblea del clero inglés) la orden de que se le diera el título de jefe supremo de la Iglesia de Inglaterra[1]. El clero (por lo

[1] Pero tuvo que proceder por el terror con el clero. Lo amenazó con la confiscación universal, alegando que había incurrido en las penalidades del *Praemunire*, por haber aceptado a Wolsey como legado: ¡un nombramiento dispuesto por Enrique en persona!

menos muchos de sus componentes), preocupado tanto por la santidad de su ministerio cuanto por la supremacía del Papa, dió curso a dicha resolución, pero con la salvedad de la siguiente cláusula: "hasta donde la ley de Cristo lo permite". En más de nueve asuntos sobre diez, concernientes a sus actividades, ese clero estaba familiarizado con la actuación del rey como jefe supremo. Y sus miembros pensaron que la citada salvedad podría aún impedir el absurdo (como lo era para las gentes de esos días) de que un laico aceptara la posición clerical suprema. Pero lo hecho por ese clero era irrevocable, aunque su intención había sido otra. Fué impuesta una nueva ley laica gracias a la cual, sin salvedad alguna, Enrique fué designado inmediatamente jefe de la Iglesia de Inglaterra, tanto en lo tocante a las cuestiones espirituales cuanto a las temporales, y último recurso de apelación en todos los asuntos eclesiásticos. El Parlamento, como es de suponer, registró esta despampanante innovación (en noviembre de 1534) convirtiéndola en ley dentro de Inglaterra. Se exigió juramento de lealtad a la supremacía real a los obispos y a los miembros de los monasterios. Fué casi unánimemente aceptado.

Ningún hombre de suficiente juicio creerá que esta ruptura formal con Roma se realizó con la intención de que fuera definitiva; como tampoco creerá que las gentes de la época la consideraban definitiva, en el sentido de suponer que de ella nacería en Europa una Iglesia separada, una Iglesia que dejara ya de formar parte de la visible y unida Iglesia Católica. Sin embargo, había algunos pocos —muy pocos— que instintivamente sentían llegar las futuras consecuencias de lo que se había hecho, y a quienes no les importaba si la intención era que la ruptura fuera efímera o no. Estaban decididos, hasta la muerte, a mantener el principio.

Se les mató por traidores. Entre ellos se hallaban Fisher, el viejo tutor de Enrique, y el anterior canciller Tomás Moro. Ambos eran hombres de la más alta reputación europea, grandes sabios humanistas (especialmente el último), y sus ejecuciones suscitaron una protesta clamorosa e iracunda en todo el mundo cristiano.

No obstante, la ruptura no era aún irrevocable. Podía haber sido arreglada. Todavía hubiera sido posible restaurar la unidad, si no se hubiese producido un segundo acto que tuvo efectos permanentes: la incautación de las tierras de las abadías.

Porque la ruptura entre el gobierno inglés y la Santa Sede fué seguida, después de un par de años y luego durante cuatro años más, de la disolución de los monasterios y conventos y la confiscación de sus riquezas, en el primer momento por parte del Tesoro, y, finalmente y pronto, por parte de los terratenientes, de los especuladores y de una cantidad de aventureros de oscuro origen.

El carácter inconsciente de la escisión inglesa está demostrado, mejor que en ninguna otra parte, en el pillaje de las riquezas eclesiásticas, que se llevó a cabo en esa forma después de la disensión entre Enrique y el Papa.

Al decir "inconsciente" no quiero decir "sin objeto". El objeto era evidente: enriquecimiento de los expoliadores. Quiero decir: efectuada sin calcular sus ulteriores consecuencias. Tomás Cromwell, autor de esta política como lo había sido del cisma, tenía, en ambos casos, el móvil de su fortuna personal, y en ambos casos, el de la adquisición de esa fortuna adulando al rey. Ni él ni sus contemporáneos podían concebir que esto, en último término, tendría por efecto una revolución religiosa.

La ruptura con Roma había sido un acto ocasional que, repito, de no haber sido apoyada, hubiera con seguridad dejado de ser permanente; era sólo un episodio de una lucha violenta, pero esencialmente per-

sonal y restringida. Giraba sólo alrededor de los dos siguientes puntos: la resistencia tenaz de Catalina y la ambición igualmente tenaz de Ana Bolena, con Enrique por títere. No se apoyaba en base alguna general de política, y menos aún en un sentimiento nacional. Muy poco tiempo después de producido, Ana Bolena había sido ejecutada y Catalina de Aragón había muerto: todo obstáculo para la reconciliación había desaparecido. Enrique e Inglaterra aborrecían todo cambio fundamental de doctrina; lo que se había hecho no tenía efecto visible en la vida nacional.

La misa seguía diciéndose como siempre, los sacramentos, la vida diaria de un pueblo algo relajado, pero firmemente católico, eran, en su aspecto religioso, exactamente lo que habían sido durante muchas generaciones. Todos habían oído hablar de las luchas habidas en el pasado entre reyes y papas o derechos papales, o habían leído textos que a ello se referían. La última no era más que una lucha de las tantas. Pasaría. Otros soberanos habían amenazado con romper con el Papa. Al final, todo se había arreglado.

Pero la disolución de los monasterios, primero la de los menos importantes, luego la de *todos* ellos, y la ulterior incautación de muchas otras riquezas clericales hicieron que la ruptura con Roma continuase. Para prolongarla, un fuerte motivo existía en adelante entre las clases más ricas y dirigentes. Y no porque una renovada comunión con Roma significara necesariamente la devolución de las tierras robadas. A decir verdad, cuando la comunión fué restaurada durante unos pocos años, no se obligó a los nuevos dueños a devolver las propiedades robadas. Pero significaba que la vieja vida religiosa plenamente realizada hubiera *tendido* a crear, tarde o temprano, la exigencia de reparar el sacrilegio, arruinando a los nuevos millonarios y disminuyendo las recientemente acrecentadas rentas de la vieja nobleza que había compartido la aventura.

Este segundo paso, el saqueo de las riquezas eclesiásticas, no fué planeado con el objeto de establecer un profundo cambio religioso. No existía ningún arraigado designio de tornar permanente la ruptura con Roma. No era un paso más en un largo proceso de gradual alejamiento del núcleo de la Europa civilizada. Era algo advenedizo, mecánico, algo que encerraba un fin en sí mismo; un fin sórdido y totalmente terrestre: el enriquecimiento de Tomás Cromwell y (temporalmente) del Tesoro.

La confiscación de la riqueza clerical fué un acto cuyas últimas consecuencias —una Inglaterra protestante y la ruina de la monarquía— no fueron previstas ni proyectadas por nadie.

Debemos empezar por considerar el hecho de que en toda Europa, no solamente las rentas monacales, sino toda la armazón económica de los bienes eclesiásticos, se hallaban descompaginadas. La causa de que dicha armazón existiera (causa que desde hacía siglos tenía su razón de ser en la necesidad de sostener a la Iglesia en todas sus formas de actividad) había experimentado una "cristalización", como todo el resto de las cosas eclesiásticas, después de la peste negra, y en especial durante el siglo XV. Las rentas de un obispado, de una iglesia parroquial, de un monasterio, hasta de un hospital o colegio, se habían convertido, cada vez más, en trozos de riqueza muerta que tanto los laicos como el clero de la época consideraban tal vez no exactamente como nosotros consideramos hoy los títulos y acciones, pero casi con la misma escasa espiritualidad. En esa forma, era lo más común del mundo que una gran familia, o el rey, repartiera las rentas de algún importante monasterio a un hijo menor u otro pariente, dejando una pequeña cantidad para el clero local, a quien, en realidad, correspondía el trabajo; a simples muchachos se les nombraba abades nominales de monasterios tan importantes como el de Cluny, y se les entregaban las entradas

en calidad de renta privada, dejando sólo un estipendio para el monje encargado del trabajo de su ministerio. Esto era la verdad, no sólo en los monasterios, sino también en los obispados y fundaciones colegiadas. Un hombre que deseara reunir una renta grande asumía frecuentemente varios cargos eclesiásticos, dejando el trabajo episcopal a un *locum tenens*. Todo el carácter del sistema se había deformado y estaba divorciado de su propósito original.

Un hecho bastante curioso es que Inglaterra, único gran país[1] en el que se iba a producir una *completa* sofocación de lo monástico y el entero saqueo de cualquier otra forma de riqueza clerical, fuera también el país donde existía —en la época del gran peligro— menos corrupción en ese sentido. Escocia se hallaba corrompida, y ésa es la razón por la cual la Reforma en Escocia tuvo, cuando llegó tardíamente, verdadero apoyo popular, aunque tampoco allí en todas partes. En los Países Bajos sólo se desarrolló en siete provincias. En Francia, después de dura lucha, la tierra monástica fué devuelta en su mayoría. Pero en Inglaterra ningún hombre pudo saber, desde 1540 hasta el siglo XIX, lo que podía ser la vida monástica. Fué barrida de un solo golpe.

No debe imaginarse el lector que la supresión de una casa religiosa era una innovación traída por la Reforma. En Inglaterra, por ejemplo, Wolsey había obtenido permiso de Roma para suprimir una cantidad de pequeños conventos a fin de dotar con sus rentas a su gran colegio nuevo de Oxford, y se había hablado de más supresiones para dotar a ciertos nuevos obispados cuya creación era necesaria. Es de notar que estas supresiones de monasterios, anteriores a la Reforma, eran cosa corriente, y no provocaban protestas dignas de ser

[1] En la Germania era parcial: se produjo principalmente en el norte.

tomadas en cuenta. En tan ortodoxas supresiones, Wolsey había utilizado como agente suyo a ese mismo Tomás Cromwell, que más tarde sugirió al rey la supresión por mayor, y que fué el autor activo del gran saqueo. La idea, entonces, de suprimir un cuerpo monástico, instalando en otros conventos a sus habitantes y empleando las rentas en algún nuevo propósito, era completamente familiar a todo el mundo, exenta de cualquier intención de ataque a la religión tradicional de la nación.

Es posible, por otra parte, pese a ciertas pruebas contradictorias, que la primera disolución, la supresión de los monasterios más pequeños, no fuera deliberadamente planeada como un paso intencional dirigido hacia la supresión del cuerpo en su totalidad. Antes bien, parecería que el primer paso despertó un apetito que llevó a dar el segundo. Las frases usadas en aquel momento y las reglas propuestas eran en un todo semejantes a las que las gentes consideraban habituales, mucho antes que se iniciara la cuestión de la ruptura con Roma. En tal forma, la definición de que monasterio pequeño era el que tenía no más de doce miembros fué establecida en el permiso recibido por Wolsey desde Roma, mucho antes que nadie soñara en romper con el Papa; y los motivos para la supresión, o por lo menos, los motivos alegados —que los monasterios pequeños no podían cuidar sus asuntos debidamente, que estaban aislados, que su disciplina era floja, etc.— fueron repetidos en esta nueva jugada como lo habían sido en las viejas. Además, se utilizó la misma maquinaria para fijar el valor de las rentas asignadas a los monasterios y la de todos los demás valores.

Por consiguiente, cuando Enrique, impulsado por Tomás Cromwell, dictó la ley, debidamente registrada por el Parlamento, de la supresión de los pequeños monasterios, el término medio de los ingleses *políticos* de esa época, aunque impresionado tal vez en parte por la desaparición de algo que le era familiar y, en el caso

de algunos de los hombres públicos, chocado por la bajeza de los agentes —como también por la destrucción de *todos* los monasterios pequeños de una sola barrida—, no se sentía herido como si se tratara de un cambio *religioso*.

El instinto de la gente común era más sabio que el juicio de los mejores. Olía la catástrofe, y el norte se levantó en la famosa "Peregrinación de Gracia". Este gran levantamiento popular, el primero en defensa de la religión nacional, estaba mal conducido, porque la nobleza sabía de qué lado se hallaba su interés financiero. Hubo un momento en que amenazó el trono de Enrique, pero fué disuelto por la traición y seguido de tan espantosas represalias que amedrentaron a toda Inglaterra, sometida a un reinado de terror, durante el resto de la campaña contra los monasterios.

Después de este primer paso siguió otro mucho más grave: la disolución de los grandes monasterios, la supresión de *todo* el sistema monástico de Inglaterra y el comienzo del abierto saqueo de las rentas eclesiásticas, además de las monásticas y colegiadas. ¿Cuál fué el motivo principal de este segundo cambio verdaderamente revolucionario?

A pesar de lo que se ha dicho en su descargo, fué casi exclusivamente financiero. Puede, en cierta medida, haber estado mezclado con el sentimiento de que los monjes, en muchos casos, continuaban adheridos al poder papal, y que incomodarían al gobierno mientras durara la disensión con Roma. Ciertos monasterios, especialmente los Cartujos de Londres, se habían resistido a la separación de Roma; uno o dos grandes abades habían vacilado en hacer el juramento de lealtad a la supremacía real, aun cuando sus respectivas órdenes, como entidades, la habían finalmente acatado. Pero es falso el punto de vista de que la supresión de los grandes monasterios y las otras formas de pillaje eclesiástico estaban *principalmente* relacionadas con la separación

de Roma. Esa separación había hecho posible el tremendo cambio, porque daba al rey lo que antes había pertenecido al Papa: el poder de dar licencia para una supresión. Pero aunque podríamos citar a este respecto una o dos frases contemporáneas, el motivo esencial no fué principalmente eclesiástico, ni, en modo alguno, doctrinal. El mismo Tomás Cromwell fué tildado por muchos de hereje. Los monasterios ocupaban un lugar tan grande en la vida religiosa que su desaparición repentina provocó indignación y rebelión muy difundidas. Pero los ingleses no pensaban en el asunto como en la desintegración del sistema de creencias dentro del cual habían crecido, y que consideraban establecido. Para hablar concretamente, nunca hubieran relacionado la supresión de los monasterios con un efecto tan asombroso como la supresión de la misa. Lo que sí advertían era que se intentaba una revolución *económica* muy grande.

Sentían que era sacrílega, pero les hubiera parecido una profecía de locos si alguien les hubiera dicho, en 1540, que al cabo de diez años esa revolución los llevaría a cambiar el Misal por un libro de oración colectiva, y al cabo de veinte, a la prohibición definitiva del ritual.

En ese comienzo del siglo XVI la renta de la Corona era cada día más insuficiente. Difícil es determinar la causa de tal estado de cosas, y no tengo lugar para discutirlo aquí. De cualquier modo, así era. Para mantener su política general en Europa y el manejo de los asuntos internos, Enrique VIII, antes de morir, se vió obligado a utilizar toda clase de expedientes: a falsificar la moneda corriente, a préstamos forzosos, a imponer tasas mucho mayores que las que habían podido recolectar sus predecesores inmediatos. Existía una especie de crisis financiera permanente, por cuanto los gastos siempre excedían a las rentas. Éste fué el motivo

gubernamental del gran cambio llamado la disolución de los monasterios mayores.

La disolución de los monasterios pequeños no había afectado por completo la vida monacal: ésta permanecía intacta. Los monjes desposeídos podían ser reclutados en las casas mayores, y eran éstas las que, a los ojos del público, representaban a la institución. Pero cuando se llegó a la supresión de las casas mayores, en su totalidad y en todo el territorio, el hecho significó, como lo he llamado, una revolución. Una revolución religiosa, porque la vida religiosa comunal cesó de pronto; una revolución económica, porque la Corona se posesionó repentinamente de un enorme capital, de un capital que debería haberle bastado para todas sus necesidades.

Es muy difícil afirmar en qué proporción la totalidad de la riqueza eclesiástica en rentas, metales preciosos y bienes muebles, se sumó al excedente de riquezas del país, es decir, a la riqueza de toda la clase dirigente. La tradición popular la fijó en una tercera parte. Probablemente, no fué tanto, pero puede haber sido una quinta parte. Nos vemos aquí frente a uno de esos problemas muy difíciles que la historia plantea a cada instante, y en los que dos núcleos de pruebas se hallan en conflicto. Si estimamos solamente las riquezas según el detalle de valuación eclesiástica, descubrimos una suma mucho menor que la que en realidad confiscó la Corona cuando saqueó monasterios y conventos, hospitales y colegios y (en cierto grado ya) los bienes episcopales.

Un cálculo cuidadoso nos da una cifra tan baja como la séptima parte; no, por supuesto, de toda la riqueza del país, sino, como ya he dicho, del *excedente*, es decir, de la riqueza que sostenía a las casas solariegas y las corporaciones similares, sin contar la que sostenía a la masa trabajadora de la nación.

Además, podemos advertir, por los ulteriores efectos

indirectos del cambio (tales como los nuevos palacios de quienes recibieron finalmente las tierras de la Iglesia), en qué escala se hizo la confiscación. No obstante, fuera una quinta, o una sexta, o sólo una séptima parte, esa confiscación tuvo dos efectos. Primero, hizo mucho más difícil la reconciliación con Roma en cualquier forma permanente. Segundo, desequilibró la balanza económica del país dando, en primer lugar, a la Corona, por un corto espacio de tiempo, mucho más poder, y luego, cuando la nueva riqueza había sido despilfarrada entre nuevos aventureros y viejas familias, poniendo gradualmente el equilibrio del poder económico en manos de una clase alta, enormemente enriquecida, que, en un siglo, destruyó a la monarquía.

Si Enrique hubiera guardado la riqueza que en esa forma había adquirido; si esa riqueza se hubiera convertido en bien permanente de la Corona, la monarquía popular inglesa hubiera sido la más poderosa de Europa.

Pero no la guardó. No la guardó por varias razones. Ante todo por la siguiente razón, la más importante: su carácter; el carácter de un hombre libertino, violento, gastador, capaz de despilfarrar el dinero como ninguno de sus predecesores, jugador empedernido, que regalaba propiedades a sus favoritas, y era juguete de sus impulsos. Segundo, porque la Corona se hallaba en trance económico tan difícil que no supo rechazar la fuerte tentación de hacer efectiva su nueva fortuna, y rápidamente vendió tierras monásticas y otros bienes a precios demasiado bajos. Con frecuencia el precio nominal al cual vendía (en realidad percibía menos) sólo correspondía a la renta de diez años del bien vendido, en tanto que lo normal era establecer el precio sobre la renta de veinte años. Luego existía el hecho de que hasta una monarquía popular muy poderosa como la de Enrique no podía continuar una revolución tan súbita y gigantesca sin confiar en los hombres diri-

gentes de la época, los aventureros que había reunido a su alrededor, la vieja nobleza, los terratenientes y grandes mercaderes de la Cámara de los Comunes, y los diversos funcionarios astutos, diligentes y parásitos que poseían aguda visión cuando se trataba del propio adelanto.

Fué así como Tomás Cromwell guardó para su uso personal cuantiosas sumas de la riqueza monástica, y no sólo esto: dió a su sobrino parte de esas riquezas, constituyéndole una fortuna enorme que fué la base de la familia Cromwell y el origen de la importancia que cien años más tarde tendría Oliverio Cromwell. Pocos, o ninguno, de los representantes de condados, miembros del Parlamento de la Reforma, dejaron de tomar parte en la rapiña. Estas y otras causas llevaron a una rapidísima dispersión de las riquezas eclesiásticas que Enrique había confiscado.

Jamás se ha hecho un análisis completo de todo esto, y tal vez no sea posible hacerlo, porque los datos registrados, aunque muy numerosos, se hallan lejos de abarcar la totalidad del terreno. Pero algunos minuciosos especialistas han podido, con bastante exactitud, asegurar que la Corona había perdido más de la mitad de la riqueza antes de morir Enrique. Inmediatamente después de su muerte, bajo el reinado de Eduardo VI, como lo señalaré más adelante, fueron secuestradas otras enormes cantidades. María repartió muy poco; pero Isabel, por hallarse en manos de la clase recién enriquecida, se vió obligada a ceder tierras a diestro y siniestro, o más exactamente, se las tomaban.

Antes de pasadas dos generaciones, casi todo el botín se había escurrido de las manos de la Corona empobrecida, y se hallaba en poder de los nuevos millonarios, y su clase de hacendados había empezado ya a gobernar a Inglaterra y a destruir la vieja monarquía popular de los ingleses.

V

CALVINO

El mismo año en que Enrique de Inglaterra, a instigación de Tomás Cromwell, inició la disolución de los monasterios, apareció un libro que estaba destinado a cambiar totalmente el futuro de la Reforma y a dar consistencia y estructura, y por lo tanto duración, a la fatal fisura de la cristiandad.

Ese libro fué la *Institución Cristiana* [1], escrito por un francés de Noyon: un tal Jean Cauvin.

Con frecuencia, refiriéndose a algún libro, los hombres dicen que ha transformado el mundo. Es una manera de hablar generalmente exagerada y hasta carente de toda exactitud. A menudo, un libro de gran influencia no contiene más que la exposición, desarrollada en forma clara, de ideas ampliamente recibidas de antemano. A menudo, también, un libro goza de gran crédito histórico como causa, cuando sólo constituye el registro de alguna institución ya fundada y destinada a continuar existiendo con igual vigor aunque el libro no hubiera sido escrito.

Pero en el caso de este libro de Juan Calvino (para usar la forma más difundida de su nombre) encontramos lo que en la historia moderna se aproxima más a un trozo literario que fué en sí mismo un agente, y un agente único.

Tampoco en este caso debemos exagerar. El efecto del libro se debió, principalmente, a la oportunidad de su aparición: proporcionaba exactamente lo que se necesitaba; vertía la Reforma dentro de un molde, en

1 Christianæ Religionis Institutis.

momentos en que el movimiento era todavía flúido, cuando el crisol aún hervía. Escrito en la actualidad, ese libro no tendría tal trascendencia. Escrito en el siglo XIII, habría producido gran efecto, pero no igual al que tuvo. Porque las primeras épocas de la Edad Media eran sanas, y sólo debido a la peste negra las tinieblas cayeron sobre Europa.

No obstante, es cierto que la *Institución Cristiana* de Juan Calvino hizo mucho más, en el sentido de estampar, formar y tornar permanente lo que conocemos desde hace más de trescientos años como "protestantismo" (modo ético que tan poderosa influencia ha tenido en la historia de nuestra raza) que ningún otro factor de la Reforma; y esta verdad es una excelente prueba de que la mente del hombre vive de doctrina y de que el pensamiento claro domina a la simple emoción. Hasta que apareció ese libro, la Reforma había vivido desde hacía veinte años protestando contra los recientes abusos de la Iglesia, e indignada contra ellos. Sus doctrinas habían sido diversas y contradictorias, su curso tortuoso: un remolino.

Lo que hizo Cauvin fué crear un Iglesia, un credo, una disciplina que podían colocarse por encima y en contra de lo que había sido durante tantos siglos (y aún es) la Iglesia original de la civilización cristiana, con su credo y su disciplina. Porque Jean Cauvin creó, hasta en sus menores detalles, con la rapidez y la tenacidad del genio, una cosa nueva.

Es cierto que grandes núcleos de europeos se distanciaron permanentemente de la unidad y no quisieron seguir del todo a Calvino. Así sucedió con la masa luterana; así iba a suceder, por supuesto, con el grueso de los protestantes ingleses. Hasta grupos enteros de los que se hallaban profundamente bajo la influencia de la "fundamental producción cerebral" de este hombre —tales como los independientes del siglo XVII— se ne-

garon a acatar la rígida armazón establecida por él.

Sin embargo, no cabe duda de que el calvinismo, hasta el día de hoy, es el alma del protestantismo; de que los efectos sobre el carácter, que la cultura protestante sigue admirando, son esencialmente efectos del calvinismo; de que la totalidad del mundo del pensamiento anticatólico, todavía hoy, pese a que ha perdido las doctrinas calvinistas, está, en sus mas íntimos ideales, impregnado del espíritu de Jean Cauvin.

Lo que hizo Cauvin fué lo siguiente: tomó una de las más antiguas y peligrosas directivas de la humanidad, *el sentido de la fatalidad.* Lo aisló y lo hizo supremo, obligándolo, con su poderoso cerebro, a calzar en el sistema que los cristianos aún asociaban tradicionalmente con la santidad y autoridad de su religión ancestral.

Dios se había hecho Hombre, y Dios se había hecho Hombre para redimir a la humanidad. Esto no formaba parte de la antigua idea de la Fatalidad. Por el contrario, era un alivio de esa pesadilla pagana. Nosotros, los de la misma fe, decimos que la Encarnación tuvo por objeto liberarnos de semejante pesadilla pagana. Pues bien, Calvino aceptó la Encarnación, pero forzándola a calzar en el antiguo horror pagano compulsivo: el *Ananké.* Reintrodujo lo Inexorable.

Sí, Dios se había hecho Hombre y había muerto para salvar a la humanidad; pero sólo a la humanidad en determinado número de personas, en favor de las cuales había actuado. La idea de lo Inexorable quedaba en pie. Los méritos de Cristo eran una atribución y nada más. Dios era Causalidad, y la Causalidad es un todo inmutable. El hombre se condenaba o se salvaba, pero esto no dependía de él. El reconocimiento de la igualdad del bien y del mal, que rápidamente se convierte en adoración del mal (la gran herejía maniquea cuyas raíces son tan antiguas como la humanidad; el motivo permanente del Temor), fué presentado por

Calvino en una forma nueva y extraña. No oponía, por cierto, como lo habían hecho los maniqueos, dos principios iguales del bien y el mal. Sólo presentó un principio: Dios. Pero atribuía a ese Único Principio todos nuestros sufrimientos y, para la mayoría de nosotros, sufrimientos necesarios y eternos. Tornó nuestro destino, bueno y malo, equivalente dentro de la divinidad.

La Iglesia Católica había llamado inmortal el alma del hombre. Calvino aceptó esa doctrina; pero en sus manos se convirtió en una inmortalidad fatal que para los pocos predestinados a la beatitud seguía siendo fatalidad, como lo era para los millares de predestinados a la desesperación.

De este grande hombre, repito, procede una trama completa de ideas que persisten, aun cuando las doctrinas reales para él y sus discípulos, los dogmas estrictos sobre los cuales desarrollaron su poderoso sistema de teología deforme, se hayan borrado de la mente moderna. Si nuestro no-católico de hoy concibe el proceso material y luego el espiritual como inevitables, si se inclina a la desesperación, si se deja tentar por la última moda de un "subconsciente" contra el cual el hombre lucha en vano, es porque en todo ello está el sabor de Calvino.

Podemos encontrar actualmente, en insospechadas regiones del pensamiento, la influencia de ese hombre. Fué él quien dijo, por ejemplo, que el ministerio debe proceder de elecciones, pero que, una vez electos, los ministros tienen autoridad sobre los electores. ¿Qué mejor paralelo de la treta parlamentaria cuya falsedad ahora mismo advierte Europa? Fué él quien, en forma directa y dogmática, y no general como la que empleaban los viejos sabios humanistas, combatió la voz viviente de la tradición mediante documentos, sin excluir los más fragmentarios. Fué él quien convirtió la humildad en futesa y el apetito de riqueza en virtud.

Fué él quien inició la guerra contra la *Alegría*. Fué él quien levantó en forma tan definitiva el muro que separa la mente católica de Europa de la de sus adversarios; fué él quien creó una nueva fuerza positiva dirigida contra la fuerza positiva de la Iglesia Católica.

Es una historia extraordinaria. El libro fué escrito por un hombre muy joven: cuando lo terminó sólo tenía veinticinco años. Fué escrito por un joven que después de más o menos siete u ocho años de reclusión académica había abarcado, con increíble laboriosidad y con la minuciosa exactitud de una excepcional retentiva, todos los estudios necesarios para su objeto.

No es el único picardo[1] de la historia que ha demostrado lucidez, frialdad y rigidez en su plan. Su compatriota Robespierre constituye otro famoso ejemplo (porque Artois es lo mismo que Picardía). Fué el espíritu francés, pero el nórdico, el menos generoso, el de las gentes que no tienen viñedos, el que produjo a Jean Cauvin[2].

Si, aparte de la oportunidad del momento y su acción contra el clero, nos preguntamos por cuál razón era tan poderosa la doctrina de Calvino, la respuesta, creo, nos la da el hecho de que proporcionaba un tremendo objeto de adoración, apelando, al mismo tiempo, a un poderoso apetito humano que el catolicismo combate. El nuevo objeto de adoración era un Dios implacable; el apetito era el amor por el dinero. Existe un oscuro instinto de horror que se encuentra, agazapado o patente, en todos los antiguos y modernos ritos

1 Su pueblo natal, Noyon, está situado en los confines, no en el interior, de Picardía. Pero el carácter del lugar es el mismo de esas planicies desoladas.

2 Según la costumbre culta contemporánea, el nombre *Cauvin* (que significa "calvo") fué latinizado y se convirtió en *Calvinus*. Los germanos lo llamaban así. Los franceses lo convirtieron en *Calvin*, cuya forma copiaron los ingleses. Es de notar también que sus contemporáneos escribían a veces *Calvin* el nombre de la familia.

paganos, una exigencia de víctimas y un anhelo de postración ante un poder terrible. Calvino proporcionó las víctimas. Porque sus ardientes discípulos, recuérdelo el lector, eran elegidos. Los condenados eran los otros. Y en cuanto al amor por el dinero, una filosofía que negaba las buenas obras y se burlaba de la abnegación permitió que aquél se desenfrenara en toda su violencia. Calvino pedía a los hombres que se enriquecieran, y así lo han hecho.

La influencia incansable y cada vez más extendida de Calvino se acrecentaba. Convirtió a Ginebra en otra Roma. Proporcionó un polo de energía y un núcleo para la lucha que se iniciaba contra la ortodoxia; pero lo hizo construyendo una nueva ortodoxia que era una armadura.

Pocos son los que leen hoy la *Institución Cristiana*; sin embargo, el que desee comprender la gran grieta que se abrió en Europa debería conocer, por lo menos, la parte más significativa de esa obra. Existe una excelente traducción al inglés de Allen, publicada a mediados del siglo XIX; y el que recurra a ella encontrará seguramente todas las características que acabo de describir.

También encontrará, si lee con espíritu perfectamente libre, lo que todos los discípulos de Calvino, y hasta la mayoría de sus críticos niegan, es decir, sus curiosas y ocasionales faltas de sinceridad, tan propias de los creadores de sistemas. Con toda evidencia, tenía construído un sistema a priori, en la mente, y luego obligó a las pruebas a calzar dentro de él. Esto se advierte sobre todo cuando recurre a San Agustín; y especialmente en sus vacilaciones alrededor de la palabra Sacrificio en relación con la Eucaristía. Léase con atención el capítulo décimoctavo del Libro Cuarto, y véase si no es así. Se advierte la misma tendencia a deslizarse sobre las pruebas, a eludirlas o disminuirlas en el tercer capítulo del mismo libro, cuando trata de fabri-

car un caso para la elección del ministerio. En cuanto a su extraño deleite en la venganza, o lo que nosotros podemos llamar Justicia Divina, pero que él interpreta como Divina *Necesidad*, ruego al lector que examine el pequeño párrafo sobre los tormentos del infierno, en el capítulo vigésimoquinto del Libro Segundo[1].

Por lo tanto, en ese año de 1536, Calvino hizo su presentación con el libro, acompañado de una carta dirigida a su soberano (Francisco I, rey de Francia), que tuvo como resultado: definir, organizar y fortificar la nueva guerra contra la Madre Venerable.

Pero si nos preguntamos por qué ese libro tuvo un efecto tan enorme en sus primeros años, y por qué al promediar el siglo había convertido a Francia en campo de batalla, había empezado a convencer a Escocia y, una generación más tarde, a sacudir a Inglaterra, la respuesta es, una vez más, como en todo el proceso de la Reforma, la siguiente: *debido al ataque al clero.*

El vago, impetuoso, caótico, primitivo movimiento germano; la vieja controversia sobre la comunión bajo una sola especie; la negativa, más antigua aún, a conceder poder sacramental a los sacerdotes pecadores; la tendencia a substituir con letra bíblica muerta la autoridad tradicional viviente, todas estas cosas estaban arraigadas en una fuerza motriz colectiva, como ser la reacción contra el concepto de un sacerdocio sacrificador, separado por el sacramento del orden a fin de ejercer poder espiritual entre los cristianos. Hasta entonces ningún *sistema* había coordinado y aclarado estas confusas protestas que surgían, como hemos visto, de la indignación ante la corrupción del clero. La aguda rebelión de la vida contra el mecanismo, impulsada por el odio imperecedero contra la fe, que el poder mismo de la fe despierta, había provocado un resultado negativo de desunión y confusión. Tal fué la obra ger-

1 La primera edición en latín apareció en Basilea, y es de marzo de 1536. La carta a Francisco I fué compuesta en el año anterior.

mana. Veinte años después de esa influencia, surge la vigorosa y disciplinada mente francesa de Calvino, presentando, íntegro, un sistema que explicaba, mediante una filosofía completa y trabajada, la forma de deshacerse del clero, e ideando, contra el odiado credo y la aborrecida disciplina, otra disciplina y otro credo. En esto se fundaba el éxito popular de su libro.

Un libro, aunque esté respaldado por el trabajo activo de un hombre, tarda algunos años en producir su efecto. Calvino dejó caer su mazazo en 1536. Después de cuatro años, la fisura que ese golpe había provocado empezó, imperceptiblemente, a ensancharse.

Hasta 1540, el movimiento de la Reforma, que hoy se presenta a nuestros ojos como una división de Europa en dos sociedades definidamente separadas, no había salido de los límites de una discusión *general*. Se consideraba aún existente la unión *social* de Europa.

Los diez años siguientes se caracterizaron por la gradual penetración, en Europa, de la influencia de una nueva filosofía. Hasta entonces, los hombres que pasaban de la juventud a la edad madura habían estado sumergidos en confusas discusiones. Ahora tendían a separarse en dos campos. Significaba la liquidación del "período de debate".

Sin embargo, en la década comprendida entre 1540 y 1549, estaba aún en duda la decisión primordial de si la cristiandad permanecería unida o no. El momento seguía siendo de controversia, la cual dependía de la persuasión y del ejemplo, de la retórica, y del empleo, hasta entonces *desconectado*, de la fuerza. Al mismo tiempo seguía siendo una fase de corrientes encontradas. En Inglaterra fué preservada la doctrina ortodoxa, en tanto que se acentuaba la separación política con Roma; en Francia se estableció una confusión en lo principal, la doctrina, debido a las necesidades de la monarquía y a su rivalidad con el emperador Carlos V, el campeón del catolicismo; en los numerosos princi-

pados y ciudades de los germanos se insinuaba una creciente tendencia a admitir la imposibilidad de solución alguna; la política fatal de la desesperación y aceptación definitiva de la división cobraba fuerza. Pero no se llegaba a una norma definitiva. No existían *todavía* en la cristiandad dos fuerzas opuestas. Todo se mantenía en fusión, aunque en una fusión que mostraba señales de asentarse en dos cuerpos.

Estamos principalmente interesados en tres unidades, Francia, Inglaterra y el Imperio, sin dejar de contar, por supuesto, a los cantones suizos como un fleco del sistema imperial. La rebelión había afectado poco a los españoles [1], porque toda su alma se hallaba concentrada en salvaguardar la ardua reconquista de sus tierras cristianas contra el mahometano y sus aliados judíos; de ahí la intensidad de su Inquisición. En Italia la alta marea del Renacimiento llenaba a los hombres de escepticismo y desdén por lo que consideraban puerilidades, como ser: recurrir exclusivamente a las Sagradas Escrituras y tramar nuevos sistemas teológicos. En Escocia el fuego no se había encendido aún. Los Países Bajos, campo estratégico principal, no habían entrado todavía en la liza.

Pero en 1540 a 1549, en Alemania, Francia e Inglaterra, el debate de la Reforma se hallaba en sus últimas etapas; y para comprender el conflicto futuro, debemos saber lo que le ocurrió, durante esos diez años en cada país, a la generación que había asistido en su juventud a la iniciación del movimiento y que ahora entraba en la edad madura. Porque un hombre que contaba, digamos, veintiún años en el momento de la primera protesta de Lutero, y cuyos años de formación, entre los doce y los veinte, habían transcurrido entre las disensiones de humanistas y escolásticos, y las de la nueva cultura y la vieja tradición, ese hombre en 1549 había

[1] Sin embargo, Servet, a quien Calvino primero traicionó y luego hizo quemar vivo por ser partidario de la unidad, era español.

traspuesto los cincuenta años, se unía a la generación de los viejos y, sin embargo, cosas nuevas hacían presión sobre él. Tales hombres no conocían la desunión y no podían concebirla. Pero la levadura de Calvino actuaba sobre los hijos, y esos hijos iban a llevar a cabo la división de Europa.

El primer sector que debemos juzgar es el francés; porque Francia está por convertirse en el campo de batalla donde habrá de decidirse si la Iglesia Católica, humanamente hablando, sobrevivirá o no. Y porque en Francia era donde la obra de Calvino comenzaba a penetrar con mayor agudeza.

El siguiente es Inglaterra. Aquí un curioso accidente político había tenido el doble efecto de refirmar la santidad de la vieja y unida doctrina católica como no se había reafirmado en ninguna otra parte —enérgicamente, universalmente, y con el aplastamiento de toda oposición—[1] y de causar una separación igualmente clara y violenta del centro de la unidad doctrinal: el Papado. Aquí, en Inglaterra, fué donde menos se sintió la influencia de Calvino. No obstante, también aquí se había producido, como en ninguna parte, la destrucción de la institución monástica, principal apoyo social de la unidad católica; y esta destrucción se había visto acompañada por el saqueo de los bienes que constituían la mayor fuerza temporal de la religión.

Por último, tenemos a los germanos. Aunque con mayor efectividad que en Inglaterra, tampoco entre ellos había tenido Calvino la misma influencia que en Francia. La Germania se hallaba aún bajo el impulso de su confuso movimiento original con un ímpetu de más de veinte años. Tenía la experiencia de príncipes y ciudades que desafiaban con éxito a la

[1] Enrique VIII, en efecto, convirtió en delito el hecho de eludir la confesión. También decretó —mediante su poder papal plenario— que el celibato del clero es una ley de Dios; doctrina que demuestra su deficiencia en materia de teología.

Corona, y este último aspecto del debate en Alemania fué una rendición a los rebeldes. Hemos visto que no había allí ningún poder central, como en Francia e Inglaterra. También hemos visto que el peligro turco había paralizado las últimas y pobres oportunidades, que para imponer su voluntad le quedaban al emperador, rey nominal de todos los germanos.

Consideremos más detalladamente estos tres campos, Francia, Inglaterra, Alemania, durante esta última fase del "período de debate", los años que precedieron a 1547-49, años durante los cuales continuaba creciendo la influencia del libro de Calvino.

En cuanto a los franceses, es menester observar especialmente que entre ellos se había iniciado mucho antes de Lutero una tentativa de reforma *dentro* de la Iglesia. No digo que no fuera peligrosa; pero sí afirmo que era ortodoxa. Hombres como Lefèvre d'Etaples y el obispo de Meaux y sus discípulos habían dirigido la corriente del país hacia una reforma racional, tendiente a suprimir los monstruosos abusos y a poner de nuevo sobre sus pies a la sociedad cristiana, alentando el sentimiento de religión personal, que de ningún modo necesitaba destruir la unidad, y que, antes bien, podía haber precipitado (después de muchas y ociosas discusiones, sin duda) lo que se produjo más tarde: *una reforma de la Iglesia desde adentro*, una Iglesia purificada de la iniquidad de sus miembros, de las anomalías de la práctica y de los abusos de la costumbre, pero con su plena individualidad sagrada y personal no solamente mantenida, sino también renovada.

Pero fracasó el esfuerzo original de reforma interna, del cual los franceses fueron —característicamente— los fundadores. La propaganda luterana desde Alemania había hecho presa en unos cuantos franceses exaltados; carteles con insultos a la institución central de los cristianos, la misa, habían ofendido violentamente al pueblo de París y provocado vigorosas represalias. Entonces llegó el libro de Calvino; y después, durante quince años, ese libro fué creando una organización definida, cada vez más poderosa, en oposición a la fe.

La primera iglesia calvinista organizada, de verdadera importancia, la de Ruan, data de 1546, diez años después del libro, y de ahí en adelante iglesias similares surgen por doquier y comienzan a constituir pequeños estados dentro del Estado. En el año 1547 ya había muerto Francisco I, católico convencido y sincero, pese a la inclinación hacia el nuevo entusiasmo demostrada por sus parientes. La preocupación de dicho monarca no había sido la nueva lucha religiosa, sino Carlos V y las armas del Imperio Germano; su actitud y su política confusas entre finalidades discordantes, permitieron al movimiento calvinista conquistar una posición firme.

En Inglaterra, Enrique había mantenido, con la plena fuerza del Estado, el apoyo de la mayoría de los prelados bajo sus órdenes, y ciertamente el grueso de la plebe, la estructura principal de la ortodoxia católica [1].

Nuestros libros de texto oficiales para uso de los colegios y universidades están escritos como si Inglaterra en ese momento —1540-1547— hubiera vacilado entre la plena tradición de la Iglesia Católica y una zambullida dentro de la anarquía germana o, más tarde, dentro de la "contraiglesia" calvinista. Esto no es historia. Es propaganda anticatólica, impuesta por el moderno sistema de exámenes obligatorios, y proyectada con el fin de presentar al protestantismo como algo natural de la mentalidad inglesa. La verdad histórica es que, aunque fuera copiosa la discusión sobre lo que agitaba a toda Europa, del mismo modo que es copiosa hoy en día la discusión sobre el comunismo, la masa

[1] En un punto vaciló Enrique por causa de un sentimiento político: la plena doctrina del Purgatorio y las misas de difuntos. Pero no hay duda sobre sus sentimientos íntimos, y dejó mucho dinero para misas en sufragio de su propia alma.

del pueblo inglés estaba, todavía en ese momento, menos influída que ninguna otra en Europa por el movimiento anárquico anticatólico, y casi nada por el nuevo anticatolicismo organizado de Calvino. Sólo un grupo de intelectuales, con escasos adeptos, habían sido tocados hasta entonces por *ese* entusiasmo.

Salvo un puñado de hombres y mujeres exaltados, semejantes a los que se encuentran siempre que se suscita cualquier agitada discusión, las personas que en grados muy diferentes atacaban alguna parte de la doctrina católica constituían una minoría nada popular, dividida entre una camarilla académica, poderosa por la inteligencia y situación clerical de sus miembros, y el grupo –muy grande y creciente– de los que habían tenido permiso para compartir con Enrique la riqueza robada a la Iglesia.

Éstos, por cierto, sentían cada vez más la necesidad de impedir la reunión con la cristiandad. Debían su situación a la disolución de los monasterios, del mismo modo que a los reformistas (como Ridley) la oportunidad les había sido proporcionada por la ruptura con Roma. Pero la masa principal del pueblo inglés estaba con el rey, durante todos esos últimos años de su vida –1540-47–, en su determinación de mantener en vigor la plena estructura de la práctica y la doctrina católicas. El proyectado casamiento de Enrique con Ana de Clèves fracasó y nunca constituyó una verdadera aproximación al movimiento germano de desunión; y es posible, o probable, que al morir, casi al mismo tiempo que Francisco I, el rey estuviera considerando otra vez su reconciliación con la Santa Sede.

La historia de los germanos puede ser contada más sencillamente. El emperador nunca había tenido el poder de mantener la unidad, porque los alemanes no eran un pueblo unido, como, por cierto, nunca lo habían sido antes ni lo fueron después, debido, al parecer, a una aversión por la nacionalidad organizada, aunque

posean un fuerte sentimiento racial. Los núcleos "protestadores", es decir, los soberanos y las ciudades que atacaban a la vieja sociedad unida de la cristiandad, y que se lanzaban en nuevas y variadas especulaciones religiosas (acompañándolas y confirmándolas con la expoliación de los bienes de la Iglesia), formaban al principio una liga que resultó derrotada; pero la derrota no fué, en modo alguno, decisiva. El emperador y su hermano de Austria estaban ansiosos por concertar un arreglo, una tregua religiosa, y no por obtener una victoria de la fe. Aparecieron los *Interim* (la palabra quiere decir "entretanto" en latín), primeramente el de Ratisbona, luego el de Augsburgo; y estos *Interim* eran negociaciones de armisticio, dominadas por el espíritu de la fatal aceptación de que la Iglesia Católica y sus adversarios, ahora numerosos y aliados, podían tratar entre sí como si todos hubieran tenido igual participación en un admitido quebranto de Europa. En otras palabras, en Alemania, por el momento, la unidad católica había desaparecido, en tanto que se mantenía firme en Francia e Inglaterra.

El *Interim* de Augsburgo se produjo poco después de muertos Francisco I de Francia y Enrique VIII de Inglaterra, y con dicho *Interim* termina en Alemania este período. Por consiguiente, al acercarnos a la mitad del siglo XVI, nos acercamos al final de la primera fase, clara, amplia, de la historia de la Reforma, que he llamado el "período de debate".

Lo que iba a seguirle era el "período de conflicto". Pero entre uno y otro pasaron diez años, o algo más (1547-49 a 1559), durante los cuales las fuerzas se preparaban para la lucha activa. Denominaré estos años los "preliminares del conflicto".

En este punto de la historia de la Reforma, 1547-49, hagamos una pausa y un resumen de la situación. Por-

que es el final de la primera división principal del proceso de desunión.

Hace doce años que ha salido el libro de Calvino. Los que durante su juventud se compenetraron de él son ahora hombres activos, llegados a la treintena, que agitan a Europa.

Enrique de Inglaterra, Francisco de Francia, los enérgicos defensores de la misa, yacen muertos desde hace dos años. La miserable transacción germana de Augsburgo acaba de ser concertada, y en Inglaterra ha empezado el ataque gubernamental contra la misa.

¿Cuáles eran los sentimientos de los hombres en ese momento? ¿Hasta dónde había progresado el creciente peligro para la cristiandad al llegar el año 1549?

Tomando a Europa en su totalidad, había existido hasta entonces amplia libertad de expresión. Se habían producido luchas violentísimas y una conflagración de nuevos sentimientos nacionales, nuevas doctrinas, odios de clase, fines personales, ambiciones dinásticas, etcétera. Esta confusión tenía por base la libertad de discusión y el hecho de que no existía aún, en parte alguna, una división clara de adherentes y disidentes, de ortodoxos y negadores. El espíritu de la época había sido ecuménico; la Iglesia *entera*, para su bien, debía ser cambiada, o ser mantenida, para su bien, en su forma antigua, o admitir una mezcla de reforma y conservación. Había habido gran cantidad de luchas esporádicas y mucho empleo de fuerza persecutoria, pero las cosas no se habían definido aún en campos opuestos y menos todavía en batalla. Pero ahora —alrededor de 1549— toda la grieta se hizo evidente.

Durante otros diez años los distintos partidos (ahora cada vez más separados en dos grupos opuestos) se alistaban para la acción. Luego llega la fecha crítica, 1559, el llamado a Isabel hecho por los nuevos millonarios de Inglaterra, que veían en ella a un jefe

oportuno; en Escocia el repentino y tumultuoso levantamiento; en Francia los gruñidos de lo que más tarde sería una guerra civil; muy poco después se produjo el asunto de los Países Bajos, del que también iba a depender el destino de la unidad. Hasta el año 1549 las cosas habían permanecido accesibles a un posible arreglo, aunque más dudoso a medida que los años se aproximaban a dicha fecha. Después de 1549, la guerra se cierne sobre el horizonte.

Entonces bien, ¿qué pensaba el hombre término medio de Europa de la cuestión europea en esta encrucijada de la mitad del siglo XVI?

Nada sabía, naturalmente, de la completa y ulterior separación que se produciría. Pero la idea de "protestante" en oposición a "católico" empezaba ya a serle familiar; todavía no en forma de culturas opuestas y menos aún de opuestas divisiones geográficas en Europa. Ignoraba lo de "latino", "teutónico" y demás de nuestra falsa jerga moderna. La realidad para él (y es aún para todos nosotros la realidad fundamental), era la cristiandad. Las diversas nacionalidades habían empezado a aparecer, pero en muy diversos grados de distinción y consideradas sobre todo como derechos de los príncipes y no de los pueblos. Escocia era, para Inglaterra, completamente extranjera y hostil. Francia se hallaba recientemente unida, lo mismo España; Italia era sólo una masa de principados y ciudades; los germanos, una masa aún más novicia de diversos gobiernos locales, la mayoría muy pequeños, bajo una supremacía nominal del emperador. El mahometano ya había intentado forzar las puertas de Europa y podía penetrar en cualquier momento.

En cuanto a la doctrina (único punto esencial), los hombres de 1549 estaban aún en el pleno fervor de la dialéctica, el argumento, la teoría y la afirmación individuales. Luteranos y zwinglianos seguían riñendo entre sí en lo concerniente a los sacramentos, y contra

ambos, los anabaptistas, con docenas de otras tendencias, todas, por supuesto, de acuerdo en atacar la tradicional organización de los cristianos bajo el Papado y la majestuosa estructura de la Iglesia universal. Dentro de todo esto se había introducido la dura cuña del libro de Calvino con su poderosa acción doctrinal, organizadora y contraria a la Iglesia, asentada sólidamente en Ginebra y que se extendía rápidamente por toda Francia. Nació una *institución*: la presbiteriana.

En nuestra época moderna, cuando se trata de debatir cualquier tema histórico, tenemos la costumbre de plantear esta pregunta bastante fútil, por cierto: "¿De qué lado estaba la mayoría?" Fútil, porque los temas casi nunca son bien definidos, y porque la convicción varía infinitamente de grado, desde la de la masa (generalmente apática), hasta la de los valientes fanáticos de los extremos que comúnmente deciden el resultado.

Pero si con el propósito de contestar esa pregunta, intentamos un análisis del estado de cosas imperante en la Europa tumultuosa de dicha época, 1549, llegamos a la siguiente aproximada conclusión:

En lo tocante al mantenimiento de la religión antigua, conocida y tradicional, una abrumadora mayoría en Europa[1] estaba aún —en 1549— a favor en la proporción que se quiera, diez a uno, o veinte a uno. Especialmente en Inglaterra este sentimiento era vigoroso —más vigoroso tal vez que en ninguna otra de las naciones organizadas, con excepción de España—. Pero en esa época, lo mismo que en Francia, se *discutía* mucho en Inglaterra.

En lo referente a si era necesaria la unidad central del Papado, y a la posibilidad de que los diversos soberanos civiles y las iglesias de sus diversos dominios y distritos se organizaran sin someterse a la Santa Sede,

[1] Es decir, en toda la cristiandad. En Alemania la proporción era distinta, había un núcleo grande disidente; en España uno pequeño.

existía una actitud dividida con probabilidades en *contra* —hasta entonces— de que una mayoría apoyara el pleno derecho pontificio. En Inglaterra y Francia, y hasta en España, era muy fuerte el sentimiento de que el príncipe tenía que ser supremo en todos los asuntos de la vida práctica, y era fácil incluir en "la vida práctica" cuestiones eclesiásticas de toda clase. Debemos recordar, además, que los hombres no habían experimentado aún los resultados que derivan del hecho de pretender conservar la unidad religiosa y la ortodoxia sin un centro de control. Sólo en la generación siguiente, cuando los hombres aprendieron lo que la disensión podía engendrar en la moral y cuando comprendieron que sin el Papado el quebranto sería inevitable, cobró fuerzas el repliegue en torno a la Santa Sede.

La actitud antipapal se veía reforzada por la aceptación que acordaba la mayoría a los derechos naturales que para mandarla tenían sus gobernantes civiles (reyes y príncipes), por la conversación corriente y la protesta contra recientes corrupciones de la Corte Pontificia y, sobre todo, por el recuerdo de los impuestos clericales. Sobre este particular la protesta había existido en todas partes; en todas partes se había refunfuñado, y en algunos lugares, sobre todo en Inglaterra, el sentimiento contra el pago de rentas y tributos a la Iglesia había sido tan enérgico, que el gobierno podía utilizarlo como arma para atemorizar al clero.

En lo relacionado con la necesidad de reformar los abusos, el acuerdo casi universal de los que advertían tales cuestiones se había modificado gradualmente en el transcurso de treinta años, debido al temor de que la reforma significase (de ser emprendida con demasiada ira) la destrucción de la sociedad cristiana.

Entretanto, lo esencial —la reforma desde adentro, que emprendida a tiempo hubiera salvado a Europa— continuaba en suspenso. Se había iniciado, concentraba fuerzas; pero no eran todavía suficientes para triunfar.

Por lo que antecede podemos darnos cuenta de cómo aparecería la situación si la juzgásemos como se juzga hoy, basándose en vagas mayorías; una mala forma de juzgar, *aun cuando* analizáramos dichas mayorías.

Pero cuando se trata de señalar los centros de intensidad, los polos de energía, los focos, los núcleos directivos, la situación estaba definida en 1549, pese a que la verdadera batalla no se había librado aún.

La situación oscilaba entre dos fuerzas. Por un lado estaba el instinto que todos tenemos de que Europa es católica, de que debe vivir como católica o morir; de que la rebelión religiosa anárquica involucraba un peligro mortal para nuestro arte y nuestra cultura, para aquello de donde ambos proceden, es decir, nuestra visión religiosa. Por el otro lado, se había despertado un odio intenso, feroz, creciente, contra la misa, el Santísimo Sacramento y todo el sistema trascendental; un odio tal que quienes lo sentían se hallaban, a pesar de millones de divergencias, en alianza común. Dicho odio se alimentaba de la indignación popular original contra la corrupción del clero, y en especial contra sus exigencias económicas, pero era mucho más antiguo que esa perturbación, nacida en el último período medieval; era tan antiguo como la presencia de la Iglesia Católica en este mundo. Era tan antiguo como los comienzos de la predicación de Jesucristo en Galilea. El genio de Calvino le había proporcionado una organización, una filosofía, un plan de acción y alma.

La conciencia católica y el odio opresor contra la fe católica estaban ahora a punto —en esta encrucijada del siglo XVI— de encarar la controversia, de provocar la batalla y de terminar dividiendo nuestra cultura en dos mundos opuestos, que se mantienen enemistados hasta el día de hoy.

VI

PREPARÁNDOSE PARA LA BATALLA
1549 - 1559

Estamos en la mitad del siglo XVI. En una disputa tan prolongada la acción del tiempo se hacía sentir. Hacía más de treinta años que duraba la controversia colmando la parte activa de la vida de los hombres. La joven generación había crecido en un ambiente de combate espiritual. Y ese combate estaba a punto de trocarse en lucha física.

Enrique VIII de Inglaterra y Francisco I de Francia, defensores de la misa, habían muerto. El emperador Carlos V muy pronto abdicaría y dividiría sus dominios. Crecía la expectativa de un choque, de una prueba de fuerzas.

En consecuencia, los diez años siguientes, de 1549 a 1559, presentan un nuevo cariz: las fuerzas empiezan a alinearse para la batalla.

Los terrenos decisivos de la preparación son Francia, Inglaterra, Alemania y los Países Bajos.

Cada uno de estos cuatro países desempeña una parte principal. Alemania es la iniciadora, y en Alemania, debido a que carece de un gobierno central, se localiza la rebelión contra la unidad europea. El punto estratégico son los Países Bajos. Constituyen la llave militar de la posición. De haber logrado la autoridad una victoria completa, y no parcial, en los Países Bajos, el quebranto definitivo de la cristiandad no se habría producido. Pero Alemania y los Países Bajos intervienen luego en el conflicto. La "alineación" para la batalla fué, al principio, una cuestión de Francia e Inglaterra, y de estos dos países nos ocuparemos ahora.

Primero es indispensable, en la secuela tumultuosa de los acontecimientos políticos y religiosos ocurridos en Inglaterra entre los años 1549 y 1559, compenetrarse de la existencia de sus sucesivos gobiernos centrales, dueños de un poder despótico que no tenía parangón con el de ningún otro gran estado europeo. Es esencial comprender a fondo este punto; de no ser así resulta imposible desentrañar el sentido de esa extraña época. En la misma medida en que la Germania carecía de poder central, en Inglaterra el poder era absoluto, inmediato y supremo. Durante todo el reinado de Enrique VIII se mantuvo así, lo mismo que durante la breve tiranía del Consejo de Regencia del rey niño, Eduardo VI, y durante el reinado de María. Después de María —que murió al finalizar esta década crítica— las nuevas fortunas comenzaron a dominar a la Corona.

Los ingleses se habían convertido en súbditos pasivos de ese gobierno central, debido a un número de causas de las cuales las más importantes son las siguientes: 1) La ausencia, después de alrededor de sesenta años de guerra civil y usurpación, de una clase lo suficientemente rica, numerosa y organizada como para combatir a Enrique VIII. 2) El hecho de que Enrique, aunque debido a su ruptura con Roma hizo posible *cualquier* modificación religiosa, no interviniera en la religión cotidiana, común, de los ingleses durante los largos catorce años que le quedaron de vida; lo cual adormeció a los hombres, haciéndoles aceptar órdenes del gobierno en materia de religión hasta que fué demasiado tarde. 3) El monopolio de la artillería y la pólvora (y la imprenta) en manos del gobierno. 4) El hecho de que *al principio* las clases más ricas, que hubieran podido ser conductoras naturales de una revolución contra la tiranía, aceptaran la situación, amansadas por las oportunidades que ese gobierno les había brindado para enriquecerse rápidamente con el saqueo de la Iglesia. Luego, esta clase de nuevos ricos se volvió demasiado poderosa para la monarquía, la minó durante el reinado de Isabel y el de Jacobo, y la destruyó en el de Carlos. Pero hasta 1559, el núcleo de las fortunas súbitamente infladas con los bienes de la Iglesia sentía que su riqueza emanaba de la Corona y por lo tanto apoyó su poder indiscutido hasta que, al morir María, empezaron a descubrir sus propias fuerzas. Después de esto, la caída de la monarquía, aunque lejana aún, era segura.

En cuanto a la cuestión puramente religiosa, Inglaterra, hasta 1549, casi no había sufrido perturbación alguna. Aunque en Inglaterra los enemigos de la mentalidad y las prácticas católicas (principalmente los calvinistas) habían adquirido considerable fuerza subterránea, por decirlo así, durante el último año de despotismo de Enrique, constituyeron, sin embargo, hasta el año 1559 y mucho después, una minoría pequeña e impopular.

No obstante, el excesivamente poderoso gobierno central de Inglaterra, después de muerto Enrique VIII, provocó con éxito una breve pero violenta revolución religiosa. Unos cuantos advenedizos, que estaban en el poder bajo el reinado nominal del joven Eduardo, suprimieron la misa, substituyéndola por un oficio inglés, en partes traducido, pero con añadidos y tergiversaciones, y consiguieron sofocar justo a tiempo, sobre todo con el empleo de mercenarios extranjeros, las subsiguientes rebeliones populares.

El motivo de ese ataque anormal contra las tradiciones generales de los ingleses era —cosa que siempre ha descompaginado a la sociedad— la súbita y accidental oportunidad de conseguir otra cantidad de nuevas fortunas enormes y añadirlas a las viejas.

Cuando Enrique se apoderó de las riquezas de la Iglesia, aunque la operación fué grande, el hombre

medio la consideró una confiscación por parte de la Corona, idea que le era familiar. Al morir Enrique en 1547, la Corona había perdido ya la mayor parte de esa riqueza, disipándola entre los terratenientes, grandes mercaderes y otros. Pero nuestro "hombre de la calle", de esa época, aún pensaba en eso vagamente, como en un asunto de gobierno, y posiblemente como en una probabilidad, tarde o temprano, de disminución de impuestos. Pero cuando Enrique VIII murió, dejando como rey nominal a Eduardo, un niño enfermizo y desgraciado que contaba apenas nueve años de edad, los tíos de ese niño, los Seymour, y sus parásitos, se vieron ante un momento grandioso, frente a una oportunidad tan grande de aumentar sus rentas como no la había soñado jamás la imaginación más exaltada de la gente de su clase.

Los hermanos Seymour eran, en su origen, pequeños terratenientes: hasta puede decirse, según la apreciación moderna, que eran apenas algo más que grandes granjeros. Se hallaban ahora (sobre todo el mayor, convertido en efímero tirano bajo el título de protector), en situación de absorber toda la riqueza restante de los santuarios, hospitales y colegios, y guardársela en los bolsillos, los propios y los de sus amigos y compinches de la camarilla. Se lanzaban sobre ese botín como los perros sedientos se precipitan a la fuente. No podían gozar plenamente de él sin destruir el ceremonial y la magnificencia de la Iglesia. Con la ayuda de Cránmer, el arzobispo, destruyeron ese orden y esa magnificencia.

Por todas partes se produjeron grandes levantamientos populares [1], levantamientos sofocados, como ya he dicho, mediante el empleo de mercenarios extranjeros y con la más horrible crueldad. Eran tan formidables estas rebeliones, tanto en el oeste como en el este de Inglaterra, que de haber estado menos centralizado el poder gubernamental, hubieran originado, como ocurrió más tarde en Francia, una guerra civil de larga duración. Pero carecían de conductores de las clases altas, porque las clases altas, desde el saqueo de las tierras de las abadías, tenían intereses creados en el nuevo orden de cosas, y en su mayoría abandonaron al pueblo inglés en la lucha que sostenía en defensa de la fe de sus padres. Estos levantamientos traían a la zaga resentimientos de carácter económico; pero la levadura que impulsó al pueblo a combatir en esa forma contra una artillería y una organización todopoderosa fué el repentino intento de destruir su religión tradicional.

[1] Una lista parcial de los lugares, que demuestra la universalidad de las rebeliones, puede hallarse en la página 182, donde señalo por qué, algunos años más tarde, sólo el norte retuvo la energía para actuar. Estas rebeliones se extienden desde Lands End hasta el Wash, y desde Leicester y las Midlands hasta toda la costa sur y los condados del Támesis.

No podemos saber hasta qué punto este intento, después de años de opresión, hubiera tenido éxito, porque felizmente el experimento fué detenido en seco por la muerte del rey niño. Éste había sido nada más que un juguete en manos de los expoliadores.

Antes de morir Eduardo, una camarilla rival, compuesta de hombres ricos, había logrado decapitar a Seymour, así como éste había decapitado a su propio hermano y rival. Lo hicieron mediante la traición de un tal William Cecil (hijo de un funcionario y nieto de un tabernero de Stamford), a quien no debemos perder de vista, porque dentro de pocos años habrá de gobernar a Inglaterra. Era secretario del Consejo de Regencia, conocía todos sus secretos y entregó a Seymour a su rival, Dudley. Dudley hizo matar a Seymour para asegurar su propia fortuna y poderío; lo mismo que había hecho Seymour con su propio hermano, por igual razón; William Cecil era el cerebro director que actuaba desde la sombra, el único hombre del Consejo que trabajaba y el hombre que lo sabía todo. Dudley,

ocupado en el nuevo saqueo en beneficio propio, trató de apuntalar su mal habida posición instalando en el trono a su nuera, lady Jane Grey, con el argumento de que ella también descendía de Enrique VII y había sido educada en el sector anticatólico. Pero María Tudor, la hija mayor de Enrique VIII y designada por él sucesora de su hermano, si dicho hermano carecía de descendencia, subió sin dificultad al trono, apoyada como lo estaba por el *tercer* gran levantamiento popular en favor de la que en el corazón de los hombres seguía siendo, profundamente, la religión del país. Con María, la Iglesia fué restaurada, y esa restauración fué respaldada por el pueblo. En Kent fracasó una rebelión, suscitada por el embajador de Francia (porque Francia, tanto en Inglaterra como en Alemania, apoyaba las disensiones religiosas entre sus rivales), y dirigida por un hombre llamado Wyatt, hijo del mediocre poeta del mismo nombre que había obtenido gran cantidad de tierras de la Iglesia. El reinado de María se caracterizó por su alianza, muy poco popular, con España, pero también por su intento de dominar a esa minoría anticatólica que había conseguido una situación tan firme debido al apoyo del gobierno durante los pocos años de reinado de su difunto hermano menor.

El esfuerzo llegó algo tarde en el reinado de María —que duró tanto como el de su hermano— y tomó la forma de legislación penal y ejecuciones. En cuanto a las tierras monásticas, es importante destacar que la misma María, con el apoyo de toda la masa del pueblo, no pudo restituirlas, por lo menos en ese momento. La riqueza organizada del país —la clase de hacendados y ricos mercaderes— estaba demasiado comprometida.

María Tudor se propuso, enérgicamente, confirmar la religión nacional y todo el sistema social dentro del cual los ingleses —con excepción de un violento intervalo de cinco años— habían vivido siempre, y antes de ellos sus antepasados, desde que Inglaterra era Inglaterra. Puso en acción su fuerte política represiva contra esa minoría pequeña pero intensa que, en vida de su padre, sólo había sido un núcleo, pero que después había ejercido una violenta tiranía. Hizo matar, en todo el territorio, mediante el muy antiguo castigo legal de la hoguera, a casi trescientas personas que rehusaban retractarse de sus puntos de vista heréticos. Se vengó especialmente en Ridley, Latimer y Cránmer, y, en el caso de este último, esa venganza fué personal, porque Cránmer había sido el instrumento usado por Enrique VIII para ruina de Catalina de Aragón, y vergonzoso sirviente de la política sostenedora de Ana Bolena, de quien había recibido protección. Cránmer fué injustamente tratado, porque se retractó repetidas veces, y su derecho a vivir, que el hecho de retractarse concedía, le fué negado mediante una treta legal.

Ignoramos cuánto tiempo habría durado la persecución y cuál habría sido el número de víctimas, de haber sido más larga la vida de María. Considero que tal vez ese número habría llegado por lo menos al doble antes que la represión hubiera logrado una influencia definitiva, antes que hubiera podido rechazar y vencer el ataque a la Iglesia Católica, es decir, a la tibia fe de las masas, y destruir al grupo que apoyaba dicho ataque. Porque ese grupo, aunque muy poco numeroso, era, en sus muy variados y discordantes dogmas, intensamente sincero, tanto cuando negaba en absoluto la Divinidad o la Trinidad, como cuando rechazaba la propiedad, la autoridad civil o el misterio de la Eucaristía. Y había obtenido no hacía mucho un apoyo oficial tan grande, que el número de sus componentes había aumentado. Una cosa tenían en común, sobre una cosa estaban de acuerdo todos

esos sectarios, y era el odio que experimentaban por la unidad y por la fe católica.

Este odio les comunicaba un celo feroz, del cual extraían una fuerza considerable que no guardaba relación con el número de los componentes. Les inspiraba una literatura y una oratoria vívida y popular, y una exaltada capacidad de resistencia en el sufrimiento que dejó profunda huella en sus sucesores. El esfuerzo persistente que hacían se asemejaba a una serie de pequeñas cargas de dinamita dentro de una masa de piedra mucho más grande, resistente pero inerte. Por eso eran formidables, aun cuando estuvieran bajo un gobierno adverso. Por eso, en manos de un gobierno que los favoreciera, podían ser utilizados como vigorosos instrumentos de transformación.

Ellos, sus libros, y sus tradiciones familiares, crearon el mito que prevaleció en la generación siguiente, y después de medio siglo; ese mito había impregnado en tal forma a Inglaterra que llegó a borrar de la masa popular el recuerdo de su pasado, haciendo sentir a más de la mitad del país que nunca hubiera podido ser católico.

No podemos decir hasta dónde habría llegado la matanza antes de alcanzar su fin, porque María murió prematuramente al terminar el año 1558.

Existen dos leyendas que es importante descartar antes de dejar este pasaje crítico de la historia de Inglaterra: primero, la leyenda de que quemar vivas a las gentes horrorizaba particularmente a los contemporáneos, como nos llena hoy de horror a nosotros; segundo, la leyenda de que a los ingleses, muy indiferentes a la doctrina, les repugnó la activa persecución de la impopular minoría, y que por eso se volvieron contra la fe de sus padres, a la que estaban acostumbrados, pero por la cual no demostraban el menor celo, y cuya continua revolución religiosa los desconcertaba.

Ambas leyendas, desde el punto de vista histórico, son falsas. La prueba es que hasta el pequeño núcleo que simpatizaba con las víctimas no estaba tan encolerizado contra el método de castigo como contra la idea de que se infligiera castigo alguno. Pero me parece verdad que la escala en que se ejecutó el castigo fué lo suficientemente excepcional como para conmover hasta cierto punto la opinión.

Supongamos que hoy, reaccionando contra cualquier episodio bolchevique, más de mil hombres que hubieran tenido participación reciente en una revolución comunista fueran condenados a prisión perpetua. Se despertaría un sentimiento de novedad y sorpresa ante una severidad que involucrara a todos por igual. Y muchos se sentirían desconcertados. En esa medida, a mi entender, se sintió lo anormal, en grado e intensidad, que involucraba la persecución realizada por María.

Pero en aquel momento esto no era lo fundamental. Lo fundamental en aquel momento era que los nuevos millonarios que se habían abatido sobre la Iglesia arruinada se consideraban en peligro.

Su jefe, Cecil, estaba tan atemorizado que circulaba devotamente por todos lados con un par de rosarios, rezando entre dientes; e igualmente inseguros se sentían todos aquellos, hasta el más modesto, que habían participado en el robo de alhajas y de cálices y patenas que habían contenido el Santísimo Sacramento. Por consiguiente, cuando María murió, antes de cumplir cuarenta y tres años, todo ese extendido sector que se había beneficiado con el saqueo de la religión en grados diversos, desde unos cuantos peniques hasta los que en nuestros días se llamarían millones, se concertó no sólo para colocar en el trono a Isabel, su hermana (cosa normal, porque Isabel era la siguiente heredera de los Tudor y designada así, en el supuesto testamento de su padre, para ocupar el trono), sino también, y esto es mucho más importante, para convertir el adveni-

miento de Isabel en un medio de desarraigar gradual pero constantemente la religión del pueblo inglés.

Pasó una generación antes que media Inglaterra se hubiera convertido en enemiga de la tradición de sus padres, y mucho tiempo más antes que el grueso de la nación se volviese definitivamente anticatólico. Pero después de 1559 el proceso de decadencia fué continuo.

Debemos, naturalmente, emplear la palabra "católico" en el sentido de la moral, el tono, la tradición y la principal doctrina católica. No es verdad que a partir de 1559 y en adelante los ingleses en masa sintieran algún fervor por los derechos papales; sólo una minoría poseía una visión suficientemente clara al respecto. Y sólo una minoría muy pequeña corría el riesgo de la ruina y la tortura y la muerte, porque deseaba la restauración de la plena unidad católica. Pero es necesario retener este punto: hasta después de 1600, la proporción del espíritu anticatólico de Inglaterra no era muy grande. El país no fué característicamente protestante hasta muy entrado el siglo XVII, y hasta finalizar ese siglo el catolicismo siguió siendo una tradición viviente entre una apreciable minoría.

Hasta aquí la historia inglesa de los diez años críticos, 1549-59, es una historia de violentos extremos en las políticas de sucesivos gobiernos todopoderosos que dominaban a un pueblo aún católico, pero tan trabajado por sucesivos cambios, que todas sus certidumbres habían sido sacudidas; pueblo que no se sentía inspirado por ningún fervor en defensa de la tradición, como se sentían inspirados quienes la combatían.

Volvamos nuestras miradas al intervalo contemporáneo francés antes del combate definitivo.

La importancia de Francia en la gran lucha de la Reforma y su influencia final estribaban en que Francia, como de costumbre, era el campo de batalla. Era en Francia donde se desarrollaría la lucha más pesada entre

grandes núcleos de hombres en armas desde hacía treinta años.

Puede decirse, humanamente hablando, que de haber sucumbido Francia, la Iglesia Católica hubiera estado sentenciada en toda Europa. El hecho de que la rebelión fuera detenida y por último derrotada en Francia —aunque no decisivamente— mantuvo en pie un remanente grande de la restante unidad católica europea y provocó la reacción católica ulterior de Alemania. Por otra parte, el hecho de que la revolución en Francia no fuera completamente dominada, y sus partidarios definitivamente aplastados, dejó abierta la puerta al movimiento racionalista que se originó más tarde y al debilitamiento político del catolicismo en Europa, que se ha desarrollado desde dicha época hasta nuestros días.

La historia de esa guerra grande y decisiva es demasiado poco conocida en los países de habla inglesa. Para comprender los resultados de la reforma es de primordial importancia conocerla en sus líneas más amplias. Porque en tanto que la Iglesia Católica era desarraigada con dificultad de Inglaterra, mediante la acción organizada de unos cuantos ricos que se habían adueñado de todo el poder armado y sostenían tenazmente su esfuerzo durante más de una generación, en Francia se desarrollaba una lucha activa entre los que defendían ferozmente la unidad como algo esencial para la vida sana de Europa, y los que en forma igualmente feroz odiaban a la Iglesia Católica en su carácter total.

En Inglaterra existía una política religiosa, basada en la ventaja económica de unos cuantos. Sólo hubo otro levantamiento popular en defensa de la religión del pueblo y ningún choque entre ejércitos regulares. Pero en Francia se había entablado un duelo en el que todos los habitantes de la nación tomaban parte con las armas o como partidarios y de cuyo resultado dependía el fracaso o la supervivencia de la fe en occidente.

Con referencia a la situación francesa, en estos años

preparatorios de la lucha abierta, debemos considerar tres cosas.

En primer lugar, hay que tener en cuenta que la monarquía francesa era una institución popular. Representaba a todo el pueblo de Francia, y particularmente al pobre contra el rico, al débil contra el fuerte. Por ser el pueblo francés, al igual que la masa general europea de ese tiempo, adicto a la tradición de su pasado, la monarquía era, naturalmente, la defensora de la Iglesia Católica frente a los nuevos y enconados esfuerzos que se hacían para quebrantarla.

El segundo punto es igualmente importante. La monarquía francesa y la vida nacional del pueblo francés, vívidas y conscientes entonces, peligraban, en parte, debido al gran poderío del emperador Carlos V, que al comienzo de esos diez años reinaba sobre Alemania y España y, al finalizar esa década, debido a su hijo Felipe II. En otras palabras, Francia se hallaba en pugna con Austria y España. Pero Austria y España defendían el catolicismo. Carlos V, el emperador, que había estado a la cabeza, tanto del imperio alemán (imperio nominal donde los súbditos eran más poderosos que el rey) cuanto del reino de España, de las conquistas españolas en el Nuevo Mundo, de los Países Bajos y de gran parte de Italia, era también, pese a todas sus transacciones políticas, el obvio jefe laico de la unidad católica; su hijo Felipe II encarnaba la resistencia contra la Reforma.

Cuando Carlos V abdicó, su hermano Fernando se hizo emperador, tomando para sí el archiducado austríaco y conservando solamente un poder nominal sobre el resto de los alemanes. Pero Carlos dejó a su hijo Felipe los Países Bajos, España y el Franco Condado, que rodeaban a Francia como un anillo. Por consiguiente, en ese período crítico, la monarquía francesa se veía frente a un urgente y necesario objetivo político: resistir a Carlos V, y después a Felipe II. Pero

este objetivo político, necesario para la monarquía francesa, estaba en pugna con el instinto religioso del pueblo francés, del cual dicha monarquía dependía y al cual representaba.

El resultado fué que, en vida de Francisco I (hasta su muerte en 1547) y también en vida de su hijo Enrique II (hasta *su* muerte en 1559), la monarquía francesa utilizaba continuamente a la Reforma como factor político, haciéndole oposición en el país y defendiéndola en el extranjero.

En consecuencia, la rebelión de Wyatt contra María Tudor, cuando ésta ascendió al trono, recibió ayuda de los embajadores de Francia y de Venecia, porque María, que estaba a punto de casarse con Felipe II (hijo de Carlos), iba, debido a ello, a trocarse en un peso contra Francia en Europa. También fué obra francesa la tentativa de Dudley (Northumberland) por conventir en reina a su nuera, lady Jane Grey, y ponerla en lugar de María. Nadie comprenderá a la Inglaterra de esos días si no tiene presente que las influencias francesa y española predominaban alternativamente y que, a los ojos de los contemporáneos, lo más importante del momento consistía en saber si sería Francia o si sería España el país que captaría para sí la influencia inglesa.

En tercer término, es menester advertir que Juan Calvino, con su contraiglesia y el establecimiento en Ginebra de su contra-Roma, constituía un cebo irresistible para los terratenientes y nobles franceses; cebo que significaba saquear la religión en un país donde los bienes religiosos eran muy grandes.

Estos nobles y terratenientes veían que en Alemania del norte y en Inglaterra, sus congéneres se habían enriquecido súbita y enormemente con el saqueo de la Iglesia, mientras un saqueo análogo en Francia les había sido prohibido.

También para ellos la Reforma significaba mayor

independencia de la Corona. En realidad, eran ya muy independientes. El terrateniente medio de Francia ejercía justicia en su pueblo, y los grandes nobles reclutaban todavía hombres para la guerra, aunque menos directamente que en el pasado. La Reforma, además, atraía al estudioso y al humanista, es decir, a los que escribían mejor y tenían mayor influencia. El nuevo movimiento atraía sobre todo a las clases educadas del modo con que atraen siempre a las clases educadas todos los movimientos nuevos. Existía, por lo tanto, una convergencia de causas para que la población más rica de Francia se reclutase en favor de la Reforma y en contra de las tradiciones nacionales.

Debido a eso, cuando más tarde estalla la guerra, encontramos en el campo antinacional y anticatólico, y en proporción muy grande, a dirigentes que proceden de la alta sociedad francesa. Es exactamente lo opuesto de lo ocurrido en Inglaterra. En Inglaterra la plebe universalmente en rebelión contra los nuevos ricos y su religión, desde la Peregrinación de Gracia en adelante, no encontraba dirigentes, porque las clases altas estaban repletas con las tierras y otros bienes de la Iglesia y sabían que cualquier retorno a la religión nacional era peligroso para ellas. En Francia, en cambio, el sentimiento nacional, la tradición popular, aunque por suerte encontró conductores, tenía en contra a grandes núcleos de las clases pudientes porque, aunque esos núcleos todavía no se habían apoderado del botín, lo estaban esperando.

Toda la situación francesa de estos diez años que median entre 1549-59 —la preparación del conflicto— está dominada por la gran sombra de Calvino.

En esos diez años la influencia de Calvino se extendió rápidamente entre las familias de la nobleza, que eran, después de la Corona, dirigentes naturales del pueblo francés. Después de 1559 vemos que una gran mayoría de esos terratenientes y más de la mitad de esas grandes

familias se pliegan a la rebelión contra la Iglesia Católica; y estamos en condiciones de comprender mejor cuán poderoso era tal movimiento recordando dos ejemplos importantes de lo que ocurrió antes de 1559.

Porque en los diez años que me ocupan fueron ganadas a la causa de Calvino dos familias de las más sobresalientes, una de ellas perteneciente a la realeza y que pronto sería heredera del trono; la otra, colocada en las más altas posiciones directivas.

La primera era la familia Borbón. Antonio de Borbón, rey de Navarra, aunque primo lejano del rey francés Enrique II, era presunto heredero del trono, si los hijos de aquél carecieran de descendencia. Dichos hijos no eran normales y no tuvieron descendencia; por lo tanto Enrique, hijo de Antonio de Navarra, aproximadamente treinta años después de muerto Enrique II, se convirtió a su vez en presunto heredero del trono, y por último en rey bajo la denominación de Enrique IV.

El motivo que impulsó al rey de Navarra a unirse esporádicamente a la rebelión religiosa es perfectamente claro: lo hacía más poderoso contra el rey de Francia. Es divertido comprobar que el pobre hombre, al igual de lo que le ocurrió más tarde a su hijo, encontraba muy fastidioso el puritanismo de Ginebra. ¡Vivía escandalizando a los santos! Pero, sea como sea, Calvino conquistó a esa familia, lo cual atestigua la habilidad y el fervor político del profeta ginebrino.

El ejemplo de los Coligny es igualmente interesante. Los Coligny eran importantes y ricas personalidades de Borgoña, con un alto linaje en su haber, pero los tres hermanos de esa época tenían una importancia mucho mayor que la de sus antepasados, porque eran sobrinos del condestable de Montmorency. Odet fué designado cardenal; Andelot desempeñaba grandes cargos militares; Gaspar era almirante de Francia. Los tres, en el período que me ocupa, se plegaron a Calvino; los tres consideraron ventajoso unirse al ataque contra

la unidad. El cardenal terminó figurando abiertamente en ese campo, tomando esposa y combatiendo contra las fuerzas católicas. Andelot, a quien Calvino escribió su famosa carta en 1558, era más indeciso, pero, con todo, su adhesión al campo calvinista era segura. En cuanto a Gaspar, el almirante, era el más inteligente y tenaz de los tres hermanos. Extraordinariamente astuto, jugaba sus cartas con cuidado, y se convirtió finalmente en jefe del nuevo movimiento armado calvinista de los nobles franceses.

La fecha de 1559 es, por consiguiente, decisiva. Observe el lector cómo todo converge hacia ella. En 1559 estalla la primera gran rebelión religiosa de Escocia; en 1559 muere Enrique II de Francia, dejando a hijos inservibles, muy jóvenes, y a una reina regente desconcertada. Inmediatamente antes, la familia Coligny se había dejado convencer por Calvino; inmediatamente antes Carlos V había muerto; inmediatamente antes (en noviembre de 1558) había muerto también María Tudor, y William Cecil con sus nuevos millonarios había conseguido imponer como sucesora a Isabel. En 1559, por vez primera, un sínodo pleno y poderoso de los calvinistas de Francia podía reunirse en París, y así lo hizo. Se congregó en mayo de ese año y publicó su confesión de fe.

Con el año 1559 termina la Preparación del Conflicto. La batalla está a punto de entablarse. Se inició furiosamente; se tornó universal. Terminó en un empate. No fué destruída la Iglesia Católica, pero tampoco fué restaurada la unidad europea.

VII

LA BATALLA UNIVERSAL 1559-1572

Con el propósito de dar respuesta al "porqué" y al "cómo" de la Reforma, hemos penetrado profundamente en la segunda mitad de su siglo, el XVI. Estamos en 1559; más de cuarenta años han transcurrido desde los primeros movimientos.

Han muerto todos los que estaban en el poder cuando se desató el torrente; los actores originales, Lutero, Zwinglio, Erasmo, hace mucho que están bajo tierra; Melanchthon agoniza.

La generación que en su juventud tomó parte activa en el asalto y la defensa originales ha envejecido y ha dejado de ejercer influencia. La ha reemplazado una generación nueva que no recuerda la vieja e indiscutida unidad del mundo cristiano.

Ha cobrado vida un organismo separado y vigoroso, completamente nuevo, opuesto a la Iglesia, más o menos unido bajo la disciplina de Calvino e inspirado en su mentalidad. El espíritu protestante se ha encarnado y tiene ahora vida propia.

La amenaza de escisión europea —y peor aún, la del caos— pudo haber sido disipada, lo cual hubiera permitido a nuestra raza el retorno a la seguridad moral y a la felicidad, como había ocurrido anteriormente tantas veces después de peligros similares, pero se originó una serie de infortunios y errores, cuya coincidencia acrecentó los efectos de la fatal demora en realizar la reforma desde adentro. Al iniciarse el movimiento, el triunfal ataque turco había paralizado al emperador; la Roma política no había comprendido la magnitud y

carácter del cataclismo; Enrique VIII había roto ciegamente con la Santa Sede, movido por una mezquina finalidad personal, y había sido inducido al capital error de destruir los monasterios ingleses.

Por consiguiente, la parte útil de una generación había pasado, sin remediar un estado de cosas que no hacía más que empeorar, y los hombres se acostumbraban progresivamente al antagonismo, y progresivamente también a separarse en dos grupos hostiles próximos a declararse la guerra. El saqueo de la Iglesia en los países donde se había llevado a cabo había tenido tiempo de convertirse en interés creado. Grandes grupos de personas habían sido educados desde la infancia en el odio hacia la doctrina tradicional y en entusiasmos de nueva especie.

Como hemos visto, durante diez años –desde 1549 a 1559– estos campos opuestos habían estado adiestrándose para el conflicto activo. Con el año 1559 la batalla universal comienza. Se entabla furiosamente, con repentinas alternativas de victoria general y derrota, durante trece años, hasta 1572.

Traspuesta esta fecha, cambia de carácter: se debilita la probabilidad de llegar a una decisión en una u otra forma (una restauración triunfal del catolicismo, o su desaparición). Entre veinte y treinta años más transcurren en un combate que crece en indecisión, mientras cada sector consolida tanto sus respectivas posiciones, que ambos adversarios abandonan la esperanza de conseguir desalojarse mutuamente; el gran conflicto termina sin ningún triunfo. La secesión ha tenido éxito en media Europa. Queda solamente la otra mitad, exhausta, pero salvada para la tarea de perpetuar la civilización mediante su influencia. La sociedad católica, podada, teniendo en adelante que mantenerse a la defensiva y obligada a observar una disciplina más estricta, porque es objeto de continua presión externa, se salva, y la

cultura tradicional de Europa, aunque gravemente herida, no llega a destruirse.

Esta importantísima lucha de los primeros trece años se desarrolla entre cuatro sectores: el francés, el inglés, el escocés, y el de los Países Bajos. El francés obtiene un triunfo precario. El inglés pierde la batalla, pero la pierde debido a la mala fortuna del sector escocés en el flanco. Los Países Bajos presentan en miniatura el carácter total de la lucha: el freno contra la represión que España ejercía en defensa de la fe, el éxito de la secesión de una minoría nórdica, la división del país en dos gobiernos, protestante y católico, división que luego se produciría en toda Europa.

Tomaré estos sectores en su debido orden.

1. EL SECTOR FRANCÉS

En este conflicto mortal de ideas, Francia era el campo de batalla de Europa. En Francia, donde la lucha se desarrolló con violencia mucho mayor y fortuna más cambiante que en otras partes, los hugonotes, nobles y de clase media, adversarios de la Iglesia Católica y de la antigua cultura de su país, triunfaron, pero no totalmente. El hecho de que estuvieran *muy cerca* de la victoria explica la larga disputa entre opuestas filosofías, que a la vez han vigorizado y perturbado a los franceses durante más de trescientos años. El hecho de que *no* ganaran salvó al catolicismo en Europa. Si consideramos su total desarrollo, la lucha francesa abarca casi un siglo. Aun cuando limitemos esa lucha, dándola por terminada en el último combate estrictamente religioso, la toma de La Rochela, abarca la totalidad de una larga vida. Aquí me ocupo solamente de los comienzos, desde 1559 hasta la noche de San Bartolomé, en 1572.

Considerando panorámicamente el asunto, vemos que: el pueblo, allí como en todas partes, permanece fuerte-

mente apegado a su antigua religión, especialmente en París; los intelectuales divididos, pero –y esto es fundamental– la nobleza, es decir, los dirigentes naturales, la clase luchadora, en trance de unirse al ataque contra el catolicismo en proporción mucho mayor que cualquier otro sector del país. En cierto momento, la mitad de los terratenientes franceses, grandes y pequeños, se alzó en armas para destruir a la Iglesia Católica, y lo mismo ocurrió con más de la mitad de los poderosos y los magnates, las familias ducales y otras de igual condición aristocrática.

La causa principal de este movimiento era la misma que incitaba a Europa entera, es decir, la oportunidad de grandes y repentinas ganancias.

Muchos, especialmente entre los de la clase media y partidarios más modestos del movimiento, eran fanáticos sinceros de la nueva cruzada de Calvino. El estilo de esta religión se difundió exteriormente en todo ese sector, pero el poder de sus fuerzas residía en las clases altas, que se preocupaban, sobre todo, de cosas materiales.

La nobleza francesa, los burgueses y los grandes mercaderes habían sido espectadores hambrientos, mientras en Inglaterra sus congéneres se enriquecían diariamente con los despojos de la Iglesia. Por tal razón este momento presenta un contraste paradójico entre Francia e Inglaterra: en Inglaterra, como los terratenientes estaban repletos de las crecientes riquezas robadas a la Iglesia, su católico pueblo conseguía a duras penas que unos pocos dirigentes militares, o tal vez ninguno, lo ayudasen contra la camarilla impopular que se había apoderado del gobierno; en cambio, en Francia, la nación estaba casi perdida para el catolicismo debido al esfuerzo armado de los terratenientes, descontentos porque aún no habían podido tocar esas riquezas.

Otra causa subsidiaria del poder de la burguesía rebelde de Francia era el hecho de que, después de muerto

Enrique II en 1559, la monarquía popular francesa se había debilitado súbita y gravemente. Quedaban tres niños destinados a reinar uno después de otro; todos ellos lastimosamente enfermizos; el último de los tres pervertido, vicioso y repulsivo; todos ellos incapaces de tener descendencia. Los que aún conservaban gran parte de la antigua independencia feudal no podían desperdiciar semejante oportunidad para una rebelión. Permanentemente en el poder (en calidad de reina madre) se hallaba la reina viuda Catalina de Médicis; era italiana, y muchos de los nobles franceses la consideraban como enemiga. Además, el hecho de que el calvinismo fuera de origen francés, se difundiera mediante el idioma francés, y ostentara la marca del orden y la disciplina intelectual francesa, tuvo mucha parte en el poder del partido hugonote, como también lo tuvieron las rivalidades existentes entre los más encumbrados de dicho partido, rivalidades exacerbadas por la popularidad, poder político y riqueza dominante de la familia de Lorraine, cuyo jefe era el duque de Guisa.

Este gran soldado había reconquistado a Calais de manos de los ingleses, después de un espléndido y rápido hecho de armas, y el pueblo confiaba en que obtuviera otras victorias contra el extranjero o, dentro del país, contra los rebeldes. No existía sector de la vida francesa en el que no interviniera la familia Lorraine, aunque a los ojos de la burguesía francesa era una familia de advenedizos, a pesar de su antiguo linaje; y los nobles apenas la consideraban francesa, aun cuando los Lorraine se habían casado con personalidades de sangre real. No tenían dos generaciones de vida francesa y eran originarios del Imperio.

Los Guisa eran objeto de la secreta oposición de la reina madre, quien temía que se apoderaran del trono; también eran objeto de la abierta hostilidad de los hugonotes. A ello se debió que el jefe de los Guisa fuera asesinado en el apogeo de su carrera, año 1563, por

orden personal, según se cree, del almirante Gaspar de Coligny.

Lo que salvó el catolicismo en Francia fué, en primer lugar, la fidelidad del pueblo a la intacta monarquía nacional, a pesar de haber caído en tan lamentables manos como las de esos tres niños. (Les llamo niños, porque lo eran cuando empezaron los disturbios: el mayor sólo contaba quince años; pero el menor, Enrique III, sólo murió después de cumplir los cuarenta). Lo que también ayudó al catolicismo fué la inteligencia de Catalina de Médicis; ni defensora ni enemiga de la unidad católica, guió la monarquía con suma habilidad a través de este difícil trance, y la salvó. Dicho período fué una especie de duelo entre ella y Calvino.

Se producía choque tras choque. Al iniciarse los nuevos reinados de los jóvenes reyes impotentes, una conspiración hugonote estuvo a punto de secuestrar al joven monarca y de eliminar a los Guisa. Tal suceso se llama el Tumulto de Amboise. Le siguió una lucha cruenta, entre fuerzas regulares organizadas, que duró dos años, y el episodio no terminó hasta la victoria, en la batalla de Dreux, de los que defendían la religión nacional y la Corona.

Al año, después de una breve paz, se produce otro furioso ataque. La situación es excesivamente confusa porque los príncipes y los nobles cambian continuamente de sector, ora a favor de la monarquía, ora en contra, según ven mayores oportunidades de hacer fortuna en uno u otro bando.

Tales bandos no están definidos. El presunto heredero del trono, Antonio de Borbón, rey de Navarra, por ejemplo, era, como hemos dicho, partidario de Calvino. Sin embargo, vacila. Aparece ora como católico, ora como hugonote. La familia Coligny, no obstante ser la más encumbrada del sector hugonote, hace las paces una y otra vez con el rey, o mejor dicho con la corte, y el más astuto y más inteligente de los tres hermanos, el almirante, jefe de importantísimas fuerzas, acepta, en una última reconciliación, las rentas de una abadía que le ofrece la reina madre.

Aunque al principio los hugonotes fueron derrotados en el campo de batalla, y aunque la plebe había empezado a replicar con nuevas matanzas las matanzas y la destrucción de iglesias, capillas y casas privadas, pareció en cierto momento que la nobleza rebelde estaba por vencer. Las circunstancias en que fracasó su intento originaron lo que se llama "la San Bartolomé". Tales circunstancias son las siguientes:

El vacilante rey de Navarra tenía por esposa a la heredera de la familia de Albret, grandes señores y amos de todo ese distrito de Gascuña situado al este de las Landas, al pie de los Pirineos. Se llamaba Juana y sentía un odio particular, apasionado y personal por la Iglesia Católica. En 1569, tres años antes del momento crítico, cuando parecía que los nobles hugonotes rebeldes estaban en condiciones de apoderarse de la corona francesa y disolver el Estado, el general hugonote del sur aceptó la rendición de ciertos nobles bajo promesa de respetarles la vida. Pese a tal promesa, él y Juana los hicieron matar a sangre fría el día de San Bartolomé.

Ésta fué la primera matanza de San Bartolomé.

La fecha no fué olvidada. Tres años más tarde, en 1572, el hijo de Juana, Enrique de Navarra, llegado a la edad adulta, debía casarse con su prima, hija de la reina madre y hermana del rey de Francia. El casamiento iba a efectuarse en París.

Coligny se hallaba allí, manteniendo su falsa tregua con la reina madre, a quien su fuerza aterrorizaba y que, tan hipócritamente como él, ocultaba su odio. Si Coligny conservaba su situación preponderante, la corona del hijo de Catalina estaba perdida. Allí, en París, estaba entonces Coligny, en esa fecha crítica de la historio de Francia y de Europa, ostensiblemente a la

cabeza de los rebeldes y con inmenso y creciente poder, enorme influencia sobre el joven rey y, aparentemente, a punto de tomar en sus manos todas las fuerzas del país. En Coligny se encarnaba la rebelión de los nobles y su amenaza a la Corona. Él y los suyos se hallaban en vísperas de vencer.

Para el casamiento del joven heredero de Navarra, que reinó más tarde con el nombre de Enrique IV y que no sólo era presunto heredero del trono de Francia, sino también la figura más eminente del sector protestante, habían llegado a París muchísimos terratenientes hugonotes, grandes y pequeños, armados todos, naturalmente, y los más grandes con un séquito numeroso de hombres de armas.

Lo que siguió fué una mezcla de tres cosas: la decisión del joven Guisa de vengar la muerte de su eminente padre, asesinado por los hugonotes a las órdenes de Coligny; un plan deliberado, trazado por Catalina de Médicis, la reina madre, para salvar a su hijo y salvarse ella misma de la tiranía de Coligny, y —factor mucho más importante que todos— un estallido de furia popular contra los nobles hugonotes. Si se destaca por separado cada uno de estos tres elementos, se da una u otra de las muchas versiones falsas de aquella famosa noche. Para escribir una historia justa debemos darles sus proporciones exactas. La matanza de San Bartolomé podía haberse producido sin la acción de los Guisa, y acaso sin la de la reina madre, Catalina de Médicis. No hubiera podido producirse, indudablemente, sin el sentimiento intenso del pueblo de París y de Francia, en general contra la actitud antinacional y anticatólica de sus nobles.

Ya se había atentado contra la vida de Coligny, consiguiendo solamente herirlo. El segundo atentado se efectuó, casi con seguridad, por orden del joven Guisa, durante la noche de la fiesta de San Bartolomé, 24 de agosto de 1572. Fueron enviados varios asesinos a casa

de Coligny donde éste convalecía de su herida. El joven Guisa, hijo y heredero del jefe asesinado del partido católico, esperó afuera de la casa hasta que el almirante fué muerto y su cadáver arrojado por la ventana. A esto siguió un ataque de los partidarios armados de Guisa contra los nobles hugonotes que se hallaban en la ciudad, pero lo decisivo fué que, desde el principio, todo el pueblo se unió a esta lucha parcial y restringida de facciones. El pueblo fué el principal agente del asunto.

En todo el país, durante más de diez años, había habido innumerables matanzas y crímenes, y el énfasis que ponen en general los historiadores anticatólicos al describir este especial estallido del pueblo, no es historia. Desconocemos, además, el número total de las víctimas de París y de otras ciudades donde también se produjeron matanzas. Se ha dicho que eran unos cuantos centenares; se ha dicho que eran muchos millares. Tal vez la cifra gire alrededor de dos mil; nunca lo sabremos. Lo que importa recordar a propósito de "la San Bartolomé" es lo siguiente: durante un tiempo acobardó por completo a los nobles anticatólicos. Jamás volvieron a ganar el tiempo perdido. La furia de la plebe causó un efecto durable que nunca pudo ser contrarrestado y, en consecuencia, los nobles anticatólicos y sus secuaces fracasaron en su intento de derribar la religión del país.

Ese acto apasionado no puso fin de ninguna manera a la guerra civil; por el contrario, el recuerdo de la matanza hizo que esas guerras, cuando se reanudaron, fueran más enconadas que nunca. Pero se puso en evidencia, después de ese año de 1572, que nunca los ricos terratenientes y señores hugonotes podrían destruir la Corona, y que se salvaron las tradiciones generales de la cultura francesa. Por consiguiente, en tanto que debemos cuidarnos de caer en el error de considerar esa matanza como algo excepcional en la historia de la época (todas las guerras religiosas de Europa, desde los

estragos causados por los husitas hasta las abominaciones de Cromwell en Irlanda, constituyen una larga serie de matanzas al por mayor), debemos, sin embargo, considerar ese año 1572 no sólo como el fin del primer período de las grandes guerras civiles religiosas de Francia, sino también como la fecha después de la cual es imposible la destrucción de la monarquía francesa y de la religión nacional.

2. EL SECTOR INGLÉS

María Tudor había muerto al finalizar el año 1558. Hubo entonces en Inglaterra una serie ininterrumpida de gobiernos, que durante dos largas generaciones —hasta 1685— tuvieron como objetivo permanente, tenaz y fijo, la extirpación de lo que había sido la religión nacional.

Fué un proceso muy lento. La tiranía minó durante cincuenta años a un pueblo que habiendo sido, casi en su totalidad, católico en sus ideas, tradición y simpatía, pasó a ser mitad y mitad; en los siguientes setenta y cinco años los gobiernos anticatólicos, con el apoyo, ahora, de la mayoría de la nación, actuaron sobre una minoría católica aún bastante grande, pero que disminuía en forma sostenida.

Esta política de desarraigar completamente a la Iglesia Católica de la tierra inglesa tuvo éxito. Tuvo éxito principalmente en virtud del procedimiento negativo de prohibir toda acción que mantuviera viva a la Iglesia Católica: impidiendo que a los niños se les enseñase la verdad católica, persiguiendo al clero hasta que quedó reducido a un puñado de hombres fugitivos, escondidos, con sus vidas en peligro. Pero el agente principal de la transformación fué la supresión de la misa.

Al aproximarnos a este largo proceso debemos tener siempre presente que el relato que de él se hace en nuestros colegios y universidades es una interpretación

oficial completamente falsa. Puede discutirse si es o no ventajosa para el Estado la enseñanza exclusiva de la historia oficial, y ventajoso el desconocimiento de las críticas que se le hacen. Hay quienes creen que leyendas de esta clase fortalecen a una nación. Otros (y me cuento entre ellos) creen que la falsedad histórica debilita a una nación; por lo menos hoy en día.

Sea como fuere, la historia que se nos obliga a aceptar en idioma inglés, la del sector inglés de la Reforma, por lo menos (y la de gran parte del sector continental también), no es más que propaganda. Leyéndola, parecería que la Inglaterra de Burghley era una nación protestante, de pronunciada y especial tendencia anticatólica, que en medio de tan imaginario pueblo inglés sobrevivían unas cuantas personas antinacionales, excepcionales, llamadas católicas "romanas", a quienes era menester exterminar en aras de la supervivencia nacional.

Lo contrario es la exacta verdad.

En medio de un pueblo conservador, desapasionado, de temperamento católico por herencia e inclinación, crecientemente orgulloso de su nacionalidad, un pequeño grupo gobernaba en forma tiránica aunque nacional, empleando como instrumento a una minoría de fanáticos que odiaba el antiguo credo de los ingleses, aprovechando la creciente indiferencia inglesa hacia las particularidades de ese credo, utilizando hasta el máximo la nueva religión del patriotismo y la política de comprar cosas locales con cosas comunes a toda Europa. Los que gobernaban actuaban así en provecho propio, y su instrumento principal era la obstrucción mecánica de los cauces por donde podía ser mantenida la corriente de vida normal católica.

La masa inglesa fué católica por tradición y sentimiento durante toda la última mitad del siglo XVI. En los comienzos del siglo XVII la tradición aún sobrevivía. Una buena mitad del pueblo seguía demostrando sus simpatías al catolicismo durante los primeros años de

Jacobo I. Una cuarta parte las tenía, en grados diferentes (y la mitad de esa cuarta parte se sacrificó gustosa con tal de confesarse abiertamente católica), hasta en la época muy posterior de la caída de los Estuardo, en 1685-88. Pero durante todo este tiempo continuaba firme la presión persecutoria oficial; la práctica de una vida católica se tornaba imposible, y lo que en una época había sido abierta profesión normal de la tradición nacional en materia religiosa, terminó siendo nada más que un sentimiento; luego, de sentimiento se convirtió en recuerdo, para extinguirse finalmente por completo y en forma muy rápida después de 1688.

Es necesario comprender, para empezar, el hecho fundamental de que el período 1559-72 no fué "isabelino". Isabel Tudor no fué una gran reina que guiaba a Inglaterra entera en una gran marcha triunfal hacia nuevos y más vastos destinos; era el figurón de una nueva plutocracia compuesta por los hombres que habían amontonado grandes fortunas saqueadas a la Iglesia y que habían fomentado durante años una guerra civil contenida, temerosos de que el retorno del catolicismo los arruinara, y bajo la odiada opresión de los cuales decayó la riqueza y disminuyó la población. Algunos de ellos eran lo que hoy llamamos millonarios; un número mucho mayor se componía de dueños de fortunas menores, aunque substanciales, aumentadas por el saqueo de la Iglesia, y la "cola" estaba formada por todo un ejército de personas que habían especulado con dicho saqueo, vendiéndolo y revendiéndolo, y conservando varios de sus fragmentos.

A la cabeza de estos intereses creados se hallaba William Cecil, más tarde lord Burghley, a cuyos primeros pasos en el poder me he referido ya. También he explicado cuáles eran las fuentes que originaron ese poder. William Cecil era el más inteligente y aplicado de todos ellos; pensaba con mayor claridad; se concentraba completamente y con mayor continuidad. Su familia se convirtió en jefe de la nueva clase dominante, fué su portavoz y su defensora desde el momento en que William puso en el trono a Isabel hasta el día en que, muerto William, su hijo Roberto continuó su obra mucho después del reinado de Isabel [1]. El período de desarraigo del catolicismo en Inglaterra, más de cincuenta años, fué en realidad "el período de los Cecil" más que el de Isabel, pero debemos siempre tener presente que los Cecil, padre e hijo, eran sólo los líderes y los portavoces, y los organizadores inteligentísimos, de esos nuevos y muy grandes intereses creados. Nada hubieran sido, de no mediar la revolución económica provocada por la confiscación de los bienes eclesiásticos bajo Enrique VIII y su hermano político Seymour, y los demás, entre 1536 y 1553.

William Cecil llegó hasta la jefatura del gobierno inglés (en una época en que el gobierno era absoluto) debido a tres cualidades que poseía en grado superlativo: aplicación, claridad de pensamiento y devoción a una única cosa: el dinero.

Hombrecillo seco, zorro y astuto más que ambicioso, no era de los que aman el poder por el poder en sí. Después del dinero, su hambre mayor era, tal vez, de trabajo. Y el placer de la intriga triunfante, su tercer interés.

En su calidad de secretario, primeramente de Dudley y luego del todopoderoso Consejo, William Cecil era el único de toda la banda que trabajaba en serio. Veía y ordenaba y archivaba todos los papeles. "Movía los títeres" en la oscuridad, mientras los otros miembros y sus parásitos descuidaban el trabajo y nadaban en su enorme, recién adquirida opulencia.

[1] William Cecil comenzó a gobernar a Inglaterra (y a Isabel) en 1558; contaba entonces treinta y ocho años y ella veinticinco. Murió en 1598 y le sucedió su hijo Roberto, que gobernó hasta 1612, nueve años después de muerta Isabel. Por lo tanto, la dinastía ceciliana gobernó a Inglaterra ininterrumpidamente durante cincuenta y cuatro años.

Cuando Dudley, a punto de ser nombrado por sus compinches duque de Northumberland, quiso destruir a Somerset, jefe de los Seymour, tuvo, como ya hemos visto, que recurrir a la ayuda del indispensable William Cecil.

Cecil era el único que llevaba la cuenta de la actuación de todos; Cecil, al traicionar a Seymour, ascendió repentinamente de una fortuna moderada –lo que hoy diríamos tres o cuatro mil libras por año– a una posición financiera que lo colocó en el centro mismo de los nuevos millonarios. Se convirtió en uno de ellos, y en el más importante.

Después del último levantamiento popular que llevó al trono a María Tudor, Cecil se mantuvo a la expectativa. Había apoyado la conspiración francesa en favor de lady Jane Grey, y después mintió descaradamente sobre el asunto, con tal de salvar el pellejo; pero de todos modos María temía tocarlo, y como, a semejanza de la mayoría de esa rica camarilla, carecía por completo de sentimientos religiosos tanto por un sector como por el otro, no se hizo ninguna violencia para fingirse devoto católico en vida de María. Esperó su hora; sabía que los Tudor eran enfermos y de poca vida (más tarde, como veremos, un mal cálculo en ese sentido llevó a su camarilla a asesinar a María Estuardo).

Al morir María Tudor, Cecil, con la mayor facilidad, puso en el trono a Isabel. Porque pese a que ésta, por su educación, se hallaba vagamente vinculada a la minoría "reformista" impopular, pertenecía a la familia de monarcas a la cual los ingleses estaban ya acostumbrados.

La heredera legítima del trono inglés en ese momento (invierno de 1558-59) era la prima de Isabel, María Estuardo, reina de Escocia y casada con el joven rey de Francia; porque Isabel era bastarda, no sólo a los ojos de Europa, por ser hija de la Bolena y nacida mientras la esposa legítima de su padre vivía, sino hasta por la ley dictada por el mismo Enrique, que declaraba nulo su llamado casamiento con Ana.

El justo derecho de la joven reina de los escoceses al trono de Inglaterra es lo que hace que la historia de esa época se vuelva hacia Escocia.

Pero en ese entonces la nación escocesa era no sólo contraria a los ingleses, sino su enemiga.

Además, Isabel estaba ahí. Debía el hecho de estar viva a la piedad poco política de su media hermana mayor y legítima.

Aconsejaron a María Tudor que le hiciera sufrir la pena capital por conspiración y rebeldía, a las que su nombre se hallaba ligado, pero María accedió al pedido de clemencia que le hizo Felipe de España, a quien profesaba afecto, y ese pedido salvó la vida de Isabel.

Ahí estaba, pues, Isabel en el trono, por obra de Cecil, que la convertía en conveniente figurón, grato a los nuevos intereses financieros que Cecil representaba.

Nunca, durante todo su largo reinado (duró casi medio siglo), esta infortunada mujer fué lo que realmente debía ser un monarca, de acuerdo con las ideas de la época; nunca fué lo que era en su propia imaginación, o lo que, por cierto, representaba para la mentalidad de quienes la dominaban. Jamás empuñó el timón. Lo manejaban los hombres que, nominalmente, eran súbditos suyos, pero a quienes ella no se atrevía a contrariar.

En realidad, no simpatizaba con la creciente causa protestante del continente. Le repugnaba la rebelión contra la autoridad monárquica, esencia misma de esa causa en Escocia, Alemania, los Países Bajos y Francia. La idea de un clero casado era, para ella, repulsiva. Todos sus instintos estaban con la cultura general de Europa. Era mujer de gran cultura, y es sabido que los entusiasmos fanáticos resultan odiosos a esta clase de personas. Por otra parte, amaba la popularidad y sabía

que el pueblo a cuya cabeza estaba era, en su mayoría, adicto a la tradición nacional en materia religiosa.

No podía hacer valer su voluntad en ningún asunto importante como, por ejemplo, la reposición de María Estuardo, la neutralidad en los Países Bajos, la represión decente de la piratería en sus orígenes, la transacción con Roma o el verse libre de responsabilidad por la ejecución de la reina de Escocia, y ni siquiera, en la vejez, salvar la vida de un amante. En todas estas cosas se vió dominada por los que, en la práctica, eran sus amos, aunque no lo eran, por cierto, abiertamente y que, para serlo, se servían de intrigas.

Porque no tenía libertad. La tarea primordial de los nuevos millonarios, con Cecil a la cabeza, era desarraigar a la Iglesia Católica, y después de más de medio siglo de trabajo habían logrado su propósito.

Actuando en favor de su clase, los Cecil vencían cualquier deseo de Isabel capaz de retardar o desbaratar ese trabajo. Y ella estaba obligada a someterse. Tenían que ingeniarse, tenían que atemorizarla con conspiraciones falsas, y maniobrar contra los enemigos domésticos, a quienes la reina hubiera quizá prestado atención. No podían mandar abiertamente, y semejante idea hubiera parecido antinatural. Ella era la soberana coronada y ungida. Pero lo que se hacía no era según su voluntad, sino la de ellos.

Los años críticos de todo este asunto son los primeros diez o doce. Cecil y su banda, afirmados en el poder, empezaron a actuar a principios de 1559. El proceso fué tan gradual y sutil que durante diez años no se produjo en ningún sector del pueblo inglés levantamiento alguno de consideración contra las novedades que le molestaban. Cuando el levantamiento ocurrió, en 1569, tuvo un carácter puramente local. Fué sofocado con la máxima barbarie, represión que resultó oportuna para el nuevo poder gobernante. Al mismo tiempo, el Papa dirigía su solemne acusación contra el

gobierno inglés en la persona de Isabel, su jefe legal. Esto brindó a Cecil la ocasión de actuar como no había podido hacerlo diez años antes, y de iniciar un proceso tendiente a que la práctica de la fe católica, que había sido excesivamente difícil hasta ese momento, fuera en adelante imposible. Cuando la rebelión popular en favor de la fe fué sofocada con sangre, el poder de Cecil llegó al máximo. En 1571 se convirtió en lord Burghley, y después de su nuevo título y apagados los últimos rescoldos de la rebelión, en Inglaterra, como en Francia, podemos estimar decisivo el año 1572.

Debemos entonces considerar en la historia inglesa, los años 1559 a 1572 como el período preparatorio en el que todo se apronta para desarraigar la fe católica de su población, pero durante el cual sus autores se veían obligados a proceder con cautela. Felipe II había estado, al principio, con ellos porque lo obsesionaba el poderío de Francia. Favorecía el nuevo régimen, aprobaba la conquista de Escocia, porque María, reina de Escocia, reina francesa y viuda, representaba los intereses franceses. El Papa pensaba en una aproximación con Inglaterra y escuchaba los informes sobre la nueva liturgia. Toda Europa veía a Inglaterra suspendida de la balanza. El hecho de que Cecil se negara a recibir a un nuncio acreditado y, en consecuencia, a enviar obispos a Trento fué —como lo vemos ahora— el acontecimiento decisivo que se produjo ya en mayo de 1561, cuando sólo había estado en el poder dos años y medio. Pero en aquel momento no presentó un aspecto decisivo. Todo oscilaba aún en la duda y parecía posible la reconciliación de Inglaterra con Roma, por lo menos hasta 1568.

Durante todos estos primeros años que precedieron a la rebelión, nadie fué sentenciado a muerte por traición, en terreno religioso. La misa, naturalmente, fué abolida, y basándose en el principio de golpear a la cabeza de la sociedad, se aplicaron multas escandalosas a las personas de las clases dirigentes que seguían sien-

do católicas, si no se adaptaban a los nuevos ritos. Pero Cecil y su grupo se cuidaban de mostrarse definidos en materia doctrinal. Fabricaban los artículos más vagos de una religión compatible con la abolición de la misa y de la disciplina católica. Al comienzo del proceso, ante la práctica privada de la religión que querían destruir, hacían la vista gorda con el propósito hipócrita de "dejar caer" progresivamente las costumbres tenaces. Cecil tenía cuidado de no otorgar el juramento de lealtad a la supremacía real a más personas que las estrictamente necesarias; dejó tranquilo al grueso del clero, y aunque el gobierno tuvo que crear, como mejor pudo, una nueva jerarquía, se tomó enorme trabajo a fin de conseguir una especie de continuidad mecánica, y, por cierto, lo consiguió. Cada uno de los nuevos obispos que Isabel despreciaba tan cordialmente, aunque ordenados según los ritos calvinistas, podía decir que había tenido la buena o mala suerte de ser ungido por otro que, a su vez, había tenido la buena o mala suerte de haber sido ungido por algún miembro del viejo episcopado.

Sólo en forma gradual, cuando murieron los viejos titulares de estos cargos, las vacantes fueron dejadas vacías durante largos períodos o llenadas con anticatólicos.

De igual modo se procedió con el instrumento más poderoso, la magistratura: uno por uno, los más viejos fueron reemplazados por candidatos elegidos, frecuentemente inferiores y seleccionados debido a su obediente subordinación.

Entretanto, la oportunidad de otros robos volvió a presentarse. La nueva jerarquía fué despojada, en considerable proporción, de las entradas que la anterior había usufructuado, y la diferencia fué a llenar los bolsillos de la camarilla dueña del poder. Pero no hubo derramamientos de sangre, y la población laica vivía sin ser mayormente molestada [1].

[1] Hasta el año 1567 las autoridades católicas toleraban la asistencia al nuevo servicio religioso.

En esa forma, durante los primeros años seguía fomentándose la esperanza ilusoria de que podía llegarse a una reconciliación. Tanto en el país como en el extranjero esta ilusión persistía; lo cual debe haber hecho sonreír a Cecil.

Cuando se solicitó a Isabel que enviase representantes al Concilio de Trento, es posible que el Papa esperara su llegada. La misma Isabel, creo yo, compartía esa ilusión; por lo menos, en privado, comentaba cuán leve era la línea, cuán sin importancia los detalles que la separaban de la ortodoxia.

Pero, después del año 1568, la presencia en Inglaterra de María Estuardo en calidad de refugiada iba a cambiarlo todo; presencia que constituía un punto de unión de la resistencia nacional contra Cecil y su nueva religión, y que servía de torniquete para obligar a Isabel, con precio de su trono, a apoyar a Cecil; de ahí toda la serie de los acontecimientos que marcan el cambio: la conspiración de Ridolphi, los levantamientos, la ejecución de Norfolk, el intento de cumplir la bula papal, las amenazas contra la vida de Isabel.

Porque el poder dirigente de la época no quería verse frustrado. La situación inglesa fué remachada por la violencia decisiva del movimiento escocés. La conquista de Escocia por la influencia inglesa y la consiguiente prisión y muerte de la reina escocesa afianzaron firmemente el plan de Cecil.

3. EL SECTOR ESCOCÉS

En aquella época, Escocia era relativamente menos fuerte que hoy. En cuanto a número, se contaba entre los reinos más pequeños de Europa, y se lo consideraba como algo remoto en los confines del mundo conocido.

Ocupaba, sin embargo, un lugar especial en lo concerniente a la enseñanza y las armas, pero sobre todo en virtud de lo siguiente: toda la nación había resistido

con éxito el poderío inglés y constituía un importante aliado, situado al otro lado de Inglaterra, de cualquier potencia continental opositora del gobierno inglés de aquellas épocas, vale decir, generación tras generación, aliado de Francia.

Era una nación muchísimo menos fuerte que Inglaterra. Las poblaciones de ambos países podrían calcularse, relativamente, en una proporción de uno a cuatro; en cuanto a capacidad de lucha, la balanza era más equilibrada, pero en riqueza, lo era menos. Escocia era pobre, aun teniendo en cuenta su tamaño. Poseía, apenas, una cuarta parte de la superficie arable de Inglaterra y mucho menos de la cuarta parte de la riqueza total de ésta. Además, debemos recordar nuevamente que, en 1559, para el escocés medio, Inglaterra era aún —como lo había sido durante siglos— el país enemigo. En este punto, más que en ningún otro de la historia de la Reforma, debemos cuidarnos de hacer intervenir el presente en el pasado.

Escocia había conseguido su independencia nacional a un precio más alto que cualquier otro país europeo, y había confirmado esa independencia precisamente en el curso de esas tres generaciones, durante las cuales crecía por doquier la conciencia del sentimiento nacional separado. A lo largo de toda la Edad Media la corona inglesa había reclamado supremacía feudal sobre Escocia, y nada más que la determinación de resistir del pueblo escocés había vencido esa reclamación tan defendible. Los dirigentes podían ceder, pero los pequeños burgueses y sus partidarios, como también la masa del pueblo, volvían continuamente a la carga. La pequeña franja de tierra fértil entre Forth y Clyde fué asolada una y otra vez por las hordas inglesas invasoras, mucho más poderosas que cualquier posible defensa. No obstante, la posición fué siempre recobrada.

La Reforma puso fin, lentamente, a esta antigua actitud mental. Empezó por disolver la vieja alianza de Escocia con Francia. Y los escoceses terminaron bajo un monarca común y —lo que es mucho más importante— bajo un sistema moral común. Porque, a pesar del largo y fiero conflicto entre el calvinismo y la iglesia oficialmente establecida en Inglaterra, una unidad fundamental de principios éticos se difundió por toda Gran Bretaña. Lo que hoy se llama cultura protestante se hizo común en ambas naciones y las soldó. Lo que se llama cultura católica, antigua creadora de cada una de ellas, se tornó aborrecible para una y otra.

Nótese, por otra parte, que Escocia había sufrido una excepcional y continuada mala suerte en materia de monarquía, que constituía el principio social vital de la Edad Media y la médula de las naciones en desarrollo desde esa época.

Había tenido una serie de niños que heredaban el trono con la inevitable consecuencia de las minorías de edad, revolución verdadera o en potencia contra la Corona.

Esta debilidad tenía su origen en el corazón mismo de la Edad Media. A Roberto Bruce lo sucedió un niño a quien, más tarde, como rey, le faltó energía. Luego, después de dos reyes ancianos, sólo transcurrieron diez años de gobierno fuerte, luego dos períodos largos en los cuales el monarca fué otra vez un niño, luego once años de los que, virtualmente, significaban guerra civil entre el rey y una gran casa feudal, y así en adelante. Hubo un momento de verdadera monarquía nacional bajo Jacobo IV (hermano político y contemporáneo de Enrique VIII) que, de haber continuado, habría permitido que las cosas marchasen bien. Pero mataron a Jacobo en Flodden cuando sólo tenía algo más de cuarenta años. Volvió a quedar un niño en el trono. A su vez ese niño, Jacobo V, al morir en seguida de la derrota de Solway, cuando apenas contaba treinta años, dejó a una criatura en el trono; la criatura que más tarde sería María, reina de Escocia.

En el transcurso de dos siglos y medio hubo minoría tras minoría de edad y en todo ese lapso nada que se pareciera a un período de cincuenta años de gobierno fuerte y ordenado.

Como consecuencia de esta tradición nacional, los nobles –que en toda Europa constituían una amenaza tan grande para el trono–, y especialmente los nobles vinculados con la realeza, eran extraordinariamente poderosos.

Ahora bien, el factor dominante en Escocia a mediados del siglo XVI era, después de tantos infortunios, la triple situación de la Iglesia.

Digo triple porque las tres partes que la componían, aunque interdependientes, eran distintas.

Primero, existía el hecho de que la riqueza clerical era exorbitantemente grande. En ese país pequeño y, en aquella época, muy pobre, cierto delegado papal que observaba la situación e informaba a la Santa Sede con la exactitud posible decía que, al terminar la Edad Media, la mitad de lo que él llamaba la "riqueza del país" iba a engrosar las rentas eclesiásticas.

Por supuesto que allí, como en el caso de Inglaterra, no debemos entender por "riqueza del país" la riqueza total, sino la renta sobrante, pagadera a los señores de los castillos y pueblos, después de haber sido provista la vida de la plebe. Puede, a grandes rasgos, compararse no a la riqueza global de la Inglaterra moderna, sino a la del pueblo que paga impuestos sobre una renta que no percibe. Aún así resultaba anormal, abrumador y exasperante el hecho de que una mitad pasara a manos del clero. Se calculaba que en Inglaterra, del otro lado del linde escocés, la proporción más alta de entradas clericales y señoriales era de un tercio, y, como he dicho en una página anterior, ese cálculo era, ciertamente, exagerado. En Escocia, aunque la estimación del delegado papal fuera abultada, la proporción era, sin duda, mucho mayor.

El segundo factor en la situación escocesa fué la corrupción de la Iglesia, que, siendo muy grande en toda Europa durante el siglo XV, había alcanzado en Escocia un grado desconocido en otras partes. Por eso no es verídica la explicación del movimiento anticatólico escocés y de sus crímenes y entusiasmos que nos presenta al pueblo escocés súbitamente presa de ardiente devoción por la teología de Calvino; la verdad es que, en contraste con la pequeña minoría que se dejó entusiasmar, la gran mayoría permaneció indiferente. Ningún grupo apreciable tuvo allí interés en morir por la fe, pero muchas personas estaban prontas a morir luchando y hasta en el tormento con tal de manifestar su odio a la Iglesia. En pocas provincias de Europa y en ninguno de los reinos independientes había caído tan bajo como en Escocia la práctica religiosa, al menos en la región de las Lowlands. No hubo en Escocia grandes insurrecciones populares contra la descatolización del país por obra de los ricos, como las hubo, abortadas aunque violentas, en Inglaterra, y triunfantes en Francia.

En tercer lugar, el grave abuso de la usurpación laica de las rentas eclesiásticas y del empleo de esas rentas en calidad de simples entradas para los bastardos y segundones de las grandes familias había adquirido en Escocia mayores proporciones que en ninguna otra parte de la cristiandad occidental.

Hoy que nos vemos libres de él, es asombroso advertir cuán profundamente había cundido ese cáncer. Europa entera se hallaba gravemente envenenada. Pero en Escocia el mal culminaba. Aparte de la corrupción general del clero y la irregularidad de los grandes monasterios (que siguió a su riqueza) estaba la entrega de las rentas de sedes episcopales y dotes monásticas a los hijos de las grandes familias, siendo indiferente el hecho de que fueran, técnicamente, laicos o clérigos. La tenencia de

fondos religiosos se había convertido en una simple provisión rentística de la realeza y los nobles. Jacobo V otorgó dotes de esta clase a tres de sus bastardos, a quienes les fueron adjudicados Kelso, Melrose, Holyrood y St. Andrews; y éste es sólo un ejemplo entre mil.

No obstante, aunque se habían apoderado ya *antes* de la Reforma (a diferencia de las clases altas inglesas) de gran parte de las rentas clericales, resultaba muy ventajoso para los nobles escoceses aceptar el movimiento de la Reforma, y se abalanzaron sobre la oportunidad que les brindaba.

Durante largo tiempo la Corona se había defendido con dificultad de las grandes familias. Muchas de estas familias descendían de reyes y podían pretender arrancar la sucesión de manos de una joven, casada en el extranjero y bajo protección foránea. A los de sangre real, el movimiento calvinista les ofrecía oportunidades para suplantar en el trono a esta heredera católica. A todos los que ya usufructuaban alguna parte de las rentas clericales, les ofrecía un camino fácil para absorberlas en su totalidad.

El ataque escocés a la Iglesia oficial, que estalló con tanta violencia a mediados del siglo XVI, no fué plenamente nacional. No fué general, y menos aún universal. Pero, por otra parte, no se vió enfrentado, como en Francia, por un contraataque nacional generalizado. Un corrompido grupo de nobles lo permitió y manejó para obtener riqueza y poder. Fué impulsado por la fuerza del intenso calvinismo de unos pocos, de la indignación de muchos, y seguido por una multitud de aventureros listos para la paga y el saqueo, fuese cual fuere la causa. Pero por el lado de la Iglesia no hubo ninguna defensa correlativa; no hubo ningún celo nacional que resistiera al fanático o al ladrón.

El movimiento escocés empezó en forma de asalto al organismo clerical oficial y decadente, efectuado por una minoría frenética que se agrandó rápidamente, movimiento que no encontró ninguna seria oposición en las masas. Sus condiciones determinantes fueron la excepcional corrupción de la Iglesia, y el poder y la avaricia de los grandes nobles, en cuyas manos estaba todo; porque la Corona se había debilitado, al punto de tambalear.

Muchos historiadores presentan la revolución calvinista de 1559 como un movimiento de esencia popular, con Juan Knox a la cabeza. No fué nada de eso. Fué un movimiento principalmente aristocrático que utilizaba el entusiasmo poco cuerdo de Knox y sus partidarios, relativamente escasos al principio. Sus jefes no temían ninguna resistencia sólida por parte del grueso de la sociedad, y menos aún la de un gobierno que había perdido sus poderes.

María Estuardo, que fuera más tarde, por corto tiempo, reina de Francia y heredera legítima de Inglaterra, había quedado nominalmente, de muy niña, en el trono de Escocia al morir su padre, Jacobo V (1542). De entonces en adelante el gobierno inglés hizo todo lo posible por conquistar a Escocia. Esta política tenía numerosas raíces. Estaba la vieja idea de someter Escocia a Inglaterra —es decir, lo único que provocaba la furia de cualquier escocés—. Estaba la ansiedad de Enrique VIII que no deseaba, después de su ruptura con la Santa Sede, tener en el flanco a un país partidario del Papa. Estaba la ansiedad aún mayor de los hermanos políticos de Enrique, los Seymour, en plena barrida de las propiedades de la Iglesia después de muerto Enrique, en 1547, que no deseaban tener, más allá de la frontera, a un país católico que apoyaba las tradiciones fuertemente católicas del pueblo inglés.

La primera proposición fué comprometer en matrimonio a la pequeñita María Estuardo con el niño Eduardo Tudor, heredero de Enrique. Contaba con el apoyo de la intriga y el soborno en gran escala utilizados por el mismo Enrique entre los nobles escoceses

rivales y todopoderosos. Fué un fracaso. Casaron a María Estuardo con el hijo del rey de Francia, y se refirmó la alianza francesa contra Inglaterra.

Pero en la época en que el pequeño Eduardo Tudor era rey nominal, y más tarde, cuando su media hermana María Tudor era verdaderamente reina de Inglaterra, esa alianza francesa con Escocia no tuvo éxito. El nuevo movimiento reformista de Escocia se oponía a esa alianza, porque la reina madre, regente, viuda de Jacobo V, era una Guisa; es decir, de la familia que dirigía en Francia el movimiento católico nacional contra los hugonotes. Además, en Escocia, las tropas francesas llevadas allí en apoyo de la reina madre en su calidad de regente carecían de popularidad. Era ya tan fuerte el espíritu nacionalista, que el extranjerismo de esas tropas molestaba. Después de colocar en el trono a Isabel, Cecil lanzó todo el peso del gobierno inglés en apoyo del sector rebelde de Escocia. Desde entonces en adelante se desarrolló una serie de acontecimientos en virtud de los cuales el derecho de la corona inglesa sobre Escocia se hizo cada vez más firme a través del proceso de la Reforma.

La camarilla anticatólica que se había adueñado del gobierno en Inglaterra adquirió finalmente el dominio de Escocia, mediante la división del pueblo escocés y el sostenido apoyo que prestaba a la más activa y entusiasta facción de ese pueblo: la de los reformistas.

La reina regente de Escocia no podía, en realidad, gobernar; sus nobles eran demasiado fuertes. Los encumbrados y poderosos veían allí su oportunidad de saqueo, como la habían visto sus iguales en toda Europa, y se conjuraron para atacar a la Iglesia.

El año decisivo, 1558-59, fué el mismo de la ascensión de Isabel al trono, y en el año siguiente, 1560, se produjeron violentos incendios y destrucciones de iglesias, destrozos de imágenes y ventanales, robos de valores de toda clase, comparables al estallido que se produjo ulteriormente en Holanda; y no había en Escocia gobierno lo suficientemente fuerte como para sofocar esa anarquía, porque estaba respaldada por los nobles llenos de codicia. Poco después, María, la joven reina, firmemente católica por educación, viuda de un joven rey católico de Francia y que contaba sólo diecinueve años, regresó para ejercer un gobierno nominal en esa agitada tierra que, en realidad, se hallaba en manos de las grandes familias terratenientes decididas a provocar la ruina de la Iglesia.

Regresó en 1561; cayó en 1567. La historia de esos febriles seis años ha sido escrita sobre la base de todas las conjeturas imaginables, porque encierra tal misterio que nunca podrá ser revelado tanto elemento cuya dilucidación depende de nuestra correcta interpretación de los motivos personales ocultos, que siempre quedará un amplio margen de duda sobre los actos individuales y las intenciones de María.

Pero el hecho principal es bastante claro. Lo asombroso no es que esta joven airosa, valiente y bellamente atlética haya sucumbido; lo asombroso es que haya podido mantener durante tanto tiempo una especie de posición real.

Por obra de Inglaterra, la joven viuda fué casada en segundas nupcias con un protegido de la corte inglesa, el apuesto pero débil y vicioso joven Darnley, primo de ella y al mismo tiempo pretendiente al trono de Escocia, que ahora lo reclamaba también por sucesión matrimonial. Este imposible joven no fué tan sólo la víctima natural de los otros parientes de María (cada uno de los cuales abrigaba esperanzas de alcanzar el trono), sino que ofendió acerbamente a los hombres de mayor influencia que tenía a su alrededor.

Lo hallaron muerto, después de una explosión que destrozó parte de la casa donde había pasado la noche

precedente. Pero no lo mató la explosión; fué estrangulado.

Los nobles escoceses rebeldes, pensionistas de la corona inglesa, habían matado ya al secretario de María, de quien se decía —tal vez injustamente— que era su amante. Se acusó a la reina de complicidad en el asesinato de Darnley, a quien había llegado a odiar; se casó —según el ritual protestante— con un hombre gravemente complicado en ese asesinato: uno de los grandes nobles protestantes, Bothwell. Sin embargo, el levantamiento de las turbas ciudadanas que esto produjo fué provocado mucho más por la religión de la reina que por las acusaciones contra su moralidad; entre los nobles, la oposición fué provocada por la obvia ocasión que para enriquecerse les ofrecía el desamparo de la soberana. La rebelión triunfó. Los nobles rebeldes tomaron prisionera a María. Ésta logró escapar, perdió su última batalla, y huyó a Inglaterra en busca de ayuda contra los hombres pudientes en cuyas manos había quedado Escocia y a la cabeza de quienes se hallaba su medio hermano, ahora regente. Todo el asunto había sido patrocinado por Cecil. La huída de la reina resultaba decisiva, porque tener a María Estuardo fugitiva en Inglaterra significaba la gran oportunidad de Cecil.

Isabel la hubiera salvado y ayudado, pero Isabel no gobernaba a Inglaterra; Cecil la gobernaba. Había ya provocado y apoyado la rebelión de Escocia y hacía ahora lo necesario para que la infortunada reina refugiada se convirtiese gradualmente en prisionera y estuviera estrechamente custodiada, mientras él, del otro lado de la frontera, completaba su trabajo. María había dejado en su tierra a una criatura, el hijo de Darnley, que más tarde sería Jacobo VI de Escocia y Jacobo I de Inglaterra. De resultas del triunfo de Cecil fué educado en el calvinismo.

María Estuardo había huído a Inglaterra en el año 1568. Aunque virtualmente prisionera, era libre en apariencia, y tenía, al principio, una especie de corte en el destierro en la que recibía abiertamente; pero, con el correr del tiempo y debido a la política de Cecil, se hizo cada vez más evidente que, de no entrar en acción junto con sus amigos, María sería finalmente suprimida, porque en virtud de su descendencia legítima no era solamente y por derecho reina de Inglaterra, sino también, ahora, centro natural de unión de la amplia mayoría de católicos de Inglaterra.

Cuando se vió prisionera apeló a Isabel. Pero la camarilla gobernante no le permitió ver a Isabel, con el pretexto de que ciertos documentos (las *Casket Letters*, que al parecer eran falsificadas) probaban su complicidad en el asesinato de Darnley.

María Estuardo había caído en la red. La misma Isabel, que siempre hubiera apoyado a un soberano contra los rebeldes, temía fortalecer a la legítima heredera de Inglaterra; porque Isabel, aunque obligada a actuar según la voluntad de terceros, tenía una firme pasión que coincidía con la de ellos: la de conservar el trono en que la mantenían ellos, gracias a quienes era reina.

Pero con todo, aunque Isabel hubiera deseado recibir y ayudar a María, sus amos no se lo hubieran permitido. María estaba sentenciada, si sus partidarios no se ponían en acción.

Empezaron, por lo tanto, a moverse. Intentaron, vigorosamente, restaurar el antiguo estado de cosas en Inglaterra o, por lo menos, aproximarse a ello, aunque sólo fuera desalojando a Cecil. El duque de Norfolk fué propuesto por esposo a María Estuardo, y un grupo considerable —algunos de cuyos componentes procedían de la antigua nobleza— apoyaron el intento de deshacerse de Cecil.

Fracasaron. Sin duda alguna, en su oposición a Cecil y en la finalidad que abrigaban de restaurar la tradición religiosa nacional, estaban respaldados por la opi-

nión de Inglaterra en masa. Pero no contaban con el mismo apoyo en lo concerniente a una reina extranjera y al desalojo de un miembro de la familia Tudor. El intento fracasó. El fracaso de este intento contra Cecil tuvo las siguientes consecuencias: primera, en el norte, una violenta rebelión del pueblo inglés contra la supresión de la misa y de todas sus tradiciones sociales y religiosas. Dicha rebelión tuvo dos fases sucesivas y fué aplastada con espantosa crueldad; la plebe sufrió una carnicería en la que murieron centenares de personas, y no hubo aldea que no viera sus cadáveres colgados de los árboles. Y ésta fué la última insurrección del pueblo inglés contra uno de sus gobernantes. Fué el último de los grandes movimientos populares ingleses contra la Reforma.

Los restantes quedaron acobardados por el recuerdo de la derrota. No hacía tanto tiempo que el pueblo se había levantado en todas partes, en Sussex y Surrey, Hampshire, Berkshire y Kent; todo el sur; sobre el Severn, en Gloucester, en Somerset, en East Anglia, Essex, Suffolk y, más enérgicamente, en Norfolk. Habían luchado en las Midlands, en Leicestershire y Warwick; más cerca, en Londres y Cornwall, en tanto que Devon había ofrecido la resistencia más noble de todas. Pero la aristocracia no quería dirigirlos. Los alemanes e italianos, a sueldo en los ejércitos regulares del Consejo, con su artillería habían conseguido aplastar este formidable levantamiento, que hicieron seguir de una ejecución sin piedad. Por eso, sólo el norte conservaba energías para entrar en acción. Y ahora también había sido derrotado.

En seguida, o casi simultáneamente, el Papa, San Pío V, tomó una medida, desaprobada por todos los príncipes de Europa, que eximía a los súbditos de Isabel del juramento de obediencia (la revuelta ocurrió en 1569 y 1570; la Bula Papal no fué promulgada hasta los primeros días de 1570, pero fué preparada en las postrimerías de 1569). Cecil, después de haber gobernado diez años, podía en adelante vanagloriarse de que nadie había sido condenado a muerte por motivos religiosos, y ni siquiera por traidor, hasta el momento de la gran rebelión; después de haber impuesto la nueva liturgia protestante a un pueblo que no la deseaba, después de haber creado en Escocia, y manejado, un régimen definitivamente protestante y de haber mantenido prisionera a María Estuardo, había triunfado finalmente. En 1571, se convirtió en lord Burghley, título con el cual se le conoce en la historia. Al llegar el año 1572, todo peligro ha desaparecido para él; la Bula Papal ha dado a Cecil el pretexto para tomar enérgicas medidas contra los dirigentes de la mayoría católica, y queda definitivamente organizada la política de extirpar gradualmente de la mentalidad inglesa la religión tradicional de los ingleses.

Podemos tomar esta fecha, 1572, y decir que señala el momento en que Inglaterra no podía, en adelante, recuperar la fe, debido al éxito de las intrigas de Cecil con los nobles escoceses y a la represión que efectuó contra la gran insurrección católica; en tanto que Francia, después del estallido de furia popular de la San Bartolomé, ese mismo año, no será ciertamente hugonote, como tampoco será nunca, en verdad, en vista de la fuerza de los nobles hugonotes, homogéneamente católica.

4. EL SECTOR DE LOS PAÍSES BAJOS

Entre los muchos factores que se combinaron para producir esa confusión de Europa llamada la Reforma, y para confirmar y hacer permanente en el siglo XVII sus resultados finales, ocupa un lugar propio la lucha en los Países Bajos.

Fué la causa principal de la decadencia del poderío español o, por lo menos, la causa principal de que esa decadencia se produjera con tanta rapidez; el poderío

español constituía el apoyo de la tradicional unión europea, en el momento en que ese poderío empezaba a sufrir perturbaciones en los Países Bajos.

Además, la lucha de los Países Bajos proporcionaba un ejemplo que afectaba profundamente a Inglaterra: sugería el empleo de su fuerza naval contra la muy deficiente fuerza naval de España. Y, lo que era mucho más importante, demostraba la forma de establecer un gobierno de ricos y destruir la monarquía popular. También demostraba de qué modo los consejos nacionales y provinciales (llamados allí "Estados", llamados aquí "Parlamento") podían ser utilizados como instrumentos para ese fin.

Las guerras de los holandeses contra su rey español demostraban, además, que la fuerza de una comunidad de naciones *(Commonwealth)* puede estar basada en el comercio.

Esa revolución triunfante confirmó, sobre todo, el entonces anárquico aserto de que el interés local de una sociedad puede afirmarse contra los intereses comunes de Europa.

En todas estas cosas los Países Bajos indicaban el camino y eran un ejemplo que las fuerzas similares de Gran Bretaña seguían instintivamente. Debido al ejemplo holandés, los ingleses azuzaron al Parlamento contra la Corona; hicieron del comercio la nueva base de la riqueza nacional; aprendieron en qué forma podía afectar la navegación al abastecimiento militar del continente. La influencia holandesa sobre Inglaterra perduró durante todo el siglo XVII, hasta que la disensión religiosa inglesa quedó resuelta —según creen algunos, para siempre— por una invasión holandesa financiada con dinero holandés, cuyo jefe era un holandés usurpador pretendiente del trono inglés (Guillermo III), quien, aunque sostenido por la riqueza organizada de los terratenientes y comerciantes de este país, y aunque su cultura y sus modales eran franceses, debía su posición al hecho de ser el jefe de la gran casa holandesa de Orange.

Los puntos principales que conviene tener bien presentes en cualquier intento de comprender la clave de la lucha en los Países Bajos son los siguientes:

1) El origen de los disturbios fué económico, no religioso. Un impuesto tonto e intolerable, inadecuado para las condiciones de estas ciudades mercantiles, fué la causa principal de la rebelión organizada. El factor religioso fué, al principio, una cuestión secundaria. Tomó incremento con la prosecución de la lucha, así como en Inglaterra cobró importancia durante la Gran Rebelión, que fué sobre todo reflejo de la acción holandesa de alrededor de unos sesenta años atrás.

En los Países Bajos el sentimiento popular católico salvó para España todo lo que pudo ser salvado. De no haber sido por él, España hubiera perdido la totalidad de los Países Bajos. Reinaba allí general descontento por los desatinos del gobierno español, y todos estaban prontos a luchar contra él en vista de que no conseguían ninguna reparación; pero cuando los mercaderes calvinistas del norte embarullaron la cosa con un ataque contra la religión popular, la revolución general fracasó; la mayoría de las provincias neerlandesas defendieron su religión. A pesar del fuerte patriotismo provincial y del odio que despertaba el dominio español, la aversión católica hacia el calvinismo fué lo que mantuvo a los Países Bajos del sur en contacto con Europa y nos dió la cultura católica de todo lo que hoy llamamos Bélgica, y de más de un tercio de lo que hoy llamamos Holanda.

2) En este caso, como en toda la historia de la Reforma, aunque tal vez más que en otros sectores de esta historia, tenemos que cuidarnos de leer historia hacia atrás. No debemos imaginar a una nación holandesa en noble lucha para verse libre de los perversos opresores españoles, y todo lo demás. No existía una nación holandesa. Sólo había una cultura provincial

local bastante homogénea, común a todas esas ricas ciudades, desde el Artois hasta el Bajo Rin; es decir, desde el distrito que incluía a Valenciennes, Lila, Dunquerque y Arras, en el sur, hasta las costas nórdicas de Frieslandia, e incluyendo a Groninga y Gelderland en el nordeste.

Para todas las ricas ciudades de esa región, dueñas de gobierno propio (región dividida hoy en Bélgica, Holanda y una franja del norte de Francia) el rey español no representaba a una potencia enemiga, ni era considerado por las ciudades de los Países Bajos como un tirano extranjero. Era el soberano legal de todos los Países Bajos, aceptado desde hacía tiempo como tal, aun después de iniciados los disturbios, y la querella de los Países Bajos continuó durante años, *no* contra el rey Felipe como rey, sino contra sus consejeros y su política.

Solamente después de años de guerra civil esporádica un sector, y sólo un sector, de los Países Bajos deseaba separarse del que se llamaba en el lenguaje de la época su "príncipe natural".

3) No habría triunfado ni siquiera esa parte más pequeña de los Países Bajos, que había hecho una cuestión religiosa de la lucha contra España y se había establecido a sí misma como las Provincias Unidas (en términos modernos "Holanda"), si los nuevos millonarios ingleses, con los Cecil a la cabeza, no le hubieran prestado apoyo pleno, aunque secreto y a pesar del figurón, la infortunada Isabel, que detestaba la idea de ayudar a rebeldes, pero que en esto, como en todo lo concerniente a política fundamental, tenía que someterse. El apoyo abierto prestado a los holandeses al final de la primera crisis aguda, cuando Cecil mandó tropas allá, fué más que inútil. Empeoró las cosas para los mercaderes holandeses, en lugar de mejorarlas. El tonto de Leicester fué totalmente vencido por el poderío militar español. Pero el apoyo secreto prestado a la

rebelión —que actuaba con anterioridad, puesto que databa aproximadamente del octavo año del dominio de Cecil sobre Inglaterra— había constituído un valioso y continuo estímulo para los rebeldes. La intervención de Cecil en los abastecimientos (especialmente la retención de dinero español enviado para pagar a las tropas españolas, cuando los barcos proveedores, huyendo de la tormenta, se refugiaron durante un tiempo en un puerto inglés) y la amenaza permanente de que ese apoyo secreto podía materializarse en apoyo abierto, fué lo que dificultó gravemente los esfuerzos mal meditados de Felipe II, soberano legal de los Países Bajos. Cuando se puso de manifiesto el apoyo de Inglaterra, la necesidad impuesta al rey de volverse para luchar en otro nuevo frente, contra Francia, había tornado imposible una victoria española completa.

Debemos recordar en todo esto que el movimiento rebelde de los Países Bajos era esencialmente oligárquico. Era obra, al principio, no del pueblo, sino de un pequeño grupo poderoso. Apenas cabe llamarlo aristocrático, porque los hombres que lo dirigían eran sobre todo comerciantes; pero el alma y la vida de ese movimiento residían en la insistencia de una clase pudiente en hacer valer lo que los más entusiastas consideraban su derecho, y que, como nadie lo ignoraba, significaba, ciertamente, ventajas materiales.

Esta opulenta oligarquía de las ciudades de los Países Bajos, al principio estaba respaldada, aunque vaga y confusamente, por el sentimiento local y provincial colectivo; pero al continuar la lucha, las masas populares inspiraban cada vez menor confianza, y fueron los ricos quienes prosiguieron esa lucha hasta el final por propio interés. Aunque la casa de Orange, que fué la primera en traicionar la causa real (después de recibir innumerables beneficios de la Corona que traicionó), se destaca continuamente en toda esta historia, su característica no es la de una monarquía rival de

España: constituye sólo una figura importantísima de un grupo de intereses millonarios, aunque se concedía un valor especial a esa casa, debido al carácter tenaz de sus jefes, especialmente del primero y mayor, Guillermo, apodado algo ridículamente "El Silencioso" [1].

4) Por último, y abarcando la historia en su totalidad, debemos comprender el hecho fundamental de que los Países Bajos se habían formado bajo el gobierno moderado, próspero y popularísimo de los borgoñones. Habían tenido bastante el carácter de una provincia borgoñona. Eran sus amos los duques de Borgoña, con sus paternales y bien recibidas disposiciones, quienes habían dado forma común a los Países Bajos; ellos eran quienes habían acrecentado el poder y la libertad de los gobiernos locales de las pequeñas ciudades; quienes habían condescendido a aceptar, y hasta fomentado deliberadamente, la libre expresión de opiniones de los grupos comerciales y aristocráticos, llamados "Estados" de cada provincia, y que habían contribuído a que se arraigaran las viejas costumbres cívicas de esas grandes ciudades comerciales, que tan orgullosas estaban de sus tradiciones y tan apegadas a ellas.

Felipe II, rey de España, era el heredero natural de estos fundadores borgoñones, pero no siguió gobernando a los Países Bajos al estilo borgoñón; trató de gobernarlos al estilo español, y eso explica toda la tensión entre gobernante y gobernados. Cosas consideradas naturales y justas en España (país que vivía bajo las condiciones militares de una esforzada lucha de reconquista contra el Islam), eran totalmente inadecuadas para los Países Bajos. Por ejemplo, monarquía absoluta e imposición de contribuciones (como ocurre hoy en todos los países modernos) desde arriba, sin el consentimiento de los contribuyentes, etc., eran cosas normales en España, pero no eran normales en los Países Bajos borgoñones; eran completamente extrañas. A ellos iba unido el empleo de la soldadesca española, la presencia del gobierno español, la supresión de antiguas prebendas locales, los cargos eclesiásticos llenados por españoles, la introducción de los métodos judiciales españoles. Todas estas cosas, en especial la posibilidad de la Inquisición, eran ofensivas y violentamente irritantes para la población de los Países Bajos, tanto pobre como rica.

Tal es el escenario en el cual está por desarrollarse el drama de la rebelión de los Países Bajos. Su principio fué, sobre todo, culpa de Felipe II. Su desastrosa conclusión, que dividía en dos a los Países Bajos —modelo del gran quebranto de Europa, catástrofe debido a la cual Europa aún sigue sangrando—, fué culpa, sobre todo, del espíritu calvinista y de su predominio entre los rebeldes durante la última fase del conflicto. Si los Países Bajos hubieran seguido formando un solo estado, España se hubiera visto obligada a otorgarles autonomía local, pero la religión se hubiera salvado, y con los Países Bajos unidos en un solo estado, no se hubiera producido la gran guerra de 1914. Lo que impidió que los Países Bajos siguieran siendo un solo

[1] Se le llamó "Guillermo el Silencioso" después de un relato, sin corroboración, que contó sólo para alabarse y que es evidentemente una invención. Relataba, llegado a la madurez, que cuando joven había salido a caballo con el rey de Francia, quien le había revelado una conspiración monstruosa para exterminar a todos los enemigos de la religión católica, y que él, al oír esto, había engañado a su huésped, que lo creía simpatizante, con una breve respuesta ambigua y el silencio.

Digo sin vacilar que la historia es falsa porque no hay prueba alguna de ella, salvo que fué contada por el mismo Guillermo, *veintiún* años después; él es nuestro único testigo y, aun así, nada de eso se supo durante todos los años posteriores a la época en que el episodio había ocurrido, supuestamente. La narración de Payen sólo puede proceder del mismo Guillermo. No hay testigos; y la única otra persona involucrada, Enrique II, murió inmediatamente después de la supuesta entrevista.

Por último, nadie puede creer que un hombre de la edad y la posición del rey de Francia en aquel tiempo, hubiera hecho confidente *único* a un joven como Guillermo de Orange y que durante sus primeros años había sido educado en el sector anticatólico.

estado, fué la intervención del elemento calvinista en lo que había empezado por ser un movimiento de unión patriótica.

Cuando Felipe II subió al trono de España y de tanto más (el Nuevo Mundo, las posesiones en Italia, parte de las tierras borgoñonas, los Países Bajos, etc.) cometió el error capital de imponer condiciones españolas a un país totalmente distinto al suyo en tradición y en espíritu. Estableció en él guarniciones españolas, administradores españoles y hasta eclesiásticos españoles, como también el método administrativo español.

Debe decirse en su favor que hubiera constituído un serio problema para cualquier hombre tratar de mantener la unidad de su reino y al mismo tiempo preservar las muy distintas características de las provincias de los Países Bajos; pero por lo menos debió haber intentado una solución, y no lo hizo. Esta política errónea tuvo por resultado una protesta general en todos los Países Bajos, que tomó rápido incremento en el curso de pocos años.

La protesta estaba dirigida contra tres agravios principales:

1) Una soldadesca extranjera que irritaba al pueblo; 2) la administración de asuntos principalmente en manos de extranjeros recién llegados, prescindiendo de la costumbre tradicional de efectuarla por medio de asambleas provinciales de nobles locales, y, en las ciudades, mediante consejos de ricos mercaderes; y 3) la creación arbitraria de nuevas prebendas eclesiásticas y el nombramiento de españoles para los cargos eclesiásticos. A esto puede agregarse un cuarto factor, que más tarde tomó mayor incremento, pero que ya tenía considerable importancia: el temor de que pudiera instituirse entre ellos la forma española de la Inquisición.

La masa de los Países Bajos, al igual que la de la mayoría de los distritos de occidente en 1560-70, era

católica por tradición y temperamento; pero el grave peligro que significaba el calvinismo para la única religión y cultura que ellos querían hubiera sido encarado por ellos en forma muy distinta de la empleada por España para hacerle frente. La Inquisición española fué planeada contra los judíos y mahometanos por un estado que había logrado librarse, precaria y recientemente, de la presión mahometana en colaboración con una dirección judía. No existía semejante problema en los Países Bajos, y aplicar los métodos de la Inquisición española a esto (si, en realidad, existía esa intención), significaba desconocer por completo las condiciones locales.

Pero debemos comprender claramente que, al principio, y durante muchos años más, el problema no era esencialmente religioso. Era económico y político: una exigencia de impuestos tolerables, basados en modelos tradicionales.

Por lo tanto, el hombre que muchos años después defendería tan heroicamente a Haarlem contra los españoles era católico. Además, los mismos monjes y prelados católicos se sentían particularmente exasperados: primeramente al verse desalojados por extranjeros; en segundo lugar, en una época posterior, a causa del pillaje desautorizado y horrendo cometido por las tropas españolas, amotinadas y mal pagadas, contra la riqueza de la Iglesia y los sacerdotes.

Por consiguiente, las primeras protestas eran generales. No eran exactamente nacionales, porque los Países Bajos no constituían una nación, pero estaban impregnados del más vigoroso espíritu local; el espíritu de esas grandes y ricas ciudades que eran entonces, y lo son hoy, el centro de producción comercial del valle del Rin y de los intercambios con la Europa nórdica.

Los nobles fueron quienes iniciaron la protesta, y entre ellos se contaba la casa más pudiente y encum-

brada, la de Orange, cuyos jefes de ese momento eran nativos de la provincia de Holanda [1].

Los nobles, allí como en todas partes, tenían un fin interesado. No eran patriotas puros; por el contrario, constituían la clase más cosmopolita. Actuaban principalmente por dos motivos combinados: primero, ira por su pérdida de rentas y poderío después de la introducción de funcionarios españoles; segundo (lo que movió a los de su clase en toda Europa durante las guerras religiosas), la oportunidad de hacerse inmensamente más ricos y poderosos mediante la destrucción de la monarquía.

Las cosas culminaron cuando tres jóvenes de la nobleza, uno de los cuales era hermano de Guillermo de Orange, se reunieron en Spa en el otoño de 1565, y convinieron en promover una activa protesta que pudiera ser tildada de rebeldía por aquellos a quienes se oponía. Cuando se inició la temporada de lucha del siguiente año, 1566, el movimiento había ganado a grandes masas del pueblo y era muy violento.

Se produjo un estallido salvaje y exaltado, en el cual actuaron todos los elementos destructores de la sociedad. Siempre que se declara una revolución existe ese peligro; pero en aquel año de 1566, los elementos de desorden, en el caso de los Países Bajos, eran tan numerosos que el peligro adquirió allí especial gravedad. Puede decirse que el alma de ese estallido anárquico era la pequeña minoría de entusiastas calvinistas, pero a ella se unieron, naturalmente, todos los hombres agraviados; y era un momento en que la mayoría de los hombres había sufrido agravio. El hecho peor fué la tortura infligida a los monjes. Pero lo que mayor impresión causó a los espectadores fué la destrucción desenfrenada, en enorme escala, de toda clase de obras artísticas, en particular las pertenecientes a edificios religiosos. Penetrar hoy en cualquier santuario de los Países Bajos, y asombrarse de hallarlo tan vacío es todo uno. Tal fué la obra de 1566. Ante la tormenta que se había desencadenado, pareció, por un momento, que la sociedad estaba por desintegrarse.

[1] La palabra "Holanda" en la historia de la rebelión de los Países Bajos no tiene el significado que hoy le damos en Inglaterra, es decir, todo el territorio de siete provincias, sino solamente una de ellas, *Hollow Land* (Tierra Hueca) comprendida en las represas del norte, la tierra de Amsterdam y Haarlem.

Conviene recordar que fué éste el ambiente en el cual los nobles, a quienes alguien (no sabemos quién, ni cuándo) apodó "los mendigos" [1], aprovecharon la oportunidad para entrar en acción directa contra el gobierno, tan legítimo cuanto imprudente. Ese gobierno no tenía allí fuerzas adecuadas para afrontar la situación, y cuando los nobles (y los burgueses que los secundaban) presentaron sus demandas, que eran un ultimátum, en Bruselas en el mismo año de 1566, y las presentaron unidos en fuerza pública, casi en formación de batalla, al rey de España no le quedó más que luchar o admitir la desintegración de su reino.

Luchó, e hizo lo que cualquier otro gobernante de la época hubiera hecho: mandó, en 1567, al mejor de sus generales, el duque de Alba, al mando de lo que consideró fuerzas suficientes: 17.000 hombres.

Cuando esta fuerza apareció en los Países Bajos, todos se inclinaron ante ella. Como era de esperarse, Orange huyó del país. El duque de Alba procedió a realizar una investigación minuciosa de la reciente anarquía y a ordenar ejecuciones en gran escala. Obtuvo un triunfo completo al cabo de dieciocho meses de su llegada, o mejor dicho, al año; si se hubiera detenido ahí, tal vez habrían terminado los desórdenes en los Países Bajos. Los mismos provocadores de la anarquía se sienten disgustados cuando ven sus consecuencias. El pueblo de

[1] En francés *les Gueux*. Se le atribuyen varios orígenes a este apodo, pero ninguno es seguro.

los Países Bajos había tenido una experiencia tal de anarquía que no deseaba verla recrudecer, y le complacía bastante la represión, aunque fuese severa y viniese de manos de un extranjero.

Sin embargo, en ese preciso momento se cometió un segundo error, mucho más grave. El gobierno español, por intermedio del duque de Alba, impuso una nueva forma de contribución, monstruosa para los Países Bajos.

Debe advertirse que durante todas estas luchas el rey de España se hallaba en desventaja por falta de recursos, lo cual se sumaba a la inmensa extensión de sus dominios. Siempre que se trata de vastos dominios, vemos que existe la tendencia a la dispersión del poderío, o mejor dicho, lo inevitable de tal dispersión. El soberano español nunca tenía bastantes hombres, ni suficiente dinero, para imponer una medida gravemente impopular en cualquiera de sus provincias. Y en cuanto al poderío naval, en *eso* era mucho más débil que los rebosantes puertos de los Países Bajos.

Luego debemos recordar que las ricas ciudades neerlandesas constituían la mejor fuente de entradas de todas las enormes posesiones de Felipe. Esto fué lo que lo tentó.

El nuevo impuesto (ordenado por decreto, pero, al fin de cuentas, votado por los Estados) fué propuesto en marzo de 1569. Tenía un triple carácter: 1) uno por ciento de exacción sobre el capital, no renovable; 2) una tasa del cinco por ciento, que podríamos llamar "derecho de estampillado", sobre ventas de tierras; tales eran los dos primeros artículos, y ninguno de los dos resultaba oneroso. Pero el tercero era un desastre. Se proponía exigir: 3) *un impuesto del diez por ciento sobre todas las transacciones comerciales*. Lo cual era, por supuesto, imposible y ruinoso. Estaba hecho sobre un modelo español, y hubiera sido aplicable en la España agrícola. Pero en una comunidad mercantil no podía ser sino desastroso y mal recibido. ¿Cómo podrían pagar, una y otra vez, un impuesto del diez por ciento sobre cada transacción personas que vivían de la compra y la venta de mercaderías?

Esto fué, en realidad, lo que provocó la rebelión final y la ruina del poderío español en el norte de los Países Bajos. Hubo *boycott*, resistencia, cierre de tiendas, negativa de comerciar y, de parte de España, el intento de una falsa política de represión. Nadie está en condiciones de decir lo que hubiera podido acontecer. Tal vez, a la larga, el duque de Alba hubiese cedido, o se habría producido la alternativa del fracaso de la errónea forma de contribución impositiva, como ocurre a veces cuando se trata de malos impuestos, por haber agotado la fuente misma de entradas que intentaba explotar. España podía haber dado marcha atrás o haber llegado a una transacción cuando, en abril de 1572, se produjo el golpe que cambió toda la situación.

Si el lector mira un mapa de Bélgica y Holanda en la actualidad, incluyendo una franja del norte de Francia que abarque a Arras, Lila, Dunquerque y el cinturón que corre a lo largo de la frontera belga, tendrá una visión de los Países Bajos tal cual eran en la primavera de 1572. Constaban de diecisiete provincias. A la sazón el calvinismo estaba allí diseminado (por doquier como minoría), quizá en grado algo mayor en el norte, pero no mucho. El grueso de la población era aún fuertemente católico, pese a que la influencia calvinista iba en aumento. Porque el calvinismo es una teoría francesa. El idioma de las clases altas en todos los Países Bajos, y del pueblo de la mitad de esas provincias, era el francés, como también era francesa, en su mayor parte, la influencia cultural irradiada desde Lovaina. La grande y creciente fuerza armada del calvinismo en Francia afectaba también poderosamente a estos distritos, desde la frontera francesa hasta el Bajo Rin.

En dicho mapa el lector advertirá lo que puede significar, en cualquier campaña, la posesión de la boca

del Mosa y la boca principal del Rin, como también la del Escalda. Estos ríos y sus canales constituyen las arterias de toda la planicie y sus comunicaciones. Todas las grandes ciudades interiores dependen de ellos, como puertos sobre sus orillas o debido a su vecindad.

Ahora bien, las desembocaduras de estos ríos se juntan en una estrecha franja de costa situada en la provincia de Zelandia. Los que poseían esa llave podían impedir la llegada por mar de pertrechos, soldados y dinero, y podían poner en dificultades extremas a un gobierno con base tan distante como la del gobierno español. En ese mapa el lector advertirá, además, la cantidad de puertos marítimos y fluviales unidos por canales a todo el sistema del Rin, Mosa y Escalda. Están Amberes, Rotterdam, Amsterdam y demás. Nueve décimas partes de las grandes ciudades comerciales se comunicaban por agua. Y una buena mitad de ellas se encontraba a pocas horas de navegación del mar.

Desde los puertos nórdicos, varios marinos que se llamaban a sí mismos, "los mendigos del mar", imitando a los primeros líderes terrestres (ahora aplastados), habían iniciado una especie de piratería, primero contra el comercio y los transportes españoles, luego, aproximadamente contra cualquiera. La sola existencia de estos piratas constituye un ejemplo de la dificultad e imposibilidad en que se hallaba España de luchar con éxito en esas distantes aguas nórdicas, recargada como estaba con la pesada tarea que desempeñaba en todas las rutas marítimas conocidas del mundo. En la primavera de 1572, estos piratas se enteraron de que el pequeño puerto de Brielle se hallaba sin guarnición, y se apoderaron de él. Inmediatamente después hicieron lo mismo con Flesinga. Desde ese momento fueron dueños de las desembocaduras de los ríos.

Fué un acontecimiento capital. Nunca fueron desalojados. Orange regresó, y se declaró calvinista en 1573.

Las dos provincias de Zelandia y Holanda se convirtieron en escenario de una nueva resistencia.

Es muy importante tener presente esta conquista de las bocas de los ríos, y la importancia que tenía el agua en el dominio de la situación. Fueron las defensas hidráulicas, por su posibilidad de inundación, las que permitieron mantener la lucha a las provincias que se hallaban bajo el nivel del mar. Por esta razón el calvinismo se concentró en el norte (a Zelandia y Holanda regresó una multitud de inmigrantes, fugitivos del duque de Alba) y desde ese momento el triunfo final del duque de Alba se tornó imposible. Barcos españoles, o mejor dicho, barcos a favor de España, fueron destruídos en el Zuyder Zee. Pese a los muchos éxitos obtenidos por los españoles durante los sitios que efectuaron, el de Alkmaar fué un fracaso. Y fué, además, abrumadoramente importante el hecho de que la pequeña fuerza española, al ver que sus sueldos se retrasaban, se amotinara y se entregara al pillaje. El duque de Alba renunció.

De entonces en adelante la batalla de los Países Bajos alcanzó su punto decisivo como sucedía al mismo tiempo en otras partes. Con el año 1572 se empieza a vislumbrar la conformación del futuro. Francia conserva la tradición. En Inglaterra, la revolución en favor de esa tradición ha fracasado. En Escocia se confirman las nuevas fuerzas del quebranto europeo. En cuanto a los Países Bajos, todo su rico territorio se halla dividido. El norte se ha separado. El sur permanece firme. Los resultados aún perduran.

VIII

LA DEFENSA

En 1572 hace más de cincuenta años que dura la anarquía moral de Europa. Apenas se recuerda la vieja unidad. Durante ese medio siglo el quebranto de la cristiandad ha ido en aumento; durante su último tercio había estallado la guerra civil activa entre los grupos hostiles en los que se había desmembrado Europa. Y durante todo este tiempo la autoridad parecía incapaz de afirmarse; la ancestral cultura cristiana, que nos había creado, parecía paralizada, incapaz de defenderse a sí misma. La confusión había tenido tiempo de hacerse costumbre en la mentalidad humana, el espíritu combativo había tenido tiempo de tornarse permanente, y, en consecuencia, parecía inevitable la disgregación final de nuestra civilización.

¿Por qué semejante retraso? En el difícil problema de la Reforma es imperativo contestar esta pregunta, porque la reacción tardía fué tal vez la causa principal de nuestro caos, creciente todavía hoy.

Para apreciar *cuán* tardía fué la reacción, considere el lector las fechas:

Lutero lanza su primera protesta, seguida de tumultuoso entusiasmo germano, en 1517. Hasta 1559, durante *cuarenta y dos años* —toda la parte útil de una vida— Europa se halla en plena agitación. Nada parece decidirse; nadie parece tomar ninguna acción definitiva.

Los jóvenes que iniciaban cualquier forma de vida pública en 1517, momento en que comenzó la disidencia, contaban más de cincuenta años en 1549. En 1559, cuando se inició la lucha armada, ya eran viejos. ¿Por qué no se convocó inmediatamente un concilio con el

fin de afrontar el enorme peligro? ¿Por qué no entró en acción la Iglesia Universal?

Hay tres consideraciones que, combinadas, contestan la pregunta. Merecen detenida atención, porque todo lo que acontecería giraría en torno del retraso en restablecer la unidad, la autoridad y la disciplina.

1) La primera consideración es la siguiente: la organización oficial de la Iglesia Católica había caído súbitamente en el desorden. Había sido atrapada, como se solía decir de los veleros, en una borrasca, con todo el velamen desplegado. Moralmente era muy débil. Una corrupción indecorosa y universal, como también, durante mucho tiempo, la indiferencia y un creciente escepticismo, atrofiaban y paralizaban la capacidad de reformarse de la organización clerical. El ataque exterior se tornaba, por lo tanto, fácil, rápido y explosivo; la reforma desde dentro era aparentemente imposible; la complicada maquinaria estaba mal cuidada y no permitía un rápido reajuste. Sometida a tan violenta tensión la palanca se atascó. Y la situación del Papado, que todo lo controlaba, era la peor.

Cuando cualquier institución amenazada es culpable y se sabe culpable, lo que los militares llaman "la iniciativa" pasa a sus enemigos. Así sucede hoy, por ejemplo, con el llamado capitalismo industrial. El capitalismo industrial está basado en dos cosas que cualquier persona cuerda admite: el derecho de propiedad y la ventaja, económica y política, de la libertad individual. No obstante, por abusar de ellas, tanto la propiedad cuanto la libertad están hoy enfermas, y la defensa que se les hace suena a hueco.

Así ocurría en el siglo XVI con la Iglesia. Los hombres aceptaban el sistema católico como aceptaban el aire que respiraban. Hasta los revolucionarios seguían conservando la mayoría de sus misterios. Sin embargo, la defensa fracasó.

Evidentemente, lo perfecto que correspondería hacer

en tales casos –si no existieran la materia, el tiempo y el espacio, y si los hombres, en su mayoría, fueran inteligentes, con móviles puros y heroicos, en lugar de ser, como lo son en su mayoría, estúpidos, corrompidos y cobardes– sería poner en práctica lo que la Iglesia Católica llama penitencia. Evidentemente, el ataque contra la Iglesia Católica no habría alcanzado éxito alguno si todos sus miembros, a principios del siglo XVI, se hubiesen adelantado espontáneamente en masa a denunciar sus propias culpas: la pluralidad de cargos, las apropiaciones laicas, la vergüenza de sus vidas mundanas, los indecorosos escándalos de impureza, la opresión de los pobres, la exageración de la ayuda mecánica a la religión, el uso ocasional del fraude en estos casos, el difundido empleo de la extorsión en materia de tributos y rentas clericales, las triquiñuelas de las cortes clericales. Si los numerosísimos miembros de la Iglesia, culpables de mal vivir, se hubiesen golpeado el pecho, arrepentido y vuelto anacoretas; si las numerosísimas personas que se habían llenado de riquezas hubiesen renunciado a ellas para darlas a los pobres; si algunos de los cultos prelados del Renacimiento que llegaron hasta a ridiculizar los misterios hubiesen, de pronto, sentido la ira de Dios, todo hubiera tenido arreglo. Tan fructífero es el arrepentimiento.

Pero los hombres no proceden así después de acostumbrarse al vicio. Sólo después de experimentar las consecuencias del pecado, y a menudo ni entonces, admiten la realidad. El arrepentimiento, que debería preceder al castigo, es comúnmente su consecuencia.

2) La segunda consideración nace de la primera y a ella se vincula: el ánimo de las tropas estaba enteramente a favor del ataque. El ataque fué intenso, fanático, y por lo tanto, sin escrúpulos. Que nadie estime excesiva esta última palabra, porque es la verdad. Los fanáticos *carecen* de escrúpulos, precisamente porque son sinceros en su limitada finalidad. El ataque contra el

poderío del clero, y por consiguiente contra la organización de la Iglesia, contra la naturaleza misma del sistema sacramental, contra la doctrina, contra la unidad de la vida cristiana y contra toda la cultura europea (puesto que tal era el orden lógico de los acontecimientos), dicho ataque tenía profunda fe en sí mismo. Sus odios eran ardientes.

Ataques de esta especie tienen crudeza, pero también energía. Ahora bien, como ya he dicho, lo antiguamente establecido siempre tarda algún tiempo en despertar en defensa propia. Siempre es posible hallar respuesta al ataque contra la tradición, pero siendo lo tradicional algo general y popularizado, y habiéndose basado paulatinamente en la rutina, convertida en una especie de instinto, y habiendo perdido desde mucho tiempo atrás la costumbre del análisis, tarda algún tiempo en encontrar esa respuesta. Así ocurre hoy cuando se ataca cualquier hábito social: patriotismo, vida familiar o propiedad. Tal hábito se defiende ciegamente. Todos los argumentos claros están del lado del enemigo.

Téngase presente con qué malos argumentos se defiende hoy contra el comunismo la sociedad europea, con qué egoísta falta de sinceridad por parte de los dirigentes, con qué despreciables móviles codiciosos por parte de los pocos ricos que controlan la sociedad capitalista y la prensa. Adviértase con cuánta debilidad reacciona una condición social largamente establecida cuando se opone al nuevo e inflamado entusiasmo del creciente ataque. Así aconteció, en el siglo XVI, con la resistencia de la Europa católica.

3) La tercera consideración se vincula igualmente a las dos primeras; fué el hecho mismo de la debilidad que sufría la institución eclesiástica lo que proporcionó la oportunidad a sus enemigos. Un Estado enfermo es atacado por sus enemigos, un Estado fuerte no lo es; un hombre con autoridad, al debilitarse, es atacado por sus subalternos; un hombre poderoso y con autoridad

no lo es. En otras palabras, para poder afrontar con éxito una ofensiva que se había desarrollado mucho y estar en condiciones de iniciar la resistencia, la organización oficial de la Iglesia, gravemente enferma en la vejez del mundo medieval, tenía previamente que recobrar la salud.

Todo el organismo oficial de la Iglesia estaba debilitado; no quiero con esto significar que se había debilitado solamente por dentro, debido a la corrupción o mundanalidad de sus jerarcas, quiero decir que también se había debilitado por fuera, debido a la evolución política que se había operado en Europa a partir de la peste negra, es decir, durante el siglo y medio anterior a la Reforma. El cisma papal y el crecimiento de las nacionalidades habían oscurecido la universalidad que es esencia misma de la Iglesia Católica.

Tales parecerían ser las causas principales del fatal retraso a que me refiero. Pero a pesar de todos estos elementos de demora, el *intento* de convocar el concilio que se necesitaba llegó temprano.

Cuando la borrasca se intensificó, la primera idea del Papado fué reunirse en concilio, y es digno de mención el hecho (aunque se trate de una mera coincidencia) de que Carlos V, entonces emperador (esto ocurría durante los años iniciales de la agitación original provocada por la protesta de Lutero), sugiriera a Trento como ciudad adecuada para dicha reunión. Trento se hallaba en la carretera principal que unía la Germania a Italia y, como nadie lo ignora, fué en Trento donde se celebró la conferencia decisiva.

¿Por qué durante años y más años la idea permaneció inoperante? ¿Por qué las firmas finalmente agregadas al pie de las conclusiones del Concilio de Trento no lo fueron hasta 1563, es decir, *casi cuarenta años* después de haber formulado el gran emperador la mencionada propuesta, y por qué no pudo llevarse a cabo

el episodio final hasta fines de enero de 1564, cuando Pío IV selló la Bula decisiva *Benedictus Deus*?

La tesis anticatólica que domina aún en la mayoría de nuestros libros de texto pretende que la culpa recaiga sobre la Santa Sede. Fueron los Papas sucesivos, nos dicen, de León X a Pablo III (1517-34) quienes durante esos deplorables diecisiete años impidieron que se realizara la asamblea que hubiera podido curar a la cristiandad universal. Hablaban de un concilio general, pero en su fuero interno no lo deseaban. Su secreta oposición se debía a que durante más de un siglo los concilios generales habían sido antagonistas del poder papal, hacedores y desfacedores de Papas. A causa del cisma papal, dichos concilios habían adquirido excesivo poder y hasta abrigaban la novedosa pretensión de que ellos, y no Pedro, gobernaban la Iglesia. Los Papas temían resucitar tales concilios, y ésta fué la razón (nos dicen) por la cual los Papas se opusieron a congregar un nuevo concilio para encarar las urgentes necesidades de la época.

Se trata de un mito y de una falsedad. Como todos los mitos, contiene elementos verdaderos. Es verdad que la política de convocar un concilio general era arriesgada. Es verdad que en ciertas ocasiones los Papas consideraron que, para ellos, el momento era peligroso. Pero lo que de modo fundamental postergó tan fatalmente la asamblea no fué la actuación papal.

Lo que demoró en forma continua este necesario sínodo de la cristiandad, aun después de convenido, fué el poderío de los príncipes laicos ejercido a expensas del Papado. Lo que hizo imposible convocar durante tanto tiempo un concilio fué el hecho de que la Iglesia universal ya no se gobernaba a sí misma. La independencia de la Iglesia, proclamada firmemente por todos los primeros jerarcas, confirmada por los primeros emperadores cristianos de Roma y que siglos más tarde San Gregorio VII (llamado con frecuencia Hildebrand en

Inglaterra y Alemania) había restablecido, que Inocencio III había elevado a su más pleno poderío y que constituía la gloria y seguridad del gran siglo XIII, esa independencia había desaparecido. Las provincias se habían nacionalizado a las órdenes de sus respectivos príncipes. Los reyes de Inglaterra o de Francia podían prohibir la participación de sus prelados locales en los concilios.

Debe advertirse que la libertad de la Iglesia Católica ha revivido desde la Revolución Francesa en forma poco esperada por la humanidad. Actualmente, si el Papa convocase a un concilio general, todos los representantes de la jerarquía del mundo entero acudirían a la convocación. Solamente una imposibilidad física, o alguna poderosa necesidad local, impediría la asistencia de algún miembro a dicho concilio. Pero el intento de convocar un concilio general para remedio de la cristiandad en aquella crisis mortal del siglo XVI fracasó durante veinticinco años. Aun cuando finalmente tuvo éxito (como en verdad ocurrió) ¡qué empequeñecido parece y qué mutilado en fuerza numérica, si se lo compara con las reuniones majestuosas de la Iglesia primitiva o, si vamos a ver, de nuestros días!

Con sólo seguir una serie de fechas, se advierte cómo aquella continua postergación del concilio fué un crimen cívico y político que procedía del poder laico.

Mientras el Islam golpeaba estruendosamente a la puerta, y mientras los diversos príncipes germanos debilitaban el Imperio, el enviado del Papa proclamaba que "el verano próximo" (es decir, en 1530, después de más de *doce años* de furiosa anarquía espiritual) el concilio se reuniría en Augsburgo; pero los mismos que al principio lo habían solicitado clamorosamente, los príncipes germanos, lo rechazaron.

Al año siguiente, 1531, volvieron a ponerse de acuerdo, pero Francisco I lo impidió, actuando así por política contra su enemigo el emperador.

Al siguiente año, 1532, Enrique VIII de Inglaterra (a la sazón en el punto culminante de su confusa disensión personal con el Papa reinante) se niega nuevamente a acceder al requerimiento del Sumo Pontífice, de que permitiese a los prelados de Inglaterra asistir a dicho concilio.

Durante quince años más –1534-49–, Pablo III, el pontífice más empeñado en cumplir ese propósito pese a tan intolerables intervenciones, insiste y casi logra su objeto contra la oposición política de los gobiernos laicos. Se envían las citaciones para reunir el concilio en Mantua y se convoca a la primera sesión, fijándola para la primavera de 1537. No era demasiado tarde, quizá, para que ese "Concilio de Mantua" hubiera arreglado las cosas. No habían transcurrido aún veinte años de perturbación. Los hombres recordaban todavía tiempos mejores y deseaban su retorno, pero ese concilio no se reunió. Surgen otra vez las disidencias espirituales y seculares; los príncipes germanos protestadores no quieren comprometerse a admitir que forman parte del organismo universal europeo, y no quieren permitir la asistencia de sus súbditos. El rey de Francia, jugando siempre con la idea de ser por completo independiente de ese organismo europeo (la idea nacional), no rehusa precisamente, pero establece condiciones inaceptables. Hasta el duque de Mantua se opone a la celebración del concilio en sus territorios. El Papa insiste. Si en Mantua no se puede, que vayan a Vicenza al siguiente año, 1538. La aristocracia veneciana pone objeciones a Vicenza. En 1542 (ya han pasado dieciocho años desde la primera proposición) el asunto parece decidirse, porque la autoridad se niega a seguir haciendo concesiones; el Papa ordena imperativamente la realización de un concilio, pero Francia se opone otra vez, y, en una reunión desgraciada, "unos cuantos" hacen acto de presencia, sólo para dispersarse de nuevo. El concilio no ha empezado aún.

Por último, podríamos decir que a la desesperada, surge una muestra –nada más– de esa reunión universal que el sentido común, tanto como la fe cristiana, exigían. La cosa se realiza.

El concilio se reunió en Trento en 1545, y a principios de enero de 1546 inició las deliberaciones con una misa al Santísimo Sacramento. Pero ¿cuántos dignatarios se hallaban presente, a pesar de la opinión laica?... ¡Cuatro arzobispos, veintiún obispos y los tres cardenales que presidían!

No doy aquí ni siquiera un esquema general del esfuerzo mantenido por el Papa contra tantas dificultades. Basta señalar que ese concilio, tan estorbado y empequeñecido, llevó a cabo una obra no sólo prodigiosa, sino también decisiva. La obra fué realizada por teólogos, expertos en la ley de la Iglesia, y en lo concerniente a las cosas sagradas por los generales de las grandes órdenes y los principales eclesiásticos de la época, guiados por el grande San Carlos Borromeo. Logró definirse en todo. Estableció una rígida disciplina. Salvó a la Iglesia Católica, que se hallaba al borde de la disolución. Por esto, porque decidió, ordenó e impuso muchas cosas, los enemigos de la Iglesia siguen ofendiendo a ese concilio. Lo acusan de haber transformado el catolicismo en algo nuevo, estrecho, mecánico, como consecuencia de su precisión de reglas y el fortalecimiento de su autoridad central. Pero es evidente el móvil que guía a estos detractores. Lo que los irrita es que la Iglesia, mediante esa acción, se salvó.

Es verdad que en el proceso de salvar a la Iglesia era inevitable que ésta se modificara materialmente. Mucho de lo discutible fué restablecido; se restringieron los usos y privilegios locales; la mayor uniformidad originó una política de acción conjunta. De ahí que uno de los principales historiadores modernos, un francés enemigo de la fe, haya dicho que "la Iglesia fué salvada, pero dejó de ser católica". Todas las pruebas de filiación

demuestran la falsedad de tal epigrama. Los que compartimos la fe estamos como en nuestra casa en todo el pasado de la cristiandad. Ninguno de los otros lo está.

Ni siquiera cuando se desarrollaba el concilio la ayuda laica dejó de negarse, aunque el número de los asistentes aumentó un poco. Ya hemos visto cómo se negó Cecil a mandar representantes; Francisco I y Enrique III de Francia empezaron por oponerse al envío de representantes, con vistas a desarrollar su juego político contra el Imperio. Por consiguiente, cuando la obra fué terminada en diciembre de 1563, los jerarcas de toda la cristiandad que la subscribían eran alrededor de doscientos; para ser exactos, ciento noventa y un obispos y arzobispos. El resto formado por cardenales y patriarcas [1].

Creo que en la historia del Concilio de Trento (que aconsejo leer con atención a quien se interese en ese acontecimiento principal de nuestra raza: la Reforma) tenemos un ejemplo de los mejores que podemos hallar para comprender cuáles eran las dificultades con que luchábamos, y por qué la Iglesia Católica fué salvada justo a tiempo.

El Concilio de Trento constituyó la acción oficial que, demorada tan fatalmente, conservó lo que aún podía ser conservado: no, por cierto, la unidad europea, pero sí la vida de la Iglesia Católica.

Junto a esta acción central y universal, empezaron a surgir elementos subsidiarios de defensa, que pronto se convirtieron en contraofensiva. Se procedió separadamente a una reforma del clero, sobre todo en la misma Roma, después del concilio, bajo la influencia de San Felipe Neri. La imprenta entró en acción. Una nueva apologética católica adquirió vigor e ímpetu. Pero el factor principal en la resistencia y restablecimiento del

[1] Había también apoderados de noventa dignatarios.

catolicismo, en lo que podemos llamar la "contraofensiva", fué el nacimiento del organismo que hoy se conoce como institución jesuítica.

Los Clérigos Regulares de la Compañía de Jesús (tal era su denominación completa) o, brevemente, la Compañía de Jesús, fué obra de uno de los hombres más notables de la historia de nuestra raza, su benemérito creador San Ignacio de Loyola. Era hijo de una familia de hacendados vascos. Su conversión religiosa, producida cuando contaba treinta años, coincidió con la primera época de la agitación. Esto ocurría en 1521, pocos meses después de haber quemado Lutero la Bula Papal. Sin embargo, transcurren trece años, hasta 1534, antes que aparezca la menor organización: apenas después de otros cinco años se esboza la constitución del nuevo organismo, y sólo en 1540 es confirmado con una Bula Papal aunque todavía en forma restringida; tan sólo en 1543 se le permite agrandarse.

Por consiguiente, antes de terminar lo que he llamado el Período de Debate, dicho organismo es apenas una fuerza activa que inicia su gran misión. Los primeros treinta años de creciente confusión de la moral y la doctrina han ejercido su acción antes que este instrumento de orden empiece su carrera.

La primera pregunta que debemos contestar es, otra vez: "¿Por qué tanta demora?"

Contestaremos mejor esta pregunta si nos formulamos otra: "¿Debido a qué milagro surgió ese instrumento?" Nadie lo había ni siquiera soñado; al principio, su joven fundador carecía de todo plan respecto a él. La idea creció durante muchos años. Las acciones decisivas que le dieron vida plena no se sucedieron en un proceso, voluntaria y deliberadamente ordenado por agentes humanos; antes bien, fué como si un poder oculto obrara con vistas a un fin inesperado. Por último, ese organismo no se ocupó de la gran obra que cumplió más tarde, hasta después de haber cobrado vida

con un propósito algo distinto. Creo no equivocarme al decir que, de haber existido desde el principio un plan mecánicamente concebido para que los jesuítas hicieran lo que finalmente lograron hacer, ese plan hubiera fracasado. Creo no equivocarme al decir que la tarea sobresaliente desempeñada por ellos para ventaja de Europa sólo fué posible porque se desarrolló así, accidentalmente, paso a paso, siendo por lo tanto tardía en aparecer.

Las cualidades de caballero, vasco y soldado que reunía San Ignacio eran inferiores a su condición de santo, pero en extremo significativas. Lo que creó tenía raza, tenía la inflexibilidad vasca y, sobre todo, era esencialmente militar; su calidad militar le dió —después de Dios— el éxito que obtuvo. Examinemos con qué notable deliberación, como un crecimiento natural, surge ese organismo.

Primeramente se produce la conversión de San Ignacio, después de ser herido en el sitio de Pamplona. Luego, durante años, una experiencia puramente interior, llena de todas las pruebas que en años como ésos soportan los santos. Una reducidísima compañía de amigos se reúne alrededor de él. Pero en tanto que la causa espiritual se produjo, como he dicho, en 1521, sólo en 1534, el día de la Asunción, este pequeño grupo de siete hombres (entre los cuales no había más que un sacerdote) se trasladó desde la Universidad de París hasta Montmartre, uniéndose allí en una simple hermandad. En 1539, la idea así germinada se había completado, adoptando, para todo propósito fundamental, su forma externa, y el "Instituto" redactado por San Ignacio fué sometido a la Santa Sede.

Aquella organización manifiesta y este primer documento fueron así contemporáneos de la redacción, publicación y resultados del libro de Calvino.

La idea contenía un elemento tan novedoso, que nos es fácil comprender por qué corrió el riesgo de ser

rechazada por la autoridad. Era el concepto de una asociación religiosa, más que de una orden, en la que el oficio no se rezaría en coro, esto con el propósito de mayor movilidad; en la que la obediencia sería absoluta, sin ninguna de estas características de gobierno ("democráticas" como las denominamos ahora, algo libremente) que se adherían a todas las otras órdenes más viejas.

Esta absoluta obediencia debía ser de carácter esencialmente militar, y por lo tanto estrictamente monárquica y jerárquica. Las unidades de las fuerzas combatientes existían para los propósitos de todo el organismo, y quienes están prontos a criticar una disciplina de esta clase, parecen olvidar que ésta ha sido la necesidad fundamental de toda fuerza guerrera eficaz desde que el hombre empuñó las armas. Por ser católica, una sola excepción existía en este concepto de completa disciplina, a saber: el derecho a negarse en lo que fuera pecado. Un soldado ni siquiera cuenta con esa excepción en los reglamentos de un ejército, aunque conserva sus derechos morales. En esta nueva fuerza eclesiástica dicha excepción fué formalmente aceptada. La idea militar dominaba todo el resto.

No obstante, cuando ese ejército fué creado, su objetivo no estaba definido. La idea primera de San Ignacio y sus discípulos era continuar la ancestral lucha contra el Islam. Sólo más tarde se vieron lanzados al nuevo y, como resultó ser, más urgente frente europeo de rebelión espiritual.

Además eran misioneros, naturalmente, y desde la creación de la orden, el mundo se llenó de los esfuerzos que efectuaron en la conversión de herejes. Pero la tarea principal desempeñada por ellos en la historia de nuestra raza, especialmente en la de la Reforma, es haber salvado lo que, humanamente hablando, parecía una causa perdida: quiero decir la causa de la fe en el siglo XVI.

El fundador murió en 1556. Dos años más tarde, en 1558-59, justamente en esa fecha crítica hacia la cual he llamado con tanta frecuencia la atención en estas páginas, porque marca la iniciación del período de conflicto, se adoptaron las constituciones definitivas. Desde entonces en adelante la lucha no tuvo tregua. Antes de transcurridos cincuenta años, los nuevos combatientes han logrado una amplia decisión en Francia, han contribuído a salvar lo que se salvó de los Países Bajos, han recobrado para la fe grandes zonas de la Germania, y puede decirse que han apartado del peligro a la vacilante sociedad de Polonia. A lo largo de todo este esfuerzo se destaca el nombre del gran holandés Pedro Canisius.

Los que hablan del fracaso de los jesuítas en lo que intentaron e intentan hacer, no comprenden la naturaleza del éxito ni de la fe. No advierten que algo planeado como empresa desesperada para afrontar las más difíciles situaciones, un instrumento lanzado contra las posiciones de mayor peligro y menor oportunidad, debe medirse por lo que ha alcanzado y no por lo inalcanzable. Por ejemplo, fueron los jesuítas quienes intentaron, con particular heroísmo, el esfuerzo de reconquistar a Inglaterra, empresa que el gobierno hábil, despótico y altamente organizado de Cecil, con la práctica adquirida cada día y apoyándose en un grupo mayor de católicos disidentes, había tornado casi imposible. Los jesuítas, con todas las torturas que sufrieron y toda su casi sobrehumana constancia, no salvaron a Inglaterra como salvaron a Polonia. Pero, ¿quiénes, aparte de ellos, realizaron algo parecido a ese esfuerzo contra semejantes desventajas?

El éxito arrebatador obtenido en toda nuestra civilización (porque así era) por las nuevas fuerzas combatientes de la Iglesia Católica tenía para darle firmeza, como tienen los ejércitos, una moral propia. Insistía en dos cosas esenciales para la época y el combate: recti-

tud individual y conocimiento. Esto inclinó la balanza de la discusión, poniendo las mejores armas en manos de los católicos, al punto que sus mismos enemigos tenían que recurrir a los jesuítas filósofos, particularmente al gran Suárez [1], cuando necesitaban un argumento. Los jesuítas concibieron y construyeron, además, de una sola pieza, sólida y permanente, un nuevo sistema de educación que se convirtió en modelo para Europa, y que hoy sigue siendo la base de la mejor instrucción de los colegios tradicionales del continente.

Tal era el instrumento principal de la contraofensiva. Tales eran las razones de su tardía aparición; pero tal es, también, el panorama de sus realizaciones.

No evitó la catástrofe. ¿Quién hubiera podido evitarla tan tarde? Pero recuperó todo lo que podía recuperarse, y debido a su poder y su fuerza para realizar sus ideales de victoria, ha sido el blanco principal de quienes, desde cualquier sector, desean borrar el nombre de católico.

Es, sin duda, una ironía —la historia es toda ironía— que el título asociado a tanta grandeza tuviera su origen en un apodo. Fué inventado en el siglo anterior a la Reforma. Jesuíta era el término que se aplicaba a quienes, hipócritamente, tenían en los labios, en la conversación ordinaria y sin cesar, el santo nombre de Jesús. Fué recogido por Calvino y empleado contra la Compañía como apodo insultante, porque ese grande hombre olfateaba claramente el punto donde residía la fuerza de sus adversarios. El término ha pasado luego a la conversación corriente en una serie de formas tergiversadas, y no es pequeño tributo a la elevada inteli-

[1] Este hombre genial, de quien volveré a hablar, se destaca en el origen de la teoría política que ha influído en toda la época moderna. Fué él quien, completando la obra de su contemporáneo y colega, el jesuíta Bellarmino, volvió a establecer, en la forma más lúcida y concluyente, la doctrina fundamental de que la autoridad de los gobiernos deriva, después de Dios, de la comunidad.

gencia que connota el nombre de "jesuíta" el hecho de que esté particularmente asociado con el análisis completo de los problemas morales. El hombre simple y torpe que pasa sus días estafando a sus semejantes y satisfaciendo los muy pobres apetitos que pueda tener, llamará "jesuitismo" a la exigencia de una atención precisa sobre cualquier punto difícil de moral. Ese hombre, después de mentir sin restricciones y en buenos términos establecidos sobre el valor de su mercancía, engañando al vendedor y al comprador, protestando de su integridad, se sentirá chocado por las definiciones de Escobar (que en el mejor de los casos habrán llegado a él de cuarta mano) sobre los casos especiales de restricción mental.

La Compañía creció en poderío al par que proseguía la división de la cristiandad; evangelizó el Asia remota; formó en la juventud las clases gobernantes de lo que había preservado para la cultura católica; dirigió el restablecimiento de Europa y aconsejó a los gobiernos. Su poder provocó una fricción entre ella y la autoridad para cuya defensa —para cuya salvación— había sido creada. Fué suprimida por esa autoridad. Renació. Está con nosotros, y permanecerá.

Si un hombre puede hoy asistir a misa en Varsovia, o esperar que los clásicos sobrevivan a nuestra corrupción moderna, se lo debe a la Compañía de Jesús.

IX

EL EMPATE
1572 - 1600 - 1648

La "batalla universal" de 1559-72 había alcanzado, en este último año, un punto, llegado al cual era evidente que ninguno de los dos bandos lograría una definición. En Inglaterra, la insurrección católica había sido aplastada, pero en Francia, después de "la San Bartolomé", los nobles protestantes no podrían ya dominar. En los Países Bajos, los esfuerzos del duque de Alba para recuperar lo perdido habían fracasado; pudo conservar la mayor parte para el catolicismo, pero las siete provincias nórdicas, manteniéndose firmes, lo habían rechazado.

A esto seguiría, en todas partes, una lucha prolongada que, después de treinta años más o menos, al finalizar el siglo, se resolvería en un empate. El gran conflicto fué apagándose gradualmente. Su fin no se produjo de modo simultáneo en todo el occidente europeo. Se le puso término en Francia y luego en Inglaterra; por último en los Países Bajos; pero en todo el occidente concluyó, dentro de los primeros años, algo antes o algo después del 1600. En Alemania un violento y tardío intento de unión llenó los años 1618-48. Pero también falló, y la Germania permaneció dividida.

I. FRANCIA

En Francia, campo de batalla, el conflicto llegó a un arreglo preliminar al publicarse el Edicto de Nantes el 13 de abril de 1598. Para entonces la gran guerra civil de religión había producido ya su efecto.

Ese efecto era la destrucción de la unidad moral entre los franceses.

Es muy necesario acentuar este punto. La gran guerra civil francesa, iniciada con carácter religioso, y continuada, principalmente, como guerra de religión, no podía, por cierto, después de "la San Bartolomé", convertir a los aristócratas franceses en amos de Francia. La furia popular había concluído con eso. Pero la masa católica del pueblo francés no podía vencer a la aristocracia armada protestante. El Edicto de Nantes —que puso fin a la situación— fué una transacción mediante la cual venía a quedar atrincherada, dentro de una nación católica, una rica comunidad protestante, otorgándosele no tanto tolerancia cuanto una serie de privilegios particulares y excepcionales: ciudades amuralladas y fortalezas propias, cortes de justicia propias y un especial gobierno propio. Tal situación se modificó gradualmente, pero en esencia duró casi un siglo. Debido a esto, Francia estuvo desde entonces dividida. Ha permanecido dividida. Porque aunque la doctrina protestante decayó, y primero el deísmo y luego el escepticismo materialista ocuparon su lugar, no surgió una cultura católica unida y vigorosa correspondiente a la cultura anticatólica unida y vigorosa de Inglaterra; por eso Francia, pese a la restauración de una monarquía poderosa, y, al finalizar el reinado de Luis XIV, de una unidad nominal de la religión, jamás ha podido tomar la dirección continuada de la cultura católica europea; y a causa de ello, como consecuencia, la cultura católica se ha visto continuamente debilitada en todas partes.

Desde el día de "la San Bartolomé" —la violenta sublevación popular contra los nobles protestantes— hasta la promulgación del Edicto de Nantes, transcurren veinticinco años y medio. Pero este largo período no fué de incesante lucha armada. Fué de guerras intermitentes.

El joven rey Carlos IX murió en mayo de 1574, dos años después de la matanza, y su hermano menor (elegido rey de Polonia) lo sucedió a la edad de veintitrés años con el nombre de Enrique III de Francia. Era un hombre extrañamente ambiguo. Aunque joven, gozaba ya de gran reputación como soldado; había ganado dos grandes victorias en las primeras guerras civiles. Poseía enorme cultura y tenacidad de estudioso. No carecía de voluntad, y experimentaba arranques apasionados de devoción. Pero física y moralmente era un enfermo.

Lo que marca el momento —1574— en que Enrique III ocupó el trono, es el cambio operado en el carácter de la guerra civil. Los católicos descontentos, particularmente en el sur de Francia, se unieron al núcleo principal de la vieja rebelión protestante. La incapacidad de los jóvenes reyes, el gobierno impopular de la reina madre Catalina de Médicis, cierta división entre el sur y el norte, y sobre todo la necesidad de recolectar rentas entre los contribuyentes arruinados por incesantes conflictos, originaron esa extraña combinación; y al cabo de dos años, en la primavera de 1576, la resistencia armada de la nueva alianza contra la Corona condujo a una transacción en el papel, llamada el Edicto de Loches. Al sector protestante, compuesto por los poderosos nobles insurrectos, se le cedieron ciudades en las que podían ejercer sus nuevos ritos; se les otorgó una indemnización general; los protestantes iban a compartir la jurisdicción en la mitad de las supremas cortes del país.

A esa transacción la he llamado transacción en el papel, porque el hecho de admitir semejante división del cuerpo político provocó violentas protestas entre la masa popular, especialmente en París, y se formó, para combatir esa política de transacción, la primera "Liga".

Esta palabra "Liga", que significaba una fuerte agrupación de la Francia católica para el mantenimiento de la unidad religiosa y nacional, alcanzaría luego un prodigioso destino.

Al joven rey y a su madre sólo y sobre todo les preocupaba una cosa: el mantenimiento del poderío de la Corona. No les preocupaba mayormente la religión, pese a que el rey, personalmente, era muy católico. Les importaba más la heredada autoridad de la monarquía. Por un lado, el hijo del Guisa asesinado (el hombre que para vengar la muerte de su padre había desatado a la plebe en "la San Bartolomé"), rivalizaba con el poder de la Corona por su popularidad como dirigente católico del país. Por otro lado, el joven Enrique de Borbón, ahora rey de Navarra, a la cabeza de los nobles protestantes, tenía probabilidades de convertirse en heredero del trono. Ya empezaba a dudarse de que Enrique III tuviera un hijo. Su único hermano vivo parecía estar en el mismo caso.

En 1585, las cosas culminaron. El hermano menor del rey, heredero suyo, había muerto, y su primo lejano y hermano político Enrique de Navarra quedó como único heredero legítimo. Los franceses sentían por su monarquía hereditaria un apego apasionado. En esa época sentían análogo apego por su ancestral religión nacional. Pero el heredero de esa monarquía era un adversario de esa religión. La situación era intolerablemente tensa.

La Liga, que había languidecido o que, al menos, no había podido afirmarse, adquirió nuevo poder. Enrique III, el monarca, y su madre, se sometieron de mala gana a sus dictados, pero acechaban la oportunidad de liberarse porque, repito, el móvil principal que los guiaba era que la Corona fuese independiente de *cualquier* control, popular y católico, o aristocrático y protestante; les molestaba tanto verse sometidos a un gran noble católico (aunque fuera, como Guisa, el líder de la masa nacional), cuanto depender de su primo Borbón, heredero del trono. La Liga puso a su

frente, como candidato a la monarquía después de Enrique III, al cardenal de Borbón, tío de Enrique de Navarra y personaje entrado en años y bastante frívolo.

Con esto llegamos a la fase final de guerra declarada entre la facción armada noble y protestante, y la desarmada y confusa masa de la nación, cuya parte consciente y organizada estaba constituída por el pueblo de París.

Enrique de Navarra requirió la ayuda germana para sí y los protestantes. Mientras las fuerzas germanas invadían a Francia para reunirse con él, ganó su primera victoria en Courtras, en octubre de 1587; pero inmediatamente después, Guisa con su ejército destruyó a los invasores germanos. Por lo tanto, las cosas se hallaban aparentemente equilibradas, cuando París, que ya se había definido con violencia, empezó a volverse contra el rey. Porque aunque el rey se sometía a la Liga, era visible el desgano que había en esa sumisión. El pueblo de París estaba particularmente exaltado por los relatos de la persecución que soportaban los raros católicos que aún resistían en Inglaterra. La Liga exhibía públicamente en las calles grandes carteles, mostrando las torturas que infligía un gobierno protestante, y en esta forma predicaba gráficamente lo que podía esperar un pueblo católico si entregaba el poder a una minoría parecida. Exponía los estrangulamientos y los destripamientos de hombres vivos, los aparatos de torturas de las celdas inquisitoriales de Cecil. Cuando Guisa regresó del ejército a París, en mayo de 1588, fué recibido por el desenfrenado entusiasmo popular de la ciudad entera. París se alzó contra el rey, y éste huyó.

El fracaso de la Gran Armada, algo más de dos meses más tarde, a fines de julio, y el consiguiente debilitamiento de España (que, como es natural, prestaba apoyo a la Liga y al esfuerzo popular francés) impulsaron al rey a convocar un parlamento nacional en su ayuda. Pero los hugonotes se abstuvieron de tomar parte en las elecciones; no se logró en las sesiones conciliación nacional alguna; Guisa era más poderoso que nunca, y en Blois, durante el Parlamento de Navidad, el rey mandó asesinar alevosamente a Guisa mientras asistía a la corte. Así desafiaba el rey a París.

Esto fué lo que decidió todo. Días más tarde moría la reina madre. París se hallaba presa de furiosa exaltación contra la Corona y contra el presunto heredero de la Corona. Enrique III, el rey, se alió con ese presunto heredero, su primo Enrique de Borbón (Navarra) pese a que éste encabezaba el bando protestante. Entre los dos aislaron a París de todo socorro. Se habían alzado en armas frente a la ciudad, cuando, el 1º de agosto de 1589, un monje, saliendo de esa hornalla de exaltación parisiense, llegó hasta el rey, en las líneas enemigas de St. Cloud, y lo asesinó.

Enrique de Borbón, ya rey de Navarra, todavía protestante, era ahora legítimo rey de Francia. Sitió a París, que resistió la tensión del hambre con asombrosa tenacidad antes que aceptar la pretensión del heredero legítimo, porque el heredero legítimo encabezaba aún a los nobles protestantes. El precio que pagó el legítimo heredero por el apaciguamiento fué la aceptación del catolicismo. Enrique de Navarra se reconcilió formalmente con la Iglesia y fué coronado rey de Francia con el nombre de Enrique IV.

Pero la masa católica del pueblo no había triunfado, en realidad, de sus adversarios los nobles protestantes. En la primavera de 1598 fué emitido lo que constituye la terminación de todo el asunto, conocido en la historia con el nombre del Edicto de Nantes.

Estableció un Estado dentro del Estado; a la minoría protestante, reducida pero inmensamente rica [1], y que

[1] El único grupo grande protestante de miembros pobres estaba formado por aldeanos montañeses. El grupo mediana-

representaba a una proporción tan grande de las clases nobles, armadas y combatientes, cuanto pequeña en relación al país entero, a esta minoría se le otorgó la posición altamente privilegiada que he mencionado más arriba. Los aristócratas más poderosos podían seguir públicamente en sus castillos el ritual calvinista; los menos pudientes, en sus casas, en forma privada; los protestantes tenían derecho a ocupar cualquier puesto en cualquiera de los organismos públicos; lo más importante era que había que entregarles una cantidad de ciudades fortificadas, con gobernadores y guarniciones protestantes que, en parte, serían mantenidas a expensas del monarca católico y de la nación.

Tal fué el fin de esa batalla de triunfo indefinido. Actualmente, en toda Europa, seguimos experimentando los resultados de ese fracaso en el logro de la unidad de Francia.

2. INGLATERRA

El movimiento inglés, después de sofocar la gran insurrección católica, prosiguió firmemente el plan ceciliano de aplastar a la Iglesia Católica en todo el reino. El éxito de esta lenta estrangulación estuvo finalmente asegurado a lo largo de un proceso que duró treinta y tres años, desde 1572 hasta 1605.

Por lo tanto, también en este país el conflicto general europeo llega a su término, casi al mismo tiempo que en Francia y los Países Bajos. En 1570-72, cada uno de estos países tenía ya en el poder al sector, fuese cual fuere, destinado finalmente a triunfar. Después del fracaso de la Gran Armada (1588) es casi seguro que predominará el sector protestante de la nación inglesa; después del *Gunpowder Plot*[1], 1605, y el cuidado con que el segundo Cecil lo estimuló, es indudable que Inglaterra no volverá a ser católica, aunque una mitad del pueblo (en simples cifras) conservaba, todavía en esa lucha, el apego, en grados diferentes, a la tradición nacional religiosa. Hablando en términos generales, al finalizar el siglo XVI, la lucha principal de occidente ha terminado en todas partes y la situación se ha definido, aun cuando un sector permanece indeciso: el de los estados germanos, controlados nominalmente por el Imperio.

mente pobre lo estaba por una considerable cantidad de ciudadanos, en especial de artesanos. Entre todos, a lo sumo, representaban una décima parte de la población. Pero entre los ricos la proporción era mucho mayor.

Empezamos con el primer triunfo de Cecil, la destrucción de Norfolk, y la dignidad de par, con el título de lord Burghley, que lo confirmó en 1572.

Después del reinado del terror, que se inició con la sublevación católica de 1569-70 y la excomunión de Isabel por el Papa, prosigue intensamente en los quince años siguientes el desarrollo del plan de Cecil.

Podía éste ahora, después de la represión sangrienta de la rebelión y después de la excomunión de Isabel, continuar y hacer permanente ese reinado del terror cuya primera excusa le había sido proporcionada por la rebelión misma. Cecil estableció el terror para desarraigar el catolicismo y lo consiguió. Difícilmente las masas más desheredadas de un pueblo son lo bastante adictas a una religión tradicional, como para oponerse al abandono que de ella hacen los dirigentes, salvo cuando significa una nacionalidad oprimida. Los que comparan el éxito del pueblo francés en su violenta sublevación contra los hugonotes con el fracaso del esfuerzo inglés correlativo por mantener la religión nacional, olvidan dos cosas esenciales: primera, que en el caso francés, la Corona estaba enteramente con el pueblo; segunda, que en el caso inglés, las clases altas, los necesarios dirigentes de cualquier lucha de

[1] Conspiración católica encabezada por Guy Fawkes. *(N. de la T.)*

aquella época, habían sido comprados por los bienes robados a la Iglesia.

Con cada año transcurrido aumentaba el éxito de ese nuevo grupo de grandes fortunas (del cual Cecil era la cabeza, el portavoz y el más capaz de los directores), mientras crecía una generación que nunca había experimentado la influencia católica. Ya he explicado la inutilidad de hablar de estas cosas en términos numéricos, y de preguntar, en cualquier fecha determinada, cuántos eran los ingleses católicos y cuántos los protestantes, como si estos términos significaran entonces lo que significan actualmente: dos culturas netamente divididas. La mayoría de los ingleses de 1572-80 era católica por tradición e ideas; ni uno entre muchos centenares tenía la menor oportunidad de asistir a misa o de practicar los sacramentos de la Comunión, Penitencia, Extremaunción o del Orden. Solamente una minoría —grande, pero siempre minoría— corría el riesgo de arruinarse y, en algunos casos, hasta de perder la vida en su empeño por restaurar la fe; aunque con ayuda armada, esta minoría heroica habría reunido rápidamente una grande y creciente mayoría.

Al iniciarse esta situación en época tan temprana como 1572, hacía ya trece años que había desaparecido del país el oficio de la misa. El joven que comenzaba su vida pública en 1572 apenas conocía la misa como un vago recuerdo de su primera infancia. Transcurridos diez años más, surgía toda una generación para la cual la práctica general del catolicismo era desconocida, y sólo conservaba las palabras y frases tradicionales de una sociedad católica y, naturalmente, mucho de su ética y de su tradición social; pero de la práctica, nada, salvo aquí y allí, en muy pocos sitios, con peligro de muerte y en el más absoluto secreto.

Y en este punto es importante hacer notar al lector no católico la falsedad de la interpretación, según la cual la política de Cecil era una transacción religiosa,

como lo pretenden demasiados libros, denominándola en general "isabelina". ¡Como si la infortunada Isabel hubiera sido responsable de la innovación! Los que así hablan, nada saben de la Iglesia Católica. No existe "transacción" entre una cosa única y otras que le son ajenas, de diferente esencia, opuestas a esa cosa única. La limonada no es una "transacción" entre vino y agua, ni el vidrio azul una transacción entre el vidrio rojo y el vidrio transparente.

La nueva religión que Cecil y su camarilla habían establecido en sustitución de la vieja no era, por cierto, calvinista, pese a que el calvinismo era la única filosofía instituída contra la Iglesia Católica. Cecil y su banda no permitían que Inglaterra se sumiera en el calvinismo. Temían al calvinismo, porque el calvinismo era algo tan viviente y poderoso que hubiera podido barrerlos. Porque el propósito de esas gentes no era *establecer* un credo, bueno o malo, al cual fueran adictos, sino el de *impedir* un retorno a la vieja sociedad tradicional, en cuya destrucción estaban basadas sus inmensas fortunas.

En cuanto a Isabel, ya hemos visto en un capítulo anterior cuál era su verdadera posición; creía aún en el poder real, como también creían en él los que, no obstante, la manejaban. Pero si buscamos en la personalidad de Isabel o en su voluntad lo que ocurrió en Inglaterra, erramos completamente el camino. *En todas las cosas importantes, ella tuvo que ceder.* Porque el poder real se había resentido ya radicalmente y el de los ricos empezaba a suplantarlo.

Entretanto, los que gobernaban verdaderamente continuaban su camino. Ayudaron a los hugonotes de Francia; ayudaron a los rebeldes de los Países Bajos, primeramente en secreto y luego abiertamente; consintieron la creciente piratería contra el comercio español —y cuidaron de enriquecerse aún más, poniéndose junto a quienes la practicaban—, y la reina no tenía otro

remedio que seguirlos. No poseía la energía necesaria para impedir estas cosas; por consiguiente se veía obligada a consentirlas, y puesto que las consentía, lo mismo daba obtener su parte.

Este consentimiento era vergonzoso y la envileció a los ojos de sus iguales. Éstos creían que tenían el poder de impedir las cosas. Ella no ignoraba que carecía de tal poder. De ahí su vergüenza.

La crisis de esta situación se produjo en 1585-86, cuando se decidió la condena a muerte de María Estuardo. Había estado prisionera desde su juventud, es decir, desde la edad de veintiséis años, primeramente en condiciones de una prisión velada, pero efectiva; luego, desde 1569, prisionera de verdad. Ahora tenía más de cuarenta años, y su sentencia estaba dictada.

La razón primordial que decidió a Cecil y sus compañeros a ordenar la ejecución de esa infortunada mujer fué la salud de Isabel. Siempre había sido precaria. En los últimos tiempos (en los primeros años de la década 1580-90) había sido, en ocasiones, alarmante. Jacobo, miserable hijo de María, coronado rey de Escocia, se hallaba dominado por los agentes y aliados de Cecil. Se le había educado para que abandonara a su madre y renegara de la religión de sus padres. Era heredero, después de su madre, de la corona de Inglaterra. Si se sacaba de en medio a María, no quedaba obstáculo alguno para una continua política anticatólica. Existía aún en Inglaterra un sentimiento demasiado poderoso como para permitir que la reina católica siguiera prisionera una vez desaparecido el último Tudor, y la muerte de Isabel hubiera significado una guerra civil. En esta guerra Cecil y sus adeptos hubieran visto sus cuantiosas fortunas por lo menos en peligro y, con toda probabilidad, destruídas. Por consiguiente, María tenía, por fuerza, que morir, no fuera que la muerte de Isabel, natural o provocada (abiertamente aprobada), se produjera primero y los pusiera en peligro. El método que emplearon los conspiradores para conseguir sus fines fué el siguiente:

Se valieron de un "agente provocador", como se llama al espía de la policía secreta que simula ser uno de los descontentos y que incita a éstos a planear alguna acción criminal, para delatarlos luego a sus superiores.

El Papa había colocado a Isabel al margen de la cristiandad. La muerte de esta reina, a los ojos de una multitud, incluyendo altos dignatarios de la Corte Pontificia, sería, como la de Guillermo de Orange, nada más que justicia.

¿Hubiera sido más sabio excomulgar a quienes la dominaban? Eso no la hubiera liberado.

Por otra parte, Isabel había demostrado ansiedad por conseguir que el asesinato de María Estuardo fuera más secreto.

Pero no era éste el juego de Cecil. Sus instrumentos menores, en especial el carcelero de María, se negaban virtuosamente a cualquier acción *irregular*; porque una irregularidad hubiera puesto a los autores a merced de las represalias, siempre y cuando un levantamiento católico tuviera éxito. No; era menester hacerla responsable a la infortunada Isabel, lo quisiera o no, y en consecuencia había que forzarla a escribir de mano propia la orden de ejecución de María.

De ahí que Walsingham, colega de Cecil, enviara al mencionado agente provocador.

Mandaron a ese hombre a París para que alentara a los refugiados militantes católicos en sus conspiraciones contra Isabel. El agente tuvo éxito, y en particular cayó en la trampa un joven sumamente indiscreto y valiente llamado Babington. Se le ofreció a María la oportunidad de escribirse, según se lo aseguraron, en el más absoluto secreto, con los conspiradores. En realidad, las cartas de ella y para ella pasaban por las manos de Walsingham, jefe de la policía secreta y de los

espías de Cecil. El grupo de Babington planeó el asesinato de Isabel, el rescate de María Estuardo y su proclamación.

Pero esto no era suficiente para los propósitos de Cecil. Como individuo, Babington no contaba. Inglaterra estaba llena de hombres que hubieran matado con alegría a Isabel. *La cuestión era conseguir implicar a María Estuardo en ese plan criminal.* Entonces era posible acusarla de alta traición y sentenciarla a muerte.

Se apoderaron de sus secretarios, y éstos, bajo amenaza de tortura, declararon que María había escrito una carta, aprobando el asesinato de Isabel. Ahora bien, si era así, dicha carta tenía que haber pasado por manos de Walsingham; es cierto que las palabras que incriminaron a María y que, según se decía, figuraban en la carta, fueron citadas con la autoridad de Walsingham; pero éste nunca pudo mostrar el original. María negó haber escrito tales palabras y exigió la presentación de sus esquelas. No fueron presentadas [1]. Todo cuanto sacaron a luz los agentes de Cecil fué una supuesta copia de cuya autenticidad no podían dar prueba, y basándose en esta supuesta copia, *con la supresión de los borradores originales*, María fué decapitada. Pese a que Isabel de buen grado instaba a que sacaran secretamente de en medio a María

[1] No se insiste bastante sobre este punto capital: la monstruosa supresión de pruebas. Se pretende con frecuencia que los organizadores de la conspiración de Cecil, con Walsingham a la cabeza, no podían presentar la carta original porque, después de copiarla, tenían que enviársela a Babington para seguir incitándolo a cumplir su intento. *Pero poseían el borrador en el cual la carta había sido redactada.* La defensa de María se basaba en que estos borradores originales demostraban que jamás había aprobado el asesinato de Isabel y que, en consecuencia, el párrafo correspondiente de la copia había sido ulteriormente insertado. La presentación de estos borradores hubiera establecido la verdad. *Fueron suprimidos por Cecil.*

como rival, se oponía severamente a su asesinato público y oficial, porque semejante atropello la hacía directamente responsable ante Europa. Pero Isabel fué atrapada. La pobre mujer luchó denodadamente para no firmar la sentencia de muerte, y luego siguió luchando con mayor denuedo aún para que esa sentencia no se cumpliese. Pero tuvo que ceder. Los nuevos millonarios mantenían bien firmes las riendas.

El joven Jacobo, hijo de María, protestó públicamente contra el crimen, pero secretamente lo consentía, admitiendo ante sus amos ingleses que sería tonto perder un trono a cambio de la vida de una madre.

El 8 de febrero de 1587, María Estuardo fué decapitada en el *hall* del castilo de Fotheringham. El hecho causó un efecto tan profundo en la Europa de aquella época, como el que causaron en la nuestra los asesinatos rusos. Brindó al rey de España una oportunidad para intervenir y poner fin a la constante piratería contra el comercio de sus súbditos y al apoyo prestado por Cecil a los rebeldes de los Países Bajos. Preparó, en consecuencia, una flota de transportes (la Gran Armada), pero sin suficientes convoyes. Debía dirigirse al Estrecho de Dover, embarcar allí a hombres del ejército de los Países Bajos y llevarlos hasta Inglaterra. De haber desembarcado ese ejército en socorro de los católicos ingleses, habría estallado en seguida un gran levantamiento nacional en defensa de la fe. La oposición a la fe, aunque difundida ya entre una amplia minoría de ingleses, era intensa solamente dentro de un pequeño sector de esa minoría y no hubiera sido lo suficientemente fuerte para impedir la restauración de la tradición nacional. Los esfuerzos de Cecil se hubieran visto desbaratados, y la fe, a la cual todavía era fiel la mayoría de los ingleses y cuyo recuerdo social conservaba, habría sido restaurada en todo su esplendor. En cuanto a cuál hubiera podido ser la actitud de Isabel en tal caso, conocemos bastante su

carácter y su inacción mientras el resultado era aún dudoso, como para imaginarla con suficiente exactitud. Hubiera aceptado el cambio y negociado con Felipe para conservar el trono.

Pero la expedición de Felipe fracasó (ni él ni los suyos la llamaban "invencible"). Sus barcos fueron manejados con menos habilidad que los barcos enviados en su contra desde los puertos ingleses al mando de lord Howard de Effingham (uno de los del bando anticatólico y cómplice del asesinato de María Estuardo) y al mando de Drake, adversario profesional de la fe, un intrépido marino de primera categoría, asesino y ladrón. Los españoles fracasaron por muchos motivos: en parte, debido al armamento y a las finanzas insuficientes para el mantenimiento de dominios mundiales. A esta insuficiencia se sumaba la falta de capacidad de Felipe para la empresa. Carecía de puerto. Prohibió que atacaran a la flota inglesa. Sus barcos aprovechaban menos el viento que los ingleses. Su artillería era insuficiente. Sus tropas no pudieron embarcarse y, como golpe final, el viento viró al noroeste en el momento crítico: amenazó a los barcos españoles (ya en desorden bajo el ataque del fuego enemigo) con arrojarlos sobre la costa de sotavento. El viento, luego, se convirtió en temporal y los obligó, sometidos a un pesado cañoneo, a huir hacia el Mar del Norte. Como dijo el gobierno de Cecil: "Dios sopló", y se dispersaron. Isabel se había abstenido de participar en este suceso para tener preparada una política en caso de efectuarse el desembarco. Cuando todo riesgo hubo cesado —no antes— organizó un desfile de tropas en Tilbury y apareció como vencedora.

Después de esta victoria, el proceso de descatolización de Inglaterra prosiguió con rapidez y éxito. Cecil murió en 1598, pero su dinastía continuó; su hijo Roberto Cecil, un enano jorobado y feo, con una enorme cabeza y toda la habilidad de su padre —o más—, le sucedió en el poder.

En esa fecha hacía cuarenta años que el pueblo inglés no conocía la misa. Sólo los viejos recordaban la presencia activa de la fe católica. Todos los hombres de edad madura desconocían la experiencia del ritual católico o ignoraban la educación en sus doctrinas; los jóvenes las desconocían por completo.

Aun así, después de la lastimosa muerte de Isabel en 1603, y de la coronación de Jacobo, el segundo Cecil temía todavía el poder de la tradición católica inglesa. Cerca de la mitad del país simpatizaba aún con esa tradición, aunque en su mayoría sólo vagamente. Con todo, podía volver. Existía siempre una minoría considerable y decidida que se gloriaba activamente del nombre de católica, y si las condiciones hubieran sido favorables, habría conquistado rápidamente a las multitudes.

Lo que remachó definitivamente el asunto fué el *Gunpowder Plot*. Era, ostensiblemente, una conspiración católica para destruir al rey y al parlamento; en el caso de Fawkes, el móvil que lo impulsaba era, casi con seguridad, sincero; tal vez los otros fueron instrumentos del gobierno. Quizá nunca sabremos si Cecil fué el promotor del asunto, como lo habían sido los agentes de su padre en la conspiración de Babington. Es probable, pero no seguro. Lo que sí sabemos es que Cecil conocía perfectamente el asunto desde el principio [1], lo alimentaba con cuidado, y en el momento oportuno lo reveló dramáticamente, publicó varias versiones oficiales contradictorias que son, en grados distintos, falsas,

[1] La primera fecha declarada de la iniciación del complot es marzo de 1604. El primer indicio que poseemos de la vigilancia y el "alimento" que le prestaba el gobierno es de abril de 1604. El pretendido "descubrimiento" es de noviembre de 1605. De modo que fué secretamente alimentado por Cecil durante dieciocho meses enteros.

y fomentó en toda Inglaterra el horror contra esa intentona, como también un nuevo sentimiento contra la minoría católica luchadora, todo lo cual finalmente inclinó el platillo de la balanza. La masa estólida, despreocupada, carente de opiniones firmes, relacionaría en adelante el nombre de católico con una amenaza de esa especie, y desde ese momento –1605– la causa católica activa quedó relegada a una fracción de Inglaterra que va disminuyendo durante los cincuenta años siguientes hasta que, al final del reinado de Carlos II, ochenta años más tarde, sólo representa, tal vez, una séptima u octava parte del país. No obstante, a pesar del gobierno inglés, y a pesar de la monarquía común de todas las Islas Británicas después del advenimiento de Jacobo I, el "empate" incompleto era evidente. El catolicismo estaba derrotado en Inglaterra y destinado, finalmente, a ser eliminado del país. Sin embargo, en Irlanda el esfuerzo fracasó. Se estableció un gobierno protestante. Pero la religión católica sobrevivió.

Tal fué el curso del éxito anticatólico durante los últimos años de su progreso en este país, de 1559 a 1605. Había encontrado a una Inglaterra familiarizada con el cisma, perturbada por un grupo calvinista violento aunque pequeño; a una Inglaterra indiferente en la práctica, pero católica en todas sus principales tradiciones y por temperamento. La reina Isabel, humanista, escéptica y heredera de una salud muy mala, presidía un movimiento en el cual se veía relegada a segundo plano y dominada por las nuevas fortunas basadas en el pillaje a la Iglesia. Éstas, fuera que estuvieran en manos de viejas familias, como los Howard, o en las de hombres de baja extracción, como los Cromwell, eran la llave de todo el asunto. Para preservar ese enorme botín era necesario destruir la fe. Existían muchas excepciones y corrientes encontradas, pero tal era la línea principal del desarrollo de la

situación. Controlando los acontecimientos se hallaban los Cecil: padre e hijo –portavoces y cerebros de muchos que se les parecían– habían surgido de una posada de Stamford; William, perteneciente a la segunda generación de la familia, primer lord Burghley, fué secretario del Consejo y luego ministro todopoderoso; su hijo Roberto, perteneciente a la tercera generación, primer lord Salisbury, terminó la empresa. La dinastía ceciliana abarcó todo el proceso y gobernó a Inglaterra durante cincuenta años, hasta lograr sus fines. Conservaron sus riquezas (era su objetivo primordial) y destruyeron, en Inglaterra, la fe. El resultado de su trabajo perdura.

3. LOS PAÍSES BAJOS

Hemos visto cómo el duque de Alba había fracasado en su intento de someter el norte de los Países Bajos. Siete provincias se mantuvieron separadas, diez se plegaron al soberano legítimo, a medida que la lucha adquiría un carácter menos económico y más religioso. A pesar de la poca popularidad de que gozaba la dominación española, ésta era siempre preferible al calvinismo y al poder de la oligarquía mercantil.

Dicha separación se mantuvo, y los Países Bajos salieron de la lucha divididos, como lo estaba toda Europa, con el norte del país (hoy llamado Holanda) controlado por los protestantes, y el sur (hoy llamado Bélgica) por los católicos; en la parte protestante se mantuvo la persecución contra un grupo grande de católicos.

Esta situación ofrecía un esquema típico del conflicto empatado en todas partes. He aquí su desarrollo:

El duque de Alba había renunciado en el año crítico de 1572, que marca el fracaso en lograr una decisión en la primera gran batalla de toda Europa, el año de "la San Bartolomé", que impidió la dominación

hugonote en Francia, el año del poder finalmente establecido de Cecil en Inglaterra.

En reemplazo del duque de Alba se nombró, en el año 1574, a Requeséns. Murió en 1576, después de intentar una política de pacificación. Esta política llegó, quizá, demasiado tarde; quizá fué interpretada como síntoma de debilidad. En todo caso, cuando Requeséns murió, era evidente que las provincias separatistas, que se contaban entre las más ricas, regidas definitivamente por un gobierno calvinista y dueñas de un ejército debidamente organizado (que podían pagar), se hallaban ahora en condiciones de mantener una guerra de prolongación indefinida.

Esto se puso tanto más de manifiesto cuanto que la continua falta de pago impulsaba, en todas partes, a la soldadesca española a amotinarse abiertamente. Se cobraron los sueldos atrasados mediante el pillaje, cometiéronse horribles atrocidades y se persiguió al clero católico, cuyos bienes no se respetaron, como tampoco a sus personas, con el resultado de que, durante este período de indecisión entre la muerte de Requeséns y la llegada del nuevo gobernador, pareció por un momento que todos los Países Bajos habían vuelto a unirse en lo que se denominó la Pacificación de Gante. Las autoridades católicas nativas, las más pudientes al menos, concertaron con los ricos calvinistas del norte una especie de tregua a la que dieron el nombre de paz, y unos y otros hicieron frente al ahora decadente poderío español. La razón de que los católicos procedieran así fué la necesidad de un ejército para defenderse contra la soldadesca española que se había indisciplinado.

Felipe envió a los Países Bajos a su medio hermano ilegítimo, vencedor de Lepanto, don Juan. Éste murió dos años después (en 1578), y entonces se nombró para el cargo a un hombre que, de haber aparecido al iniciarse estas cuestiones, hubiera salvado a los Países Bajos para España y para el catolicismo. Era demasiado tarde, pero aun así lo que hizo fué notable.

El nuevo gobernador era el duque de Parma, de treinta y tres años de edad, de naturaleza vigorosa, poseedor de amplia visión, paciente, y lo que es sumamente importante, capaz de comprender la complejidad de la situación. Advirtió que, aunque existía una aparente tregua entre los dos bandos religiosos, esta tregua era sólo aparente y que no podrían mantenerse unidos mucho tiempo. Utilizó el sentimiento católico a favor de su rey, y lo utilizó con éxito.

Guillermo de Orange advirtió lo que ocurría e intentó contrarrestarlo, induciendo a los Estados a que aceptaran una especie de proyecto utópico mediante el cual los calvinistas tolerarían a los católicos en sus distritos, pese a que los calvinistas, en esa época, habían llegado a considerar a los católicos como traidores al país y enemigos de Dios; por su parte, los católicos debían tolerar a los calvinistas, pese a que los católicos consideraban a los calvinistas como la sociedad occidental considera hoy a los bolcheviques: gentes que ya habían matado y arruinado a ultranza, y que, pudiendo hacerlo, eran capaces de destruir todo lo que cuenta en la vida. De haber tenido éxito dicho proyecto habría aumentado considerablemente el poder y la fortuna de Orange, al convertirlo en el hombre más destacado de los Países Bajos. Pero este proyecto absurdo e hipócrita no nació con vida. Y la política de Parma, basada en la realidad, el gobierno legítimo y el apoyo popular, ganó la partida. Recuperó el dominio de las tropas; sometió ciudad tras ciudad; instituyó la seguridad, y los Países Bajos empezaron a reponerse.

Pero la oligarquía mercantil calvinista de las provincias nórdicas se mantuvo firme. En julio de 1581, Felipe fué solemnemente despojado de sus derechos en La Haya, y una y otra vez se procuró que príncipes ex-

tranjeros aceptaran su sucesión y se encargaran de la regencia, en teoría, de todas las provincias, pero, en la práctica, del pequeño distrito que aún quedaba sometido a los rebeldes. Después del asesinato de Guillermo de Orange en 1584 [1], Isabel rehusó; el hermano del rey de Francia, Anjou, aceptó, pero fracasó miserablemente, se retiró y murió.

Los éxitos del duque de Parma continuaban. En 1585 conquistó a Amberes, y los esfuerzos de Cecil por tomar parte, con soldados y dinero inglés, en estos asuntos extranjeros fallaron ridículamente debido a la incompetencia de Leicester, el favorito de Isabel. Es concebible que el duque de Parma, aun en esta hora tardía, hubiera alcanzado éxito definitivo de no haber sido por la exagerada política de su amo, el rey de España; porque Felipe, en ese preciso momento, se vió obligado a afrontar el poderío francés, y había —como hemos visto más arriba— emprendido también la tarea de invadir a Inglaterra, con el fin de liberar las masas católicas de ese país.

Aun considerándolo como parte de un proyecto general para restablecer el catolicismo en el norte, el proyecto de una flota que conducía a un ejército en ayuda de los católicos ingleses significaba una dispersión demasiado grande de fuerzas. Considerado desde el punto de vista de un estadista que hubiera debido apreciar la importancia que los Países Bajos tenían para el poderío español, era un desastre. Aunque la Gran Armada hubiera triunfado, la empresa habría sido fatal para el poderío español en los Países Bajos. Porque dispersaba fuerzas para una nueva guerra. Pero la Gran Armada fracasó. Entretanto, la orden recibida por el duque de Parma de dirigirse hacia el sur, y el retiro de fuerzas españolas del punto de verdadera acción, que era el de los rebeldes del norte, fué finalmente fatal para el derecho que sobre esos países tenía España.

[1] Había sido puesto fuera de la ley y excomulgado. Cualquiera que quisiera podía matarlo. Esta antigua idea de "proscripción" y su éxito en el caso de Guillermo de Orange tuvieron poderosa influencia en la posición de Isabel. También en calidad de proscripta pública al margen de Europa, se amenazaba con asesinarla, y después de la muerte de Guillermo, parecía posible hacerlo.

Lo que siguió fué, necesariamente, la gradual emancipación del norte de los Países Bajos; de modo que el magnífico esfuerzo de Parma tuvo como único resultado la salvación del sur. El fin de las guerras religiosas francesas, y el poder nuevamente afianzado de Enrique IV, creaban ya una formidable y permanente presión contra la frontera sur de los Países Bajos. El joven hijo de Guillermo de Orange demostraba condiciones de excelente soldado (cosa que su padre, ciertamente, no había sido); consolidó su poder hacia el este y hacia el sur hasta alcanzar casi lo que hoy llamamos las fronteras de Holanda, y tal como estaban las cosas, ese nuevo poder se puso definitivamente de parte del calvinismo y de la supresión, dentro de sus dominios, tan completa como fuera posible, de toda devoción y tradición católicas entre la muy amplia proporción de habitantes que detestaba al calvinismo y se aferraba a su religión. El aspecto más importante del poderío de ese nuevo estado (porque en tal se había convertido) era que poseía, definitivamente ya, las bocas de los ríos.

En 1596, la independencia de las siete provincias, unidas al declarar su separación del gobierno español, fué reconocida formalmente por el gobierno de Isabel de Inglaterra (dirigido ahora por el segundo Cecil, hijo del primero) y por Enrique IV, nuevo amo de Francia. En 1598 murió Felipe, y aunque las últimas firmas que consolidaron la situación no fueron rubricadas hasta 1609, podemos decir que en 1600 la obra estaba cumplida. Había sido creado un nuevo estado protestante, destinado a una carrera relativamente bre-

ve pero grandiosa. El próspero grupo protestante de Inglaterra fué confirmado en el poder que tenía contra el decreciente grupo católico. El prestigio de España había sido hundido, y puesta de manifiesto la incapacidad de esa potencia para conservar por la fuerza lo que le pertenecía legítimamente por derecho hereditario.

El modelo estratégico de la Reforma, la lucha en los Países Bajos, se había consumado.

4. LA REAGRUPACIÓN ALEMANA Y SU FRACASO

Hemos visto cómo, a principios del siglo XVII, se había efectuado la estabilización europea dentro de un marco de ruina y división permanente representada por dos grupos mutuamente hostiles; en otras palabras, cómo había conseguido la Reforma separar grandes distritos, principalmente en el norte, del cuerpo religioso general de nuestra civilización, originando en dicha civilización una herida y quebranto de los que nunca ha podido restablecerse.

Pero, cosa bastante extraña, existía una zona importantísima y extensa –el imperio situado en el centro de Europa, de habla germana en su mayoría, compuesto de un gran conjunto de principados grandes y pequeños y ciudades independientes, todos nominalmente bajo el dominio del soberano de Austria y, al mismo tiempo, emperador de todos ellos–, en la cual la cuestión estaba a punto de ser reanimada en el transcurso de esos mismos años, los primeros del siglo XVII, que, en otras partes, parecían haber acarreado la liquidación del asunto.

Digo "cosa bastante extraña" porque Alemania era el país donde había surgido la primera gran rebelión contra la unidad. Durante un cuarto de siglo el movimiento protestante fué considerado en toda Europa como netamente germano de origen y de carácter. Sólo

cuando Calvino ejerció total influencia, durante la segunda mitad del siglo XVI, este punto de vista inicial se modificó. Pero hasta el día de hoy la mayoría de los hombres piensa en el protestantismo como en algo esencialmente germano, y en la cultura germana como en el paladín de esa religión.

Parece, por lo tanto, sorprendente enterarse de que cuando terminó la lucha principal en Francia, Inglaterra y los Países Bajos, en Italia, España, Polonia y Escandinavia, se reanimó justamente en esa parte del mundo en la que cabía suponer que había terminado primero. Pero así era. Los germanos reabrieron la cuestión, y en el transcurso de una lucha feroz cuyos detalles confusos, según cálculos generales, se prolongan desde 1618 hasta 1648 (por eso dicho conflicto se llama "La Guerra de Treinta Años") pareció posible –por lo menos durante su etapa más violenta– que el mundo de habla germana fuera finalmente devuelto a la fe.

En realidad, como veremos, este esfuerzo tardío fracasó, y terminó en una transacción, es decir, en el quebranto de la unidad. Así como en Francia un núcleo protestante poderoso y rico se había formado definitivamente; así como en los Países Bajos, también en forma definitiva, la lucha había terminado en una división del norte protestante contra el sur católico; así como en las Islas Británicas Irlanda conservaba su religión popular contra el protestantismo dominante en el resto del país, así, en la gran zona de la Germania la cuestión terminó en una división; y hasta el día de hoy, como nadie lo ignora, existen entre los germanos dos civilizaciones separadas, la católica y la protestante, de las cuales la última posee las llaves del poder.

Sin embargo, el fracaso del restablecimiento de la unidad católica entre los alemanes, durante esta lucha tremenda y trágica, no se debió a una superioridad de armas y tenacidad por parte de las ciudades y distritos alejados desde largo tiempo atrás de la unidad católica.

Se debió a otro factor que tuvo efecto capital y duradero en los destinos de Europa: al genio del estadista francés Richelieu, el Bismarck de su época.

Describiré ahora cómo llegó a producirse esto.

En tan escasas páginas sólo puedo hacerlo, naturalmente, en un esbozo muy esquemático. Pero lo esencial, especialmente para el lector de habla inglesa, es comprender el hecho de que el resultado alemán se debió a la intervención del nacionalismo francés, opuesto a los intereses de la Iglesia Católica.

La forma en que se produjo este paradójico estado de cosas, es decir, que la cultura germana protestante se haya salvado de ser reabsorbida por el catolicismo gracias a un cardenal francés —enemigo tenaz del protestantismo en su propio país—, fué la siguiente:

El Imperio seguía siendo una fachada. Aunque Su Majestad era rebosante, y grande la fama de su autoridad, no poseía la fuerza correspondiente a su posición. Había sido ésa, por cierto, la razón que había permitido los primeros éxitos de los reformistas. Las ciudades independientes y los príncipes locales podían desafiar al emperador. Éste era poderoso en sus dominios privados de habla germana, es decir, Austria, del mismo modo que cada príncipe germano y cada gobierno germano eran poderosos en sus dominios privados; pero el emperador tenía poca autoridad sobre los príncipes y ciudades nominalmente súbditos suyos que no estaban bajo su gobierno directo, ni en su distrito.

En esta hora tardía, 1619, cuando la situación germana parecía establecida desde hacía una generación, el emperador de la época, Fernando II, decidió restaurar, si era posible, el viejo vigor político de su posición titular para convertirse en monarca verdadero de toda Alemania, como también de aquellos distritos que no eran de habla germana (eslavos y húngaros) de los cuales también era rey. Se hallaba en una posición fuerte para actuar así, porque después de su elec-

ción para el trono imperial, estaba tal vez más sólidamente instalado en él que cualquiera de sus predecesores de un siglo atrás.

Ahora bien, la familia del emperador, la de los Habsburgo, estaba de parte del catolicismo, como lo estaba el título imperial. Lo que era considerado aún la rama más importante de la familia de Habsburgo gobernaba a España, mucho de Italia, y la riqueza del Nuevo Mundo, y había salvado gran parte de los Países Bajos para la Iglesia. Esta otra rama —la rama austríaca, como se la llamaba— con su capital en Viena, tenía la misma posición y fama. El título imperial, aunque electivo, permanecía reinado tras reinado en la rama austríaca, y el emperador era el defensor tradicional del catolicismo, y oponerse a éste era considerado aún rebelión política tanto como religiosa.

Por lo tanto, cuando el emperador emprendió este tardío intento de consolidar su poder y convertir el imperio en verdadero reino, con un poderoso monarca, él en persona, y someter a su corona a todos los demás, equivalía casi a decir que, si triunfaba, establecería el catolicismo en todas partes. No era que ambos bandos se dividieran en campos exactamente definidos de católicos y protestantes, pero tendían cada vez más a ello, especialmente cuando el emperador dictó la orden de que las tierras de la Iglesia, robadas desde la última gran transacción —hacía casi setenta años—, fueran restituídas.

Parecía, en la primera etapa de la lucha, que el emperador iba a lograr sus propósitos. Estaba en condiciones de pagar ejércitos mucho más fuertes que los del adversario y al mando de mejores generales.

Pero en Francia se producía, al amparo de la Corona, una rápida consolidación de todas las fuerzas nacionales. Nacía una nación modernamente organizada, con un enérgico gobierno central al cual todo se sometía.

El autor de esta gran obra era el cardenal Richelieu, que pronto llegó a ser todopoderoso bajo el rey Borbón a quien servía, Luis XIII, hijo de Enrique IV de Navarra.

En su patria, en Francia, Richelieu luchó duramente y con éxito a fin de reducir el poder del sector protestante, porque la división religiosa y el otorgamiento de privilegios especiales a una poderosa y rica minoría debilitaban a la nación. Pero en el extranjero hacía exactamente lo contrario. *Allí* el propósito de Richelieu era impedir el surgimiento, al este de Francia, de un nuevo y afianzado reino germano bajo el emperador, cuyo poderío amenazaría al trono y al pueblo de Francia y todo lo realizado por Richelieu dentro de su patria. Por consiguiente, Richelieu prestó apoyo contra el emperador a la causa protestante de Alemania, y cuando dicha causa estuvo en peligro de ser derrotada, requirió la ayuda del mejor general de la época, Gustavo Adolfo, rey de Suecia, que tenía a sus órdenes al mejor ejército de su tiempo.

Gustavo Adolfo aceptó de Francia, en pago, la bonita suma de un millón de libras, y peleó en Alemania como campeón de los protestantes. Tuvo súbito y asombroso éxito, y aunque murió en 1632, relativamente joven aún (a los treinta y ocho años), y aunque todo se hallaba en situación muy compleja (el emperador no podía confiar ni en su mejor general, y se agitaban muchas corrientes encontradas), la aparición del rey de Suecia en la contienda fué lo que detuvo la victoria imperial.

Richelieu vivió hasta 1642, apoyando siempre, en conjunto, la causa protestante en Alemania, aunque modificó algo su actitud cuando advirtió que había impedido el surgimiento de una nueva Alemania consolidada y centralizada.

Cuando la lucha se fué apagando, podríamos decir que por agotamiento (había sido abominablemente feroz, arruinando por completo la riqueza germana, y los germanos no se repusieron en un siglo), cabe afirmar con exactitud que el arreglo final fué obra de Richelieu, aun cuando el cardenal había muerto hacía seis años. Fué llamado la Paz de Westfalia y data de 1648. Dejó a los alemanes divididos, casi tanto como en la actualidad, en católicos y protestantes; considerada como un esfuerzo por restaurar la unidad religiosa entre ellos, la Guerra de Treinta Años había probado su fracaso. Fué el último fracaso en la larga lista de intentos realizados con el fin de restaurar la unidad del mundo cristiano.

Después de la Paz de Westfalia, las fronteras religiosas se endurecen y se tornan definitivas, y se ha consumado el completo quebranto de Europa.

X

SUMARIO

Estamos ahora en condiciones de hacer una recapitulación del movimiento general de la Reforma, de trazar la lista de las causas operantes y fechas generales del proceso.

En las primeras páginas de este libro he sostenido que esas fuerzas no pueden ser completamente analizadas. Ninguno de los grandes movimientos históricos puede ser analizado así, porque cada uno de ellos incluye no sólo elementos que están más allá del grado de conocimiento de cualquier hombre, en cuanto a historiador, sino también elementos que están más allá de la experiencia o conocimiento de todos los hombres, es decir, fuerzas que no pertenecen a este mundo.

Esto es sobre todo verdad tratándose de la Reforma.

En la simple historia terrestre no hallaremos nada que ofrezca suficientes razones para explicar la catástrofe. Lo más que podemos hacer es ordenar los factores operantes conocidos, señalando, al mismo tiempo, las fuerzas invisibles que, sin proceder directamente de la acción o de la voluntad humanas, dirigieron todo el asunto.

Factores conocidos, por lo tanto, son los siguientes:

1) En oposición a la Iglesia Católica ha existido, desde su fundación, un espíritu muy diferente de la simple reacción contra lo que es fuerte y organizado. Un odio especial personal contra la fe. Este espíritu surge invariablemente en cualquier movimiento cismático, y aun de crítica. En cuanto (y dondequiera) la Iglesia lucha, ese maligno espíritu aparece. Apareció en el Calvario; aparece a lo largo de los siglos; apareció inmediatamente después del comienzo de la rebelión en los principios del siglo XVI.

Digo que es menester destacar este primer factor porque la masa de nuestros historiadores lo ignora.

2) La rebelión fué, en su origen y fundamento, una protesta contra dos cosas: el poder espiritual del clero; el poder económico de la jerarquía y su jefe, el Papa, y de las órdenes monásticas. Las dos protestas se mezclaron en forma inextricable, porque el mismo hombre que se sentía exclusivamente ofendido por el poder espiritual, se sentía también ofendido por las grandes sumas restadas a su trabajo y usufructuadas por una institución que, a sus ojos, no seguían cumpliendo debidamente sus funciones. Otra fuente de exasperación era el privilegio de que gozaban los miembros del clero; éstos eran, en parte, inmunes ante la justicia general criminal y civil que soportaba el laico.

En otras palabras, la Reforma fué, en su origen, un movimiento anticlerical, mucho más que antidoctrinal, y lejos de ser un movimiento racionalista, apartó a los hombres del racionalismo, proyectándolos hacia lo contrario: dependencia de un texto y ciega aceptación de diversas doctrinas irrazonadas y simplemente afirmadas.

3) Este movimiento fué provocado por la condición gravemente corrompida en que había caído la Iglesia oficial, notablemente la Corte Pontificia. El mal no era universal, ni de una sola calidad; fluctuaba según el tiempo y el lugar. No hay duda, por ejemplo, de que St. Albans (para citar un monasterio) se hallaba en muy mala forma años antes del estallido, en tanto que Glastonbury estaba más sano. Nadie puede negar la excelencia espiritual del primer Papa de la familia Borgia, ni la grosera inmoralidad y el escándalo del segundo. Existían provincias de la cristiandad (e Inglaterra era la más conspicua), en las que se hallaban menos difundidos algunos males como la pluralidad de cargos y, esa enfermedad fatal, la adquisición laica de prebendas; muy cerca, como Escocia, existían otras donde la difusión de esos males era enorme. Pero el contraste entre lo que debía haber sido la Iglesia oficial —sus funciones sagradas— y lo que era impresionaba profundamente a las gentes, y tenían completa razón de sentirse impresionadas.

En general, el aguijón inmediato que provocó la rebelión fué la burda ineptitud de los responsables del buen nombre de la Iglesia.

4) Al alcance de la mano, para apoyar cualquier rebelión espiritual, existía la nueva doctrina del indiscutido derecho de los príncipes al gobierno absoluto, junto a una nueva doctrina, muy tambaleante pero entusiastamente apoyada, según la cual los concilios generales constituían la suprema autoridad de la Iglesia.

Sumado a todo esto estaba el debilitamiento del Papado en la práctica, debido, en primer término, al abandono que de Roma hicieron los Papas para vivir casi como súbditos del rey de Francia hasta 1377, y luego durante toda la parte útil de una vida, a la rivalidad ostensible entre dos, y a veces tres, jefes de la Iglesia

que luchaban unos contra otros. Éste fué el Gran Cisma; situación que impulsó a los Papas rivales a pedir apoyo a los príncipes, dando así a esos príncipes mayor poder que nunca.

5) Mientras tanto, como un poderoso e incesante móvil, dominaba todo el movimiento la oportunidad presentada a los terratenientes, grandes y pequeños, y desde reyes hasta señores, de saquear los bienes de la Iglesia. Estos bienes eran, en todas partes, muy grandes (demasiado grandes para su función específica, sobre todo, desde la peste negra): en Escocia calculados en una mitad, en Inglaterra en un tercio o un quinto de la riqueza de las clases dirigentes, y en otras partes en igual escala. Fué esta oportunidad de saqueo lo que provocó la Reforma en Inglaterra y Escocia, e impidió, por lo menos en Inglaterra, que se volviera sobre los pasos que ya se habían dado. Fué esta misma oportunidad de saqueo la que desató a los nobles germanos en jauría contra la religión y que provocó, más que ningún otro motivo, la prolongada rebelión de los nobles franceses.

Tales son los principales factores operantes. El proceso puede dividirse convenientemente en las sucesivas divisiones seguidas en estas páginas.

a) Desde 1517 hasta 1547-49 puede llamarse el "período de debate", que es también el período de fusión, cuando toda la discusión hierve y nada ha cristalizado aún. El rey de Inglaterra rompe con el Papa, sin tener, probablemente, la intención de que la brecha fuera permanente, y debido sólo a una cuestión personal; pero muere en 1547 sin haber reparado la brecha. Lo que es mucho más importante: había robado las tierras monásticas y, era, sin embargo, demasiado débil para conservarlas. Los cortesanos, viejos y nuevos, y sus parásitos, se apoderaron del botín. En Francia, la oposición hugonote es poderosa, aunque todavía nadie ha empuñado las armas. En Alemania, donde se inició la revuelta, la perturbación es mayor, pero sólo porque el peligro turco en las puertas de occidente traba los intentos del emperador de imponer el orden por la fuerza.

Este "período de debate" o discusión caótica, produjo, transcurrida ya la mitad de su proceso (en 1538) un instrumento nuevo que más tarde probaría su enorme poder: el libro de Jean Cauvin (a quien llamamos Juan Calvino). Este francés construyó un lógico sistema teológico, mediante el cual se podía prescindir del sacerdote, a expensas del libre albedrío, reintrodujo el antiguo terror de la fatalidad, y dió forma a la furia surgida contra la Iglesia Católica. Todo protestantismo consistente deriva de él, y tiene como conceptos fundamentales: primero, el aislamiento del alma, sin ningún ministerio sacerdotal entre ella y su Creador; segundo, la ausencia en el universo de toda Voluntad excepto una; por consiguiente, un destino universal, bajo un Dios vengativo.

b) El segundo período es mucho más corto; es, en líneas generales, de una década, 1549 a 1559-60. Los hombres que estaban en plena juventud al iniciarse el estallido, envejecen; las fuerzas se alinean para la batalla. Muere el rey de Francia, que había combatido la herejía, y es sucedido por jóvenes viciosos y enfermizos, de modo que se presenta la oportunidad para la guerra civil. En Inglaterra hay un período de otro violento saqueo, durante la primera mitad de la década, y en la segunda, un intento, desganado, de restaurar el catolicismo. En Alemania, prolongados antagonismos han conducido a una especie de transacción, en la que, *por primera vez, desde que se produjo la amenaza del quebranto, se reconoce a los rebeldes y se les permite separarse de la unidad europea.*

c) El tercer período del proceso llena otra década, más o menos, desde 1559-60 hasta 1570-72. En Inglaterra, se ha apoderado del poder la camarilla de nuevos millonarios, los cuales deben su posición al saqueo de

las tierras de la Iglesia y de las riquezas clericales de toda clase. Cecil es su verdadero jefe e Isabel el figurón, muy a pesar suyo (salvo en su deseo de permanecer en el trono). En Francia, la aristocracia se arma para conseguir el botín prohibido hasta entonces por la Corona, y como la Corona, desde ese momento, pasa a manos de una serie de enclenques, se presenta la oportunidad y estalla la guerra civil. En Escocia, el gobierno inglés de Cecil ha cumplido sus planes; los nobles, que en ese país han arruinado a la Iglesia para exclusiva ventaja personal, tienen indiscutido poder; la reina católica se convierte, primero, en fugitiva y luego en prisionera, estrechamente custodiada en Inglaterra. El período termina con un levantamiento popular en París (la matanza de San Bartolomé) que tiene por resultado la imposibilidad, para la nobleza protestante, de reclamar en lo futuro el gobierno del país. Termina en Inglaterra con un gran levantamiento católico en el norte, reprimido con la máxima barbarie y seguido de la excomunión de Isabel por el Papa. Mientras tanto, en los Países Bajos los grandes mercaderes y los principales magnates terratenientes, respaldados por un fuerte sentimiento local contra España, inician una rebelión activa y están a punto de alcanzar éxito.

d) La última fase, en todos los países, comienza en 1570-72, y se prolonga hasta cerca de 1600.

En las siete provincias nórdicas de los Países Bajos (que ahora llamamos Holanda) los pocos nobles del país, los mercaderes más poderosos y los negociantes logran independizarse de España y establecer una firme persecución de la fe, pese a que una minoría muy grande del pueblo es aún católica. Las restantes diez provincias siguen plenamente católicas y políticamente fieles a España; hoy las llamamos Bélgica. Para el año 1598, la división se ha consumado, y queda formalmente concluída en 1609.

En Inglaterra triunfa el gobierno rígido de la rica minoría organizada, dirigida por William Cecil, y después de él, por su hijo Roberto. María, reina de Escocia, heredera católica del trono, es sentenciada a muerte; los rebeldes de los Países Bajos reciben apoyo en contra de España; fracasa una expedición que acude en socorro de la Iglesia Católica de Inglaterra; y, al morir la reina Isabel en 1603, tal vez la mitad de la población se halla alejada de la tradición católica; dos años después el *Gunpowder Plot*, alimentado por el segundo Cecil, cambia la corriente. Después de esa fecha, 1605, la masa de Inglaterra se vuelve definitivamente anticatólica y puede decirse que ha terminado la parte esencial de la lucha.

En Francia el sentimiento popular hace imposible la preponderancia, en el gobierno del país, de los nobles protestantes armados. El heredero legítimo del trono, Enrique de Borbón, rey de Navarra, aunque líder de los nobles y de las clases altas protestantes, acepta formalmente el catolicismo, pero establece un acuerdo llamado el Edicto de Nantes, según el cual el muy rico y poderoso sector protestante se convierte en un Estado dentro del Estado, con fortalezas propias, gobernado por sus propios nobles, y dueño de toda clase de privilegios legales y educativos. La lucha queda así terminada en 1598.

Por consiguiente, al final del siglo XVI y comienzos del XVII, el naufragio de la cristiandad occidental es completo; se establece en Francia y los Países Bajos una división permanente.

Inglaterra se separa de la unidad, y su gobierno queda definitivamente fijado como fuerza anticatólica, aceptada cada día más por la masa del pueblo.

Pero en Alemania se produce, por parte del emperador, un enérgico intento de restablecer la unidad católica. Se ve desbaratado por acción del ministro francés Richelieu, quien ayuda a los protestantes contra los esfuerzos realizados por el emperador con el fin

de convertir a Alemania en país católico y unido bajo su mando. La Doble Paz de Westfalia, en 1648, constituye el arreglo final, después de lo cual las fronteras religiosas quedan establecidas en forma muy semejante a la que tienen hoy. Tal fué, por orden de sucesión, el importantísimo proceso que destruyó la cultura común de Europa.

XI

LOS EFECTOS

Los resultados de la Reforma sobreviven en su influencia sobre el carácter y la consiguiente influencia sobre la vida exterior.

Allí donde triunfó la Reforma, su efecto sobre el carácter fué el aislamiento del alma. Esto tuvo tres consecuencias importantes.

La primera fué la siguiente: el individuo, al confiar sólo en sí mismo, reforzó su iniciativa, pero, por pérdida de compañerismo, debilitó su capacidad de juicio. La emoción tendía también a suplantar a la razón. Espiritualmente, ese hombre emprendía aventuras personales, de entusiasmo o desesperación; políticamente, podía defender la libertad privada y llegar a importársele tan poco de la pública que, salvo que estuviera en condiciones muy primarias, perdía finalmente sus tierras y su casa, y caía bajo la dominación económica de los ricos, mientras aumentaba su independencia legal. Entretanto, todos los males que siguen al aislamiento estampaban nuevo carácter a los actos externos y a la mentalidad interior, y a la moral y a la conducta.

La segunda consecuencia fué el sacudimiento que sufrió la condición corporativa de la sociedad, en las partes donde triunfó la Reforma. Se desarrolló un proceso de desintegración, comparable a la tierra dura, roturada por el arado y luego convertida en polvo por la acción de la helada. El sentido corporativo que vinculaba a los individuos, como en las viejas comunidades, como en el viejo sistema social doméstico, como en las viejas formas de vida aldeana, fué gradualmente, pero muy gradualmente, disolviéndose. Al mismo tiempo, y como resultado, la energía individual quedó en libertad. El principio de la competencia se hizo cada día más vigoroso a medida que transcurría el tiempo, y con él apareció una fuerza que sólo en el presente empieza a ser analizada, lo mismo que sus profundos efectos: la usura, es decir, la forma de sacar provecho de un préstamo *improductivo*, sistema que drena la riqueza de muchos en favor de pocos y otorga preponderancia y poder al capital. La usura [1] no era una novedad introducida por la Reforma; es tan vieja como el mundo y existía en gran proporción en la cultura católica de la Edad Media. Pero era nuevo considerarla legítima, normal y hasta beneficiosa; y eso fué el resultado del quebranto de la vieja autoridad moral, aparejado con la doctrina de Calvino, según la cual el hombre tenía el deber de enriquecerse. Antes de la Reforma, la práctica de sacar interés de un empréstito improductivo —la leva de impuestos a la industria, pagaderos a los capitalistas— estaba muy difundida, pero se practicaba valiéndose de subterfugios, porque se sabía que estaba mal hecho. Después de la Reforma, eludir tal impuesto era una incorrección y una deshonestidad.

La competencia despertó en los hombres una creciente actividad económica —a expensas de la justicia— y continuos nuevos experimentos y descubrimientos;

[1] Es importante recordar que la tasa de interés no es, en sí, usuraria. Mil por ciento sobre una inversión minera próspera no es usura, cinco por ciento sobre un préstamo de guerra, lo es...

creó una clase o tipo de dirigentes económicos que desarrollaron nuevas formas de riqueza y estaban prontos a cualquier innovación.

La usura, desatada, proporcionó un flexible sistema de fianzas y atrajo, sin fricción ni demora, una firme corriente de capitales que crecía sin cesar, en grandes reservas disponibles para ser empleadas tanto en forma útil cuanto simplemente opresiva. Al mismo tiempo retiró de las manos populares todo control y dirección.

Bajo estas fuerzas gemelas de competencia y usura, la cultura protestante de Europa obtuvo preponderancia económica. Más tarde fué copiada a distancia, imperfectamente, por la cultura católica, sobre la que había adquirido una ventaja inicial que todavía no ha perdido del todo. Los estados protestantes, en especial Inglaterra y Holanda, inician una banca y un comercio más activos y una producción intensiva, que más tarde se convierte en lo que hoy se llama el capitalismo industrial.

Aquí debemos hacer un importante distingo. El gran adelanto de nuestro poder físico sobre la naturaleza y de nuestro conocimiento de las causas y efectos físicos, no es de ningún modo producto de la Reforma: es producto del Renacimiento. El Renacimiento no se completó con la Reforma, como tampoco marchó junto a ella; ni siquiera fué la Reforma fruto del Renacimiento. La Reforma fué, en esencia, una desviación de la corriente principal del Renacimiento hacia cauces más estrechos e incongruentes, que corrían en dirección diferente de la que hubiese seguido la gloriosa corriente de cultura redescubierta si no la hubiesen perturbado.

Esto se advierte, sobre todo, en la extraña demora impuesta por la Reforma, y por la reacción católica, al progreso de la ciencia física.

Así fué como el restablecimiento hecho por Copérnico de la vieja verdad pitagórica del movimiento de la tierra era contemporáneo, en líneas generales, de los

comienzos de la Reforma. La nueva teoría fué discutida y hasta enseñada en Italia. Pero Lutero y Melanchon tronaron contra ella; el furor de sus panfletos la aplastó.

Joachim, su principal propagador, fué echado de la Universidad de Wittenberg por sostener tan infames doctrinas, y la enfermedad de oscurantismo se infiltró hasta en la cultura católica. Un largo medio siglo, después de las diatribas luteranas contra el movimiento de la tierra, Italia recibe la infección. Galileo consigue permiso para enseñar sus teorías sólo como una hipótesis, y se le condena por enseñarla como una verdad, como un hecho comprobado (a decir verdad, no había sido comprobado aún). El viejo espíritu humanista de los años de la pre-Reforma jamás hubiera asumido semejante actitud ante un descubrimiento.

Esta característica de la Reforma, como desviación y no como producto del Renacimiento, se hace aún más notable en el terreno artístico, y en particular en el arquitectónico. Sólo en nuestros días, después de transcurridos tres o cuatro siglos, se ha reanudado en algunos el ininterrumpido uso de la razón. Durante la mayor parte de ese intervalo la mente europea estuvo detenida por la autoridad de las falsas afirmaciones, y aún hoy es asombroso advertir cuán poderosa es la autoridad de la simple letra impresa en la cultura protestante.

En pocas palabras: el progreso material de Europa no se debió a la Reforma. Ese progreso nació del Renacimiento. La decadencia del Renacimiento en manías religiosas desvió e invalidó el desarrollo principal de nuestra civilización. Pero la Reforma impuso, sí, una forma especial al progreso general de los instrumentos y ciencias físicas.

Esta forma especial es, como ya he dicho, el capitalismo industrial con el cual toda la Europa de hoy se halla activamente en pugna. No puede llamársele un resultado feliz.

Si la cristiandad hubiera permanecido unida, el ade-

lanto de las ciencias físicas —al par de todas las artes— durante el Renacimiento, nos prometía vidas de mayor solaz, vividas en ciudades de belleza. La oportunidad se dejó pasar. Un espíritu maligno perturbó la corriente del conocimiento. Fué encauzada para propósitos de avaricia; las masas fueron desposeídas, la belleza olvidada; y como monumento de ese espíritu, no tenemos más que mirar a nuestro alrededor en la actualidad.

La tercera consecuencia importante del aislamiento del alma fué el subjetivismo en filosofía. Subjetivismo no significa (en el sentido general, popular de la palabra, no en su uso técnico) referirse al individuo para comprobar la verdad. En cierto sentido, naturalmente, todos tenemos que hacerlo; por ejemplo: un hombre que acepta la autoridad de la razón, o de sus sentidos, o de la Iglesia Católica, necesariamente está ejerciendo un juicio individual. Antes bien, el subjetivismo significa que la mente que lo soporta (porque es una enfermedad) duda de la autoridad de lo corporativo y general, y prefiere lo particular y aislado.

Por ejemplo, en lo más importante de todo, la religión, aceptará, como prueba de veracidad, no la autoridad corporativa de la Iglesia y ni siquiera la religión natural expresada según la tradición de la humanidad, sino su propia "experiencia religiosa", como él la llama. Esto es tan cierto que quien sufre de subjetivismo se vuelve completamente ciego al sentido de la palabra *Credo*, "Yo creo". Confunde la fe con una emoción personal o un concepto visual. No la comprende como aceptación, por parte de la razón (bajo la palabra de una autoridad), de una verdad objetiva que el individuo puede o no haber experimentado como emoción personal. La idea de la fe como acto de voluntad desaparece.

El resultado de esto es que, al abandonar uno tras otro los pocos dogmas católicos restantes aceptados por la cultura protestante, la sociedad se convierte espiri-

tualmente en la misma clase de polvo en que se disgregó socialmente bajo la misma influencia, y el *standard* de cada cual difiere potencialmente del de sus vecinos. Sobreviene una anarquía filosófica como la que actualmente nos rodea, junto con los frutos morales, artísticos, bélicos y arquitectónicos, y todas las modalidades sociales de que ahora disfrutamos.

Pero puesto que el hombre tiene que adorar algo, la adoración de la humanidad en general, y de la nación en particular —es decir, la adoración de sí mismo por el individuo, en forma extendida—, ocupan el lugar de la religión, y de ahí que, políticamente, uno de los supremos resultados de la Reforma ha sido el crecimiento del nacionalismo.

Con esto no quiero decir que el patriotismo sea una novedad, y menos aún que no sea una exaltada y noble devoción. Es tan antiguo como la sociedad humana civilizada y constituye, si no una virtud, lo más próximo que podemos encontrar, fuera del terreno de la ética pura, a una virtud. Quiero decir que convertir a la humanidad en *fin,* y aun a nuestra propia nación en *fin* de la acción, es un error y un forzoso semillero de desastre. Hoy, por cierto, debido a estas dos emociones, la adoración de la humanidad y la adoración de la patria, peligra la vida misma del mundo [1].

Puede decirse que la Reforma produjo estos resultados sólo en forma local; que la cultura católica se salvó y que sigue siendo, en su espíritu general, la prueba de la civilización. Un pueblo europeo, o un individuo, en igualdad de condiciones en todo lo demás, es tanto

[1] Los que estudian la vasta influencia de Calvino sobre el quebranto de Europa advertirán con interés una novedad en la moderna religión del patriotismo. Esta novedad es la ilusión de una raza elegida. El país de uno es el elegido, destinado por la providencia a gozar de supremacía, mientras otras provincias de la cristiandad aparecen como creaciones inferiores. Cuando dos o más pueblos son víctimas de tan extraña manía, ésta los impulsa, necesariamente, a la mutua destrucción.

más civilizado cuanto mayor es su catolicismo. Esto es verdad. Pero no es posible destruir del todo la comunión de la cristiandad; y lo que afecta poderosamente a una parte, afecta por fuerza, en grados diferentes, a todas sus partes. Además, aunque la cultura católica fué salvada, y aunque sigue dando color a la masa de la cristiandad, recibió una herida. He descrito cómo las fuerzas anticatólicas de Francia, desatadas en el siglo XVI, han sido desde entonces muy poderosas en ese país axil, y cómo durante largas temporadas (los últimos cuarenta o cincuenta años constituyen un ejemplo) han conquistado el gobierno, con todo el enorme poderío que un gobierno del presente tiene para imponer su doctrina a la población, mediante la enseñanza obligatoria y a través de la acción de los tribunales.

En forma similar en los estados germanos y sus ciudades, la causa católica estaba herida; había fracasado en su lucha por mantenerse intacta. Los separatistas lograron establecerse; la iniciativa estuvo de parte de ellos durante más de doscientos años. Por eso declina Viena y surge Berlín; por eso, aunque los de habla germana son, numéricamente, mitad católicos y mitad anticatólicos, en la lista de los grandes hombres germanos modernos pertenecientes a la literatura, la ciencia y la especulación filosófica, los más numerosos y destacados proceden de la cultura opuesta al catolicismo.

Termino mi breve síntesis de la Reforma con la advertencia de que la marea ha cambiado de rumbo en Europa. Con lo cual no quiero profetizar que la Iglesia Católica reasumirá todavía, en tan corto espacio de tiempo como son doscientos años, aquel imperio completo sobre las mentes occidentales que mantuvo durante tantos siglos y que nos convirtió en cabeza del mundo. Creo ciertamente más probable que los resultados de la Reforma continúen en una forma distinta, y nos dejen aún divididos en una cultura católica de creciente poderío por un lado, y una vigorosa y permanente oposición pagana por el otro. Pero cuando digo "ha cambiado la marea" quiero significar que el viejo proceso de continua retirada por parte del sector católico, el viejo y cansador tono defensivo de las apologéticas, la idea ambiente de que en alguna forma la cultura no católica era siempre más próspera materialmente y tenía mejor suerte en las armas, todo esto está cambiando. En Inglaterra y Escocia y el Nuevo Mundo de habla inglesa (salvo donde están poblados por hombres de origen irlandés, italiano, polaco o germano del sur), esta verdad tardará más en ser apreciada que en otras partes. Pero en el continente europeo y en el mundo en general está ya de manifiesto.

Se hace evidente en el terreno intelectual, donde la posición católica ha asumido un tono de superioridad y donde los que se hallan a la defensiva son los anticatólicos. Se hace evidente, políticamente, en la poderosa resurrección de sociedades católicas, como Polonia e Irlanda, y el fortalecimiento de otras viejas, como Italia. Se hace evidente en esa cosa sutil que es la moda intelectual. No la cito por alabarla, sino como síntoma. El joven de París que quiere hoy parecer adelantado, alega que ha leído un poco a Santo Tomás. Hace medio siglo tal actitud hubiera sido tan excéntrica que hubiera parecido locura.

No podemos saber cuál será el fin. Probablemente habrá conflictos. Pero no cabe duda alguna del cambio. La retirada de la fe ha sido detenida. La contraofensiva ha comenzado. ¡Era tiempo!

NOTA (A). — SOBRE LA PRIMERA MATANZA DE "LA SAN BARTOLOMÉ"

La primera matanza de San Bartolomé es un suceso histórico, con el cual no está familiarizado el lector inglés, por dos razones. Primera (y principal) porque constituye un ejemplo demasiado típico de las provocaciones hugonotes durante las guerras religiosas y, segundo, porque está oscurecido por el suceso mucho más importante de la ruptura del sitio hugonote de Poitiers, ocurrida casi simultáneamente.

La declaración original sobre la matanza de San Bartolomé se encuentra en la gran *Historia de Navarra* de Favyn, en la sección décimocuarta de esta monumental compilación y en las páginas 858 y 859 de la edición original parisiense de 1612. Relata la famosa marcha, durante el verano de 1569, del condestable de Montgommery a través del Garona superior; marcha que despejó a Navarra de las hasta entonces triunfantes tropas del rey francés Carlos IX, particularmente debido a la rendición de la guarnición de Orthez, que constituyó el punto decisivo de esa breve campaña.

La guarnición católica y real de Orthez estaba al mando de Antoine, señor de Terride, quien se rindió a Montgommery con todos sus capitanes y hombres el 18 de agosto de 1569. La rendición no fué incondicional, sino que tuvo algunas estipulaciones, de las cuales la principal fué que serían respetadas las vidas de Terride y de todo su comando. Con esa condición se rindió, y Montgommery juró que la cumpliría. Terride y sus compañeros fueron enviados prisioneros a la fortaleza de Navarrins.

El 24 de agosto de 1569, día de la fiesta de San Bar-

tolomé, Montgommery mandó buscar a sus prisioneros de Navarrins y los invitó a comer con él en el castillo de Pau, donde los había hecho conducir. Habiéndoles comunicado así un sentimiento de falsa seguridad, mandó introducir de pronto, después de la comida, a asesinos en el salón de fiestas, e hizo matar a sus invitados.

A continuación transcribo la traducción de las palabras de Favyn:

"...Habiendo vuelto victorioso a Pau, y habiendo hecho llevar allí a los prisioneros de Navarrins, después de haberles dado de comer, hizo que los apuñalaran a sangre fría, pese a que se habían rendido sólo con la condición de que sus vidas serían respetadas. Este hecho cruel fué consumado en el vigésimo cuarto día de agosto, fiesta de San Bartolomé... La noticia provocó la ira violenta del rey Carlos, quien, desde ese día, resolvió, para sus adentros, que realizaría una segunda San Bartolomé en expiación de la primera."

Durante más de dos siglos y medio esta declaración de Favyn fué, con razón, tenida por cierta, y aunque, como había que esperarlo, la suprimieron con frecuencia, nunca, por lo menos, fué discutida.

Pero durante sus trabajos sobre la correspondencia de Montluc (publicados en 1872) Ruble anotó un pasaje que situaba la fecha tres días antes *(Ruble on Montluc,* vol. V, p. 230).

Por lo tanto, un documento casi *contemporáneo* sitúa la fecha de la matanza el 21 de agosto, no el 24 (día de San Bartolomé). Favyn, aunque escritor que conocía a contemporáneos de aquel suceso y había estudiado toda la historia local, no era, en realidad, personalmente contemporáneo; en relación con el acontecimiento; ocupaba el lugar de un hombre de nuestra generación con relación al primer jubileo de la reina Victoria.

"Ha habido tiempo para que surjan los mitos", etc., etcétera. Por lo tanto, dice Ruble (basándose en estas pruebas proporcionadas por Montluc), la historia de

una "primera San Bartolomé", aceptada durante dos siglos y medio con la autoridad de Favyn, "se desbarata".

El juicio es precipitado. El relato de Favyn, aunque posterior, merece mayor crédito. Montluc no escribe el día 21, escribe el 30, transcribiendo la narración de otra persona. Es más posible que él se haya equivocado o haya tergiversado las fechas de un acontecimiento que debió estremecer profundamente a todos, y no quien se documentaba sobre la tradición en muchas fuentes.

NOTA (B). — LAS "CASKETT LETTERS" [1]

No me propongo discutir en detalle la enojosa cuestión de las *Caskett Letters*, pero creo que el lector debe conocer una prueba completamente moderna y científica, que al *parecer* sería concluyente para demostrar la falsificación de esas cartas. Tal vez esa prueba haya sido discutida. Si ha habido alguna respuesta, no estoy enterado de ella.

Las circunstancias en torno a las cuales gira la discusión son las siguientes:

Las *Caskett Letters* fueron suprimidas como pruebas. La misma María no consiguió permiso para verlas. Sólo quedaron copias. Supuestos originales hallados, dos de ellos en Hatfield, en 1868, y dos más en la Oficina de Archivos, descubiertos por Froude; no se trata de originales, sino de transcripciones. Para empezar, el hecho de que el tribunal prohibiera a la acusada recurrir a estas pruebas constituye una circunstancia altamente sospechosa. Su carácter se agrava si se tiene en cuenta que estos documentos, único sostén de la acusación, nunca volvieron a verse. Si hubieran sido auténticos, el hecho de retenerlos y presentarlos cuando se renovara la discusión habría resultado ventajoso para los

1 Cartas del cofre. *(N. de la T.)*

acusadores de María; pero no sólo fueron suprimidos, sino, presumiblemente, destruídos, porque más tarde desaparecieron[1]. María declaró que eran falsos, y de habérsele permitido verlos —dijo— podía haber probado que así era. Los partidarios de María aseguraban que se trataba de cartas falsificadas, y frecuentemente acusaban de ser el falsificador a Maitland, secretario confidencial de María en una época, y ahora al servicio de sus enemigos. Pero hasta hace poco, el asunto sólo podía discutirse basándose en probabilidades morales. Últimamente se ha utilizado un elemento de prueba mucho más definitivo: el microscopio.

Aunque ninguna de las cartas originales ha sido conservada, uno de los documentos relacionados con ellas y presentado en la misma época por los acusadores de María ha corrido mejor suerte. Es una breve promesa de matrimonio escrita y firmada, según se decía, por María en favor de Bothwell. A esta prueba tan condenatoria se le atribuía especial importancia y en ella se apoyaba toda la acusación. Por alguna razón desconocida, acaso nada más que un descuido accidental, no fué devuelta a los acusadores de María, y en consecuencia no la suprimieron, y ahora se conserva en la sección de manuscritos del Museo Británico.

Este único documento salvado ha sido sometido a pruebas microscópicas —creo que por primera vez— por el señor C. Ainsworth Mitchell, quien publicó las conclusiones y facsímiles de sus ampliaciones microscópicas en el periódico científico *Descubrimiento*, en junio de 1925. De ello se deduce, ciertamente, que Maitland fué el falsificador (ver figura 8 de la página 204 del mencionado periódico). Los detalles de la presión de la lapicera, formación de las letras, etc., reveladas por este análisis microscópico, parecen dejar muy poco lugar a duda.

[1] Se ignora la fecha en que fueron destruídos, si es que lo fueron.

ÍNDICE

Dedicatoria a Gilbert Chesterton 9
I. El problema 15
II. El advenimiento del desastre 26
III. La inundación 61
IV. El accidente inglés 82
V. Calvino 108
VI. Preparándose para la batalla. 1549-1559 127
VII. La batalla universal. 1559-1572 143
VIII. La defensa 188
IX. El empate. 1572-1600-1648 204
X. Sumario 231
XI. Los efectos 238
Nota (A). — Sobre la primera matanza de "la San Bartolomé" 247
Nota (B). — Las "caskett letters" 249

COLECCIÓN

GRANDES ENSAYISTAS

DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO: Prosa de ver y pensar.

WLADIMIR WEIDLÉ: Ensayo sobre el destino actual de las letras y las artes. *(2ª edición.)*

GILBERTO FREYRE: Casa Grande y Senzala. *Formación de la familia brasileña bajo el régimen de economía patriarcal. (2 tomos.)*

VAN WYCK BROOKS: Las opiniones de Oliver Allston.

HILAIRE BELLOC: Las Cruzadas. *(3ª edición.)*

EDGAR ALLAN POE: Eureka. Marginalia. La filosofía de la composición.

T. S. ELIOT: Los poetas metafísicos y otros ensayos sobre teatro y religión. *(2 tomos.)*

FEDOR DOSTOIEVSKY: Páginas críticas del Diario de un escritor.

ANDRÉ GIDE: Reportajes imaginarios.

CHARLES PÉGUY: Nuestra juventud.

LEWIS MUMFORD: La cultura de las ciudades. *(3 tomos, con ilustraciones en huecograbado.)*

HILAIRE BELLOC: Cómo aconteció la Reforma. *(2ª edición.)*

LEWIS MUMFORD: Técnica y civilización. *(2 tomos, con ilustraciones en huecograbado.)*

FRANCESCO DE SANCTIS: Las grandes figuras poéticas de La Divina Comedia.

DAVID H. LAWRENCE: Estudios sobre literatura clásica norteamericana.

CHARLES PÉGUY: Nota conjunta sobre Descartes y la filosofía cartesiana.

CHARLES DU BOS: Extractos de un Diario.

LEÓN CHESTOV: La filosofía de la tragedia.

T. S. ELIOT: Notas para la definición de la cultura.
ARNOLD J. TOYNBEE: La civilización puesta a prueba.
G. K. CHESTERTON: Chesterton, maestro de ceremonias.
WLADIMIR WEIDLÉ: Rusia ausente y presente.

ESTA SEGUNDA
EDICIÓN DE
"CÓMO ACONTECIÓ LA REFORMA",
SE ACABÓ DE IMPRIMIR
EN BUENOS AIRES
EL 21 DE JUNIO DE 1951,
EN LOS TALLERES DE LA
COMPAÑÍA IMPRESORA
ARGENTINA, S. A.,
ALSINA 2049.

EMECÉ EDITORES, S. A.
SAN MARTÍN 427 - BUENOS AIRES